



**INTRODUCCIÓN A
LAS DOCTRINAS
POLÍTICO
ECONÓMICAS**

WALTER MONTENEGRO

BREVIARIOS

Fondo de Cultura Económica



BREVIARIOS
del
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MON
2
C-2

Introducción a las doctrinas político-económicas

por

WALTER MONTENEGRO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO-ARGENTINA-BRASIL-COLOMBIA-CHILE-ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA-PERÚ-VENEZUELA

Primera edición (FCE, México), 1956
Primera reimpresión (FCE, Colombia), 1994

D. R. © 1956, Fondo de Cultura Económica
D. R. © 1986, Fondo de Cultura Económica, S.A. de C.V.
Carretera Picacho - Ajusco 227, México, D.F. - C.P. 14200
D. R. © 1994, Fondo de Cultura Económica, Ltda.
Carrera 16 No. 80-18, Santafé de Bogotá, D.C.

ISBN 958-38-0004-X

Impreso en Colombia

16-06-92

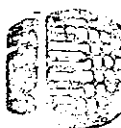
F. P. P.


compa:

16-06-92

Para

CLEMENCIA, ELENA, ÁLVARO, DIEGO
y PABLO MONTENEGRO





Mi cordial reconocimiento para Mario Lara Carrasco por su prolija revisión de los originales del Apéndice con que se actualiza esta edición de 1980, así como a Diego y Pablo Montenegro que colaboraron en la recolección y clasificación del material informativo utilizado.

W.M.

EDICIÓN ACTUALIZADA, 1980

Es la segunda vez que se actualiza este Breviario. Desde la primera, hecha en 1973, un acelerado proceso de cambio viene transfigurando la faz política, económica y social del mundo, por obra de factores unas veces previsibles y otras totalmente inimaginables hasta hace poco tiempo. Por ejemplo, el nacimiento de una virtual teocracia en Irán; los desplazamientos del centro de gravedad del poderío económico en el mundo debidos, en gran parte, al peso desmesurado de los "petrodólares", con sus respectivas consecuencias políticas; o la desmitificación de Mao Tse-tung en la China Popular.

Resulta difícil "detener", como se hace con una fotografía instantánea, el vertiginoso curso de los acontecimientos que actualmente se desencadenan en el orbe. Para lograrlo, y destacar, por comparación con otras épocas de la Historia, las peculiaridades del acontecer contemporáneo, se ha utilizado un recurso imaginario que se explica en el Apéndice-1980 que figura al final de esta edición.

Tal como se hizo en la anterior actualización, ha sido necesario relizar un gran esfuerzo de síntesis y se han consignado sólo los hechos y citas verdaderamente indispensables, con la preocupación de "no abultar la fina silueta intelectual y física de lo que debe ser un Breviario".

WALTER MONTENEGRO

Lima, Perú
30 de octubre de 1980

EL FENÓMENO POLÍTICO

EN LÍNEAS generales, la identificación o definición ideológica de un esquema político depende de las características que asume la interdependencia de tres factores: el individuo, la colectividad y el Estado.

El remoto origen de esa interdependencia reside en el hecho de que, al despuntar la aurora de su existencia sobre el planeta, el hombre, el "animal político" de que hablara Aristóteles, encontró indispensable y provechoso asociarse con sus semejantes para hacer frente a la lucha por la vida.

En un constante y dinámico proceso de adaptación a sus necesidades y aspiraciones crecientes, desde lo simple y rudimentario de la prehistoria hasta lo complejo del mundo contemporáneo, el hombre fue diseñando y organizando diferentes normas de convivencia dentro de las cuales surgió ineludiblemente el concepto de autoridad. Lo que da su identidad propia a un esquema político es el carácter de esas normas: su inspiración, sus fines, el radio de acción que tienen y el papel más o menos preponderante que en cada acontecimiento desempeñan el individuo, el Estado o la colectividad.

El presente análisis está enfocado sobre el mundo moderno que empieza a tomar forma a medida que desaparecen en Europa los últimos vestigios del sistema feudal y se sientan las bases de los Estados nacionales.

El individualismo (preponderancia del individuo en el esquema político), cuya expresión contemporánea es la democracia liberal, tiene como finalidad, en lo filosófico, salvaguardar los llamados "derechos inherentes" a la condición humana encarnados en cada individuo: derecho a la vida, la libertad, la felicidad. En lo material,

garantizar la propiedad privada, con sus complementos inseparables: la iniciativa y la empresa privadas.

Dentro de este esquema, la colectividad debe estar organizada y regida de modo que permita y asegure el respeto y el ejercicio de aquellos "derechos inalienables". Sólo hay un límite para el desarrollo de la actividad individual y es aquel que demarca y protege los derechos de los demás. Los órdenes ético y jurídico y aun religioso se encargarán de asegurar la coexistencia pacífica y armónica de las prerrogativas individuales.

El Estado no hará otra cosa que supervigilar y garantizar el desenvolvimiento de la convivencia social. Tanto mejor desempeñará su papel el Estado —dice el individualismo liberal— cuanto menor sea su intromisión en el libre juego de las llamadas "leyes naturales" en la filosofía, o "leyes del mercado" en la economía. El Estado es una especie de "gendarme" necesario, pero incómodo cuya presencia debe reducirse al mínimo estrictamente indispensable.

El individuo es, pues, el protagonista y objetivo final de este orden político-económico. La colectividad lo sirve; el Estado lo protege. (*Ver Liberalismo.*)

Una forma extrema de individualismo es el anarquismo individualista que propugna la prescindencia, la desaparición total del Estado y apenas admite la "necesidad limitada" de la actividad colectiva para fines de carácter material tales como la producción cooperativa, en pequeña escala, de los artículos de subsistencia. (*Ver Anarquismo.*)

Dentro de la concepción colectivista (con preponderancia de la colectividad), que engloba a las diversas formas del socialismo, el individuo deja de ser un fin en sí mismo; lo es, solamente, en la medida en que forma parte de la colectividad. La meta de la felicidad individual queda sustituida por la de la felicidad colectiva. Al hacerse evidente que, en la práctica, las pre-

rogativas individuales no se desenvuelven y desarrollan solamente dentro de sus límites sino que tienden a invadir las prerrogativas ajenas y a servirse de ellas para beneficio propio, surge el nuevo concepto: quien debe servir no es la colectividad al individuo sino éste a aquélla. Y, al contribuir a la felicidad colectiva, el individuo se hace acreedor a la justa parte de felicidad que, como miembro integrante de la colectividad, le corresponde. A eso y nada más; queda entendido, por supuesto, que la distribución de los beneficios colectivos, tanto morales y jurídicos como materiales debe ser igualitaria sin que quepa ninguna forma de privilegio.

La propiedad privada pierde —en este esquema— la aureola casi sagrada que le asignan las teorías individualistas. Y, del plano de preeminencia al que había sido elevada, desciende bruscamente al banquillo del acusado. No solamente los socialistas marxistas sino hasta los utopistas, los más benignos, le atribuyen la mayor parte de los males que engendra la sociedad individualista.

La única propiedad respetable, por consiguiente, es la que "cumple una función social". La propiedad de las fuentes de riqueza (o instrumentos de producción) debe ser transferida a la colectividad, de manera que la riqueza producida pase a ser colectiva en vez de individual. Es natural que en el nuevo sistema, en el que se reparan las injusticias del anterior, se acentúe el sentido de protección a los grupos económico-sociales que habían sido menos favorecidas.

Las diferentes teorías socialistas asignan papeles también diferentes al Estado. De acuerdo con unas (el Marxismo y sus derivados), el Estado fue un simple cómplice (gendarme corrupto, sobornado) de la acumulación de privilegios en un sector minoritario de la sociedad. Puede redimirse, empero, si pasa a servir temporalmente los intereses de la colectividad, instrumento de la dictadura del proletariado, para morir después,

cuando su presencia sea innecesaria. Otras (Socialismo de Estado), propugnan la existencia permanente del Estado, a condición de que cumpla funciones activas y directamente reguladoras del orden, no sólo jurídico y político de la colectividad, sino también —y principalmente— del económico. Si es necesario, debe competir con el individuo e inclusive sustituirlo totalmente, para crear y mantener el equilibrio social.

Ha desaparecido el individuo como héroe del drama social, y también desaparecen los grupos o conjuntos de individuos que, por razón de su desigual participación en los fenómenos de la producción y la distribución de la riqueza, acabaron por dividir a la sociedad en "clases"; clase de poseedores la una y desposeída la otra, con escasa graduación intermedia.

La colectividad entera ocupa el primer plano. El planteamiento ideológico y la lucha política que se desarrollan desde este punto de vista, tienden, especialmente, a igualar la condición de los desposeídos con la de los poseedores, elevando a la primera y despojando a la segunda de los privilegios injustos que le permitieron convertirse en explotadora. El individuo y el Estado sirven a la colectividad sin reservas, desempeñando funciones coadyuvantes. Si, para los fines de este servicio, debe en un momento dado desaparecer el Estado, éste desaparecerá. Si para realizar los fines supremos de la colectividad el individuo debe sacrificar temporal o permanentemente parte de sus prerrogativas o la totalidad de ellas y aun la vida misma (eso depende del tipo de socialismo que se propugne), se pensará que "el fin justifica los medios".

Pero no sólo el individuo o la colectividad protagonizan en un momento determinado la escena del ideario político moderno. El Estado tiene también su turno.

Pasemos por alto las monarquías absolutas que identificaban al Estado con su soberano —resabio de las primi-

tivas teocracias— para referirnos a la época en que entra en función el nuevo concepto jurídico-político del Estado, cuando el liberalismo señalaba rumbos al pensamiento, en medio de la tempestad económico-social creada por la Revolución Industrial.

Poco a poco y a medida que el individualismo liberal sin freno demuestra su incapacidad para encarar los problemas que plantea el complejo desarrollo de la sociedad moderna, el intervencionismo estatal gana terreno. No se lo desea, pero tampoco se lo puede evitar. Ya se había hecho indispensable el Estado como autoridad reguladora del orden social, y su avance en el campo de la actividad económica es más un producto de la necesidad que de la doctrina. Al sobrevenir las depresiones o crisis que periódicamente marcan el curso del desarrollo capitalista, el Estado tiene que desempeñar una función cada vez más activa. Llega, inclusive, a crear fuentes de trabajo en gran escala, cuando la desocupación amenaza con el hambre a millones de personas. El ejemplo típico en esta materia es la política del *New Deal* del Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Franklin D. Roosevelt, falsamente interpretada como un paso deliberado hacia el socialismo, cuando en realidad fue un recurso extremo para salvar al capitalismo norteamericano después de la crisis iniciada en 1929.

Aun superadas las situaciones de emergencia, el Estado ya no puede excluirse de las relaciones normales del capital con el trabajo y entra a regular el mercado laboral forzando la ley de la oferta y la demanda o dirigiendo con su autoridad los conflictos creador por las exigencias de los obreros en busca de mejores salarios y beneficios marginales. El "Mal" de la intervención del Estado es preferible a los que ocasionaría una guerra de huelgas y *lockouts* (cierres de fábricas y otras fuentes de trabajo). Con criterio preventivo respecto de estos problemas, el Estado legisla en materia so-

cial, señalando, por ejemplo, salarios mínimos o estableciendo un sistema más o menos completo, según los casos, de medidas de protección para los trabajadores.

Por supuesto, la guerra moderna, que se libra tanto en los campos de producción como en los de batalla, impone la categórica intervención del Estado tanto en éstos como en aquéllos.

Ni uno solo de estos pasos deja de ser objetado por los obcecados partidarios del liberalismo puro; particularmente por los representantes del capitalismo que ven en el Estado un intruso agresivo que tiende a despojarlos de sus prerrogativas y privilegios. Lo que esos liberales no ven o no quieren ver es que el Estado ("el Estado burgués" como lo llamaría Marx), no hace sino liberarlos de conflictos mayores y, en último análisis, de la ruina. Cegados por el fantasma del Estado, enemigo teórico de la libre empresa, no reconocen al Estado como aliado en la práctica.

Hay, empero, un punto en que este género de intervencionismo estatal más o menos indirecto es insuficiente, y se piensa en otro Estado que ya no se limite a desempeñar funciones de supervigilancia, de mediación, regulación y de rescate, en último trance, respecto al individuo. Y es entonces cuando nace la idea del Estado socialista. Dicho de una vez, el Estado que ya no servirá al individuo sino a la colectividad.

Se estatizan los instrumentos de producción. Dependiendo esto del grado de avance del socialismo en nombre del cual actúe el Estado; la estatización abarca solamente a las grandes fuentes de producción o se aplica con carácter más o menos general. Este proceso se inicia con las minas y los yacimientos de petróleo (recursos naturales agotables), pasa por la industria siderúrgica (de valor estratégico) y llega a los ferrocarriles y otros medios de transporte para llegar eventualmente a la industria manufacturera. Suecia constitu-

ye uno de los ejemplos típicos del socialismo de Estado, con la circunstancia curiosa y digna de anotarse, de que ese hecho económico no afecta al sistema político, que se mantiene dentro del marco de la democracia representativa y la monarquía constitucional. Sólo en condiciones anormales, como las derivadas de una guerra, la intervención del Estado llega, en estos esquemas políticos, a regular por bastante tiempo la distribución y consumo de artículos, mediante el racionamiento y las "congelaciones" de precios, salarios, alquileres de vivienda, etcétera. A veces, aun gobiernos no estatistas como el de los Estados Unidos, aplican estas medidas con carácter de emergencia, como reguladores transitorios de la economía y de la estabilidad monetaria (principios de la década de 1970).

Queda más allá, otro tipo de Estado: el que con vigencia temporal propugna el comunismo, para ponerlo en manos de la "dictadura del proletariado", como instrumento de poder político destinado a realizar la transición de la sociedad burguesa a la sociedad comunista, sin clases, del futuro. Lo que, en concepto de los comunistas, justifica a este Estado absorbente y dictatorial es su necesidad "transitoria", ya que, en la otra sociedad hipotética, del futuro, el Estado habrá desaparecido también, junto con las clases, total y definitivamente.

Por su parte, los anarquistas individualistas prescinden del Estado y de la colectividad, para dejar al individuo solo, libre y voluntariamente asociado en pequeñas agrupaciones constituidas con fines de servicio mutuo; mientras que los anarquistas comunistas eliminan al Estado y al individuo para dejar a la colectividad sola.

La carrera del Estado no ha concluido todavía. Falta la última etapa, aquella en que, imperativamente, lo reclama todo para sí.

Ya no es el Estado que sirve al individuo dentro de las teorías demoliberales, ni el que sirve a la colectividad en el socialismo; tampoco se hace perdonar su presencia en función de los altos intereses individuales o colectivos a los que consagra su existencia, ni ofrece humildemente, como en el comunismo, desaparecer cuando no se lo necesite.

Este, el Estado fascista o nazi, es un fin permanente en sí mismo. Nacido de concepciones filosóficas como la de Hegel, alcanza identidad y madurez plena en la Alemania nazi y la Italia fascista. La totalidad de la vida colectiva gira en torno a su servicio y ese servicio acaba por convertirse en una mística. La parte de la colectividad que se consagra absolutamente al Estado (el Partido) se hace, por ello, acreedora a todos los privilegios y se considera a sí misma una minoría selecta: la *élite*. El resto no tiene derechos propios sino los que el Estado por autodeterminación, le "concede".

Es importante observar que mientras las doctrinas demoliberales así como las socialistas cifran su validez en el concepto político, jurídico y moral de que expresan la voluntad de la mayoría de la colectividad, y justifican sus fines en razón del beneficio que significarán para esa mayoría, el nazifascismo rechaza las concepciones mayoritarias y sólo reconoce a la minoría como fuente de poder, como instrumento de realización política y aun como objetivo, en cuanto esa minoría tiene identificado su destino con los destinos supremos del Estado.

En lo económico, el Estado nazifascista toma el control de las industrias capitales (sobre todo aquellas que tienen estrecha relación con los programas de formación y preparación militar de la nación); pero se sirve de la empresa privada, dejando a los propietarios a la cabeza de sus negocios, bajo una estrecha programación, dirección y vigilancia estatales. En otras palabras, el Estado prefiere tener a alguien que sea personalmente respon-

sable de las fallas que pudieran ocurrir; pero ese alguien no tiene en sus manos la verdadera dirección de la empresa y las relaciones entre el capital y el trabajo están del todo supeditadas a los intereses del Estado.

El Estado, ampliando su acción integral (por eso se llama Estado totalitario), a todos los ámbitos de la vida colectiva, imprime también una dirección inflexible a la educación, la literatura, el arte y aun la ciencia. Por lo que puede verse, este Estado, en su concepción integralista, no es muy diferente del que ejerce la dictadura del proletario, aunque, por supuesto, sus concepciones y finalidades son totalmente diferentes.

De este modo concluye el examen sucinto de toda la gama de relaciones políticas entre el individuo, la colectividad y el Estado, desde el momento en que el individuo comienza a asociarse (en el mundo primitivo) con sus semejantes para la satisfacción de sus necesidades inmediatas y elementales, hasta que el Estado (que tuvo su origen en esa asociación), se convierte en un ente semidivino.

Es de advertir que el individuo empieza aceptando por necesidad el imperio de la autoridad institucionalizada en el Estado. El jefe primitivo (mezcla de sacerdote y caudillo) funda su derecho en la fuerza, en la habilidad para conducir a los demás y alega poderes sobrenaturales para justificar sus prerrogativas. Más tarde los reyes dicen derivar su poder de Dios. Finalmente, surge el concepto jurídico-político del Estado (La Ciudad Estado y luego el Estado Nación), con su atributo esencial de soberanía. El individuo acepta todo esto, primero, porque la presencia de la autoridad le es útil para el resguardo, siquiera relativo, de su seguridad y sus intereses (por pequeños que éstos sean); segundo, porque se lo imponen a la fuerza y no le queda otro remedio que acomodarse a las circunstancias. Pero, invariablemente, acaba por rebelarse contra la autoridad.

La expresión extrema de esa rebelión es la anarquía; las formas menos radicales incluyen a todas las teorías y toda la acción política e institucional desarrollada por el individuo en defensa de su libertad política y económica. El capitalista quiere liberarse del Estado porque le es incómodo; el proletario quiere liberarse del Estado capitalista. En los regímenes totalitarios de una u otra filiación, el hombre suele llegar al martirio para expresar su rebeldía contra la opresión estatal. En los regímenes demoliberales, una serie de preceptos incluidos en las Constituciones Políticas de los Estados y en las leyes secundarias, tratan de limitar y regular la acción del Estado sobre el individuo. El hombre tiende a liberarse de toda forma de opresión.

No es aventurado afirmar que gran parte del fenómeno político gira, describiendo un círculo de repetición permanente, siguiendo este proceso: el individuo desearía la libertad absoluta; pero como todos los individuos la desean también simultáneamente, llega un momento en que surge el conflicto de unas libertades que tratan de expandirse a costa de las otras; entonces se hace indispensable un sistema de regulación de la libertad por un procedimiento autoritario, ya que la regulación espontánea, automática, no es posible, no existe; tan pronto como la regulación autoritaria llega a ser incómoda, el individuo reacciona y clama por la libertad. El hallazgo de un término ideal entre la libertad individual y la necesidad de regular la coexistencia de las libertades individuales es, en suma, una de las metas esenciales de casi todas las doctrinas políticas.

El fenómeno político es esencialmente dinámico. Un constante proceso de transiciones hace que unos esquemas sustituyan a otros o, cuando menos, que dentro de los mismos esquemas se vayan produciendo modificaciones de mayor o menor importancia.

¿Cómo se producen esas transiciones? Por un proceso

evolutivo o por la revolución. Lo evolutivo significa el cambio gradual, sistemático y sin empleo de la violencia. La serie de transiciones que en los últimos 30 años se han producido en la Gran Bretaña, de regímenes socialistas a conservadores y viceversa, constituyen un vivo ejemplo de evolución realizada por la vía democrática. El avance de la legislación social protectora de los intereses de los trabajadores, en casi todo el mundo, es otra forma de evolución consumada, en la mayoría de los casos, sin alterar la estructura política de los respectivos Estados. El cambio revolucionario, la Revolución (hablando de auténticas revoluciones y no de simples cambios de partidos o de personas en el gobierno), está representado por la Revolución Francesa, la Revolución Rusa y la Revolución China, que alteran totalmente la estructura política, económica y social de las naciones en cuyo seno se producen. El fenómeno político de Chile, que siendo revolucionario no fue violento ni alteró toda la estructura institucional del país, merece análisis especial que se intentará en el capítulo respectivo de este libro. (*Ver Comunismo.*)

Es interesante observar que en el pensamiento de Marx ambas formas (la evolución y la revolución) encuentran cabida. Cree él que el deterioro constante del capitalismo obedece a una evolución inevitable cuyas consecuencias serán también inevitables ("determinismo económico" fundado en el proceso dialéctico). Pero considera que no deben prolongarse los sufrimientos que la injusta distribución de la riqueza significan para el trabajador, hasta que la evolución culmine por sí misma con la caída final del sistema capitalista, y que, en un momento dado (no especifica cuando), la caída debe precipitarse mediante la acción violenta, la revolución, que transfiera el poder político de la burguesía al proletariado.

Mucho de la controversia política estriba en la cuestión metodológica que se plantea en los siguientes tér-

minos: ¿Es posible una evolución pacífica que alcance efectivamente los fines de la armonía y la justicia social?

Los fervientes partidarios de la revolución llegan inclusive a considerar indeseables las ventajas que se obtienen por la vía democrática en favor de las clases trabajadoras, tales como los aumentos de salarios y otras leyes protectoras puestas en vigencia por efecto de la acción sindical, porque —dicen ellos— las ventajas adormecen el impulso revolucionario de las masas obreras. Tales partidarios de la revolución creen, de acuerdo con sus teorías económicas sobre el valor y la plusvalía que, inevitablemente, el trabajador es explotado dentro del régimen capitalista y que, por consiguiente, no hay otra forma de acabar con la injusta explotación que destruir el sistema mismo, lo cual sólo puede conseguirse a tiempo mediante la revolución ya que los recursos de defensa del sistema capitalista son muy grandes y fuertes.

Es indudable que la evolución, o sea el cambio a través de un proceso gradual y pacífico ofrece las perspectivas más gratas y deseables a los dictados de la razón. Pero, para oprobio de la pregonada "racionalidad" del hombre, la violencia parece desempeñar una función permanente (casi insustituible) en el curso de sus actividades y relaciones políticas. Lo dijo el propio Thomas Jefferson, uno de los padres de la democracia norteamericana: "El árbol de la libertad debe regarse de cuando en cuando con sangre de patriotas y tiranos. Es su abono natural". Y la experiencia demuestra, lamentablemente, que no se ha cumplido ninguna de las etapas decisivas de la Historia sin que ello hubiera costado sangre.

Las doctrinas políticas propiamente dichas contienen tres elementos integrantes esenciales: 1) análisis crítico del pasado y del presente; 2) programa para un futuro

ideal; 3) método de acción mediante el cual se efectuará la transición del presente hacia el futuro ideal.

La interpretación y crítica del pasado se puede hacer de muchas maneras; tantas, como formas ha adoptado la filosofía de la historia. Se utilizan muchos guiones o puntos de referencia. Por ejemplo, los utopistas ponían mucho interés en los valores de orden ético, mientras que los marxistas asignan importancia fundamental al factor económico. Aquéllos ven los males del pasado y del presente como resultado de fallas morales del hombre; éstos creen que los males se deben a defectos orgánicos del sistema económico capitalista.

El programa para el futuro es un catálogo de remedios para los males del pasado y del presente. Es producto de la mezcla del descontento con lo que se tiene y la esperanza de lo que se quisiera tener; amalgama de amargura y de ilusión. Por eso, en el momento oportuno, a los forjadores de nuevos programas políticos se les imputó invariablemente "envidia" y "despecho". Y es cierto que, en una u otra medida, todo lo que acusa progreso humano fue amasado con levadura de insatisfacción. Como que la mejor bandera de lucha de la oposición es la que se borda con los errores del gobierno.

Otra clasificación separa a los programas cuyo enfoque es esencialmente ético y jurídico, como la democracia liberal, de aquellos que buscan primero la solución del problema económico-social, verbigracia el marxismo.

El método o plan de acción contempla, en principio y en detalle, en forma simple o mixta, uno o varios de los múltiples tipos de evolucionismo o revolucionismo. Aun ciertos casos en los que se adopta por principio el método evolutivo "gradualista", llega a aceptarse la posibilidad de la revolución como recurso de última instancia, cuando todas las puertas del sistema democrático han quedado cerradas por una dictadura. En este punto crítico, la filosofía política plantea en última instancia

la tesis del tiranicidio o destrucción física del gobernante despótico que ejerce el poder contra la voluntad del pueblo.

Por supuesto, todos los métodos de acción conducen a un fin inmediato: la toma del gobierno, puesto que esa posesión del gobierno, que es la materialización del poder político, significa la posibilidad —la única concreta— de llevar directamente a la práctica los programas de sustitución de una estructura política por otra. Un partido político que no aspire a tomar de alguna manera el gobierno, no tendría razón de existir.

Una circunstancia de orden cronológico influye grandemente sobre el carácter de las doctrinas políticas: si ellas fueron formuladas antes o después de que sus creadores hubieron tomado el gobierno. Las teorías socialistas fueron concebidas, todas, con anterioridad a ese hecho. El fascismo y el nazismo concretaron su teoría *a posteriori*, si bien es cierto que el fundador del nazismo, Adolfo Hitler, enunció desde la oposición algunos puntos de un programa pragmático relacionado con la situación de Alemania después de la primera Guerra Mundial. En el caso de la doctrina formulada desde el llano, la teoría hace las veces de bandera; en el segundo, se convierte en una especie de racionalización o excusa para detentar el poder y adolece de todas las flaquezas de una excusa.

No puede, pues, haber doctrina política válida que no empiece por hacer la crítica del estado de cosas vigente. Si hubiera conformidad plena, ¿cuál sería la razón para proponer un cambio? Tampoco puede haber doctrina política válida si, una vez analizados lo males e imperfecciones presentes, no se proponen los remedios y soluciones. Ni quedaría completo el cuadro si, a tiempo de ofrecer el programa de soluciones no se dijera en qué forma se alcanzará el dominio del poder político indispensable para dar realización al programa.

Algo que contribuye a mantener latente el conflicto político a lo largo de la historia es que, una vez concebida una doctrina como producto auténtico de las condiciones de tiempo y de lugar que la justifican y la hacen necesaria, se trate de aplicarla indefinida, rígida e indiscriminadamente en épocas o sitios en los que no imperan las mismas o muy parecidas condiciones.

Ya sea que se admita el proceso dialéctico de la evolución (como prescribe el marxismo) o que se adopte el concepto de la "evolución orgánica" (propugnado por el socialismo reformista), lo evidente es que, como tenemos dicho, el acontecer político es esencialmente fluido y dinámico. Nada de lo que atañe a la vida del hombre es estático, y la política no es sino una función vital de la sociedad humana. De igual manera que en lo biológico, en lo político, todo nace, crece, muere o se transforma. Constantemente surgen nuevas posibilidades y nuevas necesidades, nuevos problemas y nuevas soluciones.

En medio de este fenómeno vertiginosamente cambiante, la posición política que ayer parecía adelantada respecto de los acontecimientos, de pronto resulta o es vista como rezagada. Debería, por tanto, desaparecer del escenario. Pero las posiciones políticas tienden a estabilizarse y estratificarse a medida que avanzan en edad. Alguien ha dicho que el revolucionario de hoy es el conservador de mañana. Como empecinado anciano que pretende disputar al joven su derecho a ocupar el primer plano, el antiguo esquema se aferra a lo que llega a considerar suyo para siempre. Y es trágico que, mientras la vejez física acusa síntomas indudables—canas, temblores y arrugas— que harían esa pretensión simplemente grotesca, la vejez política es algo que no advierten quienes la padecen. (Hasta ahora hay rusos blancos que mantienen, en el exilio, resabios de las funciones de la corte zarista, con la patética certidumbre de un retorno.) El proceso evolutivo, sin embargo,

no se detiene y al chocar con las posiciones irreductibles surge el conflicto. Se hace, por regla general, necesaria la revolución. Los representantes y usufructuarios de la posición rezagada se constituyen en campeones de las "instituciones nacionales" y anatematizan a los innovadores con el estigma de "enemigos de la seguridad del Estado" y "subversores del orden constituido".

El genio de los grandes realizadores políticos consiste en acomodarse intantáneamente a las necesidades de transformación del medio socioeconómico en que actúan e inclusive en adelantarse a ellas. Allí donde concluye la facultad de adaptación y donde se cree haber alcanzado un remanso definitivo (remanso definitivo que la Historia niega inexorablemente), cesa la vigencia de un esquema, para dar paso a otras fuerzas que pugnan por seguir adelante. Tal flujo constante es el ritmo y la subsistencia de la historia política.

No hay fórmulas de eficacia permanente. Las que más pueden aproximarse a una especie de permanencia son las que empiezan por admitir que no hay nada permanente y que, por ende, están dispuestas a sacrificar la rigidez dogmática de sus principios y posiciones, para adaptarse a las nuevas circunstancias.

Y, en cuanto a circunstancias de lugar, no es lógico pensar que lo que fue bueno y provechoso allá tenga, indefectiblemente, que ser bueno acá. Si bien existen líneas generales de conformación económica y social que pueden crear lo que llamaríamos zonas de semejanza o afinidad, hay infinidad de combinaciones de factores geográficos, étnicos, históricos y culturales que demandan adaptaciones y dosificaciones precisas y especiales para cada caso. El simple traslado de esquemas de un sitio a otro, de una a otra nación, es inoperante. Lo verdadero, lo justo y eficaz de una doctrina es el resultado de condiciones específicas de tiempo, espacio y circunstancia.

Por lo demás, las líneas de demarcación ideológica

sólo pueden tener rigidez en el momento mismo en que se opera una gran transformación (sobre todo de tipo revolucionario) y en el periodo inmediatamente siguiente. Poco después, esas líneas fronterizas empiezan a hacerse más flexibles y difíciles de determinar. En todo caso, aunque las líneas ideológicas subsistan, las necesidades prácticas de la vida hacen necesario pasar por sobre ellas en más de un aspecto, como ser el económico, comercial o cultural. Eso es lo que actualmente viene ocurriendo entre los polos del capitalismo y el socialismo, vale decir entre los Estados Unidos de Norteamérica y Rusia y la China Popular, tal como se verá en los capítulos siguientes.

LIBERALISMO

¶ *Filosofía política liberal y liberalismo económico.*
¶ *Antecedentes históricos.* ¶ *La Revolución Industrial y el capitalismo.* ¶ *Las "leyes económicas naturales" y el mercado.* ¶ *El capitalismo como fenómeno socioeconómico.* ¶ *Colonialismo.* ¶ *La intervención del Estado.*
¶ *Capitalismos de Europa y de América.* ¶ *Glosa.*

ANTES de entrar en materia, debemos hacer una distinción semántica. En la terminología contemporánea, hay dos "liberalismos" que, no obstante, su origen común, pueden representar posiciones antagónicas. El primero es el que designa a la filosofía política de la libertad, del progreso intelectual y ruptura de las cadenas que inmovilizan al pensamiento. En este sentido, (liberalismo significa actitud de renovación y avance. El segundo es, concretamente, el liberalismo económico nacido en el siglo XVIII (cuando daban sus pasos iniciales el industrialismo maquinista y el capitalismo), o sea la teoría de *laissez faire*, a la que dio su expresión clásica Adam Smith, como aplicación específica del liberalismo individualista al fenómeno económico.) Ésta es la tendencia que hoy se considera conservadora, frente al progreso de las corrientes colectivistas.

De la filosofía liberal dice el profesor Sabine:¹ "Puede tomarse el liberalismo, con amplia justificación histórica, como la culminación contemporánea de toda la tradición política occidental. En este lato sentido, liberalismo sería igual, en su significado, a lo que en el uso político popular se llama generalmente 'democracia'."

¹ George H. Sabine, *Historia de la teoría política*, FCE, 5ª reimp., 1972.

En efecto, es tan estrecha la relación histórica entre el liberalismo y la democracia, tal como ésta se la entiende hoy en el mundo occidental, que los dos conceptos casi se confunden. Por razones de método y con finalidades de aclaración, hemos separado su exposición en dos capítulos diferentes. En el presente, tratamos del liberalismo económico y de su producto directo, el capitalismo, y nos ocuparemos más extensamente del liberalismo como filosofía política en el relativo a la democracia. Los dos se complementan.

Aunque algunas doctrinas políticas contemporáneas tienen antecedentes históricos en la Antigüedad —como en el caso de la democracia ateniense, o del comunismo que preconizaba Platón— la conformación definitiva de esas ideas y su vigencia práctica no tienen lugar sino después de la caída del feudalismo.

(Y ¿qué fue del feudalismo? Durante mucho tiempo, y especialmente bajo el influjo del racionalismo del siglo XVIII, se pensó en la Edad Media simplemente como en la era de la oscuridad, de la cual nada —salvo en el orden teológico— había salido como contribución al progreso del mundo occidental. Pero en los últimos tiempos se ha discutido ese concepto. Los pensadores católicos contemporáneos asignan a la Edad Media la función de un periodo germinativo, de reposo, de silencio y sombra fecundos, durante el cual maduró la simiente del mundo moderno, en tierra fertilizada con despojos de las culturas asoladas por los bárbaros que descendieron del Norte hacia el Mediterráneo.

Sin penetrar en el sentido de esta controversia que atañe a la filosofía de la historia, nos limitaremos a echar una rápida ojeada sobre el panorama del feudalismo que, en términos de tiempo, se extiende desde la caída de Roma (alrededor del siglo V de la Era Cristiana) hasta los siglos XIII y XIV en que, con el Renacimiento como etapa de transición, se inicia la Edad Moderna.)

En efecto, es tan estrecha la relación histórica entre el liberalismo y la democracia, tal como ésta se la entiende hoy en el mundo occidental, que los dos conceptos casi se confunden. Por razones de método y con finalidades de aclaración, hemos separado su exposición en dos capítulos diferentes. En el presente, tratamos del liberalismo económico y de su producto directo, el capitalismo, y nos ocuparemos más extensamente del liberalismo como filosofía política en el relativo a la democracia. Los dos se complementan.

Aunque algunas doctrinas políticas contemporáneas tienen antecedentes históricos en la Antigüedad —como en el caso de la democracia ateniense, o del comunismo que preconizaba Platón— la conformación definitiva de esas ideas y su vigencia práctica no tienen lugar sino después de la caída del feudalismo.

(Y ¿qué fue del feudalismo? Durante mucho tiempo, y especialmente bajo el influjo del racionalismo del siglo XVIII, se pensó en la Edad Media simplemente como en la era de la oscuridad, de la cual nada —salvo en el orden teológico— había salido como contribución al progreso del mundo occidental. Pero en los últimos tiempos se ha discutido ese concepto. Los pensadores católicos contemporáneos asignan a la Edad Media la función de un periodo germinativo, de reposo, de silencio y sombra fecundos, durante el cual maduró la simiente del mundo moderno, en tierra fertilizada con despojos de las culturas assoladas por los bárbaros que descendieron del Norte hacia el Mediterráneo.)

Sin penetrar en el sentido de esta controversia que atañe a la filosofía de la historia, nos limitaremos a echar una rápida ojeada sobre el panorama del feudalismo que, en términos de tiempo, se extiende desde la caída de Roma (alrededor del siglo V de la Era Cristiana) hasta los siglos XIII y XIV en que, con el Renacimiento como etapa de transición, se inicia la Edad Moderna.)

El pensamiento moraba en la paz de los conventos, donde a la luz del cristianismo se hacía la interpretación de la filosofía clásica, conservando, compilando, copiando y comentando los manuscritos de los grandes filósofos. San Agustín, Santo Tomás y otros Padres de la Iglesia realizaban un esfuerzo gigantesco para conciliar el racionalismo griego (especialmente el aristotélico) con el dogma religioso. (*Ver democracia.*)

El derecho era un derecho de clase y, en rigor, el derecho del más fuerte. Lo poco que quedaba de las instituciones jurídicas romanas se entremezclaba con el sistema consuetudinario, o de la costumbre, importado e impuesto por los invasores del Norte y en particular por los germanos. La propiedad (concretamente de la tierra) era adquirida, consolidada y defendida mediante guerras que libraban los señores feudales para perpetuar y ampliar sus dominios.

El poder político estaba totalmente descentralizado. Los conceptos de Estado y de soberanía habían desaparecido casi por completo. No había naciones en el sentido moderno del vocablo. Los feudos —porciones relativamente pequeñas de territorio— eran gobernados de conformidad con ciertas prácticas de costumbre, pero, en último análisis, a voluntad del señor. Y, aunque algunos tratadistas sostengan que determinadas normas paternalistas regían estricta y justicieramente las relaciones entre señores y siervos, la verdad es que nada, sino la índole personal del señor, daba un tono magnánimo o despótico a dichas relaciones. (Una medida de lo ilimitado de las prerrogativas señoriales era el llamado “derecho de pernada” o *prima nocti* en virtud del cual el señor tenía prioridad en la noche de bodas de sus siervos.)

Imperaba un rígido e inquebrantable sistema de clases sociales. El señor era el amo absoluto; el siervo muy poco más que una simple parte de la propiedad de la tierra. El siervo disfrutaba sólo la “tenencia” de

la tierra; la cultivaba a cambio de servicios que prestaba al señor además de entregarle a éste una parte de los productos obtenidos. En retribución, el señor protegía al siervo contra las depredaciones de otros señores/

Aparte de este régimen en el que tierra y siervo formaban parte de un todo indivisible, el artesano que moraba en villas (de ahí el término de "villano") y que producía los escasos artículos necesarios para el consumo de la población, se encontraba agrupado, según su oficio, en gremios o corporaciones cuya unidad era el taller. El taller tenía un jefe y un maestro; oficiales que eran sus ayudantes; y aprendices que se iniciaban en el oficio y aspiraban a llegar, gradualmente, a las categorías de oficiales o maestros de taller.

Los gremios (que generalmente tomaban el nombre de un santo patrono, como el de San José para los carpinteros), tenían reglas establecidas para la forma de producir sus artículos, para fijar precios y plazos de venta de los mismos y para limitar el número de unidades manufacturadas. En muchos casos, contaban con el monopolio de compra de materias primas y, desde luego, nadie que no perteneciese al gremio respectivo podía ejercer el oficio. Era celosa y conservadora la vigilancia de la producción, y sucedían casos como éste ocurrido ya a comienzos de la Edad Moderna: cuando algunos sastres franceses empezaron a hacer botones de tela, el gremio de fabricantes de botones de hueso levantó tal protesta que no solamente se prohibió la sacrilega innovación, sino que se persiguió a las personas que usaban los nuevos botones y se registraron las casas en busca de los mismos para quemarlos públicamente.

La importación de telas extranjeras (orientales) produjo un conflicto a consecuencia del cual 1 600 personas perecieron en la horca, en la rueda o en reyertas callejeras; muchas más fueron condenadas a galeras.

/El comercio y, sobre todo, el crédito (al que se confundía con la usura) estaban condenados por la Iglesia, lo que significaba una grave restricción al desarrollo económico./

La Iglesia desempeñaba un papel preponderante. Su poder temporal era el único centralizado, orgánico y estable en ese entonces, y su dominio espiritual, a través del dogma, era casi ilimitado. Pero en ese momento excepcionalmente plástico, cuando como pocas veces se hacía necesario para poner en práctica la doctrina igualitaria y justiciera de Cristo, las preocupaciones del poder temporal impidieron a la Iglesia combatir los males del sistema de privilegios del feudalismo.

En el punto en que este sistema llega a su ocaso, entran en juego los muchos factores —amalgama de ingredientes intelectuales y materiales— que forman la sustancia de los tiempos modernos, con sus increíbles realizaciones y sus tremendas quiebras.

Los más importantes entre esos factores son los siguientes:

El Renacimiento que, como su nombre indica, fue —después del compás de espera de la Edad Media— un pujante y luminoso resurgimiento de la cultura clásica, con nuevas formas y matices propios. A este periodo corresponde, como ejemplo de interés especial para esta materia, *El príncipe*, de Maquiavelo, tratado de política cuyas normas básicas no han perdido valor práctico hasta hoy.

Los grandes descubrimientos geográficos ensanchan el ámbito material del progreso, abriendo nuevas rutas de comercio y de expansión política y económica, y contribuyen decisivamente al intercambio de conocimientos y productos como en el caso de las exploraciones de Marco Polo que levantan el telón del Lejano Oriente sobre el maravilloso escenario de la cultura china y el descubrimiento de América, emporio de

civilizaciones milenarias que guarda en su seno el germen de lo que será el Nuevo Mundo. Del Oriente viene la pólvora a dejar en desuso las armas primitivas y a ampliar el radio de acción de las guerras y las conquistas.

Liberalismo.
La Reforma protestante quebranta la autoridad central de la Iglesia romana e induce al hombre a buscar las grandes verdades por sí mismo, en vez de acatar ciega y ciegamente el dogma. En un orden menos elevado, pero no menos importante para la formación de lo que será el mundo moderno, el protestantismo revoca la condenación de la Iglesia romana contra el comercio y abre las puertas del crédito.

La invención de la imprenta echa por tierra el virtual monopolio que los monasterios ejercían sobre el pensamiento y lo pone al alcance de la demanda popular. Se rompen nuevos límites, se destruyen nuevos mitos y "tabús". El espíritu humano, entumecido, se despereza después de la larga noche.

Más tarde, en el siglo XVIII, los llamados enciclopedistas (Diderot, Montesquieu, Voltaire, d'Alembert y otros), al tiempo de formar una enciclopedia francesa con todos los conocimientos acumulados hasta entonces por el hombre, ofrecen a los que serán progenitores del mundo contemporáneo una visión de conjunto de lo que la filosofía, la ciencia, el arte y las letras han producido. Les facilitan el camino de la investigación y les abren las puertas del intelecto, revisando, examinando, analizando, criticando y catalogando todo cuanto sus manos ávidas recogen.

Los grandes inventos mecánicos (la máquina de vapor, las infinitas aplicaciones del principio de la palanca y de la rueda) derriban las últimas murallas.

Los señores feudales han tenido ya que agruparse desde bastante tiempo atrás en conjuntos cada vez más grandes, para defenderse de esta avalancha incontenible. Van formando así los cimientos de lo que serán

las naciones modernas. Resurge el concepto del Estado nacional caído en las últimas batallas del Sacro Imperio Romano de Carlomagno. Apoyados por la Iglesia, los monarcas se aferran al llamado "derecho divino" de los reyes, y, en nombre de él, ejercen el poder autocrático. Éste es su último baluarte.

Mientras la estructura política y social de Europa sufre estas conmociones, se dejan ya sentir con claridad alarmante, desde los comienzos del siglo XVIII, los efectos de un fenómeno económico profundísimo que acabará, en poco más de cien años, por trastornar definitivamente el orden vigente: la Revolución Industrial.

La aplicación de los inventos mecánicos a la producción de los artículos que requiere la sociedad (cuyo volumen y necesidades crecen constantemente) determina la aparición de nuevas formas de vida y de trabajo.

La tierra cede a la fábrica y al comercio el primer puesto como fuente de riqueza. La riqueza de la tierra, indestructiblemente ligada a las prerrogativas de la aristocracia de sangre, es sustituida por el capital industrial o comercial. La burguesía, compuesta por personas que, sin pertenecer a la nobleza, mueven las ruedas de la actividad económica, se hace dueña de los nuevos instrumentos de producción y se sobrepone a la aristocracia de sangre (la nobleza no trabaja porque eso la rebajaría: el trabajo es cosa de siervos y villanos). El hombre de negocios disputa posiciones al señor. Por otra parte, la fábrica sustituye al taller y en lugar del artesano emerge —con el enorme volumen de su aporte y de sus necesidades— el proletario, que vende su trabajo por un salario. El artesano ya no se agrupará en gremios para defenderse de la competencia de otros artesanos. El obrero se agrupa en sindicatos para defenderse del capitalista.

Estos elementos constituyen el embrión de lo que

será el mercado capitalista moderno, regido por la iniciativa, la competencia, la oferta y la demanda, y también el embrión de los grandes problemas político-sociales de nuestros tiempo.

Son típicos los efectos de esta tremenda transformación en Inglaterra, donde la industria textil inaugura el tránsito de la obra manual a la producción mecanizada. La tierra que se empleaba para producir comestibles resulta ahora mucho más lucrativa como campo de pastoreo para el ganado lanar (las fábricas de tejidos demandan cantidades cada vez mayores de materia prima para saciar el apetito voraz de los telares mecánicos). Hay escasez de alimentos; los labriegos se ven desplazados ("donde había centenares de campesinos ahora hay una docena de pastores y millares de ovejas"). (Los labriegos empujados por la miseria, afluyen a las ciudades, tanto porque ya no tienen nada que hacer en el campo, como porque van en busca de los salarios de las fábricas; pero las fábricas no son suficientes para recibir esta afluencia) y hay desocupación, hambre, problemas de habitación y de higiene. Las ciudades quedan infestadas por una masa flotante de fantasmas que han perdido para siempre el sitio que ocupaban en la tierra y en la historia y que no encuentran todavía un nuevo acomodo; hay revueltas de campesinos. En las fábricas y en las minas de carbón (las máquinas devoran combustible), la situación es literalmente inhumana. Hay empresarios que creen que los adultos ofrecen demasiados problemas, y prefieren contratar niños desde los siete años de edad; para evitar que se alejen del lugar de su tarea, los niños son encadenados a las máquinas y hasta se llega a limarles los dientes para que comar menos. En las minas, hay hombres que no conocen el sol: fueron concebidos y nacieron y mueren dentro de las galerías. La gente que mora allí —monstruosas hormigas de un oscuro mundo infernal— pierde hasta

la costumbre de vestirse. Hombres y mujeres andan poco menos que desnudos. Una de las ocupaciones que se considera adecuada para las mujeres es la de arrastrar las vagonetas en que se saca el carbón. Pero ingeniosos empresarios han descubierto que es más barato hacer galerías de apenas un metro de altura: las vagonetas son también bajas; las mujeres que las arrastran deben, pues, ir caminando a gatas. Por supuesto, no hay leyes sociales. La abundancia de gente que busca empleo permite a los empresarios rebajar constantemente los salarios (basta con echar al obrero que gana más y tomar a otro por menos, salvo que el primero se avenga a la rebaja).

Dice el historiador Toynbee que, todavía en 1840, el salario medio del obrero llegaba a 8 chelines semanales y sus gastos semanales a 14. La diferencia debía ser compensada mediante la mendicidad, el robo y la prostitución. Se trabajaba 11 horas diarias, seis días por semana. En el siglo anterior la jornada era de 16 horas.

Empiezan a amasarse grandes fortunas entre los empresarios. Un economista de ese tiempo (los economistas son también producto de la época), dice que "no hay orden social posible, a menos que el bienestar de la minoría sea producto de la miseria y el sufrimiento de la gran mayoría". Pronto, la necesidad de encontrar nuevas fuentes de materias primas y nuevos mercados dará pie a la búsqueda y conquista de colonias y a las guerras de expansión económica; al "colonialismo" y al "imperialismo". El advenimiento del capitalismo tiene caracteres catastróficos.

La escuela económica mercantilista (la primera que aparece en la historia), cree descubrir que el secreto de la riqueza y el poderío de las naciones reside primordialmente en la acumulación de metales preciosos: oro y plata. El oro y la plata, dice, pueden comprarlo todo: tierra, fábricas, colonias, materias primas, traba-

jadores, ejércitos. Su concepto era estático, fundado en el atesoramiento.

Para acumular oro era necesario hacer lo que hizo Colbert, ministro de Luis XIV de Francia; levantar barreras aduaneras que impidieran la importación de artículos extranjeros (siendo el oro la única moneda internacional, las importaciones se pagan en oro); dar al Estado el control de la producción, tanto para acomodarla a las necesidades del consumo interno como para agrandar esa producción y hacer posible la exportación; regular precios y aun establecer fábricas propias del Estado para contribuir a la producción sin caer en los peligros de la competencia ruinosa, etc., etc. En otros términos, una de las primeras y, para su tiempo, más radicales muestras del intervencionismo estatal. Los resultados no fueron, ni mucho menos, satisfactorios porque el concepto fundamental de la simple acumulación de oro era falso. (En nuestros días ha quedado ampliamente demostrado, entre otros por el ejemplo revelador de la Alemania de antes de la segunda Guerra Mundial, que las naciones pueden enriquecerse sin necesidad de acumular oro.)

Conforme crecen los problemas, surgen nuevas teorías económicas para interpretarlos y solucionarlos. Los fisiócratas —su más grande expositor fue el Dr. Francisco Quesnay, médico de Luis XV— comparan minuciosamente, utilizando un diagrama del cuerpo del hombre, el fenómeno económico con la fisiología humana; y aquí introducen una noción que se anticipa a las concepciones más modernas: la riqueza de una nación —que según ellos está fundada en la tierra antes que en las fábricas— depende de la producción y circulación de bienes, más que de la acumulación de oro y plata. Como el fenómeno económico es un fenómeno "natural", dicen los fisiócratas, lo lógico es dejar que actúen por sí mismas las leyes "naturales", sin aquella intervención del Estado que practicó Col-

bert. El fisiócrata francés Gournay (1712-1759) acuña la célebre fórmula: *laissez faire, laissez passer* (dejar hacer, dejar pasar). Dejar hacer: cancelar las limitaciones del intervencionismo y abrir el campo a la iniciativa individual; dejar pasar: abrir las puertas de las naciones, suprimiendo las barreras aduaneras, de modo que se estimule y active la circulación de la riqueza.

En este punto, y como campeón máximo del *laissez faire, laissez passer* se hace presente el liberalismo económico o teoría de la libertad económica, fundada en la libre iniciativa individual movida por el deseo de lucro; en la libre competencia, reguladora de la producción y de los precios, y en el libre juego de las "leyes económicas naturales" o del mercado.

El más grande expositor o "padre" del liberalismo económico fue Adam Smith, filósofo y economista nacido en Escocia el año 1723.

Su obra fundamental (uno de los grandes monumentos del pensamiento humano) se llama *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, o más, comúnmente, *La riqueza de las naciones*, y trata del nuevo fenómeno que se anuncia en la vida de Europa: el capitalismo.

Frecuentemente, ahora como en vida de Smith, se le han imputado a él todos los vicios del capitalismo. La verdad, empero, es que *La riqueza de las naciones* constituye un análisis de interpretación del fenómeno capitalista tal como se presentaba, y no una justificación de sus métodos.

Como resultado de ese análisis e interpretación, Adam Smith deduce las leyes orgánicas y funcionales del capitalismo. No las inventa, sino que las descubre porque —esto es sumamente importante— la esencia del fenómeno económico, según él y los liberales, es que aquellas leyes son "naturales", existen por sí mismas y se desarrollan por razón de su propia dinámica.

Tan evidente es que Adam Smith no condonaba los

excesos del capitalismo, que dijo, refiriéndose a los capitalistas de ese tiempo: "La cruel rapacidad y el espíritu monopolizador de los manufactureros y mercaderes... [hacen pensar que]... ni unos ni otros, ciertamente, deberían ser conductores de la humanidad." En cuanto a la distribución de la riqueza, escribió: "Ninguna sociedad podrá ser floreciente y dichosa si la mayoría de ella es pobre y miserable."/

El primero de los elementos del mecanismo capitalista, según Adam Smith, es el interés egoísta que, traducido en apetito de lucro, mueve a la iniciativa privada. Frente a la demanda de los artículos que la sociedad requiere para satisfacer sus necesidades, el individuo busca y crea, en ejercicio de la libertad de empresa, la forma (remunerativa para sí) de satisfacer esa demanda; produce aquellas mercancías que los demás desean adquirir, y las pone a la venta. Produce tanto como puede, incitado por el impulso egoísta de acrecentar sus utilidades. Naturalmente, si el productor fuese uno solo, estaría en condiciones de elevar esas utilidades sin medida, pero aquí interviene el segundo elemento del mecanismo: la competencia. Alucinados por los beneficios que obtiene el primer productor, y en uso de la misma libertad de empresa, otros individuos siguen sus pasos y producen el mismo artículo. Tienen que venderlo, porque de eso depende su subsistencia y la prosperidad de sus negocios. La forma de conseguir compradores consiste, obviamente, en ofrecer un producto mejor y, sobre todo, un producto más barato. El primer productor, que ve disminuir su clientela (porque ella está comprando los productos similares más baratos), se ve obligado a reducir sus precios y sus utilidades, y de esta manera, en forma "natural", se establece un nivel razonable de precios que beneficia al consumidor impidiendo la especulación abusiva.

Al fundar su razonamiento, con criterio descarnada-

mente realista, en el interés propio, en el egoísmo del productor, Adam Smith parecía dar justificación ilimitada a un sentimiento antisocial de explotación de las necesidades del consumidor por parte de los productores. Pero, simultáneamente, dejan sentado que la interacción de intereses egoístas sirve como regulador espontáneo y automático.

Sin embargo, podría ocurrir, hipotéticamente, que si hubiera un campo ilimitado para la venta de artículos, fuese posible subir, también ilimitadamente, los precios. Pero tampoco esto es cierto, y aquí surge el tercer factor: la ley de la oferta y la demanda. Ninguna necesidad humana es absolutamente ilimitada, lo que quiere decir que no puede requerirse un volumen ilimitado de determinado artículo dentro de un periodo de tiempo determinado. Por consiguiente, la necesidad del consumidor llega a un punto en que se satisface y deja de existir. Los artículos ofrecidos al consumidor mantienen su precio, únicamente, mientras el volumen de los mismos no sobrepasa el de la demanda. He aquí otro control automático. Porque si los productores han ganado utilidades excesivas que les permiten incrementar en forma desmedida su capacidad de producción, y si el número de productores se ha multiplicado irracionalmente en un renglón determinado, llega un punto en que ya no hay quien compre todo lo que producen. Tienen, pues, que apelar, para sobrevivir, a los expedientes de reducir precios, de reducir la producción, o, finalmente, de buscar nuevos campos de actividad, lo que contribuye a la diversificación de la economía. Desaparecida la congestión anormal, suben los precios y se restablece el equilibrio entre la oferta y la demanda.

Esto, en lo que se refiere a las relaciones del productor con el consumidor. Otro tanto, dice Adam Smith, ocurre en las relaciones del capital con el trabajo.

La capacidad de trabajo de los obreros (el trabajo que pueden vender) constituye un volumen potencial de "servicios" que, lo mismo que las mercancías, está sometido a la ley de la oferta y la demanda.

Cuando los productores elevan sus precios y obtienen buenas utilidades, su natural interés los mueve a aumentar la producción. Para este fin tienen que contratar un número mayor de obreros y pagarles salarios más altos. Pero, alcanzando el punto de saturación del mercado, cuando la oferta de mercancías llega a ser mayor que la demanda, se ven obligados —para mantener sus utilidades— a reducir los salarios y, en último trance, a despedir a los obreros contratados en exceso. Los desocupados pasan inmediatamente a formar un nuevo volumen de oferta de trabajo barato; tanto más barato, cuanto mayor el volumen. Ese trabajo permite a las industrias ya existentes, en otros renglones, ampliar sus negocios, o da margen a la creación de nuevas industrias, incrementándose así otra vez la demanda de obreros.

Dentro del proceso indicado, lo mismo que ocurría con los precios, la ley de la oferta y la demanda ejerce una regulación automática del nivel de salarios, impidiendo que ellos suban desmesuradamente o que bajen fuera de proporción.

Finalmente, Smith analiza las leyes de la acumulación y de la población. En virtud de la primera, las utilidades de una empresa determinan el crecimiento del capital que sirve para expandir la actividad económica. Dicha expansión crea una mayor demanda de trabajadores; se necesitan más y más obreros. Esta demanda, como tenemos visto, hace subir los salarios, y los hará subir hasta un punto en que desaparecerían las utilidades. Pero aquí entra en juego la ley de la población. Al mejorar los salarios, mejoran las condiciones de vida del proletariado y baja el índice de la mortalidad infantil (que en ese tiempo era altísima);

mueren menos niños, aumenta la población y hay más obreros. Por consiguiente, aumenta la oferta de trabajo y los salarios vuelven a bajar a su nivel.

El conjunto y el juego de estos factores fundamentales es lo que constituye el "mercado" capitalista. Las leyes de ese mercado son "las leyes naturales" de que ya hablaron los fisiócratas y que constituyen la médula de la teoría *liberal*, porque esas leyes actúan natural y *libremente*, sin necesidad de intervención alguna por parte del Estado.

El mercado tiene en sí mismo los elementos orgánicos indispensables para su funcionamiento. Está vitalizado por fuerzas permanentes como las que derivan de las necesidades del individuo y de la sociedad y de la codicia del hombre. El hecho de haber quedado satisfechas las necesidades limita y regula el impulso productivo. La coexistencia y la actividad simultánea de varios impulsos de lucro encaminados en el mismo sentido y con los mismos objetivos, o sea la competencia, ponen coto al desborde y señalan una medida adecuada.

El fenómeno es esencialmente dinámico. No hay puntos muertos. La producción tiende a subir mientras hay demanda y, por ende, mientras los precios son relativamente altos. Cuando la oferta se hace mayor que la demanda, los precios tienen que bajar, y con ellos disminuye la producción. Ese descenso continúa hasta que la oferta vuelve a ser menor que la demanda. Al surgir la escasez, el consumidor está dispuesto a pagar más por aquello que quiere adquirir. Eso hace subir los precios nuevamente y sube la producción. Los salarios, y hasta la población, aumentan o decrecen al ritmo de este constante movimiento de flujo y reflujo.

Y ¿cuál es el papel del Estado? De no intervención. Sostenían los liberales puros que cualquier intromisión en el juego de las leyes económicas naturales

(que ellos veían como un mecanismo perfecto que se nutría, se ponía en marcha, se frenaba y se lubricaba a sí mismo, automáticamente), no haría sino alterar su funcionamiento. El interés político encarnado en el Estado "corrompería" la pureza de ese equilibrio que, no obstante estar fundado en factores reales, descarnados, crudamente humanos (el egoísmo, el apetito de lucro) y no en concepciones éticas abstractas como las de los utopistas, lleva a la realización de un ideal superior de "armonía social". Precisamente, el hecho de que los repetidos factores no estén sometidos a la acción de "conceptos" —políticos o morales— variables y dependientes de circunstancias temporales, sería la mejor garantía de su estabilidad y solidez.

Al Estado le corresponderá, cuando más, la tarea de vigilar la seguridad exterior de la nación y la de los individuos (el "Estado gendarme"), y la de efectuar ciertas tareas de beneficio común que, no ofreciendo incentivo de utilidad a la iniciativa privada, deben, de todos modos, ser cumplidas, como la construcción y conservación de caminos y la enseñanza elemental.

Es fácil imaginar que, al hacer estas últimas concesiones, los apóstoles del liberalismo puro (componentes de la que se llamó "Escuela de Manchester") lo hacían con el gesto de repugnancia con que se ingiere una droga de sabor intolerable, pero de imprescindible necesidad.

Adam Smith y sus discípulos frazaron con estos caracteres el cuadro de la sociedad liberal capitalista que en ese entonces sentaba sus reales en el mundo. Examinemos ahora la trayectoria seguida por el liberalismo económico hasta nuestros días y sus perspectivas futuras.

Su aparición, igual que todas las grandes transformaciones ocurridas en la estructura económico-social del mundo, acarrió enormes trastornos.

Así como el marxismo engendró en el terreno político un descendiente legítimo, que es el comunismo leninista, el liberalismo tiene un hijo adoptivo, en el campo económico; un hijo, para su época, no menos revolucionario: el capitalismo.

Tanto los liberales como los marxistas hicieron hincapié doctrinal en el "determinismo", en el carácter ineluctable de las leyes que rigen el mecanismo capitalista. En este sentido, las "leyes naturales" de Adam Smith y sus discípulos no son menos indestructibles e inevitables que el "proceso dialéctico" de Marx y sus continuadores. La diferencia que separa diametralmente a unos de otros es que los primeros ven en aquellas leyes una garantía permanente de desarrollo tendiente a la prosperidad y la armonía, dentro de la sociedad capitalista, mientras que los segundos encuentran en el "proceso dialéctico" la prognosis de la muerte del capitalismo.

Una distinción indispensable para no partir de generalizaciones falsas que conducirían a conclusiones ilógicas es la que diferencia al capitalismo europeo del norteamericano.

El del Viejo Mundo pareció haber seguido con precisión dramática el pronóstico esencial de Marx. Desde luego, ése fue el capitalismo que conoció, estudió, interpretó y diagnosticó Marx. Lo conoció y estudió, además, en la época en que se presentaba y actuaba con la cruda desnudez y la absoluta impudicia de sus primeros años. Aferrado a los principios de la "iniciativa privada", del "incentivo de la utilidad" y de la "competencia", creció desmesuradamente, se levantó sobre Europa como un castillo fantástico en el que moraba una minoría privilegiada (la burguesía que reemplazó a la aristocracia de sangre), pero que tenía los cimientos asentados sobre la arena movediza y rencorosa de la miseria de las grandes mayorías. Se olvidó de éstas, hasta que sintió que

ellas, desde abajo, reclamaban su presa. Hizo del poder político un mero instrumento de defensa de sus intereses. Cuando le faltaron mercados y materias primas, se expandió por el mundo conquistando colonias y subyugando y explotando a pueblos atrasados e indefensos. Cinco sextas partes de la Tierra: América, Asia, África y Australia, enriquecían las arcas de la otra sexta parte: Europa. El Dr. Schacht, presidente del Banco de Alemania, afirmaba en 1926: "La lucha por materias primas desempeña el papel más importante de la política mundial. Un papel más importante aún que antes de la guerra. La única solución para Alemania consiste en la adquisición de colonias."

Las "leyes naturales" no dieron los resultados que de ellas se esperaban. Para comenzar, fueron desnaturalizadas no tanto por la acción del Estado, en un principio, como por obra de los propios capitalistas. Muestra de ellos es la organización de monopolios y cárteles que anularon la libre competencia y dieron carácter artificial a los precios, desvirtuando los efectos de la ley de la oferta y la demanda.

Finalmente —para no entrar en mayores tecnicismos económicos— el capitalismo demostró ser incapaz de frenar oportunamente el apetito de lucro y, por ende, la producción; y el ritmo de funcionamiento y control mutuo de los factores del mercado resultó demasiado lento. Al sobrevenir la sobreproducción, con caída de precios y desocupación, y antes —mucho antes— que hubiese intervenido la ley de la oferta y la demanda como regulador, las depresiones económicas, las crisis, habían hecho presa en la sociedad, con todos sus rigores. Más tarde se acabó por descubrir, como veremos adelante, que si la crisis había sido muy profunda, ya no bastarían las fuerzas solas del mercado, su capacidad reactiva intrínseca, para poner de nuevo a flote la economía, y el Estado tendría que intervenir.

En aquel tempestuoso proceso, las diferencias que separaban a las clases sociales fueron ahondándose progresivamente. Los pobres no eran, literalmente, más pobres que antes; a costa de duras y sangrientas luchas, los primeros sindicatos arrancaron algunas mejoras graduales a las empresas, y la legislación social dio sus primeros pasos. Pero los ricos se hacían tan desmesuradamente ricos y las necesidades de la vida moderna crecían tan rápidamente, que la desproporción entre los extremos del bienestar y la miseria fue adquiriendo caracteres monstruosos.

Como consecuencia de esta ciega carrera autoconstructiva, una buena parte de Europa encaró crisis políticas graves; antes y después de la segunda Guerra Mundial los partidos comunistas tuvieron la oportunidad (no desaprovechada), de hacer grandes cosechas proselitistas. El crecimiento del socialismo en cualquiera de sus matices corresponde, en proporción directa, a la ineptitud del capitalismo para resolver los problemas sociales. Los países europeos que pudieron conservar el esquema democrático y, por ende, frustrar el avance comunista fueron aquéllos donde el capitalismo individualista hermético dejó de ser una realidad irritante; aquéllos, en otros términos, en los que el capitalismo logró adelantarse a algunos de los postulados del socialismo. Cosa muy lógica, si se recuerda que el socialismo fue concebido como un remedio heroico para los males del capitalismo.

El colonialismo está prácticamente acabado. Después de los movimientos libertarios de América en los siglos XVIII y XIX, nuestro tiempo es testigo de la liquidación del colonialismo en Asia y, sobre todo, África.

Otra muestra no menos palpable del fracaso del capitalismo colonialista es el hervor antiimperialista nacionalista y socialista de todos los matices que bulle en la América Latina.

El capitalismo europeo ha acudido en el último de-

cenio a recursos de visionaria imaginación (que examinaremos más adelante), no sólo para salvarse en el presente sino para adelantarse a un esquema económico-social que sobrepasando las fronteras nacionales se esfuerza por abarcar áreas continentales.

En cuanto al capitalismo norteamericano, su inicio fue casi tan sórdido como la de su hermano mayor, el europeo. Lo salvó de algunas de las fealdades que denigraron a este último la circunstancia de que no había en Norteamérica el residuo de servidumbre feudal que quedó en el Viejo Mundo después de la Edad Media. América del Norte era ya tierra de hombres libres, donde tampoco existían las masas indígenas —trabajo barato o gratuito— que los colonizadores españoles encontraron y explotaron en gran parte de las Américas del Centro y del Sur.

Los grandes capitanes de industria, cuyas manos ávidas forjaron la estructura de la inmensa riqueza de los Estados Unidos, actuaban con toda la desaprensión y falta de escrúpulos de sus antepasados europeos. Un descarado imperialismo norteamericano hizo presas indefensas en México, en el Caribe y en el Pacífico. Este ritmo se mantuvo casi inalterado hasta fines de la centuria pasada y principios de la presente.

Pero las depresiones económicas que culminaron en la catastrófica crisis de 1929, ocasionadas por el desenfreno productivo, fueron impartiendo severas lecciones que los norteamericanos supieron aprender, en parte por lo menos. El capitalismo norteamericano comprendió que, para sobrevivir, tenía que modificar sus procedimientos. Así lo hizo, y ésa fue una posibilidad que Marx no había previsto.

En lo individual, apenas queda rastro del multimillonario norteamericano de tiempos legendarios. Un sistema de impuestos proporcionales progresivos a la renta, que se lleva la totalidad de la misma cuando ésta rebasa casi ciertos límites, y los impuestos sobre las

herencias, han dado origen y realidad a un dicho popular: "*From shirt-sleeves to shirt-sleeves in one generation.*" (De trabajar en mangas de camisa a trabajar en mangas de camisa, en una generación.) Los grandes herederos del pasado son hoy curiosidades de folletín.

Las astronómicas fortunas de ayer han dejado de ser una mera acumulación de riqueza personal y asumen una función económico-social de vasto alcance. Los herederos de Rockefeller han llevado a los cuatro puntos cardinales del mundo su obra sanitaria de lucha contra las endemias. El sistema de fundaciones, donaciones y becas de los Guggenheim sirve a estudiosos y artistas de todo el mundo para realizar su tarea por periodos que llegan a tres años sin preocupaciones económicas. Los Carnegie fundaron y sostienen bibliotecas públicas hasta en las más pequeñas ciudades del país. Los Ford han creado centros de estudios sociales para el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores, inclusive en la India, y anualmente donan sumas de muchos millones de dólares para la educación. Casi todas las grandes universidades norteamericanas se sostienen con fondos provenientes de aquellas fortunas. Hospitales e institutos de investigación científica son testimonio de la función social de la riqueza norteamericana.

El más elocuente indicio de que la relación de clase trabajadora a burguesía en los Estados Unidos es muy diferente de la de Europa, es que el proletario norteamericano que debía ser arma viva y multitudinaria de la revolución marxista es un hombre cuyo nivel de vida y, por ende, cuya mentalidad corresponden a los del hombre de clase media europeo y latinoamericano. Como consecuencia, no hay en los Estados Unidos un comunista de masa. Lo hubo en los años de la Gran Depresión (1929-1934). Decreció cuando volvió el bienestar. Actualmente tiene algo así como 16 mil

miembros, en un país superindustrializado de 205 millones de habitantes. Tampoco hay importantes partidos comunistas en Inglaterra o Suecia donde el capitalismo dio paso al socialismo reformista.

El movimiento sindical norteamericano —con 21 millones de afiliados que en general no están ideológicamente comprometidos— ha obtenido y sigue obteniendo de las empresas —por negociación directa que trata de evitar la huelga— una serie de ventajas casi inconcebibles fuera de los Estados Unidos, en materia de salarios y beneficios marginales. El sistema de participación de los obreros y empleados en las utilidades empresarias está generalizado y si bien es cierto que aproximadamente una sexta parte de la población de los Estados Unidos vive todavía debajo del nivel de ingresos “de pobreza” —5 mil dólares por año— el ingreso *per capita* norteamericano es cerca de cuatro veces mayor que el de Francia aunque en este último país ha subido más que en los Estados Unidos durante los últimos seis años.

Sobre la concentración de la riqueza que predijo Marx, hay que tener en cuenta dos aspectos: la propiedad de la riqueza por una parte y su manejo por la otra. Porque ocurre ahora que el poseedor de la riqueza, del capital, no es generalmente quien lo maneja, sobre todo si su cuantía pasa de ciertos límites.

La propiedad se ha ido dispersando en manos de un número cada vez mayor de accionistas, precisamente de aquella clase media cuyo empobrecimiento progresivo, según Marx, debía haber contribuido a la concentración de la riqueza en poder de cada vez menos personas de la alta burguesía. Las cifras que se dan en el cuadro de la página siguiente correspondientes al período 1959-1970 son reveladoras.

Con muy raras excepciones que quedan como ejemplares de exhibición y anécdota, los multimillonarios pilotos personales de sus empresas han desaparecido, especialmente en los Estados Unidos. Los ha reempla-

PROPIETARIOS DE ACCIONES

Clasificados de acuerdo con el nivel de sus ingresos

Ingresos anuales	1959	1962	1965	1970
	en miles			
Menos de 5 000	3 575	3 074	3 183	2 577
De 5 000 a 7 000	3 700	4 384	4 479	3 081
De 8 000 a 9 999	2 221	3 167	3 113	3 152
De 10 000 a 14 999	1 769	3 258	5 199	9 001
De 15 000 a 24 999	700	2 021	2 649	8 272
25 000 y más	319	802	1 147	4 437

(Statistical Abstract of The United States — 1972)

zado la llamada "clase gerencial"² formada por expertos en la refinada técnica (hasta se pretende llamarla ciencia) de la administración de empresas. Son ellos los que, generalmente en equipo, tienen el timón de las gigantescas empresas contemporáneas.

Más allá del ritmo y medida de crecimiento normal, la empresa contemporánea tiene ante sí tres caminos principales hacia las dimensiones de la elefantiasis:

a) El oligopolio que, a diferencia del monopolio, al que nos referiremos después, significa no la absorción total de un renglón de actividad de negocios por una empresa, sino por un reducido número de empresas. El mejor ejemplo es el de la industria del automóvil. Las muchas fábricas que antes hacían automóviles en Estados Unidos han quedado reducidas a "Las tres Grandes": *General Motors, Ford y Chrysler* y una cuarta que difícilmente sobrevive todavía: *American Motors*. Las demás fueron gradualmente eliminadas o deglutidas. Algo parecido ocurre en Europa.

En el fondo, esta concentración no es el sólo resultado del apetito financiero de los más fuertes, sino de

² James Burnham: *The Managerial Revolution*.

las exigencias de la alta tecnología moderna que, en razón de costo de producción, hacen cada vez más difícil, ineficiente y poco lucrativa la pequeña empresa.

b) El "conglomerado" o amalgama de empresas que bajo una administración central, abarcan una gran variedad de actividades de producción y comercio. La *International Telephone and Telegraph Co.* controla 260 compañías en 86 países y se ocupa de cosas tan extrañas entre sí como las comunicaciones telegráficas y radiofónicas, la elaboración de carnes ahumadas, el arrendamiento de automóviles o los planes subversivos para derrocar a gobiernos poco favorables a sus intereses como el de Salvador Allende en Chile.

c) La empresa multinacional (que es la expansión del capital más allá de las fronteras de un país, pero no en la cruda forma del tradicional colonialismo económico, sino mediante la asociación del capital exportado con el de los países recipientes de la exportación). Este tipo de masiva e incontrolada inversión internacional (particularmente de los Estados Unidos en Europa y Japón y de unos países europeos en otros) ha sido una de las causas de los grandes desajustes monetarios de principios de la década del 70, inclusive la devaluación del dólar. Ejemplos extremos, dramáticos, de estas operaciones que llevan al capital y su tecnología por encima de las fronteras geográficas o ideológicas, son las masivas ventas de granos y otros productos de los Estados Unidos o Rusia Soviética, así como la instalación de una fábrica de automóviles en la URSS por la Fiat de Italia. La contraparte probablemente será la venta a los Estados Unidos de gas natural y el petróleo que actualmente se buscan en la Siberia. (Ver *Comunismo*.) Los contactos iniciados por jugadores norteamericanos de Ping Pong con la República Popular de China que culminaron con la visita del presidente Richard M. Nixon a Pekín, son seguramente el comienzo de un proceso de intercambio económico entre áreas del mundo se-

paradas por el dogma político y hasta por acciones de armas (Vietnam, Cambodia, Laos) que comprometen a ambas potencias.

Un fenómeno totalmente imprevisible hace pocos años es el que parece inminente —si acaso no se está produciendo ya— como resultado de la inmensa cantidad de oro (dólares) que los países árabes vienen acumulando por la venta de petróleo, de retorno hacia la compra de acciones de empresas norteamericanas y europeas. Si se toma en cuenta la cuantía de la riqueza de los árabes —decenas de miles de millones de dólares— no queda en el campo de la pura fantasía la posibilidad de que un día adquieran el control de grandes firmas entre las cuales podrían estar las mismas que actualmente explotan su petróleo.

Por lo demás, es un hecho consumado el flujo de capital europeo y japonés hacia los Estados Unidos para compra de firmas industriales y comerciales o instalación de fábricas propias. La industria japonesa, vigorizada por capital y tecnología norteamericana ha invadido el mercado de los Estados Unidos con productos (radios, televisores, cámaras fotográficas, automóviles pequeños, telas de algodón y seda, etc.), de buena calidad y precio más bajo que el de los similares norteamericanos.

Las motivaciones básicas del incentivo de lucro, iniciativa privada, etc., y las leyes del mercado, competencia, oferta, demanda, etc., están sin duda presentes en el fondo de todo este mecanismo desmedidamente grande y complejo del capitalismo contemporáneo. Pero su mecánica, sus efectos secundarios y sus incidencias finales todavía no son totalmente comprensibles ni manejables, como se demostró en los periodos de crisis monetarias de principios de la década del 70, cuando por momentos parecía que ninguna de las medidas adoptadas para controlarlas daba resultado.

Seguramente tenía razón un famoso financiero ale-

mán al decir: "Quizá lo mejor que podemos hacer es dejar que las cosas se ajusten por sí mismas"; o el comentarista norteamericano en cuya opinión "el fenómeno de las empresas multinacionales y los conglomerados es tan nuevo todavía que, más allá de las pérdidas y ganancias, las grandes empresas aún no comprenden los efectos de lo que están haciendo".

Por otra parte, los procesos de integración económica que dan resultados como el Mercado Común Europeo, el Mercado Común Centroamericano, el Acuerdo de Cartagena (principio de integración de la Subregión Andina) o la Alianza Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), constituyen encomiables esfuerzos para encauzar la marcha del fenómeno económico con diques de contención racional: complementar los procesos productivos, por ejemplo, en vez de ponerlos frente a frente en la lucha sin cuartel de la competencia; ampliar los mercados para justificar económicamente la producción, etc. Desde luego, abren una esperanza, más clara, más asequible para los países subdesarrollados y esa esperanza arraigada en la economía tiene una proyección natural y directa hacia la solución de los problemas político-sociales.

La injerencia del Estado en el fenómeno económico es cada vez mayor y más imperiosa. Aun en el país capitalista por excelencia, Estados Unidos de Norteamérica, el proceso que comenzó en 1890 con la Ley Sherman contra los monopolios, sigue en marcha. La política del *New Deal* del presidente Franklin Delano Roosevelt salvó a su país de la crisis de superproducción de 1929. Congeló precios y salarios y limitó severamente las utilidades, y con obras iniciadas por el Estado, como las del valle del río Tennessee, cuyos benéficos frutos se cosechan hasta hoy, dio trabajo a 14 millones de desocupados. Las "leyes del mercado" no habían sido suficientemente eficaces y rápidas para enmendar sus propias fallas, y el Estado tuvo que intervenir.

La lucha contra los monopolios y *trusts* ha sometido desde 1890 a dura prueba la autoridad del Estado frente al poderío económico de las grandes empresas. Éstas se han valido de todos los recursos —incluyendo el soborno político puesto en evidencia en el proceso del escándalo de Watergate— para eludir la acción de la Ley. Pero se han producido decisiones radicalmente desfavorables a verdaderos monstruos del poderío financiero, como la que determinó el fraccionamiento de la Standard Oil en 1911.

A principios de 1973, ocho de las grandes empresas petroleras norteamericanas, cuyos capitales suman 76 mil millones de dólares y que, por su magnitud e influencia, podrían considerarse inmunes, han sido oficialmente enjuiciadas por la Comisión Federal de Comercio por “monopolizar ilegalmente la refinación de petróleo y cosechar excesivas utilidades”. En un comentario sobre la materia se hace notar que las compañías no trataron abiertamente de monopolizar el mercado (lo que las habría sometido directamente a la acción de la Ley) sino que pusieron en práctica lo que los técnicos llaman un “consciente paralelismo” que consiste en “observarse unos a otros para coordinar precios, producción y mercadeo, en forma de no dañarse mutuamente, pero sí crear condiciones que imposibiliten la competencia para los demás. El comentario, añade que “el juicio iniciado contra las ocho gigantescas firmas podrá arrastrarse durante años ante los tribunales, pero podrá, a la larga, significar la más profunda reestructuración de la industria petrolera desde 1911” (cuando se quebró el imperio monopolístico de la Standard Oil). Otra acción semejante se ha iniciado contra tres de las más grandes firmas productoras de acero.

Nada de extraño tiene que presidentes demócratas, progresistas, como Harry S. Truman y John F. Kennedy, hubiesen utilizado y quizá sobrepasado las atribuciones

del Ejecutivo para poner en su sitio a las empresas en momentos en que la actitud de éstas cerraba las puertas a la negociación de aumento de salarios pedida por los sindicatos. Ambos presidentes llegaron a amenazar con la intervención a la poderosísima industria del acero si no daba pie atrás en el propósito de subir sus precios. Pero el propio Richard M. Nixon, republicano, conservador, fervoroso partidario de una libre empresa poco menos que ilimitada, se vio obligado a congelar precios y salarios, regular el crédito, restringir las importaciones y tomar una serie de otras medidas a principios de la década del 70, para hacer frente a la amenaza de una inflación descontrolada y a los efectos de la devaluación del dólar.

Hablar de que hay en Estados Unidos una economía capitalista liberal pura es, pues, incurrir en un error o en una deliberada distorsión de la realidad. Precisamente por haber perdido su "pureza", el capitalismo norteamericano ha logrado no sólo sobrevivir sino llegar al grado de desarrollo en que se encuentra. El capitalismo europeo, menos flexible hasta hace unos quince años, empieza a seguir los pasos del norteamericano y ésa es, en no pequeña medida, una de las causas de la prosperidad de países como Alemania Occidental, Francia e Italia donde el nivel de los salarios y beneficios sociales ha subido considerablemente, de modo que también allí se está iniciando el fenómeno de "aburguesamiento" de la clase proletaria.

Desde la guerra de Corea y últimamente con la de Vietnam, la economía norteamericana ha tenido el estímulo anormal de las necesidades de abastecimiento militar que en cierto momento (principios de los años 60) se calcularon en un 20% del total de los pedidos que recibía de la industria. Habrá que ver de qué manera se compensa la diferencia que se producirá al quedar liquidado el conflicto de Vietnam, Camboya y Laos, sin que la economía norteamericana sufra un grave

quebranto. Piensan algunos expertos que lo más probable es que se compense con inversiones públicas en infraestructura social y económica para evitar las grandes distorsiones emergentes de la *affluent society* como la llama el economista John K. Galbraith.

Adelantándose a lo que en la práctica viene ocurriendo, economistas neo-liberales como John Maynard Keynes dijeron ya por lo menos 25 años atrás que al producirse las depresiones económicas como secuela de las eras de gran producción y prosperidad, la intervención "moderada y temporal" del Estado es necesaria para salvar la economía de un país. En otros términos, que las "leyes naturales" de Adam Smith y la Escuela de Manchester son incapaces, por sí solas, de asegurar la supervivencia del capitalismo. Tan evidente es esto, que antes de haber llegado a las verdaderas *depresiones*, muchas veces el Estado, en los Estados Unidos, ha intervenido preventivamente, para evitar que leves recesiones como las que se experimentaron a fines de la década del 50 se conviertan en catastróficas crisis como la de 1929.

Podrá decirse que ya no puede llamarse capitalismo el sistema dentro del cual el ejercicio totalmente libre e individual de la iniciativa privada y del incentivo de lucro han quedado sustituidos por la acción de organismos amorfos, sociedades literalmente anónimas en las cuales el "espíritu de empresa" del antiguo "capitán de industria", el famoso *entrepreneur* —mitad genio financiero y mitad pirata— está suplantado por la habilidad fría, impersonal y tecnificada de gerentes o profesionales que ni siquiera son propietarios de la empresa; que no puede haber capitalismo propiamente dicho cuando las leyes del mercado son alteradas y distorsionadas por disposiciones legales que fijan precios y utilidades; disposiciones que no permiten un desarrollo ilimitado ni la absorción del más pequeño por el más grande; que permiten la fijación de salarios no por

oferta y demanda en el mercado laboral sino por negociación directa en la que actúan, de igual a igual, el empresario y el sindicato siendo lo más probable que se acepten en su mayor parte las demandas de éste, generalmente con franco y hasta demagógico apoyo del Estado; un mundo, en fin, donde las propias grandes empresas planean su expansión sobre la base de objetivos y parámetros que ellas mismas se fijan, señalándose precios y volúmenes de venta.

Puede que así sea y que el nombre de capitalismo y aun el de neo-capitalismo sean inadecuados, imprecisos, pero parece, a la luz de la experiencia, que sólo podría garantizarse la supervivencia del sistema, a) en cuanto contrariando una de las normas básicas que le señalaron sus teóricos, acepte que el Estado le ayude a moderar sus impulsos y que venga a rescatarlo en las horas de peligro; b) en cuanto sea capaz de "civilizarse" y "humanizarse" y de comprender que sólo el bienestar colectivo, el mayor poder de compra de las grandes mayorías puede dar amplitud, dinamismo y prosperidad al mercado (el mercado del que vive el capital) y apaciguar el espíritu de rebeldía anticapitalista.

En cuanto a la acción moderada y moderadora del Estado, los defensores del capitalismo ven otros peligros remotos: ¿Es posible contar con una intervención del Estado "*racional, moderada y temporal*"? Primero, no es en cierto modo inevitable que, una vez que el Estado interviene parcialmente se produzca una necesidad creciente de intervenir cada vez más amplia y profundamente para ajustar el funcionamiento de los órganos no intervenidos todavía al ritmo de los que ya lo están; y, segundo, la acción impersonal y fría de la nueva "clase gerencial", despojada de los móviles (sobre todo el lucro desmedido) que daban vitalidad y autenticidad "liberal" a los negocios de la libre empresa, ¿no llegará a estratificarse hasta perecer?

Sobre la posibilidad de evolución y creación de nue-

vas formas de capitalismo dice el profesor Joseph A. Schumpeter (*Capitalism, Socialism and Democracy*): "El punto esencial que debe comprenderse cuando se habla de capitalismo es por naturaleza un método de transformación económica y nunca es ni puede ser estacionario"... Añade que el proceso de "mutación industrial que incesantemente revoluciona la estructura económica *desde adentro*, incesantemente destruye la vieja e incesantemente crea una nueva. Este proceso —concluye— de destrucción creadora es el hecho esencial relativo al capitalismo".

De la posibilidad que tenga el capitalismo de mantener y alimentar casi ilimitadamente ese proceso, dependerá su futuro, sobre todo frente a la amenaza de otros sistemas que radicalmente ponen en duda su eficacia para resolver los grandes problemas sociales de la Humanidad.

DEMOCRACIA

¶ *Soberanía popular.* ¶ *Amplitud y flexibilidad de la teoría democrática.* ¶ *Requisitos e instrumentos esenciales de la democracia.* ¶ *Antecedentes históricos.* ¶ *Las revoluciones liberales y la clase media.* ¶ *Evolución democrática.* ¶ *El factor económico.* ¶ *Glosa.*

LA PALABRA “democracia” proviene de los vocablos griegos *Demos*, pueblo, y *Kratos*, autoridad o gobierno.

Frente al “poder divino” que decían encarnar y ejercer los monarcas de tiempos pasados, o a la “predestinación” que invocan ciertas doctrinas en favor de las “minorías selectas”, la democracia propugna el concepto de la “soberanía popular”, o sea, el derecho del pueblo todo a gobernarse por sí mismo, con finalidades que representan el interés de todo el pueblo. En este sentido, la última parte de la oración pronunciada por Abraham Lincoln en el campo de batalla de Gettysburg (guerra de Secesión de los Estados Unidos) contiene una de las más simples y perfectas definiciones de la democracia: “. . .el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo. . .”

Por “pueblo” entiéndese “todo” el pueblo. Pero como no se puede concebir la unanimidad absoluta en las decisiones adoptadas respecto a los intereses colectivos, lo que priva es la decisión de la mayoría. Al respecto, Thomas Jefferson dice: “El primer principio del republicanismo [democracia] es que la *Lex Majoris Partis* [ley de la mayoría] es la ley fundamental de toda sociedad de individuos con iguales derechos; considerar la voluntad de la colectividad, expresada aunque sea por mayoría de un solo voto, tan sagrada como si fuera unánime, es la primera de las lecciones que debe aprenderse, pero la última que se aprende completa-

mente. Cuando se abandona esta ley no queda otra que la de la fuerza, que concluye, inevitablemente, en el despotismo militar."

El hecho de adoptarse la decisión de la mayoría no significa que se prescinda de la minoría. La minoría ejercita también la parte que le corresponde en la soberanía popular, al desempeñar las funciones de crítica y control que incumben a la oposición. Disfruta, además, del derecho expectativo de convertirse, eventualmente, en mayoría. Casi todos los sistemas electorales confieren a la minoría un margen específico de representación en los parlamentos u otros cuerpos colegiados.

La democracia presupone la igualdad de los hombres y su derecho igualitario tanto a ejercer la soberanía popular como a alcanzar los fines que, de acuerdo con los conceptos esenciales de la filosofía liberal, tiene el hombre (véase la introducción al capítulo sobre el liberalismo). Esos derechos están claramente enunciados en el lema de "Libertad, Igualdad y Fraternidad" de la Revolución Francesa, como en la siguiente frase de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica: "... todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, la libertad y la consecución de la felicidad. . ."

El profesor Sabine¹ dice lo que sigue, en relación con la amplitud y el espíritu armónico que deben caracterizar al régimen democrático liberal: "El programa liberal de un gobierno libre y la defensa liberal de sus procedimientos, tales como el sufragio, la representación, la organización de partidos y el control de gobierno por los partidos, surge naturalmente y, al mismo tiempo, depende de la concepción de una sociedad libre que ha logrado encontrar una rela-

¹ George H. Sabine, *op. cit.*

ción eficaz entre el bienestar colectivo y una multiplicidad de intereses privados, de grupo y de clase." Lo cual significa que, así como es inadmisibles la existencia de privilegios individuales, tampoco se concibe el predominio de intereses de grupos o clases a expensas del bienestar colectivo.

Estos conceptos, que concretan el sentido de la ideología democrática liberal, tienen sus antecedentes en las más remotas formas del pensamiento político occidental.

Más que un programa de gobierno, la democracia es una filosofía política que se caracteriza por su elasticidad, por su flexibilidad.

En efecto, no prescribe determinada forma orgánica de gobierno, y se la puede practicar dentro de regímenes político-administrativos tan diferentes entre sí como el republicano presidencialista de los Estados Unidos (donde no hay primer ministro y es atribución del Presidente designar a los miembros del Gabinete), o el parlamentario de Francia (donde el jefe de gobierno es el Primer Ministro que forma el Gabinete o cae con él en virtud de la aprobación o la censura del parlamento), o el "Colegiado" del Uruguay (donde el Presidente era, por turno, uno de los nueve miembros del Consejo Nacional) o las monarquías británica, sueca, holandesa y noruega, para citar únicamente algunos ejemplos notables.

Tampoco, y esto es igualmente importante, prescribe formas concretas de organización económica. Es así como sigue en vigencia la democracia en Gran Bretaña, a través de las transiciones ocurridas en aquel país —alternativamente entre los regímenes socialista y conservador—, y como rige en Suecia, que es, a un tiempo, monarquía y Estado socialista.

Existen también hoy en día las "democracias populares" (dentro del bloque soviético) como expresión "de un régimen político y social en que las masas populares, de trabajadores, tienen acceso realmente libre y

directo al control del gobierno". Además, en la teoría de las "democracias populares", se exalta el concepto de que "la igualdad en los órdenes jurídico y político no tiene valor práctico si no está fundada en la igualdad económica".

En medio de tal flexibilidad, hay ciertos requisitos que, cumplidos, dan sello de autenticidad a un régimen democrático y que, junto con un factor de orden educativo y moral que se mencionará después, constituyen los instrumentos políticos y jurídicos imprescindibles para el funcionamiento de una verdadera democracia:

a) El sufragio o voto popular a través del que se expresa la voluntad del pueblo. Al emitir su voto, cada ciudadano pone en juego, voluntariamente, la parte que le toca de la soberanía popular. Así designa a sus representantes; a aquellos que, en el gobierno, actuarán por él. No siendo posible —dadas las dimensiones de las naciones modernas— hacer que el pueblo delibere y actúe directamente en asambleas públicas como las de Atenas, se utiliza el sistema "representativo" o de "delegación de poder" mediante el cual los gobernantes (legisladores o ejecutivos) ejercen el poder en representación de sus electores, o sea por mandato del pueblo. Por eso también el pueblo, al cabo de un término señalado, puede retirarles la representación, eligiendo a otros ciudadanos para reemplazarlos. Los requisitos esenciales del voto son la libertad y el secreto, para eliminar toda posibilidad de coacción o corrupción.

b) Un estatuto constitucional, o cuerpo fundamental de leyes, que establece y limita los derechos y atribuciones del individuo y del Estado, y las relaciones del uno con el otro, a fin de evitar el abuso de la libertad por parte de los individuos y el exceso de autoridad de los gobernantes.

c) La división de poderes dentro del Estado. Un Estado centralizado tendería naturalmente al autori-

tarismo despótico. Es clásica (desde Grecia hasta nuestros días) la división de poderes en legislativo (el parlamento constituido por los representantes directos del pueblo), que formula las leyes; ejecutivo (el Presidente o Primer Ministro y su Gabinete, así como las diferentes ramas de administración pública) que hace cumplir las leyes; y judicial que administra la justicia para castigar la infracción de las leyes. En la Constitución existen normas fijas e inviolables, en virtud de las cuales los tres poderes cumplen sus respectivas funciones y se controlan entre sí. Normas que, además permiten un constante, activo y estrecho contacto entre el gobierno y el pueblo. Ese contacto es lo que el entonces candidato por primera vez a la presidencia de los Estados Unidos, Adlai Stevenson, llamó apropiadamente en 1952: "El diálogo permanente entre gobernantes y gobernados."

d) La adopción y vigencia de principios fundamentales (establecidos en la Constitución y en las leyes secundarias) destinados a garantizar la vida, la igualdad y las formas capitales de libertad de los ciudadanos: libertad de pensamiento, de culto, de expresión, de petición, de reunión, de tránsito, etc. El ejercicio de esas libertades está condicionado solamente a los superiores intereses del orden social: seguridad del Estado y coexistencia pacífica de derechos individuales. Los derechos de cada uno se extienden, sin trabas, hasta el punto en que pudieran ser lesivos para los derechos de los demás y allí se detienen. El concepto de que esos derechos existen como atributo inherente a la condición humana, y que se deben respetar, constituye la esencia ético-política de la democracia.

Es difícil imaginar ningún espíritu democrático en las sociedades primitivas en las que el miedo, la superstición y la fuerza eran los tres pilares sobre los que se asentaba el poder, y en las cuales ese poder se transmitía, cuando moría el jefe, al individuo que

por la fuerza podía tomarlo, o al heredero del caudillo; esto último, en el entendido de que el espíritu del caudillo sobrevivía en su descendiente. De allí nace el derecho hereditario en que se fundan después las monarquías que, por extensión, dan nacimiento al sistema de castas de sangre. Con la circunstancia, digna de anotarse, de que el simple y juicioso anhelo del hombre primitivo, de ver al *buen* caudillo redivivo en su prole, se desvirtuó totalmente. Ya no sólo heredaba el hijo del buen caudillo, porque su padre había sido bueno, sino simplemente el hijo, por hijo.

La conexión que inevitablemente creyó encontrar el hombre primitivo entre el poder real y los fenómenos incomprensibles de la naturaleza (miedo físico a la fuerza y miedo supersticioso a lo desconocido), sumada al concepto de la herencia, dio origen a las teocracias que ofrecen cuadros tan semejantes en algunos de sus caracteres, a pesar de la distancia geográfica y cronológica que los separa, como las de Egipto y el Imperio de los Incas.

He ahí el "derecho divino" de los reyes elaborado y perfeccionado a través de la Edad Media y prolongado hasta bien entrada la Moderna. Hoy mismo, la coronación de los pocos monarcas que quedan va acompañada de ceremonias reminiscentes de los viejos ritos tribales en los que el mago-sacerdote ungió al jefe de la tribu, confirmando así la condición de éste de depositario del "divino" atributo del poder.

Todo este lapso histórico no ofrece, ni puede ofrecer, antecedente alguno a la democracia.

Es en Grecia, y concretamente en Atenas, donde se enuncian expresamente y se ponen en práctica las primeras nociones y formas de vida democrática.

De un régimen aristocrático se pasó, con el legislador Solón, a una moderada timocracia (división de clases en función de la renta o productividad eco-

nómica del individuo). La timocracia fue ampliando, gradualmente, las bases exclusivistas en que se asentaba el poder político, ya que esas clases diversas, y no sólo en la nobleza, tenían representación proporcional en el gobierno.

En el siglo de oro o siglo de Pericles (v a.c.), la democracia ateniense alcanza sus manifestaciones más logradas. No solamente el gobierno constituye, en su mayor parte, una expresión de la soberanía popular, sino que el pueblo, directamente, discute sus problemas más importantes en las asambleas populares, en que el orador más elocuente puede arrastrar consigo la opinión de la mayoría.

La acción directa del pueblo en dichas asambleas sólo era concebible, desde luego, dentro de las dimensiones geográficas de los Estados-Ciudad. Lo que queda de ellas, o del plebiscito romano, es el referéndum —propuesto por Rousseau a fines del siglo XVIII y adoptado en la mayoría de las constituciones modernas— que consiste en el voto directo que emite el pueblo, a proposición del gobierno, para decidir cuestiones específicas sumamente importantes, en circunstancias excepcionales.

El culto de la razón, el debate libre de todas las ideas y el desarrollo general de la cultura griega contribuyen, decisivamente, a liberar de trabas el espíritu humano y a dar al hombre una clara noción de su valor y de su destino.

Hay que hacer, sin embargo, una salvedad a la democracia ateniense; no todo el pueblo participaba en el ejercicio de las funciones políticas, que estaban reservadas solamente a los ciudadanos de Atenas (nacidos en la ciudad). Los residentes extranjeros o viajeros (metecos) y los esclavos no tenían acceso a tales funciones. Pero, ¿por qué sorprenderse de ello? Hoy mismo, en las democracias más avanzadas, se establecen distinciones entre los derechos del "ciudadano" y los del ex-

tranjero. El derecho de voto está también limitado por razones de edad o sexo, de alfabetismo, o por cumplimiento previo de ciertos deberes como el pago de impuestos o el servicio militar.

Finalmente, aunque ni la Constitución ni las leyes secundarias lo hubieran legalizado nunca, un prejuicio racial consuetudinario que ahora está a punto de ser liquidado puso durante casi doscientos años a grandes masas de población negra al margen de los derechos electorales y de las funciones públicas en los Estados del Sur de los Estados Unidos, problema del que volveremos a ocuparnos más adelante.

Entre los grandes filósofos clásicos, Platón, en su República ideal, admitía la división de clases, asignando a los mejores, los sabios, las funciones de gobierno, y las tareas manuales a los menos capaces y menos educados. Las relaciones entre las clases, empero, debían estar inspiradas en principios de justicia y respeto mutuo.

Aristóteles, más que formular el sueño de un Estado ideal, se ocupa de los problemas prácticos de la política; del arte del gobierno. Sostiene "que la mejor forma de gobierno es aquella en que todos los individuos actúan en la vida política". Justifica, empero, la esclavitud, como una necesidad para el cumplimiento de ciertos servicios dentro de la vida colectiva, y cree que los sabios y los poseedores de fortuna deben ser los que gobiernen. Es partidario de la división de poderes y distingue formas "puras" e "impuras" de gobierno, entendiendo que las primeras son las que tienen como objetivo el bienestar general, mientras que pertenecen a las segundas las que significan abuso de poder en beneficio de sólo una clase social, aunque ésta sea la de los desposeídos.

El gran progreso de Roma en materia jurídica (el derecho romano es todavía fundamento de gran par-

te de las legislaciones contemporáneas) aporta elementos doctrinales muy valiosos al desarrollo de la democracia, entre ellos el concepto de la igualdad ante la ley y el de la representación o delegación de poder.

Dos pensadores griegos, Panecio (filósofo estoico) y Polibio (historiador), introducen en Roma conceptos "humanitarios" que influyen profundamente en las ideas de los estoicos latinos y a través de ellos en la concepción política romana de la sociedad y del Estado.

"La unidad de la raza humana, la igualdad entre los hombres y por ende la justicia en el Estado, el igual valor del hombre y la mujer, el respeto por los derechos de las esposas y los hijos, la benevolencia, el amor, la pureza en la familia, la tolerancia y la caridad hacia nuestros semejantes, la humanidad en todos los casos aun en la terrible necesidad de castigar a los criminales con la muerte, son las ideas que llenan los libros de los estoicos más avanzados". (Jacques Denis: *Historia de las teorías y de las ideas morales en la antigüedad*. Citado por George Sabine, *op. cit.*).

El concepto de la "Ley natural" que se funda en el "orden divino" que rige el universo y en la "recta razón" y la "naturaleza social" del hombre, hace también un aporte sustancial al desarrollo de ideas afines al esquema democrático, que se materializan en disposiciones gubernamentales como el famoso "Edicto de Caracalla" por el cual en el año 212 d.c., se reconoce la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del Imperio y no solamente a los de la ciudad y sus alrededores.

Las luchas entre el patriciado (casta aristocrática) y la plebe (sector popular remotamente precursor de lo que será más tarde la clase media), se reflejan en los diferentes grados de autoridad que, alternativamente, se confiere al Senado (patricio) y a los Comicios o plebiscitos en los cuales se reúne el pueblo, agrupado en curias o centurias, para dar asentimiento o negativa,

sin discusión, a las medidas del gobierno que propone el magistrado, tribuno o cónsul. Y tales luchas, que se inician en la monarquía romana, adquieren su mayor intensidad en la República y desaparecen con el Imperio, son también un presagio de la larga batalla mediante la que, en tiempos modernos, la clase popular irá despojando a la aristocracia de sangre de sus tradicionales privilegios.

Luego viene el cristianismo que mina desde las catacumbas la arquitectura de la Roma imperial y levanta en cambio el edificio de una nueva ética basada en la igualdad de los hombres ante Dios, del desprendimiento de los bienes terrenales, del amor al prójimo y de la caridad (*véase el capítulo del socialismo cristiano*). He aquí una contribución indirecta al desarrollo de la filosofía democrática.

Sin embargo, cuando sobre los escombros de Roma se levantan los castillos feudales, el cristianismo, que pudo ejercer una influencia democratizante definitiva, "queda demasiado envuelto en los intereses del poder temporal", y pierde contacto con la gleba, la tierra, donde trabajan y sufren los siervos, también hijos de Dios.

Los Padres de la Iglesia, San Agustín y, mucho después, Santo Tomás de Aquino aplican su genio tanto a coordinar los postulados del racionalismo griego con el dogma cristiano, como a buscar fórmulas de relación entre el poder divino y el poder temporal —la Iglesia y los gobernantes, respectivamente—, reservando a aquélla el *desideratum* supremo.

Dice San Agustín que "el gobernante representa la voluntad de Dios en la tierra", y añade que "no hay justicia en los Estados no cristianos". Justifica la esclavitud "como un reflejo de la caída del hombre". Pero, por supuesto, la esclavitud sólo afecta al cuerpo. El alma es siempre libre. Y, para el cristianismo, el alma, y no el cuerpo, es lo importante. Lo que no está

claramente explicado es por qué sólo los esclavos tienen a su cargo la dura tarea de simbolizar y llevar sobre los hombros las consecuencias de la caída del hombre.

Frente al desorden y la descentralización del feudalismo, Santo Tomás es partidario de la autocracia centralizadora y del derecho divino de los monarcas. Sostiene que los gobernantes cumplen un mandato divino, en sentido de que la verdad y la justicia sólo se alcanzan por la razón y mediante la fe, en cuyo orden únicamente la Iglesia es competente. Por tanto, la excomunión decretada por la Iglesia contra un gobernante puede liberar al ciudadano de sus obligaciones para con aquél. Todo, inclusive el Estado, forma parte del sistema universal en que creía Santo Tomás, en cuya cúspide, por sobre la razón, y "como receptáculo de la revelación divina, está la teología cristiana".

No es, pues, concebible que en medio de este ordenamiento dogmático cuya suprema dirección concierne a Dios, hubiese quedado mucho margen para ninguna teoría ni práctica política que, como la democracia, pretendiese dar al hombre y a su razón el arbitrio final sobre los destinos de la colectividad.

En el seno de las corporaciones o gremios se practicaban formas rudimentarias de democracia, ya que, si bien existían las categorías claramente diferenciadas de maestro, oficial y aprendiz, esas categorías no eran infranqueables; podía pasarse, posiblemente, de una a otra. Y gracias a la especie del fuero particular de que los gremios disfrutaban en algunas partes de Europa, administraban justicia igualitaria entre sus miembros y cuidaban de sus intereses con miras al bienestar general.

Estamos en las postrimerías de la Edad Media, y el mundo occidental se apresta, con el ejercicio intelectual del Renacimiento, para la dura jornada de los tiempos modernos.

En 1215, sus propios condes y barones obligan al

rey de Inglaterra, llamado Juan sin Tierra, a firmar la Carta Magna, primera forma de constitución política de que se tiene noticia en el mundo. Mediante la Carta, Juan sin Tierra acuerda a los "ingleses libres" todas las libertades. Declara la independencia de la Iglesia y así debilita, por primera vez el nudo metafísico laboriosamente atado durante la Edad Media entre el poder divino y el temporal. Limita las facultades del soberano para crear impuestos o exigir servicios militares. Prohíbe el arresto de los hombres libres, sin causa justificada. Restringe considerablemente los derechos feudales. Todo ello constituye un paso trascendental en la historia de la democracia.

A partir del Renacimiento y hasta el siglo XVIII la historia de la democracia se confunde con la del liberalismo. En efecto, este último revalidador de la razón, de la libertad y la dignidad del ser humano fue por excelencia el encargado de sentar las bases filosófico-políticas de lo que sería la democracia moderna. (Véase, en el capítulo referente al liberalismo, de qué manera el influjo múltiple del Renacimiento, la Reforma, los grandes descubrimientos geográficos, la Enciclopedia, la Revolución Industrial y las invenciones tecnológicas acabaron por conformar el pensamiento democrático-liberal.)

Sobreviene en este punto el largo y fructífero proceso de reajuste de las instituciones políticas inglesas, ocurrido en el transcurso del siglo XVIII, a través de la turbulenta historia de Inglaterra.

Los privilegios de la monarquía y de la aristocracia fueron desmoronándose gradualmente para dar paso a un sistema cada vez más completo de libertades y garantías y una injerencia cada vez mayor del pueblo en el gobierno.

El *habeas corpus* (extraordinaria conquista jurídica que hasta hoy constituye el último recurso contra la tiranía y el exceso de autoridad) tuvo su origen en 1628,

y fue sucesivamente revocado, modificado y desconocido en la práctica, hasta 1679, cuando se lo confirmó definitivamente en la plenitud de sus alcances. Un individuo puesto en prisión sin las formalidades legales invoca el derecho o recurso de *habeas corpus*, y la autoridad que dispuso el arresto arbitrario tiene obligación de poner en libertad al preso o de entregarlo a la autoridad competente que, de inmediato y so pena de severas sanciones, debe decretar su libertad o iniciar, con causa indudablemente justificada, el procedimiento judicial correspondiente.

Por otra parte, después de la deposición de Jacobo II por Guillermo III de Orange se produjo, a partir de los años 1688-1689, una verdadera revolución en las mencionadas instituciones políticas inglesas. Se declaró inconstitucional el derecho del rey para suspender la vigencia de las leyes y la formación de ejércitos sin autorización del Parlamento; se garantizó el derecho de petición de los ciudadanos y la libre elección de los miembros del Parlamento, así como la libertad de palabra en el seno del mismo. Se crearon los jurados para la tramitación de juicios y se estableció la inamovilidad de los jueces; la prensa fue declarada libre y quedó abierto el camino para determinar y demandar la responsabilidad de los altos dignatarios del Estado, etcétera.

En el Parlamento inglés, madre de las instituciones democráticas británicas, y modelo parlamentario para el mundo entero, inicióse la lucha tenaz y constante que, a lo largo de más de un siglo, fue restando poder a la aristocracia de sangre (representada por la Cámara de los Lores), para dar poder cada vez mayor (actualmente casi absoluto) a la Cámara de los Comunes, elegida por el pueblo sin distinción de clases. Y esta lucha es representativa de lo que ocurría en el resto de Europa, frente a las monarquías absolutas que regían los Estados Nacionales establecidos al concluir la

Edad Media, cuando los señores feudales, forzados por la necesidad, fueron agrupando sus tierras y vasallos en núcleos más y más grandes.

Cimientos de valor definitivo para el edificio de la democracia moderna construyeron John Locke (inglés) en la segunda mitad del siglo xvii y posteriormente Juan Jacobo Rousseau (francés), en virtud de la concreción que dieron al concepto (ya enunciado anteriormente) del "contrato social". Sobre todo el segundo, en su obra titulada precisamente *Contrato social*, sostiene que la autoridad del Estado y la fuerza de las leyes no pueden tener otro origen intelectual y moralmente válido que la voluntad del pueblo: que el gobernante no es sino un mandatario de la soberanía popular; y que la forma ideal de gobierno es la República, en la cual los representantes del pueblo discuten y aprueban las leyes. En cuanto al "contrato" como base de la sociedad, Rousseau dice que solamente "el acuerdo y el consentimiento" colectivos pueden justificar la convivencia social por una parte, y la autoridad del gobierno, por otra. El contrato social significa que "cada cual, dándose a todos no se da a nadie en particular; y como no hay ningún asociado sobre el cual no adquirimos los mismos derechos que concedemos sobre nosotros mismos, resulta que adquiramos a nuestra vez el equivalente de todo lo que perdemos, y más fuerza y poder para preservar lo que tenemos".

No es extraño que estas ideas, desarrolladas por los *Enciclopedistas* franceses uno de los cuales era el propio Rousseau (*ver Liberalismo*), hubieran formado parte de la plataforma ideológica que sirvió como base de sustentación para la Revolución Francesa y la Norteamericana así como para las luchas de independencia de la América Latina.

El siglo xix fue fecundo en fenómenos político-sociales. Surgieron entonces, con su filiación definitiva e inconfundible, el comunismo marxista y la demo-

cracia liberal. El suelo cargado de potencias germinales del que nacieron aquellos enormes troncos ideológicos cuyo follaje proyecta sombras hasta nuestros días fue finalmente preparado, arado y abonado con los productos y residuos de la Revolución Industrial. El aspecto económico de este proceso está tratado en el capítulo del liberalismo. Mencionaremos aquí un fenómeno socioeconómico y dos hechos históricos. Los tres, igualmente trascendentales, afectan directamente el rumbo, la historia y el destino de la democracia.

Primero, el fenómeno socioeconómico: el nacimiento de la clase media. El vacío que antes separaba a la aristocracia de la "gleba" de la Edad Media o del incipiente proletariado que incubaron las fábricas de la Revolución Industrial fue ocupado por este nuevo grupo social que se apoderó paulatinamente de los instrumentos de producción, creando y manejando el capital. La aristocracia, ligada a la tierra, no trabajaba. Eso era indigno de ella. Por otra parte, la tierra perdía su papel preponderante como fuente de grandes riquezas. La burguesía empezó pronto a prestar dinero y a hipotecar a los nobles; luego compró títulos nobiliarios y, finalmente, cuando la nobleza resultó un obstáculo para la expansión incontenible de sus planes, la eliminó políticamente. Tanto la democracia como el liberalismo económico fueron armas apropiadas, y como hechas a la medida, para la clase media, porque le abrían los horizontes del poder político sin limitaciones de clase, y los caminos de la fortuna sin las vallas del privilegio de sangre.

La Revolución norteamericana (1776) y la Revolución francesa (1789) fueron fenómenos típicos de esa subversión de la clase media. En los Estados Unidos, la revolución sirvió para echar abajo, en la tierra franca y fértil de un nuevo mundo, las trabas económicas erigidas por la metrópoli (Inglaterra) en el camino de los hombres que se habían jugado la vida por la libertad.

En Francia, el largo preparativo filosófico y económico del liberalismo culminó con la conquista, en las calles de París, del derecho del hombre a pensar y a enriquecerse. Se decapitó, para ello, a una nobleza decadente, estéril y ciega, que apenas logró hacer acopio de fuerzas para morir con dignidad. Los desarrapados, los *sans-culotte* que lucharon denodadamente por la revolución no vivieron lo suficiente para saber que aquella revolución no era realmente la suya sino una clase media, de burguesía, que no cambiaría su condición de *sans-culotte*.

Lo cierto es que Estados Unidos proclamó la Constitución y el Estatuto de Derechos, y Francia lanzó aquella clarinada de "Los Derechos del Hombre" y el lema de "Libertad, Igualdad y Fraternidad" que resonaría en todos los confines del planeta, anunciando la liberación definitiva de la clase media.

Las heroicas guerras libertarias de América Latina, en los siglos XVIII y XIX, y el laborioso proceso (evolución unas veces, revolución las más) con que desde entonces hasta hoy el individuo ha venido buscando en todo el mundo la reafirmación de sus derechos, y el pueblo el ejercicio de su soberanía, completan el cuadro histórico de la democracia.

Si las calles no se ensangrentaron con esa lucha, el campo de batalla fue el parlamento donde se dictaron leyes cada vez más liberales, combatiendo ya no la aristocracia de sangre sino —esta vez— a la burguesía atrincherada en su poder económico. Revolucionaría en los dos siglos anteriores, le tocaba ahora, a la burguesía liberal, defender los bastiones de sus conquistas. Proceso inevitable, en el que "los revolucionarios de ayer son los conservadores de hoy" para retener lo que ganaron con la revolución.

En el curso de la segunda Guerra Mundial, el presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, por muchos conceptos símbolo de democracia evo-

lucionada y de liberalismo económico humanizado, hizo una valiosa contribución al ideario democrático.

Entre las "cuatro libertades" que proclamó en su mensaje al Congreso de 1941 como bandera de la campaña contra el nazismo y el fascismo, incluyó la "liberación de la necesidad". (Las otras tres: libertad de expresión, libertad de culto, liberación del miedo.)

¿Cuál es el valor de ese enunciado aparentemente insignificante?

Recordemos que la democracia, navegando entre conceptos jurídicos, políticos y éticos, se había ocupado para asegurar la proclamación y el ejercicio de derechos que se referían a la libertad, a la justicia igualitaria, a la anulación de los privilegios de casta, etc. Pero, imbuida de la doctrina liberal, no había tocado el aspecto económico, en el entendido de que cuantas menos intrusiones se crearan en el libre juego de las llamadas leyes naturales del mercado, mayores probabilidades tendría el individuo de alcanzar su bienestar.

El tiempo se encargó de demostrar que aquella no era una verdad absoluta. El oleaje del capitalismo liberal no siempre llevaba al hombre a las playas de la abundancia. Frecuentemente, muy frecuentemente, lo ahogaba en el violento flujo y reflujo de la prosperidad y la crisis; y lo ahogaba, además, en masa.

La "liberación de la necesidad" viene a corregir esa falla de los planteamientos democráticos liberales. El hombre no sólo tiene derecho a ser libre (lo que equivale, muchas veces, al dudoso privilegio de morir libremente de hambre). Tiene también *derecho*, un derecho inherente a su condición de hombre y de ciudadano, a liberarse de la necesidad, en vez de que esa liberación sea un simple accidente que puede o no ocurrir en la evolución del fenómeno económico. Así como a la justicia, tiene derecho al pan de cada día. Porque si es cierto que "no sólo de pan vive el hombre" —como reza el viejo refrán— no es menos cierto que ninguna

doctrina política, moral o religiosa ha inventado todavía la forma de vivir sin pan.

La democracia no puede, pues, limitarse a la contemplación estática de sus altas concepciones ético-jurídico-políticas, sino que, en respuesta a una demanda perentoria, tiene que ahondar hasta la entraña del problema económico.

Este es el sentido que en los últimos tiempos se da a la "democracia social". Los partidos democráticos que en el Viejo y en el Nuevo Mundo muestran visión y sensibilidad respecto al problema económico de las grandes masas adquieren creciente prestigio y son, realmente, los únicos que pueden levantar, con crédito y con probabilidades de éxito, la bandera política de la democracia.

Es digna de anotarse la extraordinaria amplitud del ideal democrático. Tan es así que, excepción hecha de las tendencias aristocráticas (sin valor en la actualidad) y del nazifascismo (partidario de las "minorías selectas"), todas las corrientes políticas, así las democráticas propiamente dichas como las socialistas, convergen hacia la meta final de realizar formas democráticas de organización social. Los propios comunistas critican y atacan a la democracia liberal precisamente "por no haber cumplido una función verazmente democrática" y haber defraudado a las grandes mayorías al vincularse con el sistema capitalista. Se proponen superar dicho estadio de la evolución política con objeto de alcanzar —lo dice textualmente el *Manifiesto comunista*— lo que ellos consideran la verdadera democracia, en la sociedad sin clases. Sigue, pues, vigente el ideal democrático aunque, según los marxistas, una mala forma de democracia hubiera fracasado.

Y es indudable que el ideal democrático, en su esencia conceptual, encierra las mejores, más amplias y elevadas aspiraciones del hombre, considerado como individuo y como parte integrante del organismo social.

En su día, la democracia liberal sirvió a la humanidad para dar uno de los pasos más decisivos de progreso. La sacó, merced a ese paso, de las sombras del mundo medieval proyectadas todavía sobre la Edad Moderna, rompiendo las cadenas del dogmatismo y del sistema de clases que prolongó su vigencia a lo largo del periodo de formación y consolidación de los nuevos Estados nacionales.

El liberalismo determinó la gran revolución del pensamiento oprimido por el dogma y, asimismo, la revolución que echó por tierra, para siempre, el monopolio de la aristocracia de sangre sobre el poder político. Como autores de tales hazañas, los liberales se ganaron, en un terreno, el título de "ateos" y, en otro, el de "subversivos" y destructores del orden social. Fueron también debidamente excomulgados, lo que parecería ilustrar el audaz aforismo de Bernard Shaw: "Todas las grandes verdades empiezan a ser blasfemias."

Gracias a las instituciones democráticas (aunque fueran incipientes), el hombre adquirió una libertad y una noción de su dignidad que no había conocido nunca, salvo quizá, y en medida relativa, en Atenas. Aprendió a orientar su propio destino, sin que para ello fuera obstáculo la posición que ocupara en la sociedad. Si al adoptar decisiones procedió o no acertadamente es cuestión aparte, dependiente de un factor que examinaremos después. Lo que importa es que tomó posesión de la materia prima de ese destino; se evadió para siempre de situaciones en que su suerte, como la de un rebaño, era barajada por otros, que para ello, invocaban poderes divinos o prerrogativas hereditarias.

Pero en el imperio de la decisión mayoritaria —sustancia y fuerza motriz de la democracia— los que la detractan creen también ver su debilidad. Las preguntas que hacen son éstas: ¿Es siempre la decisión de la mayoría la más sabia? O, dicho de otro modo ¿Es lo mayoritario garantía de excelencia? ¿Es justo que en

nombre de la igualdad entre los ciudadanos —ninguno, como tal, es mejor que otro— el voto de un hombre honorable, culto y consciente de sus responsabilidades, tenga exactamente el mismo valor que el de un ignorante, un irresponsable? Y ¿Es efectivo que las mayorías propiamente dichas intervengan en el acto electoral, base misma de la función democrática?

El argumento de que el gobierno es solamente un instrumento de las clases poseedoras, empleado por éstas para explotar a las clases desposeídas, parece rebatido por los hechos ocurridos en el curso de los últimos 50 años. En forma constante, los partidos políticos representativos de las mayorías populares han venido conquistando posiciones de predominio en los parlamentos y su influencia se ha hecho ya decisiva.

Esto significa dos cosas: primera, que el acceso a las funciones de gobierno es realmente libre y que cualquier maniobra realizada para obstruirlo es ineficaz y simplemente accidental, aun dentro de sistemas imperfectamente democráticos; segunda, que al desempeñar las funciones de gobierno, el pueblo va adquiriendo la educación política y la experiencia necesarias para dar a sus decisiones (las decisiones mayoritarias) mayores probabilidades de acierto, ya que las consecuencias de los yerros tiene que sufrirlas, inevitablemente, el pueblo mismo. ¡Penoso camino de experimento y prueba de la que no puede prescindirse ni en la política ni en ninguna otra forma de progreso!

Es cierto que determinados grupos sociales interesados en conservar sus privilegios ven con alarma que el pueblo ("el bajo pueblo") se eduque y se ponga en situación de exigir sus derechos. La condición en que, por espacio de siglos, se ha mantenido a las masas indígenas de Sudamérica no puede sino constituir una dramática muestra de ello. Pero por fortuna, la conciencia política contemporánea, así como los modernos medios de comunicación y difusión del pensamiento, se

prestan cada vez menos a la empresa de levantar o conservar murallas de ignorancia en torno al pueblo.

La educación es, pues, un requisito indispensable para el pleno y verdadero ejercicio de la democracia. Puesto que es el pueblo mismo el que ha de gobernarse, nada más lógico que el pueblo cuente con capacidad para el desempeño de tan difícil y seria tarea.

El incumplimiento de ese requisito ha producido —en gran parte— las fallas de la democracia. Pueblos educados como Suecia o Suiza lograron salvar y adelantar sus instituciones democráticas en grado extraordinario. Otros —América Latina ofrece ejemplos contundentes— han sufrido las consecuencias de una tremenda falsificación: democracias ficticias, en las que la mayoría del pueblo no ejercía su soberanía. Hicieron presa de esas naciones —nada menos que en nombre de la democracia— los intereses creados, la fuerza militar o la demagogia.

Educación, en este lato sentido, no significa exclusivamente alfabetización. La alfabetización es insuficiente o, peor todavía, da resultados contraproducentes cuando le falta una sólida base ético-política. No sirve, en efecto, sino para leer el fácil y tentador mensaje de la demagogia, o para firmar los múltiples documentos mediante los cuales, en los turbios ajetreos de la política militante, se enajenan y malbaratan los intereses colectivos.

Parafraseando una cita consignada al principio de este capítulo, es importante repetir que esa ética contiene una primera enseñanza que debe asimilarse para poner en juego la democracia: saber perder. La promesa que encierra la filosofía democrática podrá cumplirse solamente en la medida en que pueda darse una respuesta afirmativa a esta simple pregunta: ¿ha aprendido el sector que pierde en las elecciones a aceptar su derrota?

Ésta es, afirman los campeones de la democracia, la primera lección del ideario, pero también la última que

se practica. Los resultados de jugar a la democracia sin estar dispuestos a cumplir esa dura y fundamental regla del juego forman el catálogo de las trampas con las cuales fulleros de todo jaez han desvalijado a la fe democrática.

A este respecto, dice el filósofo inglés Bertrand Russell: "La democracia fue concebida como un recurso para conciliar al gobierno (como expresión de fuerza opresiva) con la libertad. Creo firmemente en la democracia representativa como la mejor forma de gobierno de que pueden disfrutar quienes tengan la tolerancia y el dominio propio requerido para hacerla prosperar. Pero los partidarios de la democracia cometen un error si creen que puede ser aplicada en países en los que el ciudadano medio no ha tenido todavía preparación en el juego de saber dar y saber recibir golpes, que en la democracia es indispensable."

He aquí un tema al que habitualmente no se concede la importancia que tiene, cuando —como en el caso de la América Latina— se busca el porqué de las fallas de la democracia: el papel que le corresponde a la oposición. Es usual y ciertamente fácil imputar la quiebra del proceso democrático al despotismo de los gobiernos; al exceso de autoridad que conduce a la violación de los principios éticos, jurídicos y políticos que regulan la marcha del delicado mecanismo de la democracia, cuyas ruedas y resortes sólo pueden funcionar con precisión dentro de un perfecto equilibrio de fuerzas y factores.

Pero, ¿qué puede hacer un gobierno, por bien intencionado que sea, frente a una posición que, para empezar, no acata el fallo electoral y que luego, en vez de apelar a los recursos que ofrece el régimen parlamentario en espera de las próximas elecciones, se consagra con devoción casi mística a la tarea conspiratoria?

La oposición que se concreta a combatir el despotismo con métodos ilegales da lugar a un mayor despo-

tismo para contrarrestar la conspiración, y así se crea el círculo vicioso en que han venido girando muchas seudodemocracias.

La oposición tiene, pues, una responsabilidad tan grande como la del gobierno en la preservación del orden democrático. Y, si realmente se desea ese orden, habrá que repudiar la falsa noción de que toda forma de oposición es "heroica" frente al "despotismo" gubernamental. Porque frecuentemente en el proceso de descomposición de la democracia, junto con el factor de un despotismo gubernamental está también presente el de una oposición irresponsable. Hay interacción negativa entre ambos.

La cualidad de amplitud y flexibilidad de la filosofía democrática, que le permite adaptarse a las más variadas estructuras gubernamentales y convivir con diferentes modelos de sistemas económicos, da como resultado que tanto sus buenos resultados como sus penurias pueden provenir de muy diversos campos.

Hemos mencionado algunos de los buenos resultados obtenidos en Europa. Las penurias y vicisitudes tienen orígenes tan extraños como por ejemplo Chile, donde a principios de la década del 70 se libra una lucha a muerte entre las instituciones democrático-liberales sobrevivientes de una larga tradición, y el régimen económico-social marxista del presidente Salvador Allende. Si en último trance dichas instituciones sucumben, su perecimiento no será imputable a una falla orgánica de las mismas, sino a la incompatibilidad de la práctica democrática con las imperiosas exigencias de una profunda revolución cuya inspiración ideológica incluye la lucha de clases y, como necesidad imprescindible aunque transitoria, la dictadura del proletariado. (*Ver Marxismo y Comunismo.*)

Coyunturas dramáticas viene encarando la Democracia en los Estados Unidos de Norteamérica desde fines de la década del 50 hasta los primeros años de la del 70.

La segregación tradicional de la población negra (aproximadamente el 12% del total) se ponía de manifiesto especialmente en los estados del Sur en una gran variedad de aspectos irritantes y, por supuesto, contrarios a los más elementales principios de la Democracia, como por ejemplo: limitación para el uso de los medios de transporte público, con secciones separadas para blancos y para negros en los autobuses y tranvías; la misma separación en los hoteles; restaurantes y hasta teatros; escuelas, colegios y universidades igualmente separados; limitación prohibitiva en el ejercicio de los derechos políticos, que no permitía a los negros elegir, ser elegidos ni ocupar puestos que pasaran de un nivel subalterno, etcétera.

Esta situación moralmente intolerable dio origen en la década del 60 a explosiones de violencia racial en los suburbios negros (*ghettos*) de varias ciudades, con saldos de muertos, heridos y manzanas urbanas enteras incendiadas.

Junto con estas manifestaciones de agresiva revancha que culminaron con la formación de grupos militantes como los *Black Panthers* (Panteras Negras), radicalmente revolucionarios contra la "supremacía blanca" y los esquemas políticos que la sustentan, se desarrollaron corrientes de resistencia y protesta pasiva. Centenares o miles de negros (y simpatizantes blancos) simplemente se sentaban en el suelo de locales en los que se practicaba la segregación racial o en las calles y caminos (*Sit-in*). O hacían desfiles y "marchas" que en algunos casos llegaron hasta Washington, encabezados por dirigentes como Martin Luther King, finalmente asesinado por terroristas reaccionarios sureños. Este hecho pareció dar la razón a los partidarios de la acción violenta como los *Black Panthers* y otros partidarios del *black power* (poder negro).

Coincidió esta tensa situación con el movimiento juvenil de tónica generacional e izquierdista que se pro-

pagó por todo el mundo y tuvo su mayor efervescencia en Francia y Alemania en 1968, propugnando una radical reforma universitaria; en son de protesta contra la injerencia imperialista de los Estados Unidos y la complicidad de las potencias europeas en la guerra de Vietnam y contra las "caducas estructuras demoburguesas".

Como reacción contra este tipo de movimientos en los Estados Unidos se produjo el brutal asesinato de cuatro estudiantes en la Universidad de Kent, por fuerzas de la Guardia Nacional, en circunstancias en que los universitarios hacían una manifestación pacifista (y pacífica).

La infortunada injerencia de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam puso a prueba la consistencia del sistema democrático cuando llegó el momento de encarar la resistencia de un considerable sector de la juventud norteamericana a participar en la contienda, con cuyo motivo se hacían quemas públicas de papeletas de reclutamiento militar.

Puede interpretarse como una degeneración del sistema democrático el escándalo de Watergate en el que el Poder Ejecutivo encabezado por el presidente Richard M. Nixon aparece culpable de los delitos como el espionaje político, violación de la reserva de la vida privada de elementos desafectos al gobierno, planes de represión moral contra la oposición, extorsión de contribuciones para el fondo reelectoral del Presidente y malversación de esos dineros cuyo monto y empleo están muy precisamente regulados por la Ley Electoral, tentativas de soborno, etc.

La contrapartida positiva es que la democracia norteamericana hizo frente a estas graves crisis con sus propios medios (democráticos) sin recurrir a otros expedientes. Por ejemplo: sucesivas decisiones de la Suprema Corte de Justicia y órdenes ejecutivas han logrado eliminar casi todo rastro de segregación en la educación, utilizando hasta recursos extremos como el de

transportar diariamente en autobuses (de ahí viene el término "busing" con que se denomina a esta operación) a grupos de niños de los barrios negros hasta las escuelas de los barrios blancos, para hacer efectiva la integración racial.

Los antiguos bastiones de la segregación política han ido también cayendo uno tras otro. Actualmente (mediados de 1973) hay ya 90 alcaldes municipales negros aun en ciudades tan importantes como Los Ángeles, y uno de los nueve magistrados de la Suprema Corte de Justicia es negro. Hay, por supuesto, un gran número de otros funcionarios negros de alta jerarquía.

Una serie de medidas de tipo social, algunas más eficaces que otras, destinadas a mejorar la situación de los negros en los *ghettos*, han bajado la tensión del conflicto racial hasta tal punto que una institución de servicio público creada en 1966 por la Universidad Brandeis para analizar el problema de la violencia urbana y sugerir soluciones para la misma ha sido considerada innecesaria y disuelta en 1973.

Estudios relacionados con el desarrollo del capitalismo negro demuestran que 54 de las más grandes firmas negras de negocios se constituyeron en los últimos 5 años, lo que demuestra un incremento acelerado, aunque las empresas son todavía pequeñas de acuerdo con los estándares norteamericanos.

Finalmente, es importante mencionar que en todos los conflictos mencionados, el poder judicial mantuvo su independencia, fallando varias veces en contra de las decisiones ejecutivas del gobierno, como en el caso en que, a pedido del Departamento de Defensa, se prohibió al *New York Times* la publicación de determinados documentos militares y un juez revocó esa orden. La decisión del juez prevaleció contra la del Pentágono.

Por su parte, la prensa, la radio y la televisión ventilaron pública y libremente todos estos asuntos de interés colectivo.

En el caso Watergate un modesto juez distrital de Washington, el fiscal especialmente designado por el propio gobierno y la comisión del Senado están llevando adelante el proceso de acumulación de informaciones y pruebas para llegar a las conclusiones que correspondan, sin que ninguna valla pueda detener su labor. No se descarta la posibilidad de que el presidente Nixon, a pesar de tener el inmenso respaldo del capital norteamericano sea no sólo condenado sino hasta destituido.

Hechos ilegales e inmorales como los de Watergate pueden darse y seguramente se dan en cualquier régimen político. Lo que no es igual en todas partes, es la posibilidad de que la Ley y la conciencia pública, mediante sus medios de expresión, puedan juzgar con libertad a los culpables, aunque ellos ejerzan el poderío que tiene en sus manos el Presidente de los Estados Unidos.

Como de costumbre, el área de desastre para la democracia en los últimos años ha sido la América Latina. Revoluciones, elecciones falsificadas, golpes militares, dictaduras de todo jaez, estados de sitio, represiones, clausura, confiscación e intimidación de la prensa, han malbaratado los postulados democráticos que figuran en las pomposas Constituciones Políticas. La acción destructora ha provenido de todos los ángulos del panorama ideológico, desde el marxismo hasta el semifascismo y hasta la más burdas y grotescas formas del populismo.

Cuando se quiere precisar una causa determinante de este proceso de descomposición, es fácil señalar como culpables al subdesarrollo, la miseria, la ignorancia, la acción del imperialismo, etc.

Pero basta pensar en la Argentina —uno de los países de América más cultos y bien dotados humana y económicamente— y sus vicisitudes políticas de los últimos decenios para convencerse de que no es posible aventurar en esta materia ninguna interpretación generalizadora ni simplista.

SOCIALISMO UTÓPICO

¶ *Nociones generales.* ¶ *Antecedentes históricos.* ¶ *Conceptos fundamentales.* ¶ *Glosa.*

LAS CORRIENTES políticas comprendidas en este título deben su nombre a la obra *Utopía*¹ de Tomás Moro, a la cual nos referiremos más adelante.

Utopía significa quimera, ilusión. Lo utópico es lo que se sueña y, en su calidad de sueño, es no sólo irreal sino también un tanto irrealizable.

Se dirá, no sin razón, que en el germen de todas las tendencias reformistas hay una leve sombra de utopía, de sueño. Las inspiró un anhelo que, en los tiempos en que fueron concebidas, pudo muy bien reputarse ilusorio e irrealizable a la luz de las circunstancias entonces reinantes.

Pero hay algo que asigna su especial condición "utópica" al socialismo de ese nombre, y es que éste se limita a delinear la imagen de un mundo perfecto, sin determinar con precisión los procedimientos que, en la práctica, habrán de materializarlo.

Por otra parte, el socialismo utópico deposita una fe excesiva e ingenua —bellamente ingenua— en el simple deseo de progreso y renovación del hombre. Fe quimérica, puesto que el hombre no solamente está movido por sentimientos altruistas, sino por intereses materiales profundamente egoístas con los que es necesario contar. Y aquel individuo a cuyas expensas se produciría la reforma —el poseedor que dejaría de serlo— es renuente a aceptarla, prefiriendo aferrarse al

¹ *Utopías del Renacimiento*, FCE (Tomás Moro: *Utopía* Tomás Campanella: *La ciudad del Sol*. Francis Bacon: *Nueva Atlántida*), 3ª reimp., 1973.

estado de cosas que le asegura el disfrute de sus privilegios. Creer, de principio, que ese hombre pudiera ser persuadido de renunciar sin lucha a lo que considera suyo y ama como suyo para formar en cambio un mundo perfecto en beneficio de los demás es lo que imprime el sello de la utopía en el socialismo utópico.

La *República* de Platón ofrece el primer ejemplo clásico de esquematización de una sociedad ideal, basada en los conceptos de justicia y de distribución igualitaria de la riqueza (*ver Comunismo*) y con una estructura gubernamental erigida sobre los cimientos de la razón y la sabiduría.

La *Utopía* de Moro, a tiempo de bautizar a todo este sistema de ideas, es ya una obra fundada en la crítica de una sociedad afectada por males y problemas que, diversamente, se proyectan hasta nuestros días.

En efecto, *Utopía* fue escrita en 1516, cuando Inglaterra afrontaba los conflictos creados por el paso de la economía agraria a la industrial. (*Ver Liberalismo.*) Grandes extensiones de terrenos que antes producían artículos alimenticios fueron convertidos en campos de pastoreo para el ganado lanar, cuyo producto elaboraban las fábricas textiles. De este modo los campesinos, despojados de su fuente de subsistencias, se vieron obligados a emigrar en grandes masas a las ciudades que no estaban preparadas para recibirlos ni para absorber su capacidad de trabajo. Surgieron los conflictos que eran de esperar en materia de escasez de provisiones, falta de viviendas, desocupación, enfermedades, etc., y se desató una gran ola de criminalidad. Las autoridades gubernamentales aplicaron medidas represivas, sin investigar los orígenes de las crisis ni hacer nada por remediarla.

Fue este cuadro de conflicto económico y social y de su intenso sufrimiento el que inspiró la crítica y el sueño de Moro.

Utopía es un país imaginario, situado en una isla del Pacífico. Su mecanismo económico está organizado en torno a un conjunto de pequeñas comunidades que, dentro de un sistema comparable al de las modernas cooperativas, produce lo necesario para satisfacer las necesidades de la colectividad. Se ha eliminado la propiedad privada, y el egoísmo posesivo engendrado por ella está sustituido por sentimientos de solidaridad y anhelos de superación. La tierra y otros instrumentos de producción son de propiedad común. No hay división de clases. No hay riqueza ni pobreza. Como solamente se trabaja para cubrir la demanda de la comunidad y no con fines de lucro, ha sido posible reducir la jornada de trabajo a seis horas, pero el trabajo es obligatorio para la gente joven y sana. Los ancianos y enfermos disfrutan de pensiones y atención. La educación es también obligatoria y se la imparte a todos por igual. Las comunidades están regidas por grupos que escoge directamente la mayoría (con poderes muy limitados, ya que la organización misma de la sociedad hace innecesario el rigor de la autoridad). Hay libertad religiosa e igualdad entre individuos de uno y otro sexo. Todos tienen el mismo derecho a un nivel básico de comodidades materiales y a las mismas oportunidades de superación intelectual. El recreo, el descanso y las diversiones sanas son parte importante e imprescindible de los derechos del ciudadano.

He aquí, a grandes rasgos, la *Utopía* de Moro, situada en una isla imaginaria del Pacífico. ¿Cómo se llegará a su realización? La respuesta no es, ni mucho menos, clara. Al fondo de la teoría brilla una fe ilimitada en la cordura del hombre, en su posibilidad de reaccionar ante los males que le aquejan o aquejan a sus semejantes, y de encontrar por sí mismo, guiado por la razón y el altruismo, las puertas de su salvación.

Moro llegó a desempeñar las altas funciones de Canciller del Reino en tiempos de Enrique VIII, tiempos

escasamente propicios para la realización de sus teorías. Tan poco propicios, que al tratar de contener los excesos del soberano. Tomás Moro es primero destituido y luego ejecutado. La muerte de este soñador, que desde tan temprano se adelantó a lo que hoy mismo, cinco siglos más tarde, es meta ideal de la evolución política, parece señalar, con el vívido color de la sangre, la diferencia que existe entre la utopía y la realidad política.

Son muchos, desde entonces, los esquemas que se han formulado de un mundo mejor. Ni siquiera Francis Bacon, uno de los padres de la ciencia experimental, pudo sustraerse al impulso de soñar con una utopía, y escribió, a principios del siglo xvii, *La nueva Atlántida*. Pasando por *The Commonwealth of Oceana* (1656) de James Harrington y el *Viaje a Icaria* de Étienne Cabet (1839), hasta la literatura contemporánea, hay por lo menos una veintena de libros famosos que han entrado a enriquecer la bibliografía de la quimera política.

Entre los siglos xviii y xix el socialismo utópico enuncia las fórmulas relativamente definidas en relación con los problemas del mundo moderno que en ese momento da el paso final hacia su dramático encuentro con la máquina, el capitalismo y la era industrial.

Es natural que, en presencia de estos factores, el pensamiento del socialismo utópico concentrara su atención sobre el problema económico-social y que su crítica se orientase directamente contra los defectos del capitalismo industrial.

Entre los expositores representativos de este periodo vamos a citar a los siguientes: el conde Henri de Saint-Simon, nacido en Francia, en 1760, quien predica la aplicación práctica de los principios del cristianismo, proclama la necesidad de exaltar la fraternidad humana que como incentivo y motor de la actividad social debería reemplazar al afán de lucro. Cree que la propiedad debe ser socializada y el derecho de herencia

suprimido; que todos los miembros de la sociedad deben producir "de acuerdo con su capacidad y ser remunerados conforme sus aptitudes", pero que esa diferencia en las remuneraciones no debe llegar nunca a crear clases económicas ni extremos de riqueza por una parte y de pobreza por otra. El gobierno será encomendado a los científicos, quienes tienen especial capacidad para estudiar los problemas colectivos y darles una solución adecuada.

No dice concretamente en qué forma se alcanzarán estos objetivos. Sus discípulos, que hicieron del "santimonismo" una especie de religión del trabajo, auspiciaron la abolición total del derecho de propiedad.

Charles Fourier, nacido también en Francia, en 1772, critica severamente el mecanismo competitivo de la empresa privada. Y propone, en su lugar un "sistema de falanges o comunidades cooperativas" (los famosos "falansterios"), cuyos miembros tendrían la garantía de un ingreso mínimo y compartirían equitativamente lo producido.

La propiedad privada quedará completamente repartida por medio de acciones. Fourier considera que las ocupaciones de filósofos, soldados, intermediarios en la circulación de bienes, etc., son "parasitarias" y deben suprimirse. La economía se fundará en la agricultura, y el trabajo estará distribuido en tal forma que cada individuo tenga la oportunidad de encontrar una actividad que le sea grata. Por este medio, el trabajo se convertirá en un placer en vez de una obligación; y la educación vocacional, desde temprana edad, servirá para facilitar esa distribución del trabajo. El trabajo grato será, lógicamente, más productivo.

Fourier creyó haber determinado exactamente el número de falansterios que se necesitarían en el mundo (2 985 984), y no contento con ello llevó sus sueños hasta describir la vida de los habitantes de otros planetas. Su ideal reformista se materializaría, en la época

de la armonía, después de haberse vencido las etapas de la confusión, el salvajismo, el patriarcado, la barbarie, etcétera.

Robert Owen es acreedor a mención especial por ser uno de los pocos utopistas que formularon su teoría no en el plano de las ideas puras, ni desde la trinchera de las clases desposeídas, sino más bien en pleno campo de las clases poseedoras. En efecto, Owen era un próspero industrial textil inglés, nacido en 1771, que organizó una comunidad llamada New Lanark modelada en conformidad con los principios de su socialismo utópico, para demostrar que las condiciones del medio social influyen decisivamente en la posibilidad de perfeccionar los métodos de producción.

En New Lanark, donde tenía su fábrica, construyó viviendas para los obreros, escuelas para los hijos de éstos, comedores y campos de recreo, etc., y demostró prácticamente que era posible trabajar en esas condiciones y obtener todavía utilidades. Algo más: merced al bienestar suministrado a sus obreros, consiguió de ellos un índice más alto de productividad.

De los satisfactorios resultados de su experimento sacó Owen argumentos prácticos para proponer una serie de medidas de protección a los trabajadores, tales como la reducción de la jornada de trabajo a sólo 12 horas (en ese entonces la duración de la jornada quedaba al arbitrio del empresario, y era corriente que los obreros, y aun los niños, trabajasen alrededor de 16 o 18 horas diarias), la prohibición del trabajo a los menores de 10 años, la educación universal, organización de gremios y asociaciones de tipo cooperativo como controles eficaces para moderar los excesos del capitalismo, etc. Por todo ello se considera a Robert Owen, con justicia, uno de los precursores de la legislación social y del trabajo.

De la grande obra de Owen, además de lo indicado, quedan las cooperativas, para las cuales sentó las prime-

ras bases; y la organización sindical de la que también fue precursor al organizar en Inglaterra la *Gran National Consolidated Trade Unions*.

Edward Bellamy, en su obra (1887) *Looking Backward* —mirando el panorama imaginario del año 2000 en la ciudad de Boston—, concibe el mecanismo de la producción organizado dentro de las líneas de un ejército industrial. Los instrumentos de producción son de propiedad común. Se ha planificado de tal modo la producción, que no hay margen para la competencia ruinoso ni para que el consumidor sufra las consecuencias de las fluctuaciones de precios. Se ha suprimido la moneda, sustituyéndola con un sistema de bonos de trabajo que sirven como medios de pago para adquirir artículos de consumo. El trabajo es obligatorio entre las edades de 20 y 45 años, y, después de este límite, el retiro es también forzoso para abrir nuevas oportunidades de ocupación a la gente joven, evitándose de este modo los males de la desocupación. Pero los que se jubilan cuentan con un sistema completo de pensiones y seguros que les garantizan el bienestar y eliminan la incertidumbre derivada de la vejez y la enfermedad. Esta eliminación de la incertidumbre respecto al porvenir constituye el arma más poderosa para destruir el apetito de lucro y la necesidad de atesorar (esta última es imposible, desde luego, debido a la supresión de la moneda). En el gobierno, la administración de los intereses colectivos es de tipo funcional (cada orden de actividad cuenta con departamentos especiales encargados de regularla desde un punto de vista estrictamente técnico) y así desaparecen los males inherentes al ejercicio del poder político y a la ambición de poseerlo. La educación es obligatoria y gratuita, y las mujeres tienen absoluta igualdad de derechos con los hombres.

John Stuart Mill, el famoso economista inglés, atacó en su obra *Principios de economía política* el mito de la "fatalidad" de las leyes económicas, e introdujo el factor

ético en el fenómeno de la producción, lo que significa que el hombre, movido por razones de orden moral, es capaz de modificar el curso de aquellas leyes. Propuso medidas de legislación social, fuertes gravámenes a la renta y a la herencia, organización de cooperativas de producción entre los obreros, etcétera.

Louis Blanc, político francés, intervino activamente en la revolución de 1848 (*véase el capítulo del comunismo*), y era partidario de la organización de los "talleres de trabajo" (del Estado) y la sustitución del dinero por bonos de trabajo. Las teorías de Louis Blanc forman, más propiamente, parte de la historia del socialismo del Estado.

Pierre Leroux, contemporáneo de Blanc, es célebre no tanto por sus ideas muy confusas sobre socialismo, sino porque se le atribuye² ser nada menos que el inventor del término "socialismo".

Los tres últimos nombrados, como se ve por estas someras referencias a sus ideas, no son miembros legítimos de la familia de los "utopistas", pero se los consigna aquí por las contribuciones parciales que hicieron a este orden de teorías políticas.

Todos los utopistas comparten la noción de que el hombre es fundamentalmente bueno y que atesora en su naturaleza ricos elementos germinales de sociabilidad y cooperación. El exasperado sentimiento posesivo que nace de la propiedad privada a la que se rinde culto casi religioso, el apetito de lucro, el impulso competitivo, y otras condiciones incubadas por la sociedad capitalista, pervierten al hombre y entorpecen la marcha de su perfeccionamiento y su felicidad. Por consiguiente, dicen los utopistas, basta con apelar a aquella naturaleza fundamentalmente propicia para anular las influencias corruptoras del medio y producir la gran reforma social. Esa reforma se concreta en los siguien-

² Gide-Rist, *Historia de las doctrinas económicas*.

tes puntos principales: socialización de los instrumentos de producción, empezando por la tierra. Supresión de la herencia, que contribuye a crear la "riqueza injustificada" y excesiva. Supresión de la moneda y sustitución de ésta por bonos de trabajo. Supresión del sistema de la empresa privada competitiva, y sustitución de la misma por un sistema de "cooperación" destinado a producir lo que la colectividad necesita para su consumo directo. Protección del individuo mediante leyes sociales y sistemas de seguro que hagan desaparecer la incertidumbre que da origen al apetito posesivo y al atesoramiento. Distribución y sistematización del trabajo para hacerlo eminentemente grato y productivo. Producción sin finalidades de lucro, sino de simple abastecimiento de la comunidad. Educación difundida a todos los estratos sociales. Desplazamiento (más o menos completo) del Estado centralizado por consejos administrativos funcionales que no ejerzan poder político, sino simples atribuciones administrativas. Igualdad completa de derechos entre todos los hombres y entre los varones y las mujeres.

No faltan tratadistas que ven entre los padres del socialismo utópico a los precursores del comunismo, en lo relativo a finalidades, pero es obvio que en cuanto a medios hay completa discrepancia. Los ideales del socialismo utópico no pueden ser más bellos. Lo que no dicen concretamente sus apóstoles es cómo puede llegarse a realizarlos. Y, precisamente, el socialismo utópico se caracteriza, entre otras cosas, por eso: porque sus expositores, después de hacer un análisis crítico del mundo real, saltan directamente a bosquejar el de la quimera (en el año 2000 o en una isla del Pacífico). Hay entre lo uno y lo otro una inmensa distancia que debería salvar el método político, como puente entre los dos extremos. Las pocas veces que los utopistas tocan este plano de realidades, se limitan a hacer hincapié en la naturaleza fundamentalmente generosa del

hombre y en la posibilidad de estimular la acción de esa naturaleza, mediante la persuasión, la razón, la educación, etc. Cierran los ojos al hecho previsible de que los privilegiados de la sociedad actual, a costa de los cuales se operaría la reforma, opondrían todos los obstáculos imaginables contra un cambio que les acarrearía pérdidas. Olvidan los utopistas que las "condiciones del medio", corruptoras de los impulsos positivos, generosos, del hombre, difícilmente pueden ser modificadas por los mismos hombres que, al actuar bajo sus efectos, obtienen beneficio de ellas. Y que, en suma, sería necesario, previamente, modificar las características del medio para luego recoger los frutos producidos por tal modificación en la naturaleza del hombre. Caen, pues, en un círculo vicioso cuya única salida hipotética sería un acto de contrición de los grupos privilegiados; una súbita "iluminación moral" capaz de hacerles exclamar un día: "Estábamos equivocados. Nuestros beneficios y prerrogativas son injustos y perjudiciales para los demás. Debemos, a partir de mañana, reformarnos; ganar menos y contribuir mayormente a la felicidad de los demás, porque así seremos también nosotros más felices."

Mientras los marxistas cifran la perspectiva de una transformación social en la acción coordinada y combativa de las clases desposeídas, destinadas a beneficiarse con el cambio, los utopistas parecen asignar la tarea de producir ese cambio a los que saldrían perdiendo con él.

De todo ello se desprende que el socialismo utópico—aparte de los experimentos de "Villas de Cooperación", "Armonías" y "New Lanark", realizados en Inglaterra y los Estados Unidos— no ha llegado nunca a tomar cuerpo en el terreno político, en forma de partido orgánico. (Un partido necesita, en igual medida, de objetivos como de caminos para alcanzarlos.)

Los postulados del utopismo han servido más bien,

parcial y fragmentariamente, para alimentar a otras ideologías.

Ese es el valor trascendente del socialismo utópico. Haber sido un precursor en la crítica de la sociedad de su tiempo, y uno de los primeros en enunciar la necesidad y la posibilidad de una reforma encaminada hacia formas de vida mejores que las ofrecidas por el capitalismo industrial cuando éste balbuceaba los errores de su infancia.

Sería injusto afirmar simple y llanamente que el socialismo utópico se quedó en el plano de la quimera. Muchos de sus hallazgos fueron absorbidos por las corrientes ideológicas que le sucedieron. Y lo cierto es que, con formas más o menos deseables, y con una variedad casi infinita de nombres y rótulos doctrinarios el sueño de una Utopía (un mundo depurado y perfecto) es tan válido hoy como ayer, y sigue constituyendo el motor que impulsa al hombre en su áspera ruta de superación política.

Sin el esquema doctrinario del Socialismo Utópico, ni otro programa que el de marginarse de la sociedad oficialmente vigente, el *hippismo* y corrientes paralelas que surgen en los Estados Unidos de América y en el resto del mundo occidental a principios de la década del 60 y empiezan a perder sus pintorescos perfiles en la del 70, tienen un contenido de utopismo. Otra diferencia importante, además de la ausencia de doctrina y programa político, es que el socialismo utópico, por lo menos en algunas de sus fases, acusa un activo impulso de promoción y expansión reformista, mientras que el *hippismo* es básicamente quietista, pasivo, no proselitista.

El sentido esencial del *hippismo* es la negación de los valores morales, políticos y aun estéticos de la sociedad burguesa tanto como de las rigideces autoritarias de la sociedad socialista; casi no cabría mencionarlo en un estudio de las doctrinas políticas, sino fuera

porque no se puede desconocer su presencia en el panorama social contemporáneo. Y también porque su propósito de organizar pequeñas comunidades fraternales, urbanas o rurales, evoca una semejanza digna de atención con los planes de las "Utopías" y "Armonías" en las que se buscaban nuevas formas de asociación y convivencia humana, eminentemente cooperativa, prescindiendo del concepto de autoridad y de las primordiales preocupaciones económicas de las sociedades actuales.

Una mayor penetración exploratoria en la mentalidad y la actitud del *hippy* corresponde más bien a los campos de la psicología y de la sociología que al de la política.

SOCIALISMO CRISTIANO

¶ *Consideraciones generales.* ¶ *Antecedentes históricos.*
¶ *La Iglesia Católica, el problema social y el socialismo.*
¶ *Conceptos fundamentales.* ¶ *Glosa.*

SE SOSTIENE que el cristianismo es más que uno de los ingredientes principales de la "cultura de occidente" su esencia misma, su espíritu. Primero, mediante la iglesia única de Roma y luego por la acción radial de sus diversas ramas, el cristianismo tiene parte activa en la vida espiritual de centenares de millones de seres humanos y en los acontecimientos que informan su realidad durante 20 siglos en Europa, América y partes de otros continentes. Es, pues, natural que de uno u otro modo el cristianismo haya tenido contacto con los fenómenos político-sociales que se desarrollan en ese lapso.

No se conciben ni la caída del Imperio Romano ni la del feudalismo sin la participación decidida del cristianismo. Las Cruzadas a tiempo de perseguir su objetivo religioso abren nuevas rutas de comercio. Las guerras de religión alteran la geografía política de Europa. La Reforma Protestante es parte de la génesis de las ideas liberales. El cura compañero de Francisco Pizarro y los peregrinos del *Mayflower* personifican al cristianismo en la conquista del nuevo mundo y en el establecimiento de lo que serán las colonias de América. La Revolución Francesa creyó necesario decapitar a Dios junto con la monarquía francesa como paso indispensable para establecer un nuevo orden. La Revolución Rusa, igualmente radical en un comienzo tuvo que flexibilizar su conducta con el transcurso del tiempo.

El cristianismo no pudo mantenerse ajeno a las conmociones causadas por la aparición del socialismo como

participante activo en la historia de Europa. Asumió con relación a este nuevo personaje del drama político una serie de actitudes que evolucionaron desde breves diálogos cautelosos con el socialismo de tipo utópico y reformista, pasando por una abierta beligerancia con el materialismo marxista hasta una convivencia pacífica que deja a salvo ciertos principios.

El cristianismo es intrínsecamente individualista, por cuanto proclama los valores primordiales del espíritu humano, reflejo de la sustancia divina. Tanto su metafísica como su ética se asientan en el concepto de la responsabilidad individual ante Dios, y del libre albedrío, incompatible, por ejemplo, con el determinismo materialista, económico, del marxismo.

Pero, por otra parte, también es evidente que la doctrina de Cristo encierra un profundo e inequívoco contenido social. La igualdad de los hombres, el amor a los semejantes, la caridad misma (en el más sano y positivo sentido de este vocablo), tienen similitud con los postulados de las tendencias colectivistas. Al hacer hincapié en la interpretación del término "caridad" los expositores del cristianismo desprenden de ese concepto el carácter negativo y superficial que generalmente se le adjudica, para asimilarlo más bien al de "justicia".

Ser caritativo con nuestro prójimo, de acuerdo con el lenguaje de esos expositores o apologistas, no es darle una limosna; es ser justo con él, entregarle lo que justamente le corresponde, en el plano de la suprema igualdad de los hombres ante Dios.

El desprendimiento de los bienes terrenales que predicó Jesús aparta al hombre del desenfreno posesivo, del apetito desmedido que es causa y efecto del enriquecimiento individual de los unos a costa de los otros. Más de un Padre de la Iglesia empezó por negar rotundamente la legitimidad del derecho de propiedad. (*Ver Comunismo.*) Tanto el Antiguo como el Nuevo

Testamento abundan en conceptos que son prédica de justicia social (algunos de ellos podrían parecer tomados de la literatura política contemporánea); y expresan seria aprensión respecto a los obstáculos que las riquezas terrenales pueden sembrar en el camino del espíritu hacia la bienaventuranza eterna. Citaremos solamente los ejemplos clásicos. Dice el Libro de los Salmos: "Da, ¡Oh Dios!, al rey tu juicio y tu justicia al hijo del rey. . . Para que gobierne a tu pueblo con justicia y a tus oprimidos con juicio. . . Haga justicia a los oprimidos del pueblo, defienda a los hijos del Menesteroso y quebrante a los opresores. . . Tendrá misericordia del pobre y del menesteroso y defenderá la vida de los pobres. . ." (72. 1, 2, 4, 13). Y los evangelios: "No podéis servir a Dios y a las riquezas" (*Mateo*, 6: 24) "¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen haciendas. . . Es más fácil a un camello pasar por el hondón de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios" (*Marcos*, 10: 23 y 25).

Es, pues, natural que el cristianismo y el socialismo hubiesen seguido rumbos paralelos en ciertas etapas del viaje histórico y que, en distintas épocas y formas diferentes, se hubiese tratado de refundirlos. Debe observarse, de otro lado, que si bien esas corrientes marcharon por rumbos semejantes, no llegaron nunca a unirse permanente y totalmente.

No es aventurado afirmar que, en cuanto impacto social, la insurgencia del cristianismo frente a la Roma de los césares tuvo características parecidas a las del comunismo de hoy frente al capitalismo. Las persecuciones contra los cristianos, los motivos que se aducían para justificarlas y aun el lenguaje que se empleaba —la salvación del "orden social" amenazado por una doctrina "subversiva" y "enemiga del Estado"— dan crédito a esta comparación.

Y, en efecto, el cristianismo fue una de las fuerzas que contribuyó más decisivamente a desmoronar el ya

carcómido edificio del Imperio Romano. La sangre de los mártires despedazados por las fieras del circo era esa sangre que indefectiblemente parece desempeñar la función de lubricante en los engranajes históricos que operan los grandes cambios de velocidad del acontecer humano.

Luego vino la Edad Media. En su transcurso, el cristianismo tomó sus formas teológicas definitivas, y la Iglesia asentó su poder temporal. Pero, en estricta verdad, no puede decirse lo mismo de la ética cristiana en el campo social. Poco logró hacer la Iglesia para remediar los males de la sociedad feudal. Hubo, como en todo tiempo, sacerdotes que se aproximaron a los siervos, pero en ausencia de una acción oficial definida por parte de la Iglesia, la sola caridad cristiana no tuvo alcance para tocar el fondo del abismo que separaba a las clases medievales.

Es cierto que la Iglesia vivía entonces absorbida por las preocupaciones del poder temporal, en un momento decisivo en que tenía que consolidar su existencia. Es así que no logró valerse de su poder en el orden espiritual para imprimir el acento de Cristo en el orden de relaciones humanas que, por diez siglos, caracterizó al feudalismo.

“El derecho de la Iglesia a imponer sanciones espirituales por actos inmorales quedó reconocido, y se lo ejercitó aun sobre los reyes. Conforme creció el poderío de la Iglesia y la autoridad de ésta gravitó en las manos del Papa, el derecho de excomulgar a miembros de la Iglesia desobedientes se convirtió en un arma valiosa, y se estableció la doctrina de que el soberano excomulgado perdía el derecho a la lealtad de sus súbditos.”¹

Ni aquel “derecho a imponer sanciones espirituales”

¹ R. G. Gettel y L. C. Wanlas, *History of Political Thought*.

ni la acción individual de religiosos como San Vicente de Paul (cuya obra brilla con los destellos de los astros solitarios) pudieron poner freno a los desmanes del absolutismo y del sistema de privilegios.

Durante la Edad Media, la división de clases llegaba a veces hasta el clero mismo. Los sacerdotes salidos de los estratos inferiores realizaban la tarea evangélica, en contacto con el pueblo. Los clérigos aristócratas hacían la política de la Iglesia. (Sobre las relaciones entre el poder divino y el poder temporal, y el pensamiento de San Agustín y Santo Tomás, véase el capítulo de la democracia.)

La Revolución Industrial, que llevó a su punto crítico el desequilibrio social, produjo memorables reacciones entre algunos exponentes de las iglesias católica y protestante.

Había dos aspectos que considerar: uno de carácter doctrinal y otro de valor práctico. Desde el primer punto de vista, los referidos representantes de aquellas dos ramas cristianas comprendieron que era tiempo de revitalizar, en el campo de la realidad, las prédicas de Cristo. El industrialismo hacía patentes, como nunca, las injusticias sociales. El hombre había encontrado en el capitalismo individualista un camino abierto para la satisfacción desenfrenada de sus apetitos posesivos. El hombre había dejado de ser el "prójimo", el hermano en Jesucristo, para convertirse en una especie de enemigo del hombre, no solamente en el campo de batalla, con las armas en la mano, y por el tiempo que durase la contienda, sino dentro de un sistema organizado, permanente, de aprovechamiento de los unos a costa de los otros. Era hora de organizar una gran cruzada para *humanizar*, para *cristianizar* ese mundo en el que los cristianos eran devorados, no ya por las fieras del circo romano, sino por los mismos cristianos.

Y, desde el punto de vista práctico, algo debía hacer el cristianismo para poner coto al éxodo de adeptos

desde los rediles de la Iglesia hacia las filas del socialismo militante, rico en promesas de soluciones inmediatas (aunque a la larga probaran ser sólo relativamente eficaces) para los problemas vitales de las grandes masas. La gente que engrosaba las filas del marxismo era gente que despoblaba los rebaños del Señor.

En el campo católico, correspondió al sacerdote francés Robert de Lamennais iniciar en Francia, a principios del siglo XIX, un movimiento destinado a aproximar entre sí a la Iglesia romana y las masas trabajadoras de Europa. El planteamiento de Lamennais era simple: la Iglesia debía ponerse, franca y decididamente, de parte de los desposeídos, lo que inmediatamente le conquistaría la simpatía y adhesión de éstos. Al principio, el papa León XII apoyó a Lamennais, quien de este modo empezó a ganar considerable influencia. Pero cuando se atrevió a pedir que la Iglesia adoptara los principios de la Revolución Francesa ("Libertad, Igualdad, Fraternidad"), estimulando además la organización de sindicatos y propugnando un gobierno republicano, el Papa le retiró su apoyo. Y el movimiento del padre Lamennais quedó frustrado.

Otros sacerdotes, también en Francia y en Alemania (Philip Joseph Buchez, el obispo Von Ketteler y Franz Hitze), hicieron iguales tentativas encaminadas a estimular un proceso de reforma del capitalismo, cuyos abusos se proponían contrapesar mediante las cooperativas; pero también aquellas iniciativas individuales quedaron reducidas a simples enunciados teóricos, por falta de auspicio oficial y efectivo de la Iglesia.

Pocos años más tarde, los pastores protestantes Frederick Denison Maurice, Charles Kingsley y John Ludlow iniciaron campañas similares en Inglaterra, solidarizándose francamente con las demandas de los trabajadores para obtener algunos beneficios justos en aquella era de verdadera crisis social. Su programa estaba fundado en la noción de que, si bien el socialismo ig-

noraba las necesidades y aspiraciones espirituales del hombre, por su parte el cristianismo descuidaba sus necesidades y aspiraciones materiales. De aquí dedujeron la inspirada fórmula de que era preciso, simultáneamente, "cristianizar al socialismo y socializar al cristianismo".

Para contrarrestar la tendencia materialista del socialismo extremo, organizaron grandes campañas educativas encaminadas tanto a levantar la conciencia política de las masas trabajadoras como a inculcarles las enseñanzas cristianas. El cooperativismo constituía el nervio de su plan reformista en materia económica, y llegaron a aceptar el concepto de que las grandes fuentes de riqueza debían pasar a ser de propiedad colectiva.

Esta acción tuvo alguna influencia en la legislación social que gradualmente fue adoptando Inglaterra, pero las campañas de los pastores socialistas chocaron con los grandes intereses y la iglesia oficial, cuya acción combinada acabó por disolver también este movimiento.

Volviendo al mundo católico, los papas León XIII y Pío XI promulgaron en 1891 y 1931, respectivamente, las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* en las cuales formularon severas críticas contra los excesos del capitalismo y proclamaron el derecho de los trabajadores a una justa retribución y a otras compensaciones materiales y espirituales. En la última de las citadas encíclicas se hace referencia a la jornada de trabajo y a las limitaciones que deberían imponerse al trabajo de las mujeres y los menores de edad.

El anterior pontífice, Pío XII, se pronunció en este mismo sentido en diversas oportunidades y, por su actualidad y directa relación con el fenómeno político-social contemporáneo, es digno de especial mención el "Mensaje de Navidad" del año 1952, en el cual hizo una crítica igualmente severa del totalitarismo estatal en cualquiera de sus formas, así como del capitalismo desmedido, considerando que en ambos casos se pro-

duce la subordinación y anulación del hombre, del ente individual y de sus altas prerrogativas espirituales. Las frases sobresalientes de ese notable documento dicen: "La solidaridad exige que la intolerable y provocativa desigualdad del nivel de vida entre los diferentes grupos de una nación desaparezca. . . Representa una insoluble contradicción el hecho de que, para que todos tengan trabajo, se necesite una constante expansión de la producción y que, al mismo tiempo, se deje sin determinar hasta qué punto es posible esa expansión, sin producir un catástrofe. . . No puede uno considerar por más tiempo el trabajo y el nivel de vida como valores exclusivamente cuantitativos, sino más bien como valores en toda la extensión del vocablo." Y, por otra parte: "Donde el demonio de la organización invade y tiraniza al espíritu humano, se revelan los signos de una falsa y anormal orientación de la sociedad. En algunos países, el Estado moderno está convirtiéndose en una gigantesca máquina administrativa (que tiene bajo su control la gama entera de la vida política, económica, social e intelectual, desde el nacimiento hasta la muerte."

En razón de sus discrepancias de principio y de método con el marxismo, la Iglesia Católica asumió en las primeras décadas de este siglo una posición beligerante de primera línea contra el comunismo soviético. En Francia, en los Estados Unidos y en algunos países de Sudamérica (particularmente en Chile) sacerdotes y pastores iniciaron desde la década de 1940 campañas destinadas a ganar terreno entre las masas trabajadoras con objeto de alejarlas del proselitismo comunista.

Es digno de mención en este terreno el experimento político-religioso iniciado hace años en Francia donde se confió a un grupo de sobresalientes sacerdotes jóvenes la misión de buscar empleo en fábricas conocidas como centros de actividad comunista y realizar allí su tarea evangélica. Los nuevos misioneros, llamados "sacerdotes obreros" vestirían ropa corriente y en ge-

neral harían la vida y el trabajo manual de un proletario. De esta manera —se pensó— íntimamente compenetrados de las necesidades y aspiraciones de los obreros, les sería más fácil aproximarse a ellos y orientarlos hacia la fe religiosa. Era una maniobra de infiltración proselitista semejante a la que por su parte realizan los propagandistas del comunismo.

El resultado fue que a fines de 1953 el Vaticano estuvo a punto de desautorizar el experimento porque una buena parte de los sacerdotes acabaron o inscritos en el Partido Comunista o en franca simpatía con él. Poco antes de producirse la decisión final del Vaticano intervino el clero francés que consiguió autorización para continuar la prueba por un tiempo más, pero con severas limitaciones destinadas a impedir que se produjeran resultados contrarios a los que se esperaban.

Otro movimiento social no comunista que invoca "el advenimiento social de Cristo" fue iniciado en Italia en la década del 50 por el sacerdote Ricardo Lombardi quien "con un ejército de mil predicadores" se proponía "reorganizar las relaciones humanas y sociales, entre clase y clase y entre individuo e individuo". Decía el padre Lombardi que hay en el mundo actual dos sistemas; el "individualista llamado liberal y el otro basado en el concepto de la colectividad. El haber puesto todo el interés en el individuo ha destintegrado la sociedad, ya que lo que realmente ocurre es que en realidad "todos están contra todos" y eso ha conducido al socialismo como reacción. Ambos sistemas están en un callejón sin salida. Uno sacrifica a la colectividad en aras del individuo, y el otro sacrifica a éste en aras de aquélla. Lo que se necesita es un camino intermedio. . ." En tiempos más recientes la campaña del padre Lombardi ha tomado el nombre de "Movimiento por un Mundo Mejor" que cuenta con la aprobación cuando menos tácita del Vaticano.

Dos acontecimientos íntimamente relacionados entre

sí marcan el comienzo de un periodo de conmoción en el seno de la Iglesia Católica: la ascensión de Juan XXIII al solio pontificio (1958) y el Concilio Vaticano II (1962).

De la voluntad creadora y la sensibilidad social de este Papa y de la amplitud de criterio que él impartió a las deliberaciones del Concilio surgieron nuevos rumbos e impulsos para el pensamiento de la Iglesia. Si las repercusiones de tales impulsos llegaron a tocar (especialmente en los cleros de Holanda y Francia) hasta los bordes mismos del dogma, es fácil imaginar la sacudida que producirían en el pensamiento social y político de la Iglesia; una Iglesia que, además, como consecuencia de las nuevas normas adoptadas en el Concilio, ha flexibilizado considerablemente la estructura autoritaria piramidal que fue su característica (hasta la "infallibilidad" del Papa es puesta en duda, últimamente, entre algunos teólogos católicos).

En materia social y política, la apertura del Concilio II significó una especie de estallido como el que se produce al retirar el tapón que durante mucho tiempo ha estado conteniendo una poderosa fuerza expansiva.

Como es natural en estas circunstancias, una parte de la fuerza bruscamente liberada (especialmente la actitud de los sacerdotes jóvenes), llegó más allá de donde estaba previsto, o sea a la franca cooperación con los más avanzados movimientos de izquierda, inclusive los que propician la acción guerrillera, como en el caso del sacerdote colombiano Camilo Torres o el de los que fomentaron las infortunadas guerrillas juveniles en Bolivia. La acción de defensa de las masas desvalidas de su país y de lucha contra el despotismo gubernamental, que protagoniza el obispo brasileño Helder Cámara es un punto intermedio entre la posición conservadora tradicional y el activismo militante de la "lucha armada", como lo es la acción de los "sacerdotes del tercer mundo", entre los cuales pueden encontrarse muchos áu-

gulos de inclinación izquierdista, comenzando con la moderada que coincidiría con los postulados del socialismo cristiano y acabando con la identificación comunista pekinesa o castrista.

El Vaticano, que hasta hace diez o quince años habría excomulgado a los sacerdotes sindicados como "cómplices" del comunismo, deja ahora a su grey en libertad de escoger el camino de su "conciencia personal" siempre que esa libertad no afecte a cuestiones "de dogma y de moral". Pero se le plantean graves dilemas de autoridad entre las actitudes de los grupos religiosos extremistas y la moderada posición oficial de la Iglesia, definida en documentos memorables como las Encíclicas *Mater et Magistra* (Madre y Maestra) y *Pacem in Terris* (Paz en la Tierra).

Mater et Magistra (1961), está íntegramente dedicada al aspecto social. Ratifica, por una parte, las declaraciones de las anteriores Encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* (ya citados en este texto) en favor de la propiedad privada y de la iniciativa privada como bases de la actividad económica. Por otra, con gran detalle analiza todos los aspectos de esa actividad (inclusive ocupándose del seguro agrícola, los impuestos y las cooperativas rurales) proclamando en cada punto el principio de que las relaciones económico-sociales, especialmente en el aspecto del trabajo, estén regidas por los principios de la justicia, la caridad y el amor al prójimo y condenando toda forma de abuso o explotación. Si bien afirma el principio de la propiedad privada, dicha propiedad debe tener una función social y no ser excesiva; como, de otro lado, la intervención del Estado en la economía puede ser justificable en algunos casos de excepción, pero no con carácter prioritario. En un acápite en que rememora (por vía de ratificación) la Encíclica *Rerum Novarum* (dice textualmente: "Trabajadores y empleadores deberían regular sus relaciones mutuas en un espíritu de solidaridad humana

y de acuerdo con los lazos de hermandad cristiana. Porque la no regulada competencia que los llamados *liberales* propician y la lucha de clases en el *sentido marxista*, son totalmente opuestos a las enseñanzas cristianas y a la verdadera naturaleza del hombre.”

Pacem in Terris (1963) se refiere como su nombre indica, a los problemas de la paz analizando los más importantes problemas en torno a los cuales surgen las amenazas belicistas entre ellos, el subdesarrollo y la miseria, el crecimiento de la población (desautorizando una vez más los medios “artificiales” de control de la natalidad), etc. Afirma que sólo puede haber paz si ella está “fundada en la verdad, la justicia y el amor”. La paz debe estar fundada, además, en el respeto a los demás, hombres y pueblos y en la práctica de la fraternidad.

En una “carta sinodal” de 1971, Paulo VI dice que “la misión de predicar el Evangelio requiere actualmente un empeño radical para la liberación integral del hombre como anticipación de su salvación. . .”

Finalmente, la “Carta Apostólica” de S. S. Paulo VI en el 80 aniversario de la *Rerum Novarum* ratifica y amplía todos los conceptos y pronunciamientos anteriores en materia social. Hace un llamamiento a todas las fuerzas de la economía para proveer de empleos a los elementos que, a medida que crece la sociedad, se incorporan a la fuerza laboral.

Dos secciones de la Carta, dignas de especial atención se refieren al “atractivo de las corrientes socialistas” y a la “evolución histórica del marxismo”. En la primera dice: “. . . Entre los diversos niveles de expresión del socialismo —una aspiración generosa y una búsqueda de una sociedad más justa, los movimientos históricos que tienen una organización y un fin político, una ideología que pretende dar una visión total y autónoma del hombre— hay que establecer distinciones que guiarán las opciones concretas. Sin embargo, estas dis-

tinciones no deben tender a considerar tales niveles como completamente separados e independientes. . .”

En la segunda, explica que para unos el marxismo sigue siendo una práctica activa de la lucha de clases. Para otros, el ejercicio colectivo de un poder político y económico “bajo la dirección de un partido que se considera —él solo— expresión y garantía del bien de todos, arrebatando a los individuos y a los otros grupos toda posibilidad de iniciativa y de elección. A un tercer nivel, el marxismo —esté o no en el poder— se refiere a una ideología socialista a base de materialismo histórico y de negación de toda trascendencia. Finalmente se presenta, por otra parte, bajo una forma más atenuada, más seductora para el espíritu moderno: como una actividad científica, como un riguroso método de examen de la realidad social y política. . .”

“Si a través del marxismo. . . pueden distinguirse estos diversos aspectos. . . sería ilusorio y peligroso llegar a olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente, al aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, al entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a que conduce este proceso.”

Como es natural, estos documentos son interpretados desde todos los puntos de vista ideológicos. La derecha hincapié en los aspectos de defensa de la propiedad y la iniciativa privada. El centrismo destaca la medida y equilibrio de la posición del Vaticano. La izquierda interpreta las ideas expuestas como una declaración de fe socialista. Lo no discutible parece ser que la Iglesia, con su tradicional sabiduría, ha percibido que las corrientes de este tiempo soplan fuertemente hacia la izquierda y que no es posible desconocer la situación de las clases desposeídas y de los países subdesarrollados, y que —sean cuales fueren las tensiones que en su seno deba soportar para mantener su

cohesión en medio de las divergencias de opinión— la Iglesia no volverá nunca a adoptar ni por pasiva una actitud que pueda llamarse reaccionaria o retrógrada. Todo ello, dejando a salvo el principio espiritualista, el respeto a la libertad de conciencia y al esquema democrático de relación entre el individuo y el Estado.

Dada la diversidad de iglesias protestantes y la independencia con que actúan, es muy difícil precisar su actitud respecto del problema social y político. Sin embargo, puede decirse, en términos generales, que ha sido más ágil que la del catolicismo. La inclinación personal de los pastores protestantes crea los mismos conflictos para sus entidades matrices que la de los sacerdotes católicos para los Obispos (autoridades máximas en sus diócesis) y, en grande, para el Vaticano.

En el campo de las diferencias que separan a la Iglesia Católica del Comunismo y como muestra de lo alejado que a veces puede estar el dogma de la realidad, es característico el hecho, que causa gran desconcierto entre los observadores extranjeros de que un enorme número de militantes comunistas italianos son fervorosos católicos con una conciencia tan convenientemente organizada, que no encuentran discordancia alguna entre los deberes que impone el partido y el devoto cumplimiento de sus obligaciones religiosas. Ni el partido ha logrado que dejen de concurrir a la iglesia, ni la Iglesia ha conseguido hacerlos votar contra el partido. La incompatibilidad filosófica no parece preocupar en lo más mínimo a estos buenos ciudadanos que, al obrar así creen seguramente —con lógica simplista— cumplir al pie de la letra el precepto de “dar a Dios lo que es de Dios” y darse a sí mismos (mediante la presión política que el comunismo ejerce sobre el gobierno), lo que más urgentemente necesitan en este valle de lágrimas.

La siguiente anécdota, que cuenta un escritor que viajaba por Italia ilustra este punto:

El dueño de una finca reprochaba a su mayordomo ser miembro del partido comunista.

—“¿Cómo es posible que tú, hombre de bien y, sobre todo, católico, seas miembro del partido?”

—“Señor, si no fuera por el partido que exige y amenaza en Roma, no tendríamos ni agua, ni luz, ni telégrafo en el pueblo.

—“Pero, ¿no comprendes que te quitarían tu casa, tu tierra, tu Iglesia, el día en que suban al gobierno los comunistas?”

—“Es que Dios no ha de querer que eso ocurra.”

La sucinta reseña de las encrucijadas donde el cristianismo se encuentra cara a cara con las vicisitudes del fenómeno político-social no estaría completa sin una mención de lo ocurrido en la Rusia Soviética a partir del momento en que la revolución bolchevique eliminó a la iglesia rusa ortodoxa tan anquilosada y corrompida como la monarquía zarista a la que se encontraba orgánicamente adherida. Pero el inquebrantable sentimiento religioso del pueblo ruso ha obligado al Kremlin a hacer transacciones graduales. Empezó permitiendo las funciones del culto en los templos y en privado siempre que la Iglesia “no intervenga en cuestiones políticas”. Finalmente acabó reconociendo a una Iglesia Ortodoxa seguramente organizada con elementos adeptos y ahora permite el culto no sólo en iglesias ortodoxas sino también en algunas (muy pocas) católicas y protestantes.

Una muy reciente muestra de la convivencia pacífica del Vaticano con el mundo socialista es la declaración conjunta suscrita en agosto de 1973 por miembros de una delegación del Vaticano que visitó Moscú y representantes de la Iglesia Oficial Ortodoxa. En uno de los párrafos, los firmantes dicen que “existe una fuerte tendencia hacia algunas formas de ‘socialismo’ en muchas partes del mundo” y que “hay aspectos positivos en estas tendencias que los cristianos deberían reconocer y tratar de entender.”

Otra, tanto o más reveladora: Un artículo difundido a fines de agosto de 1973 por "Fides", agencia informativa de la Sacra Congregación para la Evangelización de los Pueblos, dice que "los pensamientos del presidente Mao Tse-tung contienen 'reflexiones cristianas' y que la doctrina maoísta es un socialismo moral en pensamiento y conducta" que anhela la "mística del desinteresado trabajo para los demás y la exaltación de la vida simple y frugal así como la rehabilitación de las masas rurales y la unión de las clases sociales".

Los conceptos fundamentales en que se asienta la doctrina del socialismo cristiano son una consistente amalgama de los siguientes elementos: *a)* la inspiración espiritualista del cristianismo, fundada en la responsabilidad *final* del hombre ante Dios (no ante sí mismo, ni ante la colectividad, ni ante el Estado); la prédica de Cristo sobre la igualdad de los hombres ante Dios, y el amor al prójimo que se traduce en caridad, en función de injusticia y solidaridad entre los hombres; el desprendimiento de los bienes terrenales y el repudio de los apetitos posesivos desenfrenados; la paz y la armonía como normas de coexistencia social; *b)* los métodos políticos de la democracia; el gobierno emanado de la voluntad popular, con el debido respeto al libre arbitrio, a los atributos de la personalidad humana y a las libertades civiles; y la evolución política desarrollada a través de los métodos democráticos, la legislación libremente discutida y adoptada por mayoría, etc.; *c)* el acento del socialismo sobre la solución de los problemas de orden económico que afligen a las grandes mayorías. El cristianismo se aparta de las formas extremas del socialismo en el hecho de que preconiza, en vez de los recursos coactivos —la huelga, la revolución—, la educación extensiva dentro de los principios cristianos, para determinar, por influjo del sentimiento religioso y la exaltación de los valores espirituales y éticos, entre gobernantes y gobernados, una evolución reformista. A la

falta de unidad programática aludida líneas arriba se deben las diversas actitudes —más o menos radicales— que unos y otros grupos socialistas cristianos adoptan respecto a la socialización parcial e indemnizada de algunas fuentes de producción. Pero, en términos generales, las iglesias cristianas (salvo las sectas mencionadas en el capítulo del comunismo) se adhieren básicamente al principio de la propiedad privada con responsabilidad y función social.

Dentro de estas líneas generales actúan partidos social-cristianos de tan buena trayectoria como la Unión Demócrata-Cristiana de Alemania Occidental (*ver Democracia Cristiana*) que inició el prodigioso movimiento de recuperación de ese país después de la segunda Guerra Mundial y el COPEI venezolano de igual prestigio en su alternativa función de gobierno u oposición durante las últimas dos décadas.

Es indiscutible la benéfica influencia que tuvo el cristianismo en la evolución del orden social al plantear e introducir su doctrina en un mundo dominado por el imperio de la fuerza, del privilegio clasista, la ley de vencedor sobre el vencido y del amo sobre el esclavo. Los expositores del socialismo cristiano se niegan a ver en Jesús solamente a un soñador perdido en la mística contemplación de las bienaventuranzas ultraterrenas, y lo presentan, más bien, como un luchador de inmensa pasión y —cuando lo piden las circunstancias— en franca beligerancia con los defectos e irregularidades del mundo en que le toca vivir y morir. El Cristo que arroja del templo a los mercaderes, a latigazos; el Cristo que increpa a los fariseos llamándolos “sepulcros blanqueados” y “raza de víboras”, encaja perfectamente dentro de este enfoque con el que se pretende mostrarlo como un revolucionario; revolucionario tanto contra la sociedad que le rodea, como contra la misma Iglesia oficial judía, en cuyas fuentes, sin embargo bebe su savia teológica el cristianismo.

Pasan los siglos, y el cristianismo, otrora revolucionario erguido frente a Roma con la sola arma de su fe, pierde dinamismo y se hace conservador.

Tanto el siervo del feudalismo como el nuevo esclavo económico, encadenado por la Revolución Industrial, reciben escasa ayuda de la Iglesia para la satisfacción de sus necesidades materiales, pero se acogen a las compensaciones espirituales que ofrece la religión. En la enorme distancia que separa a lo carnal de lo espiritual según la concepción dualista del cristianismo, perdió eficacia la acción social de la Iglesia, aunque nunca podrá medirse la inmensidad del bien que, en términos de consuelo sobrenatural, impartió a los hombres oprimidos por todas las formas de la injusticia.

La Reforma, como se ha visto en otro capítulo, fue una sacudida que, además de reactivar a la propia Iglesia romana sacándola de una estratificación letal, puso de nuevo al cristianismo en un plano de actualidad. Dio gran impulso a la concepción y aplicación de aquella revolucionaria filosofía política y teoría económica que advino con el nombre de liberalismo.

Las conmociones sociales que alcanzaron proporciones sísmicas a mediados del siglo XIX, apenas conmovieron al cristianismo.

La dinámica del fenómeno político-social en la segunda mitad del siglo XX envuelve y "compromete" como nunca al cristianismo en la lucha por la justicia, la paz y la superación integral (espiritual y material) del hombre. El cristianismo en sus diversas ramas no ha desoído ese llamado como lo testimonian en el caso del Catolicismo las Encíclicas y otros documentos citados.

La Iglesia Católica sufre grandes tensiones internas determinadas por la fuerza de la corriente de extrema izquierda dominante entre muchos de sus miembros más jóvenes (sacerdotes y seglares) que a menudo determinan situaciones críticas.

Hay pensadores que dan por bienvenida estas crisis

de conciencia porque creen que sirven para aguijonear al catolicismo y obligarlo a ocupar un puesto de primera línea entre los hombres, "tal como Jesús descendió a luchar y padecer entre los hombres".

Frente a la hipótesis optimista de que el cristianismo pueda resolver por sí mismo los problemas sociales contemporáneos y aun contando con que las iglesias de Cristo, ecuménicamente unidas, usaran el peso de su influencia total para tratar de alcanzar ese objetivo, se plantea una seria dificultad: que para producir ese "milagro", previamente todos los cristianos deberían ser cristianos de verdad no sólo en cuanto a profesión de fe sino en la práctica de la ética cristiana, cosa que no se ha logrado en veinte largos siglos de experiencia.

Además, es obvio que la solución de los problemas del mundo ha dejado de ser una misión exclusiva o privilegio, por así decirlo, del mundo cristiano-occidental. ¿Qué solución cristiana cabría en las grandes áreas de la Humanidad que no son cristianas?

Para este obstáculo, aparentemente insalvable, se propone una última solución: que todas las grandes religiones, dejando a salvo sus discrepancias teológicas, lograsen coaligarse —lo propone concretamente el historiador Arnold Toynbee— en torno a los ideales de solidaridad humana y paz justiciera en los que esos credos coinciden con el cristianismo. La intransigencia dogmática ha sido incapaz de dar un paso semejante hasta hoy. Pero tampoco se había presentado, hasta hoy, una urgencia histórica semejante: el grado de urgencia que exige "milagros".

DEMOCRACIA CRISTIANA

¶ *Consideraciones generales y antecedentes históricos.*
¶ *Conceptos fundamentales.* ¶ *Presencia de la democracia cristiana en el panorama contemporáneo.* ¶ *Glosa.*

DADOS los principios éticos del cristianismo y la filosofía política de la democracia nada resulta más lógico que la confluencia de estas dos corrientes en un solo cauce.

A decir verdad ya se unieron extraoficialmente en la democracia liberal cuyo individualismo concordaba, en principio, con el libre albedrío y con el concepto cristiano de que el hombre se debe a su conciencia, y a su Dios y no al Estado ni a ningún otro poder terreno.

El impulso incontenible que tomó el liberalismo económico arrastrado por la pendiente del lucro como objetivo primordial, y los desbordes que esa tendencia produjo, lo llevaron por encima de los diques de contención de la ética cristiana. En un momento determinado, el cristianismo y, concretamente, la Iglesia Católica, acabó condenando en los mismos términos y en los mismos documentos oficiales los excesos del estatismo y los del liberalismo, considerando que unos y otros habían dado al traste con las normas de justicia y solidaridad humana que inspiran al cristianismo. Los excesos llegaron a viciar las relaciones de los hombres dentro de una misma nación y las relaciones de las naciones entre sí.

La explotación de unos hombres por otros (del hombre por el hombre como dice al marxismo) en las relaciones del capital con el trabajo fueron tan severamente criticadas por la Iglesia como la explotación de las naciones menos desarrolladas por las más desarrolladas.

Es cierto que durante mucho tiempo, siglos, no se produjo esa censura oficial, pero una vez formulada (Encíclica *Rerum Novarum* del Papa León XIII, 1891), quedó definitivamente establecida la posición del Vaticano en favor del mejoramiento de las condiciones de vida y de remuneración del trabajador.

La Iglesia no insistió con el mismo vigor en su prédica de justicia social desde fines del siglo pasado hasta los tiempos de Pío XI (*Quadragesimo Anno*, 1931) y de Juan XXIII (*Mater et Magistra*, 1961 y *Pacem in Terris*, 1963) así como de Paulo VI (*Populorum Progressio*, 1967). Esto se debió seguramente a la situación del Vaticano que, a tiempo de cumplir su misión espiritual, tiene también que poner a salvo sus necesidades e intereses de Estado; un Estado que debe sobrevivir entre otros Estados no siempre amistosos. En este escabroso terreno se le ha reprochado no haber asumido una posición más radical frente las inhumanidades del nazismo.

Una vez definida la línea social progresista de la Iglesia Católica y de las iglesias protestantes, o sea la actitud verazmente cristiana del cristianismo contemporáneo, esta inmensa fuerza toma dos cursos políticos paralelos y próximos entre sí, aunque la actividad partidista los pone a veces como competidores y adversarios en la demanda de votos electorales y en el ejercicio del gobierno: la Democracia Cristiana y el Socialismo Cristiano.

En el capítulo relativo a la segunda de estas doctrinas se examina someramente la injerencia del cristianismo en la historia del mundo occidental y las peripecias a que se vio expuestas su filosofía espiritualista y su ética de fraternidad, solidaridad y amor en el contacto con las asperezas de la política militante. (*Ver Socialismo Cristiano.*)

La literatura de la democracia cristiana asigna a esa corriente una filosofía doctrinaria cuya genealogía "se

remonta a Aristóteles y pasando por Tomás de Aquino viene a desembocar en Jacques Maritain". Y menciona a pensadores "integrados en esa corriente" como N. Berdiaev, M. Buber, G. K. Chesterton, G. Marcel, L. Sturzo, Teilhard de Chardin, etc.

Si se invocan las dos grandes y largas raíces de esta doctrina, el Cristianismo y la Democracia, podrían incluirse muchos nombres más; casi los de todos cuantos concibieron la imagen de una sociedad ideal, inspirada en los conceptos éticos del altruismo, la generosidad, y el sentido de la justicia y el amor al prójimo, junto con las normas de convivencia jurídico-política de la democracia. Es así como en la Encíclica *Rerum Novarum*, el Papa León XIII emplea ya el término democracia cristiana.

La organización de los partidos democristianos contemporáneos data del periodo comprendido entre las dos grandes guerras mundiales.

El de Italia fue fundado al concluir por el sacerdote Luigi Sturzo, quien obtuvo permiso expreso del Papa Benedicto XV para organizar un "partido de católicos"; pero adquiriendo el compromiso, ante sus colaboradores, de mantenerlo independiente de la Iglesia. A tal punto llevó su convicción en esta materia, que cuando Alcide de Gásperi asumió la jefatura después de la segunda Guerra Mundial, Sturzo se alejó del partido por creer que en ese tiempo "estaba demasiado pegado a la Iglesia".

El desarrollo del comunismo en aquella época, muy visible en Italia, fortificó al Partido Demócrata Cristiano considerado como un factor aglutinante de las fuerzas comunistas.

El partido Demócrata-Cristiano alemán, fundado en 1945 por el célebre político Konrad Adenauer, fue uno de los grandes gestores de la reconstrucción de Alemania después de la segunda Guerra Mundial. En el gobierno o en la oposición, alternando posiciones con

los social-demócratas, el democristianismo alemán ha demostrado las posibilidades prácticas de su programa.

En la América Latina, dos importantes partidos democristianos son el de Venezuela (COPEI) y el de Chile. Partidos minoritarios de la misma filiación, que no han llegado al gobierno, existen en Bolivia y Uruguay.

El programa político de la democracia cristiana en Chile, donde ha obtenido algunos de sus más grandes logros y donde ocupa a comienzos de la década del 70 la vanguardia de la oposición contra el régimen marxista del Presidente Allende, está expuesto en la publicación "Fundamentos de la Democracia Cristiana" (mayo, 1970), de la que se extractan los siguientes conceptos:

La democracia Cristiana significa, a la vez "un estado de espíritu, un partido político y una corriente filosófica".

"La mística de la democracia tiene su origen en [un] estado de espíritu que impulsa al que lo posee a la realización de actividades heroicas las cuales ponen de relieve una entrega desinteresada, a fin de conseguir la felicidad de la comunidad."

La Democracia Cristiana, en cuanto partido político, se fundamenta en el ideal democrático y en los valores cristianos.

"La Democracia Cristiana es un partido no confesional de inspiración cristiana."

El humanismo integral que inspira fundamentalmente a la Democracia Cristiana "tiende a hacer al hombre más verdaderamente humano. . . Este humanismo constituye la primera y más fundamental de las coordenadas que determinan la posición filosófica de la Democracia Cristiana".

La democracia cristiana es consciente de que la política es algo existencial. El político en cuanto tal, no teoriza sino que realiza.

Una característica de la democracia cristiana —dice el texto citado— “su aspecto revolucionario, se halla estrictamente vinculada a la que se acaba de mencionar. . . El sentido revolucionario de la democracia cristiana se expresa primeramente en su posición filosófica, a la vez contraria al capitalismo y al comunismo considerados éstos como doctrinas globales o integrales. Y dígase lo mismo de los conceptos básicos que, como el comunitarismo o el pluralismo, definen en cierto modo a la democracia cristiana.”

El fin de la sociedad es el bien común. Por el hecho de que la sociedad política está integrada por hombres, el bien común es un bien de personas humanas.

La Sociedad Política posee las siguientes características solidarias que no pueden subsistir sin las otras: Es personalista porque es un todo constituido por personas. Es comunitaria porque está constituida por personas que tienden a la comunión política. Es pluralista porque para conseguir el bien común necesita la participación del pueblo organizado en sociedades diversas.

El trabajo no es sólo la manera de ganar la vida sino también (y principalmente) un modo auténtico que tiene la persona de realizarse.

La economía tiene dos características: es comunitaria y personalista; es decir, debe servir simultáneamente a la comunidad y a los derechos de la persona.

“La economía, para posibilitar eficazmente el comunitarismo y el personalismo debe ser necesariamente pluralista. . . Cuando se trata de economía industrial, los propios intereses de la persona exigen una cierta socialización de la propiedad.”

Bajo el régimen demócrata-cristiano del presidente Eduardo Frei (1964-1970), el Estado chileno adquiere la mayoría de las acciones de las grandes empresas extranjeras explotadoras del cobre y pone en vigencia la ley de reforma agraria.

“El derecho de propiedad tiene dos características:

debe servir al bien común de la sociedad o comunidad y al mismo tiempo debe servir a todas y cada una de las personas... Tratándose de los bienes de consumo que sirven para satisfacer las necesidades personales, la propiedad debe ser también personal... Tratándose de los bienes de producción, los derechos de la comunidad o sociedad son los que aparecen en primer lugar... Hay que considerar el hecho de que el trabajo es la causa y origen de los bienes en forma que los trabajadores pueden reclamar respecto de ellos un derecho de propiedad, puesto que los producen. La propiedad comunitaria es justamente la que tienen los trabajadores respecto de la empresa en que trabajan."

En cuanto a la Revolución "que puede ser violenta o no violenta", la Democracia Cristiana se pronuncia por la segunda, citando los ejemplos de éxito alcanzado en este campo de lucha por Gandhi, Martín Luther King, Helder Cámara y otros. Además, dice, "la revolución debe vincularse estrechamente con principios éticos. La fuerza sólo se usaría cuando simultáneamente se hagan presentes dos condiciones: 1) que ningún otro recurso haya dejado de emplearse; y 2) que exista la completa seguridad de que su empleo no vaya a causar más daño de aquel que se trata de corregir. Cumplidos esos dos requisitos, el uso de la fuerza puede convertirse en un deber."

Los esquemas de la Democracia Cristiana y del Socialismo Cristiano tienen sus pilares centrales asentados en la plataforma ideológica del reformismo gradualista de Bernstein. Hermanos gemelos, actúan más de una vez —como se tiene dicho— frente a frente en las peripecias de las políticas nacionales (Alemania, Italia, Francia, Venezuela, Chile).

En un reciente Congreso Internacional realizado en Italia, la Democracia Cristiana hizo hincapié en la diferencia que la separa del Socialismo Cristiano.

Objetivamente analizada, la diferencia estriba, prin-

cialmente, en el acento espiritualista de la Democracia Cristiana frente al interés socialista de la otra corriente. Tienen ambas la ética cristiana y el método político de la democracia como denominadores comunes.

La Democracia Cristiana, junto con el Socialismo Cristiano y el Socialismo Reformista ofrecen una tercera opción en medio de la tensión bipolar del marxismo frente al capitalismo. Un capitalismo en cuyos baluartes, antes inexpugnables, las tres corrientes han hecho ya profundas incursiones.

COOPERATIVISMO

¶ *Consideraciones generales y antecedentes históricos.*
¶ *Conceptos fundamentales.* ¶ *Organización y formas de cooperativas.* ¶ *Difusión del cooperativismo.* ¶ *El movimiento cooperativo, el capitalismo y el socialismo.*
¶ *Glosa.*

EL COOPERATIVISMO no es una doctrina política, no prescribe normas para la función ni la organización del Estado, ni para las relaciones de éste con el individuo. Es simplemente un plan económico, pero ya forma parte imprescindible de la vida de muchos Estados, y si continúa difundiéndose y cobrando tanta importancia como lo ha hecho en los últimos años, puede llegar a afectar hasta la estructura política de las sociedades que lo han implantado.

No sólo se trata, en este caso, de la íntima relación funcional que existe entre lo económico y lo político, sino que, al sustituir el incentivo del lucro individual por el concepto del servicio colectivo, el cooperativismo ataca en su médula uno de los conceptos en que se asientan las teorías políticas individualistas. Esto explica el hecho de que, sin excepción, todos los programas socialistas abogan, en mayor o menor medida, por la adopción de sistemas cooperativistas de uno u otro tipo. Pero tampoco hay obstáculo para practicarlos dentro de las democracias liberales.

El cooperativismo no es producto de altas especulaciones académicas. Su teoría no fue concebida por solemnes filósofos o economistas. Lo engendró, sin pompa intelectual, el sentido común de un grupo de trabajadores enfrentados con el problema de aritmética elemental de su presupuesto doméstico. No nació de una

escuela ideológica, sino de 28 cocinas que no alcanzaban a abastecerse.

Aunque la idea de "cooperación" propugnada por los utopistas no era exactamente la misma que inspira al cooperativismo contemporáneo, se cita a algunos de aquéllos como precursores de éste. Robert Owen figura entre tales antecesores. Y dos de sus discípulos, Charles Howart y William Cooper, desempeñaron un papel notable en la génesis del llamado "movimiento cooperativo" mundial, que hoy cuenta con adeptos tan apasionados como los de cualquier corriente política militante.

Creadores de la primera cooperativa son los clásicos 28 obreros textiles de Rochdale (Inglaterra) que un día decidieron examinar su situación económica y buscar la causa de la miseria en que se encontraban.

Hecho el análisis, llegaron a la conclusión de que la falta de equilibrio entre las remuneraciones percibidas por su trabajo y los gastos necesarios para su subsistencia se debía, principalmente, a los excesivos precios que se veían obligados a pagar por los artículos que consumían. Y que esos precios crecían desmesuradamente como consecuencia de las sucesivas ganancias o utilidades acumuladas —sobre el costo original de las mercancías— por la cadena de intermediarios situados entre el productor y el consumidor. En la mayoría de los casos, esos intermediarios eran innecesarios y su actividad, movida por el incentivo de lucro, se nutría a expensas de una víctima permanente: el consumidor.

De aquí, los 28 fundadores de la Sociedad de Pioneros de Rochdale (1844) dedujeron que el remedio para sus males consistiría en eliminar tanto a los intermediarios como al incentivo de lucro, sustituyéndolos por organizaciones de consumidores dispuestos a servirse a sí mismos, con espíritu no utilitario sino de cooperación, quienes adquirirían directamente los artículos que necesitasen de las fuentes mismas de pro-

ducción. Con grandes esfuerzos acumularon un capital de 140 libras esterlinas y establecieron la primera cooperativa de consumo. El éxito de esta empresa fue inmediato, y tan promisorio que sin demora se inició la difusión de estas cooperativas, en gran escala.

Las conclusiones formuladas por los 28 obreros de Rochdale, revisadas y ampliadas, constituyen los fundamentos del cooperativismo. A saber: desde que un artículo sale de la fábrica o del campo de producción agrícola, hasta que llega al consumidor, pasa por las manos de innumerables intermediarios (comerciantes mayoristas y minoristas, rescatadores, comisionistas, importadores, etc.), muchos de los cuales no cumplen ninguna función realmente útil, pero que, sin embargo, ganan utilidades que recargan el precio final. Los intermediarios no siempre son indispensables y los que no lo son deben ser eliminados.

El incentivo de lucro es el origen y la razón de ser de los intermediarios, y debe sustituirse por una noción de servicio mutuo o cooperación entre los consumidores.

La clase consumidora es "una clase permanente y universal", sean cuales fueren los sistemas económico y político que imperen en una colectividad. Y el consumidor es una víctima inerte de la acción de los intermediarios. Esa acción, motivada por el lucro, se manifiesta en muchos de los males que afectan a la sociedad en general y al consumidor en particular: o la competencia desmedida o los monopolios, con sus consecuencias más o menos inevitables de crisis de sobreproducción o de precios atrabiliarios, respectivamente; altos costos debidos a la multiplicación innecesaria de gastos de administración en las diversas firmas competidoras; propaganda engañosa; supresión de nuevas invenciones con objeto de mantener en explotación las industrias ya establecidas, etcétera.

La clase consumidora tiene, por tanto, el derecho y el deber de defenderse en forma solidaria. Y tiene

la posibilidad de hacerlo. En vez de la utilidad egoísta de los intermediarios, la finalidad noble y solidaria consiste en el bienestar de los consumidores, quienes forman la mayor parte de la colectividad.

Las cooperativas son organizaciones constituidas sin finalidad de lucro, que funcionan con muchas de las características de una sociedad anónima. Tomemos la cooperativa "tipo", que es la de consumo.

Varias personas, que desean adquirir a bajo precio los artículos necesarios para su subsistencia, deciden organizar una cooperativa. No debe hacerse, dice la teoría, discriminación por motivo del credo religioso, la raza o el color político de los asociados. Cada uno hace un aporte de dinero a cambio del cual recibe una o más acciones (el número de acciones que puede adquirir cada miembro es, generalmente, muy limitado). Con la suma de las aportaciones se constituye un capital. Con ese capital se establecen las oficinas, almacenes e instalaciones, se nombra un gerente o administrador, se contratan los empleados necesarios y se inicia el aprovisionamiento. Los artículos son directamente adquiridos, por la cooperativa, de los centros de producción, o, si esto es absolutamente irrealizable, por lo menos se prescinde del mayor número de intermediarios (a veces la importación directa desde las fábricas del extranjero es excesivamente dificultosa o acarrearía demasiados gastos, y en este caso, por ejemplo, es conveniente emplear a un importador). Provista la cooperativa, se venden las mercancías a su asociados. Al costo de los artículos se añade solamente un pequeño porcentaje destinado a los gastos de administración que demanda el funcionamiento de la propia cooperativa: sueldos de gerentes y empleados, alquiler de oficinas y almacenes, material de escritorio, etcétera. Todos estos gastos recargan también, normalmente, los precios de los artículos que se venden en el comercio ordinario; pero a éstos se suman además las comisiones o utilida-

des de los intermediarios, que en la cooperativa han quedado suprimidos debido a la adquisición directa.

Lo que cada miembro de la cooperativa puede comprar está, generalmente, limitado en razón de su aporte. Queda entendido que los artículos adquiridos en una cooperativa no pueden ni deben ser revendidos. Aunque normalmente las ventas de la cooperativa están circunscritas a los componentes de la misma, las cooperativas muy grandes se permiten a veces hacerlas a extraños, con un aumento de precio que sirve para incrementar los fondos de la organización.

Las decisiones relativas a la política y al funcionamiento de la cooperativa las toma una especie de directorio constituido por personas elegidas entre los componentes de aquella. Y la autoridad final es la asamblea general de asociados.

Aquí se plantean dos diferencias fundamentales entre la cooperativa y la sociedad anónima. Mientras que en esta última las votaciones de las asambleas se hacen por el número de acciones que tiene o representa cada accionista, es decir, que si uno de ellos posee mil acciones su voto equivale a un mil, en la cooperativa cada miembro tiene solamente un voto. Esto impide el control que los grandes accionistas adquieren sobre las sociedades anónimas. La esencia misma de la cooperativa es contraria a tal posibilidad. "Las cooperativas son verdaderamente democráticas", dicen los tratadistas.

Y la otra diferencia: el pequeño interés que la cooperativa paga a cada miembro por el capital invertido, se distribuye no sólo por acción, sino en razón del volumen de operaciones efectuadas por ese miembro en la cooperativa. Esto se aplica especialmente a las cooperativas de consumo. Quien compra más, percibe más.

En los casos en que no esté permitido vender a precios inferiores a los del mercado ordinario, para no crear una competencia ruinosa a la actividad privada, la cooperativa vende al precio corriente, y la suma co-

responsable a la utilidad que habrían percibido los intermediarios es distribuida entre los miembros de la cooperativa.

La cooperativa descrita, la más antigua y simple, es la de consumo. Su objeto es suministrar a los miembros de la misma, a precios módicos, los artículos que requieren para la satisfacción de sus necesidades. Pero la acción del cooperativismo no se detiene aquí. Después de liberar a los consumidores de la acción de los intermediarios, hace lo mismo en favor de los productores.

Con ese objeto hay cooperativas de distribución, especialmente entre los agricultores. Para evitar la explotación a que son sometidos los pequeños productores por parte de los intermediarios encargados de vender los productos en el mercado, aquéllos se asocian en cooperativas encargadas de centralizar los productos y venderlos en gran escala, recogiendo para los agricultores toda la diferencia entre el precio de costo y el de venta.

Las cooperativas de producción constituyen el último paso de penetración del cooperativismo dentro del fenómeno económico. El plan consistiría en producir, dentro del sistema cooperativo, los artículos que necesitan las cooperativas de consumo. La materialización final de este plan reside en la cooperativa mixta, que produce, distribuye y consume sus propios artículos.

Fuera de éstas existen las cooperativas de servicio público, encargadas de instalar y manejar la provisión de aguas potables, electricidad, combustibles y comunicaciones. Los países escandinavos han hecho grandes progresos en este terreno.

Están también muy difundidas las cooperativas de crédito (especie de bancos), las de servicios médicos, de seguros, de construcción de viviendas, etc. En las grandes ciudades, donde los trabajadores no pueden ir de las fábricas hasta sus casas al mediodía, se estable-

cen restaurantes cooperativos. Y se han hecho también experimentos satisfactorios en materia de escuelas, institutos de estudios superiores, etcétera.

Cuando varias cooperativas de consumo funcionan en una misma zona, es corriente que organicen una agencia central de compras encargada de hacer las adquisiciones, en grande, para todas ellas. Por este medio se obtienen nuevas reducciones de precios. Y si bien pudiera objetarse que la agencia es realmente un intermediario, queda a salvo el hecho de que ese intermediario, útil en la práctica, no percibe "utilidades". Los gastos excesivos en que podrían incurrir las cooperativas al hacer sus pedidos individualmente se reducen al formularlos por un conducto común.

Nada ilustra mejor el creciente éxito del Cooperativismo en el mundo que la comparación de los datos estadísticos del año 1952 (que se consignaron en la primera edición de este libro) y los del primer semestre de 1970 correspondientes a la presente edición revisada y actualizada. Los últimos datos, que van a continuación, son los que consigna en su más reciente boletín (julio, 1973) la International Cooperative Alliance, con sede en Londres y se refieren como los anteriores al mundo entero:

<i>Tipos de cooperativas</i>	1952	1970
Consumo	42 327	49 361
Crédito	254 881	245 337
Agrícolas	64 284	145 489

En 1950 existían en el mundo 378 423 cooperativas, cifra que en 1970 se elevó a 572 978.

El número de países afiliados, que en 1952 era de 35 ha subido a 63 en 1970.

La cifra más alta de miembros le corresponde a la

India, con 61 337 524; le sigue la Unión Soviética con 59 637 000; Estados Unidos de Norteamérica, 44 935 548; Japón 16 901 286; Rumania, 12 782 217; Polonia y la República Federal de Alemania, algo más de 8 millones. El total mundial de miembros es, según estas cifras, de 283 499 244, pero el boletín advierte que las mismas corresponden solamente a 43 de los 63 países afiliados, por no haberse recibido y computado todavía las de los 20 restantes.

En cuanto a la América Latina, el Boletín que comentamos menciona solamente a los siguientes países con las respectivas cifras de miembros; Argentina, 1 596 588; Chile, 225 062; Guyana, 11 087, y Jamaica, 95 699.

Pero de un estudio del Comité interamericano de Coordinación y Desarrollo Cooperativista de la OEA, del que es autor el licenciado Marcial da Costa Gómez, se extráctan las siguientes informaciones sobre la América Latina:

La primera cooperativa latinoamericana de que se tiene noticia fue organizada por inmigrantes franceses en la Argentina en 1898 como empresa de seguros agrícolas.

Se institucionalizó el cooperativismo mediante leyes promulgadas en Argentina, en 1926; Colombia, 1931; Brasil y Chile, 1932; Ecuador, 1937; México, 1938; Uruguay, 1941; Venezuela y Paraguay, 1942; Perú, 1944; Guatemala, 1949; Bolivia, 1958.

En las últimas dos décadas, dice el estudio (que data de 1971), el número de cooperativas ha aumentado de 7 568 a 29 301 y el número de sus miembros de 2 227 000 a 10 471 943.

Argentina y Brasil tienen el mayor número de organizaciones cooperativas de la América Latina (alrededor de la mitad del total) y más de dos tercios de afiliados. "Ambos países reúnen, además, unos tres cuar-

tos del total de miembros de cooperativas agrícolas y de consumo.”

“En el campo agropecuario, el hecho de recibir los productores el precio final por sus productos y el estímulo por las grandes facilidades crediticias, técnicas y comerciales que las organizaciones ofrecen a sus miembros, han sido factores de aumento en la producción y la productividad.”

“En el Perú... se escogió la fórmula cooperativa (agrícola) porque se estimó que es la mejor forma de lograr un cambio radical dentro de un mercado democrático...”

“En México resalta el sistema cooperativo de producción industrial, cuyos logros se concretan en varios campos; por ejemplo, la planta más moderna de la América Latina en materia de producción de cemento pertenece a la Cooperativa Cruz Azul, la segunda del país en volumen de operaciones: 1 200 000 toneladas anuales.”

Las dificultades con que tropieza el movimiento cooperativista en la América Latina, según Da Costa Gómez, son: planificación inadecuada, legislación no evolucionada, problemas institucionales, dificultades de financiamiento, escasez de personal capacitado, educación deficiente para la adopción del sistema por parte del pueblo, insuficiencia de coordinación de la asistencia internacional, información estadística deficiente y carencia de una acción regional coordinada.

Bajo las directivas de las organizaciones internacionales, se destina una parte de los fondos de las cooperativas para fines de educación y propaganda tendientes a difundir mayormente el cooperativismo.

El cooperativismo es una de las innovaciones económicas que mayor éxito ha tenido y que menos conflictos ha producido en su aplicación. Es importante hacer notar que se practica normalmente tanto en las sociedades capitalistas (los Estados Unidos) como en

aquellas en que imperan diferentes formas de socialismo (Suecia, la Unión Soviética).

Y aquí se plantea una cuestión capital: ¿cuál es la posición del cooperativismo respecto al capitalismo individualista y al socialismo?

Desde luego, la negación que el cooperativismo hace del incentivo de lucro como móvil fundamental de la actividad económica ataca un concepto esencial del capitalismo; y la adopción integral del cooperativismo en todas las fases del fenómeno económico (producción, distribución y consumo) destruiría la estructura del mecanismo capitalista).

Sobre este punto de doctrina no están de acuerdo los expositores. Si bien los hay que propugnan la aplicación del cooperativismo como uno de los medios más efectivos para la realización del socialismo, otros consideran que debería mantenerse dentro del marco capitalista limitando su acción a los campos de la distribución y del consumo, especialmente en aquellos aspectos que no ofrecen incentivo suficiente a la iniciativa privada.

En medio de estos puntos de vista opuestos, hay algo que puede admitirse como definitivamente evidente, y es que el cooperativismo constituye una sana y eficaz arma de defensa del consumidor, especialmente entre las clases sociales menos dotadas de recursos, contra el desenfreno de las prácticas mercantiles.

Y no menos importante es la función que desempeña el cooperativismo al enseñar a los hombres a sumar sus esfuerzos en beneficio común, en vez de colocarlos uno frente al otro, en posiciones desde las que el más fuerte se beneficia indebidamente a costa de las necesidades del más débil.

MARXISMO

¶ *Consideraciones generales.* ¶ *El binomio Marx-Engels y El capital.* ¶ *Pilares de la teoría: dialéctica materialista (de Hegel a Marx), materialismo histórico, lucha de clases, valor-trabajo, plusvalía y salarios, concentración de capitales, crisis.* ¶ *Síntesis y glosa.*

SE HA hecho, por lo menos en la jerga política popular, tan corriente la confusión entre los términos "marxismo" y "comunismo", que resulta indispensable formular una aclaración previa.

El marxismo es, primordialmente, un método de análisis económico-político (concretamente enfocado por Marx sobre el capitalismo). El comunismo es: a) una tendencia de muy remoto origen histórico hacia la comunización de la propiedad, o sea, a la anulación más o menos total de la propiedad privada; b) el comunismo leninista (con sus ramas respectivas), programa de acción política basado en la crítica del capitalismo hecha por Marx. De lo cual se desprende que mientras que el adepto del comunismo leninista —stalinista o trozkysta— es siempre un marxista, en cambio es posible aceptar uno o varios postulados teóricos del marxismo, sin necesidad de ser, inevitablemente, comunista del tipo trozkysta, soviético o chino.

Esta discriminación conduce a otro tema de apasionada controversia: el de si es o no posible ser *parcialmente* marxista; es decir, aceptar solamente determinadas conclusiones del marxismo y rechazar otras o aceptándolas todas, quitarles el sello dogmático que les imprimen sus exégetas; esos exégetas que serían incapaces de decir lo que Marx declaró en un congreso socialista de París: "Señores, yo no soy un marxista (en el sentido de no serlo fanáticamente)".

Tanto los marxistas ortodoxos como los enemigos acérrimos del marxismo sostienen, en común, que tal aceptación parcial o relativa es imposible ya que —concluyen— el carácter orgánico, la estructura compacta y coherente del marxismo, imposibilitan su aceptación fragmentaria. Se ha usado para ilustrar esta afirmación el ejemplo de que no es posible quitar algunos de sus pilares a un edificio perfectamente equilibrado.

Ciñéndonos a la literalidad de estos ejemplos, cabría responder que ya está probado por la física, la ingeniería y la arquitectura modernas, que el equilibrio es un concepto sumamente relativo y, en la práctica, la supresión parcial de muros y pilares depende solamente de los materiales modernos que se usan, con cuya flexibilidad y resistencia no se contaba antes (los materiales políticos, económicos y sociales del mundo contemporáneo son muy diferentes y mucho más elásticos que los que constituían la estructura del mundo analizado por Marx).

Pero, más allá de los simples ejemplos ilustrativos, en el campo mismo de lo político, nos encontramos con casos reales de adopción fragmentaria del marxismo, como en el anarquismo comunista de Bakunin y Kropotkin o en el socialismo evolutivo de Bernstein (*véanse los capítulos respectivos*). En ambas doctrinas se tomó el guión marxista para hacer la interpretación del fenómeno capitalista, desechándose unas veces ciertas conclusiones, y otras el carácter absoluto de las mismas o el método político a deducir de ellas.

El propio Lenin tuvo que hacer adaptaciones pragmáticas del marxismo para aplicarlo al cuadro político de Rusia en 1917 (*véase el capítulo del comunismo*). Y Stalin, por su parte, formuló y puso en práctica “interpretaciones” (“falsificaciones” y “adulteraciones”, según los trozkistas) cada vez más heterodoxas, tanto del marxismo original como del marxismo leninista, in-

terpretaciones que, a su turno, criticaron y revisaron los sucesores de Stalin.

La vitalidad —prueba suprema de la validez de una teoría política— de todas aquellas corrientes inspiradas en la aceptación fragmentaria del marxismo, viene a probar, con la fuerza irrefragable de los hechos, que las adaptaciones y modificaciones son factibles.

En cuanto a la posibilidad de ser "comunista" sin ser marxista, basta recordar que, entre otros, ya los "utopistas" plantearon enunciados de tipo francamente contrario a la propiedad privada.

Veamos ahora lo que en su definición original se entiende por marxismo.

Marxismo y socialismo científico son sinónimos. El calificativo de "científico", aplicado a una doctrina política, es en rigor inexacto, ya que la política es más bien un arte que una ciencia. Pero si alguna teoría política fue formulada dentro de un plan que se aproxima al método científico, ella es el marxismo. Esto se debe en gran parte a que la teoría marxista tiene sus fundamentos establecidos sobre la economía, terreno en el que se puede, hasta cierto punto al menos, hacer la aplicación del método científico que requiere el empleo de factores exactos, de valor objetivo. Ésta es la diferencia fundamental entre el socialismo "científico" y el socialismo "utópico" que concede preeminencia a "imponderables" como la ingénita bondad del hombre, su fuerza moral, su anhelo de perfeccionamiento, etcétera.

Es así que la obra que constituye la piedra angular del socialismo científico es, en esencia, un libro de economía: *El capital*, de Karl Marx, que apareció en 1867.

Marx nació en Alemania, el año 1818, hijo de un prestigioso abogado judío convertido al cristianismo. Preocupado desde temprano por los problemas económico-sociales de su tiempo, realizó su obra de pensador y agitador político en Alemania, Francia, Bélgica

e Inglaterra. En este último país vivió más de 30 años, y en él murió.

El capital constituye un profundo e implacable análisis del capitalismo y de las leyes que gobiernan su dinamismo. Hay en este libro fórmulas matemáticas y enunciados políticos. Pero todas las fórmulas conducen directa o indirectamente a conclusiones de orden político. Sorprende a los tratadistas la forma en que se combina, en la obra de Marx, la iracundia de un revolucionario de barricada con la fría minuciosidad analítica de un académico alemán. Quienes han recorrido paso a paso las 2 500 páginas de *El capital* —aventura intelectual que pocos pueden permitirse— admiten o rechazan las conclusiones y predicciones que contiene, pero es casi unánime el sentir de que encierra, sobre todo en la primera parte, uno de los hitos del pensamiento político de todos los tiempos.

Friedrich Engels, compañero, amigo y colaborador inseparable de Marx, nació también en Alemania, el año 1820, y desde su juventud observó (en torno a los prósperos negocios industriales de su padre) las miserables condiciones de vida de los trabajadores. Absorbido por las ideas revolucionarias que hacían explosión en aquella etapa del siglo XIX empezó a escribir panfletos contra el orden económico y social imperante.

Se debió en gran parte a la ayuda moral y pecuniaria de Engels y a su contribución intelectual, el que Marx hubiese logrado realizar su tarea en medio de las durísimas vicisitudes de su vida de revolucionario casi constantemente perseguido y desterrado. El ceñudo ardor combativo y la municiosidad académica de Marx, y la agilidad mental y el brillo imaginativo de Engels se integraron perfectamente para llevar el material ideológico al planteamiento del programa político, producto típico de esta asociación de personalidades diferentes entre sí y por ello mismo complementarias.

Como en pocos capítulos, debemos hacer en éste un

considerable esfuerzo de síntesis para reducir la vastísima y compleja teoría económico-política del marxismo a términos compatibles con las dimensiones de este volumen de divulgación elemental. Más sencillo habría sido, sin duda, transcribir párrafos enteros de las obras originales, que tratar de reducirlos a términos fácilmente comprensibles y de corta extensión. Pero no más sencillo para los lectores. No olvidemos que hoy mismo, y entre los grandes exégetas del marxismo, se discute sanudamente la interpretación de determinados pasajes; y más de una guerra política sin cuartel, como la de Pekín con Moscú es el resultado de esas diversas interpretaciones llevadas a la práctica.

Se afirma a este respecto, que sólo la Biblia puede compararse con la obra de Marx en cuanto a haber producido fe fanática, fanática oposición, divergencia, controversia y conflicto entre propios y extraños.

He aquí, en brevísimo resumen, los pilares fundamentales de la ideología marxista:

DIALÉCTICA MATERIALISTA. El filósofo alemán Georg Wilhelm Hegel había producido una profunda conmoción filosófica al plantear su famoso método dialéctico: cada idea engendra y lleva en sí misma los gérmenes de su propia negación (el conocido ejemplo simplista: no se concibe la idea de la luz sin la idea de su negación, la oscuridad); la primera (la tesis) y la segunda (la antítesis) entran en constante e inevitable conflicto; de ese conflicto, que culmina en la destrucción de ambas, surge una tercera (la síntesis) en la cual quedan absorbidos los elementos de las dos primeras. A su vez, esta síntesis se convierte en tesis y el ciclo se repite, sin cesar.

Aplicada dicha teoría a la interpretación de la historia, ésta cobra un carácter dinámico. No es posible ya considerar las diferentes etapas de la historia como situaciones estáticas, inamovibles e incoherentes entre

sí. Cada una es resultado consecutivo de las anteriores. Ese resultado es, por ende, inevitable y previsible. Esta interdependencia dinámica, móvil, existe, como en todos los aspectos de la actividad y del acontecer humano (sostiene el marxismo), en el campo de los fenómenos económico-sociales. Y el capitalismo, sometido a las mismas leyes, lleva en su seno los gérmenes de su destrucción inevitable y previsible. Más adelante explicaremos por qué.

Sobre este punto, el *Manifiesto comunista* redactado por Marx y Engels (véase el capítulo del comunismo), no deja lugar a dudas: "El desarrollo de la industria moderna destruye, bajo sus propios pies, las bases sobre las cuales la burguesía produce y se apropia de los productos. Por consiguiente, lo que la burguesía produce, más que nada, es sus propios sepultureros. La caída de la burguesía y la victoria del proletariado son igualmente inevitables."

Se considera al filósofo Feuerbach, también alemán, el "puente" entre Hegel y Marx, ya que, habiendo aceptado el método dialéctico hegeliano, le dio un sentido materialista y concluyó afirmando que el pan es el primer elemento de la "salvación del hombre".

En cuanto a la forma en que Marx "adaptó" a su materialismo la base dialéctica idealista de Hegel, aquél declara, en el prólogo de *El capital*: "Mi método dialéctico es no sólo diferente del hegeliano, sino lo opuesto. En Hegel, el método está de cabeza. Hay que ponerlo de pie." Y más adelante, añade: "Para Hegel, el mundo real no es sino la forma extrema de 'La Idea' y para mí, por el contrario, la idea no es sino el mundo material reflejado por la mente humana."

MATERIALISMO HISTÓRICO. El devenir histórico no está gobernado por ideas abstractas que los hombres ponen en práctica, a su arbitrio, para señalar rumbos a los acontecimientos ("los hombres hacen su propia

historia, pero no la hacen como quieren; no la hacen bajo condiciones escogidas por ellos mismos sino en condiciones que encuentran, que les son dadas y transmitidas del pasado", dice Marx). Son los factores materiales del desarrollo económico-social los que determinan (por el proceso dialéctico antes mencionado) lo que ocurre en el presente y ocurrirá en el futuro. Así ha sido siempre y así será.

Entre aquellos factores ocupan un lugar preponderante, de influencia casi absoluta, los fenómenos económicos; y, más específicamente aún, el fenómeno de la producción.

La economía de una sociedad cualquiera constituye la "infraestructura" (la armazón interior, el esqueleto) de la misma. Sobre ella, y conformada por ella, se alza la "superestructura", que está integrada por todo el mecanismo ético, jurídico y aun cultural y religioso que abarca la vida entera de esa sociedad. El ejemplo clásico: la propiedad privada es un hecho económico, de raíz económica y finalidades económicas. Este hecho forma parte esencial de la infraestructura de la sociedad capitalista o burguesa. Puesto que se trata de un hecho fundamental y sustancial, la ética y el derecho se han visto forzados a racionalizar y justificar la propiedad privada en los planos respectivos (moral y jurídico) de la superestructura. Hay una relación tan inextricable entre la infraestructura y la superestructura (debida al imperio de la primera sobre la segunda), que llega un momento en que hasta se pierde de vista la relación de causa a efecto, y no parece que el hecho real económico de la propiedad privada hubiese tenido fuerza suficiente para crearse sus justificativos éticos y legales, sino que fuese más bien al revés, es decir, que la ética y el derecho hubieran creado, *a priori*, en abstracto, el concepto de la propiedad privada. Lo cierto es, dicen los marxistas, que lo previo (la causa) es el hecho económico real y consumado de que el hombre

se aferra a su propiedad privada y lo segundo (el efecto) que, para defender lo que considera suyo (y no quiere compartirlo con los demás) ha inventado recursos morales, legales y políticos, precisamente adaptados al resguardo de sus intereses.

Dentro del fenómeno económico es, concretamente, el mecanismo de la producción el que tiene importancia vital y a este respecto dice Engels: "La concepción materialista de la historia se basa en el principio de que la producción, y con la producción el intercambio de los productos, es la base de todo orden social... De acuerdo con esta concepción [deben buscarse]... las causas más recónditas de todos los cambios sociales y las revoluciones políticas... no en la filosofía sino en la economía de la época respectiva".

Sin embargo, admite Marx, hay puntos en los cuales se establece una relación de interdependencia entre la infraestructura y la superestructura, o sea, que las condiciones políticas, jurídicas, éticas y culturales en que se desenvuelve la sociedad ejercen, a su vez, influencia sobre el proceso económico. Pero, en esencia, lo previo fue siempre la economía.

El mismo Engels, años más tarde, explicó mejor su punto de vista y el de Marx en los siguientes términos: "...El factor decisivo en *última instancia* es la producción y reproducción de la vida real. Más que esto, ni Marx ni yo hemos afirmado nunca. Pero cuando se hace una tergiversación para hacer aparecer que el factor económico es el *único* elemento, se convierte la declaración en una frase abstracta absurda y sin sentido. La condición económica es la base, pero los diversos elementos de la superestructura... las formas políticas, las constituciones... las formas legales y también los reflejos de todos estos conflictos en las mentes de los miembros de la sociedad, los puntos de vista políticos, legales, filosóficos, religiosos... todos ellos

ejercen influencia sobre el desarrollo de los conflictos históricos, y en muchos casos determinan su forma.”¹

Como antecedente histórico, cabe anotar aquí que ya Aristóteles (*Política*) dijo que “el carácter de las instituciones políticas está determinado por la distribución de la riqueza dentro de la sociedad”.

LUCHA DE CLASES, INTERNACIONALISMO E IMPERIALISMO. ¿Cuáles son los elementos activos a través de los que se cumple el proceso dialéctico del materialismo histórico? Las clases económico-sociales. Y ¿cómo se diferencian entre sí esas clases? Por su condición económica. Y ¿qué se entiende por condición económica? En último análisis, lo que determina la condición económica es el poseer o no poseer los llamados instrumentos de producción que son todo aquello (tierra, herramientas, máquinas, etc.) que sirve para producir bienes, para producir riqueza.

Desde las épocas más remotas, sostienen los marxistas, la historia del hombre no es sino la historia de la “lucha de clases”. Las clases poseedoras (una minoría) luchan para retener lo que poseen, utilizando (la “explotación del hombre por el hombre”) a las otras clases (*véanse las teorías del valor, la plusvalía y los salarios*) para producir, en beneficio propio, mayores riquezas. A su vez, las clases desposeídas (que constituyen la gran mayoría) luchan para conseguir la posesión de los instrumentos de producción y la riqueza, tratando así de liberarse del yugo a que están sometidas. Las clases atraviesan periodos de crecimiento, desarrollo y decadencia. La clase que está en proceso de decadencia se defiende desesperadamente para conservar hasta el final los privilegios de que durante mucho tiempo disfrutó. Nadie renuncia sin lucha a lo

¹ Tomado de E. R. A. Seligman, *La interpretación económica de la historia*.

que cree que es suyo. (La aristocracia de sangre fue desplazada por la burguesía —Revolución Francesa— y la burguesía deberá ser desplazada por el proletariado —periodo actual de la lucha de clases.)

Los medios de producción tienen una relación directa con las clases: la tierra con la aristocracia de sangre, de origen feudal; la máquina con la burguesía nacida de la Revolución Industrial.

La clase económica constituye la única distinción verdadera entre los diferentes grupos de hombres. Aquí viene el enfoque "internacionalista" del marxismo, porque conforme a esta doctrina, el vínculo de necesidades, de intereses y aspiraciones comunes que une a los obreros de Alemania y de Francia, por ejemplo, es mucho más real y consistente que la denominación "nacional" que los separa. Así como el gran capital puede llegar a internacionalizarse y a operar en función de intereses que rebasan las fronteras, el proletariado debe actuar también con criterio internacional.

Hegel entendía el proceso dialéctico de la historia en forma de antagonismos (*tesis* versus *antítesis*) de "espíritus" nacionales, y para él el "espíritu nacional" de Prusia era la última síntesis de todas las perfecciones. Para Marx no hay factores "nacionales". Lo único que hay en todo el mundo son dos clases: la desposeída (el proletariado) y la poseedora (la burguesía), en perenne conflicto. Ese conflicto es la médula misma del devenir histórico.

¿Qué función desempeña, en medio de aquel conflicto de clases, el Estado político? El de simple instrumento de la clase poseedora y dominante. Al entrar en posesión de los instrumentos de producción, la clase que empieza a dominar, y que construye a su gusto la superestructura, tiene que tomar también el control del Estado, para hacer las leyes que "legalicen" sus adquisiciones y posesiones; para utilizar esas leyes en servi-

cio propio; para contar con la fuerza; para manejar la educación, etcétera. ("En toda época las ideas dominantes fueron las ideas de la clase dominante", dice Marx.)

Las guerras entre naciones son producto del conflicto de clases extendido hasta más allá de las fronteras. Cuando el capitalismo crece desproporcionadamente adquiere las dimensiones "colonialistas" e "imperialistas" que lo llevan a expandir los privilegios de la clase poseedora de una nación sobre el territorio de otras. La guerra está realmente motivada por estos factores económicos, según los marxistas, pero para realizarla se mueve el sentimiento "nacional" de las grandes masas de desposeídos quienes son, finalmente, las encargadas de librar las batallas. Para todas estas operaciones de largo alcance, es indispensable que el Estado, el gobierno, la ley, la fuerza, el ejército, la educación, los motores de la moral y la sanción pública se encuentren en manos de las clases poseedoras. Por ello, que al realizarse una gran transformación de orden político, la clase social que emerge al primer plano (el proletariado, en el caso presente) debe tomar el poder político y ejercer temporalmente el gobierno, por la fuerza ("dictadura del proletariado"), ya que la clase que anteriormente lo dominaba no permitirá de buen grado que se le escape de las manos. Sobre la lucha de clases y la función del proletariado, dice Marx: "Lo que yo hice, por primera vez, fue probar: 1) Que la existencia de las clases está solamente relacionada con fases particulares, históricas, del desarrollo de la producción. 2) Que la lucha de clases conduce inevitablemente a la dictadura del proletariado. 3) Que esta misma dictadura constituye solamente la transición a la abolición total de clases y a una sociedad sin clases."²

En cuanto a la diferencia entre una revolución de

² Carlos Marx, *Carta Wacydemeyer*.

clase, y no simplemente política, dice un expositor, parafraseando a Marx, que las revoluciones políticas sólo significan que el poder político pasa de manos de una clase a otra igualmente dominante, pero dejan intacto el hecho de que siempre queda una clase dominada o explotada. En síntesis, que las revoluciones políticas sólo liberan teóricamente al ciudadano, pero dejan intacto al hombre, víctima de las condiciones económicas. El caso de las naciones sudamericanas con grandes masas de población indígena (Bolivia, el Perú, el Ecuador, etc.) prueba este aserto. Todas esas naciones tuvieron "revoluciones libertarias" en el siglo pasado. Esas revoluciones transfirieron el poder político de la corona de España a la clase colonial criolla. Se pusieron en vigencia constituciones que otorgaban libertad e igualdad de derechos a todos los ciudadanos. Pero la mísera condición de las grandes masas indígenas no cambió.

VALOR-TRABAJO. Para comprender de qué manera la clase poseedora se beneficia a costa de la clase desposeída (que es la clase trabajadora), es necesario entrar al conocimiento de la relación absoluta que Marx establece entre el trabajo y el valor de los bienes que se producen y consumen en una sociedad.

Empieza por diferenciar dos clases de valores: el "valor de uso" que es aquel que el individuo asigna a un bien, de acuerdo con la utilidad o interés de una u otra índole que ese bien tiene para él. (Un sello de correos antiguo, usado, no tiene valor alguno para una persona cualquiera, pero es un tesoro para un coleccionista.) Este valor "cualitativo" es subjetivo, y varía de persona a persona. Por consiguiente, no puede servir de patrón ni de medida, por su falta de universalidad y permanencia. El segundo tipo de valor el "cuantitativo", es el "valor de cambio", o sea aquel en razón del cual un bien es intercambiable por otros

(Una manzana puede ser intercambiada por dos naranjas: luego, una naranja tiene una mitad del valor de una manzana.) También esta "forma" de valor es inestable y sujeta a fluctuaciones. ¿Y cuál es el "valor" mismo, o esencia del valor que, en mayor o menor medida, está presente en todos los bienes? Responde Marx en *El capital*: "El trabajo que los bienes contienen. El trabajo que ha costado producirlos. El valor es una simple 'cristalización' del trabajo humano."

Este concepto fue ya anticipado por el economista David Ricardo y otros, y aun por el propio Adam Smith.

El trabajo contenido o "cristalizado" en un bien se mide en razón del tiempo que se empleó en la tarea de producir ese bien; se lo mide en "unidades de tiempo socialmente necesario". Las unidades pueden ser meses, semanas, días u horas. Y por tiempo "socialmente necesario" se entiende el tiempo promedio que emplea un obrero normalmente eficiente con las máquinas y técnica corrientes en su época, para producir un bien. (Entre el rendimiento de un obrero ineficiente, con malas máquinas y mala técnica, que hace un par de zapatos en 24 horas de trabajo, y otro eficiente, con buenas máquinas y buena técnica, que hace el mismo par de zapatos en 18 horas, se toman las 18 horas como índice del "tiempo socialmente necesario".)

Para calcular, en último análisis, el trabajo contenido en un bien, no solamente debe tomarse en cuenta el trabajo directamente realizado en su producción, sino el que se empleó para extraer la materia prima y para hacer las máquinas con las cuales se fabrica este bien, etcétera.

En la determinación del trabajo que cuesta a un médico extender una receta (cosa de minutos), se tiene en cuenta el tiempo de aprendizaje y la experiencia de ese profesional. Pero tratase de trabajo directo o indirecto, lo cierto, según Marx, es que el trabajo y

sólo el trabajo contenido en un bien es lo que le da a éste su valor. (Si hacer una silla requiere dos veces más tiempo que hacer una mesa, el valor de la silla es dos veces mayor que el de la mesa.)

A la clásica objeción de que hay bienes, como las piedras preciosas, que tienen mucho valor y cuya producción, sin embargo, no ha costado gran trabajo, Marx responde (*El capital*) en los siguientes términos: "Los brillantes aparecen rara vez en la superficie de la tierra, y por tanto su descubrimiento demanda mucho tiempo de trabajo. Consecuentemente, hay mucho trabajo representado en un pequeño objeto... De acuerdo con Eschwege, el producto total de las minas de brillantes del brasil durante los ochenta años que concluyeron en 1823 no había igualado el precio de la producción media de café y azúcar en el mismo país, durante un año y medio, aunque los brillantes costaban mucho más trabajo y, por consiguiente, representaban mayor valor. Con minas más ricas, la misma cantidad de trabajo quedaría distribuida en un número mayor de brillantes y el valor de éstos caería... Si se pudiera, con poco gasto de trabajo, convertir carbón en brillantes, el valor de los diamantes caería por debajo del de los ladrillos. Por consiguiente, el valor de una mercancía varía en razón directa de la cantidad e inversa de la productividad del trabajo incorporado en esa mercancía."

Cuanto mayor es la productividad del trabajo, menor es el tiempo de trabajo requerido para producir un artículo y menor el valor de éste. Y, viceversa, cuanto menor es la productividad del trabajo, mayor la cantidad de trabajo cristalizado en aquel artículo, y mayor el valor de éste. Por eso, el artículo hecho a mano vale más que el fabricado con máquinas.

PLUSVALÍA Y SALARIOS. Este punto, en el que se establece la relación que existe entre el salario pagado por el empresario al obrero y el valor del trabajo realizado

por éste para aquél, es uno de los más complejos e importantes de la teoría.

El trabajo que el obrero vende al empresario (a cambio del salario) es una mercancía, puesto que puede venderse. Como todas las demás, esta mercancía tiene un valor, que es el del trabajo contenido en ella. El "valor-trabajo" contenido en la "mercancía-trabajo" es el del "tiempo socialmente necesario" que se emplea para producir las cosas que consume el obrero (alimento, ropa, etc.) y que lo mantienen vivo y en condiciones de producir trabajo. Ese "tiempo socialmente necesario" es equivalente al salario de subsistencia, al salario mínimo del obrero, cuyas necesidades (sobre todo en tiempos de Marx) son también mínimas.

Supongamos, como ejemplo, que lo que mantiene vivo al obrero tenga un valor de cinco horas diarias. Sólo el valor de esas cinco horas, y no más, es lo que el empresario paga al obrero, tanto porque (según Marx) ése es el verdadero valor (el "valor-trabajo") de la mercancía que el obrero le vende, como porque (en tiempos de Marx) el trabajo, como todas las mercancías, está sometido, sin defensa alguna, a la ley de la oferta y la demanda, y hay más oferta que demanda, o sea que el obrero tiene que vender su trabajo al precio que quieran pagarle.

Pero el obrero, al que sólo le pagan el valor de aquellas cinco horas, tiene que trabajar la jornada ordinaria entera, de ocho horas (o más, en ese entonces), y, por ende, produce el valor de ocho horas de trabajo para el empresario. Por consiguiente, el empresario se beneficia con las tres horas de diferencia. Esa diferencia, o trabajo no pagado, es la plusvalía ("plusvalía directa") que constituye las utilidades, el lucro, en que se funda la empresa capitalista.

Aunque nunca ha llegado a explicarse claramente por qué el trabajo humano —según esta teoría— siem-

pre produce más de lo que consume, algún tratadista dice que poniendo el ejemplo de las máquinas es más fácil comprender qué es aquello del "trabajo contenido en el trabajo", si recordamos que se puede, perfectamente, hablar del valor (trabajo cristalizado) de la gasolina necesaria para producir un kilovatio de electricidad. La máquina que consume gasolina y produce electricidad es como el obrero que consume artículos de subsistencia y produce trabajo.

La teoría de que los salarios sólo son equivalentes a las necesidades mínimas, de mera subsistencia, de los obreros fue ya enunciada por David Ricardo, y Ferdinand Lassalle le dio el nombre de "Ley de hierro de los salarios" con el que se conoce generalmente. Lo que hizo Marx fue suministrarle una base de análisis "científico" que no había tenido hasta entonces.

Volviendo por vía ilustrativa a la plusvalía, cabe explicar que cuando se habla de la plusvalía de las propiedades inmuebles, como en el caso de una finca que ha aumentado de valor merced a un nuevo camino que pasa a su vera, la plusvalía se origina en el trabajo empleado en hacer ese camino que indirectamente (sin contribución de su parte) beneficia al propietario de la finca, al aumentar el valor de ésta.

En cuanto a los salarios, y a la proporción en que se los fija (el nivel de las necesidades mínimas del obrero), debe recordarse nuevamente que en la época de Marx no existía ni la legislación social que protege al trabajador, ni la organización sindical con que éste se defiende en nuestros días. Aquella "venta" de la mercancía denominada trabajo era una venta hecha en un mercado libre en el que no privaba otra cosa que la más descarnada ley de la oferta y la demanda. Y, en un momento en que grandes masas de población eran desplazadas del campo hacia las ciudades, la oferta era siempre mayor que la demanda. Inclusive los aumentos temporales de salarios, al estimular la nata-

lidad entre las familias de trabajadores, acababan —lo dijeron Malthus y Ricardo— por aumentar la población y, por tanto, la oferta de trabajo. De ahí que el obrero se ofreciera a cambio de una ración de hambre (*véase el capítulo del liberalismo*).

Es lógico que las plusvalías que percibe y acumula el empresario aumenten en razón directa del número de obreros que emplea y, por ende, del tiempo de trabajo no pagado con que se beneficia dicho empresario. Esta es la raíz de la “acumulación progresiva del capital”.

CONCENTRACIÓN DE CAPITALES. El capital no sólo aumenta en razón del fenómeno anotado líneas arriba, sino que se concentra en manos de un número cada vez menor de empresarios. Porque si una fábrica emplea más obreros y, por consiguiente, rinde mayores utilidades a su propietario, éste tiene más dinero para ampliar instalaciones, para perfeccionar sus métodos, para producir un volumen mayor de mercancías y (esto es muy importante) para producirlas más baratas y así cubrir un área mayor del mercado. Esto acaba por crear una competencia insostenible para el empresario pequeño que en condiciones desfavorables fabrica los mismos artículos y acaba por verse frente a un dilema: o caer en la quiebra (en cuyo caso el empresario grande le compra en remate la fábrica) o unirse al grande. Repetido este proceso consecutivamente, llega un momento en que se establece un virtual monopolio. Los monopolios industriales ofrecen oportunidades aún mejores para contratar (sin competencia) a obreros que ganan menos y que, por consiguiente, producen mayores plusvalías.

Hasta aquí los aspectos más importantes de la teoría marxista. Después de haberlos examinado, se comprenderá mejor aquello que decíamos al comenzar este ca-

pítulo: que el marxismo, más que un programa político, es un "método" de análisis económico aplicado al capitalismo.

Una de las características de ese método es su coherencia. En efecto, adoptar el principio dialéctico ofrece, al que lo acepta, la posibilidad de comprender cada estadio de la historia, no como un fenómeno aislado, incongruente y estático, sino como el resultado dinámico y lógico del fenómeno histórico que le antecedió y de los elementos de autodestrucción que éste encerraba en sí mismo. Aceptar el materialismo histórico quiere decir buscar, en medio de otros factores interdependientes, la causa económica profunda que, "en última instancia", determina el acontecer histórico. La teoría del valor-trabajo nos lleva a la de la plusvalía y ésta explica el mecanismo de acumulación de riquezas en manos de una clase social, a costa de la miseria de la otra. La constante beligerancia entre-ambas clases, su lucha sin cuartel ni tregua es lo que, a la larga, constituye la médula misma de la historia.

La complementación de estos elementos de la teoría es, pues, clara y coherente. Pero falta algo más: la explicación de la forma en que los factores anotados entran en juego para determinar la caída final e "inevitable" del sistema capitalista. En otros términos, la conclusión política a que llega Marx mediante la explicación de su método dialéctico.

El proceso —a grandes rasgos— es el siguiente: la fuente de las utilidades y, por ende, de la riqueza de los capitalistas es la plusvalía, o sea el valor del trabajo no pagado al obrero. La constante y creciente acumulación de estas plusvalías significa que se hacen nuevas inversiones y que la industria crece. Al crecer, hace indispensable el aumento del número de obreros. La búsqueda de nuevos obreros, o sea la demanda de trabajo, hace que los salarios suban, ya que, como el proceso de expansión se deja sentir no sólo en una em-

presa sino en el mercado entero, todos los empresarios, al mismo tiempo, están contratando a un número mayor de trabajadores. Al subir los salarios, disminuye la plusvalía (o sea que disminuyen las utilidades). Esto llega a un punto intolerable para las empresas, y el recurso a que apelan consiste en utilizar nuevas máquinas para reemplazar a los obreros. Se hacen despidos en masa y se produce la desocupación. Empero, "los empresarios no se han salvado. En primer lugar, porque si la maquinaria llega a producir \$1 000, quiere decir que el empresario ha tenido que desembolsar los \$1 000 que representa esa producción"; según Marx, solamente el valor del trabajo humano ("capital variable") y no el de las máquinas ("capital constante") produce plusvalía. En segundo lugar, porque como todos los empresarios están haciendo lo mismo, simultáneamente, y la competencia es desesperada, se reduce cada vez más el margen de las utilidades hasta que virtualmente desaparece. En esta etapa las empresas grandes absorben a las pequeñas. La producción se ha hecho tan grande y los consumidores han disminuido de tal manera, por las reducciones de personal en las industrias, que el mercado acaba por paralizarse. Ha llegado la crisis.

Con grandes dificultades se produce la recuperación. Los obreros, sometidos por hambre, venden su trabajo a cualquier precio. La maquinaria que quedó paralizada puede ser adquirida a precio vil. Las empresas más fuertes logran ponerse en pie.

El proceso es constante. Sus consecuencias cada vez peores. Según Marx, a través de estas caídas repetidas es como se va abriendo un abismo más y más ancho y profundo entre la clase poseedora cada vez menos numerosa, compuesta por los propietarios de las empresas que surgen, y la clase de los desposeídos, cada vez más grande y miserable, ya que cada nuevo golpe, más duro que el anterior, aumenta el número de víctimas.

Se llegará a un punto crítico en el que las masas desposeídas, el proletariado (cuyo trabajo, de acuerdo con Marx, es la fuente única de toda la riqueza), acabará por rebelarse para dar un último empujón a las paredes ya carcomidas del edificio. Tal es la acción revolucionaria indispensable "para que la agonía no se prolongue". La revolución que, a través del periodo transitorio de la "dictadura del proletariado", acabará estableciendo las bases para la "sociedad sin clases" del futuro. El proceso dialéctico se ha cumplido. La tesis, el sistema capitalista. La antítesis, sus propias fallas, las defectuosas leyes de su dinámica, que engendran las crisis e incrementan la miseria de las mayorías: los "sepultureros" del capitalismo de que habla el *Manifiesto comunista*. El choque entre la tesis y la antítesis crea la síntesis: la sociedad futura.

Obsérvese que todo esto significa el imperio de un "determinismo" histórico y un encadenamiento "inevitable", de causa a efecto, que conduce al capitalismo a su ruina final. (Lo que el marxismo no explica es en qué forma afectará el "proceso dialéctico" a la sociedad sin clases del futuro.)

Es así como se cumple el proceso, en teoría.

¿Se cumple también en la práctica? Los marxistas ortodoxos dicen que sí, y lo demuestran con estadísticas relativas a la concentración de capitales, a las crisis ocurridas (desde el tiempo de Marx), etcétera. Los antimarxistas sostienen lo contrario, valiéndose en muchos casos de las mismas estadísticas (la estadística puede demostrarlo todo, según como se presenten las cifras y según como se las interprete).

En medio de esta polémica interminable, podemos sacar algunas conclusiones relativamente claras a la luz de la experiencia:

a) El socialismo en general puede reclamar para sí el mérito de haber incorporado el elemento de la necesidad y la angustia humanas a las fórmulas que hoy

se utilizan para analizar el fenómeno económico. Los panegiristas del "liberalismo puro" consideraron el trabajo como un simple valor abstracto y frío, deshumanizado, en la ecuación del capitalismo. Cupo a los socialistas restituir su realidad carnal a ese factor trabajo. Y —¿paradoja?— fue el socialismo "materialista" de Marx el que impartió a tal evaluación humanizadora una urgencia dramática de la que ya no es posible hacer caso omiso hoy, aunque se rechace el marxismo como doctrina.

b) Marx contemplaba un capitalismo distinto del que conocemos hoy. Aquel capitalismo había alcanzado, aparentemente, su punto de saturación. Parecía que *no* podría crecer más. Giraba, golpeándose contra sus propios límites, dando tumbos y levantándose penosamente, cada vez más débil, cada vez más preparado para la próxima caída. Pero el mundo capitalista creció desmesuradamente después de Marx. Los límites se agrandaron tanto, que los golpes se hicieron menos frecuentes y menos rudos. Nuevos mercados, nueva tecnología, nuevas necesidades, crearon ámbitos —imprevisibles para Marx— de actividad, de prosperidad, de trabajo. "Imagínese solamente la cantidad de trabajo humano que ha absorbido la industria automovilística, poniendo en duda —siquiera temporalmente— el supuesto axioma de que la máquina devoraría al hombre." Esa posibilidad expansiva es uno de los factores que ha hecho fallar, por lo menos en sus consecuencias inmediatas, la predicción marxista.

c) El proletariado de hoy no es el que tenía ante sus ojos Marx. El salario del trabajador ha dejado de ser apenas lo indispensable para mantenerlo vivo. El obrero se ha asociado, ha constituido una fuerza inmensa (la fuerza sindical), de acción decisiva mediante la huelga. En países como los Estados Unidos o Suecia, Alemania Federal, Francia, la mayor parte del proletariado ha perdido, además, su "conciencia de

clase". La que hoy tiene, en cambio, es una conciencia de clase media, una conciencia "burguesa". Por otra parte, la clase media ha crecido en tal forma que casi llena el abismo (que según Marx debía ser progresivamente más ancho y más profundo) entre la burguesía y el proletariado. Finalmente, los impuestos que hoy reclama para sí el Estado merman considerablemente el margen de utilidades del capital. Estos y otros cambios ocurridos desde fines del siglo XIX han modificado profundamente las leyes de la dinámica capitalista.

d) Marx consideraba que el gobierno es siempre un instrumento de la clase poseedora, creado por ésta para defender sus privilegios y para hacer factible la explotación de la clase desposeída. Sin embargo, la clase desposeída ha encontrado acceso directo o indirecto al gobierno, sin necesidad de la violencia. De este modo, se han dictado leyes francamente favorables al proletariado y represivas para el capital. Este nuevo tipo de gobierno, que ha permitido el desarrollo de la fuerza sindical y ha legislado en favor del obrero, ya no es, lisa y llanamente, "un instrumento de la clase poseedora".

e) Para concluir, la clase poseedora tampoco es la misma que conoció Marx. Más por instinto de conservación que por generosidad, ha tenido que rendirse a la evidencia de los hechos. Tuvo que comprender que, si no modificaba su conducta, la predicción de Marx se cumpliría rápida e inexorablemente. Por eso, de buen grado en algunos casos, y a regañadientes en los más, hizo concesiones. En vez de derrocar a los gobiernos que dejaron de ser "su" instrumento, acató las leyes que aquéllos dictaron en favor de los obreros. Para no verse obligada a ceder a las demandas ilimitadas de los sindicatos, y aun para minar a éstos, dio de sí, espontáneamente, mejores salarios y beneficios tales como participación de los obreros en

las utilidades, seguros de salud, fondos de jubilación, etcétera. (Véase el capítulo del liberalismo.)

Todo esto representa lo que no se ha cumplido (aún no se ha cumplido, dicen los marxistas) de la predicción de Marx. Hay otro aspecto, empero, en el que, según señala Heilbroner,³ el pronóstico marxista fue acertado. Marx se refería a un "capitalismo puro", al de su tiempo. El capitalismo de hoy es un capitalismo que se salva, en algunas partes del mundo, gracias a la pérdida de su "pureza". Una sociedad en la cual los capitalistas se reforman; en la que los trabajadores no están, por regla general, a ración de hambre; en la que esos trabajadores tienen acceso al gobierno; en la que el gobierno pone freno a la libre empresa y en la que el propio capitalismo "liberal" se "desliberaliza" voluntariamente, admitiendo leyes sociales favorables a los obreros y leyes, contra el monopolio, y soportando sistemas impositivos virtualmente expropiatorios, ya no es la "sociedad capitalista" de que hablaba Marx.

En este sentido, Marx tenía razón: el puro capitalismo liberal ha muerto, conforme a la profecía, pero dejando herederos que él no había previsto.

La conducta de los nuevos herederos (nuevos perfiles del capitalismo), las modalidades sociales determinadas por ellos, las necesidades de nuevos planes de lucha y, muy importantemente, los intereses nacionales y aun continentales de quienes esgrimen las armas ideológicas y materiales del marxismo, han determinado las nuevas interpretaciones de la doctrina básica, cada una de las cuales reclama para sí el privilegio exclusivo de la "pureza" doctrinal. Desde ese punto de vista dogmático toda interpretación es "desviacionista" y se la acusa de complicidad con los intereses

³ R. L. Heilbroner, *The Worldly Philosophers*.

y maquinaciones del enemigo común: el capitalismo, el imperialismo.

Si se tratara solamente de una controversia doctrinal académica, el problema no tendría mayor trascendencia práctica. Pero también entran en juego la seguridad, el crecimiento y la preponderancia de cada uno de los grandes países que forman el bloque marxista y defienden su frontera tanto ideológica como territorial y económica contra el imperialismo. (Concretamente la Rusia Soviética y la República Popular de China contra los Estados Unidos de Norteamérica), y también su hegemonía sobre los partidos de filiación marxista y las grandes masas humanas a las que en todo el mundo se trata de incorporar en uno u otro de los ejércitos políticos de la izquierda revolucionaria.

Entonces, la controversia sale de los abstractos recintos de la ideología y se traslada a las trincheras de la práctica política que, en el caso del marxismo, están situadas en terrenos comunistas. Es, pues, al capítulo del Comunismo al que corresponde el examen del fenómeno que en estos tiempos tiene dividido al mundo —intelectual y geográfico— sobre el que desde hace 125 años se proyecta la inmensa sombra del pensamiento de Marx.

COMUNISMO

¶ *Fundamento ideológico.* ¶ *Antecedentes históricos.*
¶ *el Manifiesto Comunista.* ¶ *Las Internacionales y la Revolución Rusa.* ¶ *Lenin.* ¶ *Trotzkismo y Stalinismo.*
¶ *La URSS.* ¶ *Dictadura del proletariado y Partido Comunista.* ¶ *La República Popular de China, Cuba y Chile.* ¶ *La "Nueva Izquierda".* ¶ *Glosa.*

LA PIEDRA angular de la doctrina comunista es la propiedad "común" o colectiva de los instrumentos de producción —y por ende la negación del derecho a la propiedad privada de los mismos— y la rebelión de las clases desposeídas contra las clases poseedoras. De ahí que los historiadores del comunismo encuentren los antecedentes de esta teoría en todas las ideas y hechos que, a través de la historia de la Humanidad, significan una negación del derecho a la propiedad privada o una forma de subversión contra los órdenes políticos, sociales y económicos fundados en aquélla y erigidos sobre una estructura clasista.

Con este criterio, Max Beer,¹ cita como a uno de los precursores a Licurgo que, en Esparta, hacia el siglo IX a.c., legisló, entre otras cosas, contra el acaparamiento de las riquezas por parte de unos pocos en desmedro de los demás y sustituyó las monedas corrientes de oro por otras de hierro, de gran tamaño y peso, que dificultaban el atesoramiento.

Más tarde, también en Esparta, el rey Agis IV, indignado por los abusos de la oligarquía, quiso restablecer la legislación austera y justiciera de Licurgo, propuso la redistribución de bienes empezando por re-

¹ Max Beer, *Historia general del socialismo y las luchas sociales.*

partir sus tierras y otras propiedades personales así como las de su madre, e incitó a los demás a que siguieran el ejemplo. Algunos lo hicieron, pero el plan encontró gran resistencia entre la oligarquía espartana y Agis fue destronado y arrestado. Se le pidió que retirase su proyecto de reforma agraria como condición para salvar su vida. Agis se negó y fue ahorcado junto con su madre, adquiriendo así la categoría de "primer mártir" de esta causa.

En Atenas encontramos a Platón que, en *La república*, propone la comunización de todos los bienes, inclusive las mujeres.

En Roma son las masas las que forjan el siguiente eslabón, en la larga y ensangrentada cadena de las luchas sociales, mediante sucesivas rebeliones de esclavos que se levantaron en busca de libertad e igualdad. En 187 a.c., 7 mil esclavos fueron crucificados por este motivo. 20 mil sufrieron igual pena en Sicilia, y más tarde Espartaco, el más famoso de los caudillos "esclavistas", encabezó la gran insurrección que costó el ajusticiamiento de otros 6 mil.

Cristo —hoy símbolo de la lucha contra el comunismo— ha sido muchas veces citado como precursor de esta doctrina, por su prédica igualitaria y de desprendimiento de los bienes terrenales (*véase el capítulo del socialismo cristiano*). Pero la ética cristiana inspirada en la renunciación, la paciencia y la humildad es diametralmente opuesta a la bandera reivindicacionista y al método subversivo del comunismo.

Entre los Padres de la Iglesia, se cita a Justiniano que preconizaba la comunidad total de bienes; a Tertuliano, para quien la justicia debía entenderse como la participación de todos los hombres en todos los bienes del mundo, con exclusión de las mujeres; y a Juan Crisóstomo, quien sostenía que "es imposible enriquecerse honradamente".

Entre las postrimerías del feudalismo y la inicia-

ción de la Edad Moderna, numerosas rebeliones de campesinos (como la insurrección de Flandes en 1300 y las revueltas de aldeanos en Francia e Inglaterra—especialmente la célebre encabezada por John Ball—) dan testimonio del descontento de las masas y de su propósito, que encierra más violencia que dirección y más pasión que eficacia, de buscar soluciones desesperadas para el problema del desequilibrio socioeconómico.

Así llegamos hasta mediados del siglo XIX, época de la más grande trascendencia en el desarrollo de las corrientes socialistas. Es cierto que ya los utopistas habían criticado severamente el régimen de la propiedad privada y el orden social de su tiempo. Pero al concluir la primera mitad del siglo citado, cuando el desarrollo incontrolado del capitalismo individualista hacía sentir sus efectos, el fermento revolucionario latente buscaba formas de expresión y vías de realización más concretas e inmediatas (*véase el capítulo del marxismo*).

Con la Revolución Industrial, cinco elementos hasta entonces desconocidos intervienen en la alquimia del fenómeno económico social: 1) Los nuevos instrumentos de producción: las máquinas, las fábricas. 2) La burguesía, clase que, habiendo desplazado a la nobleza de sangre, posee los nuevos instrumentos de producción. 3) El proletariado, clase mayoritaria que, en beneficio de la burguesía, trabaja manejando las máquinas y puede, hipotéticamente, ser devorado por éstas. 4) El salario, precio del trabajo del proletariado. 5) El capital, producto pecuniario del trabajo y de las utilidades que éste produce, que a su vez sirve para adquirir más máquinas y más trabajo humano.

Al proletariado ya no le bastaban, en esas circunstancias, los nobles planteamientos ni las esperanzas que le ofrecían los utopistas. La máquina, al acelerar el ritmo de producción, había acelerado también an-

gustiosamente el desarrollo del fenómeno político y social.

La "Liga Comunista" de Alemania, que anteriormente se llamó "Liga de los Justos" y "Liga de los Comunes", encomendó a Karl Marx y Friedrich Engels la redacción de un documento que, sintetizando los principios de la ideología marxista, prescribiese las normas mediante las cuales dichos principios deberían llevarse al campo de la acción política.

El resultado de esa labor fue el *Manifiesto comunista* que se publicó en 1848 y que desde entonces, y a través de las múltiples interpretaciones que de él se han hecho, sigue siendo la proclama fundamental del comunismo en el mundo.

Después de enunciar sintéticamente algunos conceptos básicos de la teoría marxista, el *Manifiesto* hace una acerba crítica del orden capitalista; de la propiedad privada ("en todo caso, nueve décimas partes de la población no la tiene"; de la concentración de riquezas en manos de unos pocos (la burguesía) y de la miseria de los más (el proletariado), etc. Luego descarta a la clase media como posible instrumento de lucha, porque la clase media no se identifica con el proletariado sino que tiende a sumarse a la burguesía. Seguidamente, el *Manifiesto* declara que el proletariado y sólo el proletariado puede y debe realizar la gran transformación. ¿Por qué medios? Por la acción revolucionaria, para conquistar el poder político, ya que la burguesía no se avendrá a desprenderse voluntariamente del gobierno que no es sino un instrumento suyo.

Analizando la sociedad capitalista, el *Manifiesto* se refiere a la familia y dice que, "bajo el régimen burgués", la familia no es tal, sino un conglomerado en el que los padres explotan a los hijos y los hijos hacen usufructo de los padres, así como los maridos de sus mujeres y viceversa; que el trabajador no tiene, en verdad, familia, puesto que ella está desnaturalizada

en sus fines y desintegrada, al cabo, por las implacables necesidades de la vida: la mujer y los hijos, desde su más tierna edad, deben trabajar y son aniquilados por la mala alimentación, la falta de unidad del hogar, el peso del trabajo en la fábrica, la corrupción derivada de la miseria y otras calamidades semejantes.

(Esta crítica de ciertas condiciones imperantes en aquel entonces es interpretada a veces como una negación de la familia en general.)

En cuanto a la patria, ésta es apenas una ficción para los proletariados, ya que no tienen patria alguna, en el verdadero sentido del vocablo ("¿Qué les da la patria?"); sólo se deben, por consiguiente, a una solidaridad de clase; sin fronteras; las miserias y las aspiraciones de los de su clase, esparcidos por todo el mundo, unen a los proletarios entre sí, sin distinciones nacionales que carecen de realidad.

Consumada la toma del poder político —continúa el *Manifiesto*— deberá establecerse la dictadura del proletariado, para realizar la transición del sistema capitalista a la sociedad sin clases del futuro. Esa dictadura hará entre otras cosas, lo siguiente: abolir la propiedad privada de la tierra y de los demás instrumentos de producción, y aplicar la renta de la tierra a los gastos de orden público; crear un fuerte impuesto progresivo a la renta; abolir el derecho de herencia; confiscar los bienes de los reaccionarios; centralizar el crédito en manos del Estado; centralizar y controlar los medios de comunicación y transporte, multiplicar las fábricas del Estado y otros instrumentos colectivos de producción, y mejorar la productividad de la tierra de acuerdo con un plan colectivista; proclamar la obligatoriedad del trabajo y crear ejércitos industriales y agrícolas; combinar las explotaciones agrícola e industrial con tendencia a abolir las diferencias entre el campo y la ciudad; instituir la educación pública obli-

gatoria y gratuita para todos los niños; prohibir el trabajo de los niños; armonizar los planes de educación y de trabajo, etcétera.

Concluye el *Manifiesto* diciendo: "Los comunistas declaran abiertamente que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente... los proletarios sólo tienen sus cadenas que perder y un mundo que ganar. ¡Proletarios del mundo, uníos!"

Pero debían pasar todavía alrededor de 70 años antes que llegase la oportunidad de hacer un experimento práctico con este plan. Tentativas como la revolución de 1848 en París, alzamiento obrero que fue sofocado a costa de 10 mil vidas, o la *Commune*, otro golpe comunista, realizado en Francia al concluir la guerra franco-prusiana, en 1871, no fueron sino balbuceos fracasados, premonitorios de la prueba decisiva.

El trabajo de preparación estuvo a cargo de las "Internacionales" (organizaciones socialistas internacionales de trabajadores). La primera se constituyó en 1865, en Londres, bajo la dirección del propio Marx; en el desarrollo de las labores de esta Internacional se separaron de los marxistas ortodoxos los anarquistas de Bakunin. La segunda fue fundada en 1889, en París; duró hasta el comienzo de la primera Guerra Mundial y en el curso de su existencia se desmembró la rama del socialismo evolutivo o reformista de Bernstein. La tercera quedó instituida en Moscú, en 1919, bajo el control del comunismo soviético. Y la cuarta, la trozkysta, tuvo sedes sucesivas en varias ciudades de Europa y América, después que Trotzky fue desterrado de Rusia en 1923.

La prueba decisiva para el comunismo —y quizá para el hombre de este tiempo— es la Revolución Rusa. Al concluir la segunda década de nuestra centuria, Rusia era uno de los países más atrasados de Europa. Imperaba allí un régimen monárquico absolutista, en

lo político, y de características feudales en lo económico y social. El liberalismo de los siglos XVIII y XIX apenas tocó a Rusia. Y las nuevas tendencias revolucionarias sólo se tradujeron en acciones terroristas incoherentes y negativas como aquellas de que fue protagonista el nihilismo (*véase el capítulo del anarquismo*). A fines del siglo XIX se formaron partidos de filiación socialista como el Social Revolucionario que pronto se dividió en dos bandos, los mencheviques o minoría, y los bolcheviques o mayoría, de espíritu más radical que el primero.

Rusia formó parte de la alianza contra Alemania en la primera Guerra Mundial. La ineptitud y corrupción del gobierno del zar Nicolás II condujeron a la nación al borde del desastre. El hambre y el desaliento prepararon el terreno para la rebelión. Los alemanes, que percibieron esta situación, ayudaron a los tres caudillos comunistas exiliados en Suiza, Lenin y sus lugartenientes, a entrar subrepticamente en Rusia y preparar la revuelta. En marzo de 1917, después de una huelga que paralizó al país, se produjo la abdicación del zar (más tarde asesinado con toda su familia), y subió al gobierno, por espacio de cuatro meses, el príncipe Luvov, quien fracasó en su propósito de instaurar un régimen democrático parlamentario. Fue sucedido por Kerensky, con los mencheviques, también incapaces de dominar la situación. En noviembre (octubre según el calendario ruso antiguo), tomó el poder Lenin, con sus bolcheviques, cuyo lema era: "Paz, tierra y pan." Y a principios de 1918 Rusia firmaba el armisticio de Brest-Litovsk con Alemania.

Desde 1918 hasta 1921 se desarrolló una terrible guerra civil en que los comunistas ("rojos") encabezados por Lenin y Trotzky, lucharon contra los "ejércitos blancos" (rusos anticomunistas ayudados por tropas mercenarias y voluntarias de toda Europa). Vencieron finalmente los comunistas. Pero Rusia, agotada por la

campana contra Alemania y por la guerra civil, estaba al borde del colapso, mientras se ponían en práctica, bajo el imperio de la primera Constitución soviética, los principios del *Manifiesto comunista*.

En 1921, Lenin adoptó la llamada Nueva Política Económica (NEP) consistente en la restauración parcial del sistema de la libre empresa en pequeña escala; se permitió el restablecimiento de ciertas industrias bajo control privado, se legalizó el comercio minorista, etc., con objeto de sostener la vida del pueblo mientras se preparaban los planes del futuro ("un paso atrás para dar dos adelante", dijo Lenin).

Se ha afirmado que sólo la aparición de Cristo y el cristianismo produjo una conmoción comparable a la creada, en el campo político, por el binomio Marx-Lenin.

Ni los más enconados enemigos de Lenin le niegan la categoría del genio. Este personaje de apariencia modesta, cuyo verdadero nombre era Vladimir Ilich Ulianov, nacido en el seno de una familia perteneciente a la burguesía, es el padre del comunismo marxista-leninista y padre de la Revolución Rusa.

Producto característico de su dual personalidad de ideólogo y conductor político fue el haber creado, por una parte, una verdadera mística en torno al dogma marxista, mientras que por otra ductilizó la interpretación de ese dogma cuantas veces lo creyó necesario, para aplicarlo a las características del fenómeno político que le tocó encarar. Ejemplo de ello es que si bien la teoría marxista prescribía un país altamente industrializado, de capitalismo sobresaturado y con un gran proletariado como condición precisa para el estallido de la revolución proletaria, esa revolución fue realizada por Lenin en Rusia, país semifeudal, casi sin industrias ni proletariado y con una enorme masa rural.

Una contribución específica de Lenin a la doctrina marxista consiste en haberla adaptado a las condicio-

nes del "capitalismo imperialista" que en aquel entonces empezaba a madurar los rasgos de su fisonomía propia, definidos por el mismo Lenin en estos términos: "Concentración de la producción y el capital, llevada al extremo de crear monopolios que desempeñan un papel decisivo en la vida económica. Fusión del capital bancario con el capital industrial y creación sobre la base de este 'capital financiero', de una oligarquía financiera. Exportación de capital (diferente de la exportación y mercancías) que adquiere importancia especial. Formación de capitales monopolistas, que se reparten el mundo. División territorial del mundo por parte de las más grandes potencias capitalistas."²

Las guerras modernas, y concretamente la primera de ellas, en 1914, se convierten en una simple fase del desarrollo capitalista, como un medio de expansión o un recurso para evitar las crisis o para salir de ellas. La crueldad inhumana de la guerra imperialista constituye una razón más para unir a la clase proletaria "por encima de las fronteras nacionales", en la misma forma que el capitalismo financiero, que empieza a crecer en función de intereses monopolísticos nacionales y acaba por rebasar las fronteras.

¿Cuál debe ser la posición del proletariado ante tales guerras? De abstención respecto a "las ficciones nacionales"; y debe tratar de convertir la guerra imperialista en una guerra civil, en una guerra de clases, que precipite la gran revolución mundial.

Lenin creía que las guerras anteriores a 1914 fueron guerras de "liberación de nacionalidades" en las que todavía pudo y debió tomar parte el proletariado, a manera de avanzar un poco más en el camino de la transformación político-social del mundo.

² Lenin, *Imperialismo*. Cita tomada de A. Gray, *The socialist tradition from Moses to Lenin*.

(En cuanto al término "imperialismo", anotaremos, por vía ilustrativa, que, aparentemente, lo empleó por primera vez en su moderno sentido el economista inglés John A. Hobson, nacido en 1858, como título de un libro en el que señalaba y criticaba la expansión colonialista y la guerra como resultado inevitable del crecimiento desmesurado del capitalismo. Corresponde también a Hobson la paternidad de aquella interesante fórmula según la cual el capitalismo está condenado a perecer, porque los ricos que pueden gastar y consumir los bienes producidos son muy pocos, mientras que los muchos que podrían consumir son muy pobres: "¡Sería ideal que un millón de personas que tuviesen una libra esterlina por persona comprasen cada una un par de zapatos, pero no es posible pensar que el hombre que tiene un millón de libras compre un millón de zapatos!")

Sobre la obra de Lenin, es difícil encontrar una definición mejor que ésta: "El leninismo es el marxismo de la era imperialista y de la revolución proletaria. Para ser más exactos, el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general, y la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular."³

A la muerte de Lenin, en 1924, el sucesor lógico parecía ser León Trotzky, por su alta categoría intelectual y por su obra durante la revolución; pero fue brusca e inesperadamente desplazado por un oscuro luchador, José Stalin, cuyas distinciones se perfilan mejor en el campo de la acción que en el del pensamiento. Se fugó —se dice— hasta siete veces de Siberia, a donde le habían llevado sus actividades conspiratorias durante el régimen zarista, y en el periodo de la guerra civil fue el brazo derecho, implacable, de Lenin, quien solía enviarlo a los frentes rojos que ce-

³ Stalin, *Fundamentos del leninismo*.

dían. Y poco después recibía un telegrama lacónico que decía invariablemente: "Fusilé expertos, situación mejora." Los "expertos" eran los militares profesionales cuya falta de fervor revolucionario, según Stalin, era la causa del desastre. Pero además de su energía tuvo también, por lo visto, gran habilidad política y poquísimos escrúpulos. Sólo así se explica que hubiera podido eclipsar al otro ideólogo y caudillo sobresaliente de la revolución. Tortzky, asesinado muchos años más tarde en su refugio en México.

Bajo el régimen de Stalin, la NEP llegó a su término en 1928, porque para entonces se tenían ya listos los llamados Planes Quinquenales, destinados, con el tiempo, a transformar los despojos de la Rusia zarista, en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) de hoy, una de las dos más grandes potencias del mundo.

Los planes fueron científicamente preparados e inexorablemente puestos en práctica. La simple falta de cumplimiento de la cuota de producción asignada a una fábrica significaba la "liquidación" de su director, y según el propio Stalin, en declaración hecha a Winston Churchill, la reforma agraria costó la vida a cerca de 10 millones de campesinos "reaccionarios". "Fue espantoso; duró cuatro años", dijo. Se empezó por dotar a Rusia de las fuentes de energía y materias primas esenciales y se alcanzaron, a la postre, los grados más avanzados de producción industrial.

La segunda Guerra Mundial interrumpió el Tercer Plan Quinquenal dedicado, en buena parte, a la manufactura de artículos de consumo. El ataque de Hitler a Rusia en 1941 (después de una alianza oportunista con Stalin) situó a la URSS junto a los Aliados. Cuando el ejército rojo derrotó a los nazis en Stalingrado, se había dado un primer paso hacia la victoria final aliada. Al empezar la disputa del botín de guerra, murió Stalin en 1953, concluyendo así la carrera del

campesino georgiano que, desde asaltador de trenes para nutrir las arcas del partido comunista, ascendió a la posición de mayor poderío alcanzada por hombre alguno en la historia, en términos de extensión territorial y de número de hombres sometidos a su férreo dominio: cerca de una cuarta parte de la superficie de la Tierra y casi un tercio de su población total.

La controversia entre el stalinismo y el trozkismo se originó cuando, a la muerte de Lenin, Stalin tomó el poder y proscribió a Trotzky. Este último había sido uno de los ideólogos de la revolución; su prestigio interno e internacional era indudablemente mayor que el del primero, opaco, pero eficaz hombre de acción tanto en el periodo prerrevolucionario como durante la guerra civil. No es, pues, aventurado afirmar que a la controversia doctrinal precedió el hecho consumado de que Stalin había conquistado ya el poder. Fue más tarde, *a posteriori*, cuando se elaboró la "ideología" stalinista.

El antagonismo trascendió los límites puramente teóricos relacionados con la interpretación de los principios marxistas, y se tradujo en hechos reales (la conducción de la política de la URSS), cuyas consecuencias se han proyectado hasta nuestros días y se dejarán sentir en el futuro.

En efecto, de acuerdo con Trotzky, Rusia debió haber llevado a término la revolución completa hasta instaurar el régimen propiamente comunista; y debió emplear todas sus fuerzas y recursos para propagar y consumir la revolución en todo el mundo (la llamada "revolución permanente").

En cambio, con Stalin, Rusia se estacionó en la etapa de la "dictadura del proletariado" o "socialismo de Estado" tal como el propio Stalin definía al régimen imperante en la Unión Soviética. El objetivo stalinista era fortalecer a Rusia como potencia nacional utilizando todos sus recursos y posibilidades para difundir

desde allí el comunismo. A esto llaman los trozkistas "la revolución traicionada".

¿Cuáles eran las perspectivas si Rusia hubiera seguido el camino de Trozky? Los trozkistas creen que no se habría producido la segunda Guerra Mundial porque los proletariados europeos, debidamente adoctrinados y dirigidos, se hubieran negado a participar en la guerra, ni como combatientes ni trabajando en las fábricas de pertrechos bélicos. "Sin la inyección de la guerra", el capitalismo estaría hoy al borde de su ruina y el mundo a un paso del comunismo universal.

En cambio, los stalinistas sostienen que la segunda Guerra Mundial dio la razón a Stalin. Esa guerra no se habría evitado, como no se evitó la primera. Y si Rusia no hubiese estado preparada como gran potencia militar, Alemania la habría arrollado sin dificultad alguna; el foco de expansión futura del comunismo estaría definitivamente destruido.

La lucha entre ambos sectores fue implacable. En la Unión Soviética se persiguió al trozkista con tanta saña como al revisionista y al reaccionario, y en el resto del mundo la beligerancia entre trozkistas y stalinistas tuvo el mismo grado de encono. El trozkismo ha perdido casi toda vigencia organizada, aunque algunos ideólogos de izquierda, sobre todo jóvenes, que consideran a la URSS una potencia hoy reaccionaria, se adhieren al concepto trozkista de la "revolución permanente".

A la muerte de Stalin y después de un corto periodo de tiempo en el que Giorgi Malenkov desempeñó las funciones del Primer Ministro, asumió el mando el mariscal Nikolai Bulganin, a cuyas espaldas gobernaba el verdadero "hombre fuerte" de la Unión Soviética, el Secretario General del Partido Comunista. En este caso Nikita Jruschiov.

En el XX Congreso del Partido, celebrado en Moscú en febrero de 1956, y ante un auditorio atónito,

Jruschiov pronunció el largo y memorable discurso en el que "demolió" a Stalin. De la interminable serie de acusaciones que lanzó contra el difunto dictador extractaremos las siguientes: Errores garrafales en el planeamiento y ejecución de la política agraria e impositiva; errores que pudieron haber costado la vida a la Unión Soviética en la dirección atrabiliaria de algunas operaciones militares de la segunda Guerra Mundial; y lo más grave, la consagración del "culto personal" que indujo a Stalin a endiosarse, a considerarse infalible ("creyendo que así servía a los intereses del partido, de las masas trabajadoras y de la revolución; ¡en eso reside toda la tragedia!") y a establecer un régimen de "represión en masa" sin justificación posible.

Añadió Jruschiov que ciertas medidas de "represión extrema" fueron necesarias en los primeros tiempos del régimen soviético ("Lenin las consideró indispensables") para salvar a la Rusia roja que era "como una fortaleza asediada y cercada por el capitalismo". Explicó que, en aquel periodo, Stalin prestó "grandes servicios al Partido". Pero que pasada esa época en la que hasta las discrepancias de Bujarin, Plejanov y Zinoviev fueron combatidas en un terreno puramente ideológico después de lo cual "Lenin hizo lo posible para retenerlos en las filas del Partido"; y derrotado ya como había sido el trotskismo, no tuvieron razón de ser las represiones en masa de los años 1935, 36 y 38 en la que aquellos altos dirigentes y muchos otros como Kamenev, Kirov, Koramov, Kaminsky, etc., e innumerables jefes militares (el mariscal Tukchachevsky y su grupo) fueron liquidados, previa aplicación de métodos de "aniquilación moral y física" "contrarios a la legalidad revolucionaria", para obtener sus "confesiones", casos que se repitieron varias veces hasta poco antes de morir Stalin.

De este modo —continúa el texto del discurso de

Jruschiov— se violó el principio “colectivo” y “democrático” de la conducción del Partido (“compuesto de obreros, campesinos e *intelligentsia*”) sustituyéndolo por una dictadura personal “despótica y brutal” (los comunistas rusos contemporáneos conocieron en el XX Congreso, por primera vez, aquel documento en que el propio Lenin, al subrayar la arbitrariedad característica de Stalin, ponía en guardia al Partido sobre los peligros que entrañaba el darle una posición preeminente); se cometieron “flagrantes violaciones de la legalidad revolucionaria”; y se privó al partido de valiosos elementos directivos, así como a Rusia de jefes militares cuya falta pudo haber significado la derrota en la segunda Guerra Mundial.

El estallido de esta bomba oratoria, con la que se inició el proceso de “desestalinización” en el Congreso de Moscú, repercutió en el mundo entero.

Los países de la órbita soviética (Rumania, Bulgaria, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, etc.), presenciaron la caída automática de los gobernantes cuyos regímenes se habían identificado con la política stalinista. En el seno de los grandes partidos comunistas de Francia e Italia, la sacudida tuvo caracteres sísmicos. Palmiro Togliatti, el líder comunista italiano, pidió una interpretación “marxista” del stalinismo. Pietro Neni, jefe de los socialistas de extrema izquierda, atacó la base ideológica de la “dictadura del proletariado” e inició poco después la ruptura de su alianza de muchos años con los comunistas. Hubo tentativas de escisión en el comunismo francés. Por sobre el embrollo de la controversia doctrinal, se alzó una pregunta: ¿Por qué el propio Jruschiov, así como Bulganin, Malenkov, Molotov, Mikoyan, Kaganovich y otros antiguos camaradas y colaboradores inmediatos de Stalin no lo habían denunciado antes? ¿Por qué se complicaron con aquellos errores y abusos in calificables?

El Comité Central del Partido Comunista de la URSS tuvo que explicar, en un comunicado oficial, primero, que la "desestalinización" no significaba una fractura en la unidad de la ideología marxista-leninista, ni en el plan de acción política del comunismo. Segundo, que los antiguos colaboradores de Stalin no pudieron hacer nada, *a)* porque Stalin estaba poseído de tal delirio de persecución y había organizado su mecanismo de represión de tal forma, que "bastaba una mirada mal interpretada, por él para ser aniquilado"; *b)* porque Stalin había desempeñado un papel tan importante en la "construcción del socialismo" y el éxito de esa construcción había sido tan grande, que habría sido imposible obtener el apoyo del pueblo para derrocar al dictador; *c)* porque, tanto en el momento en que se encaraban las grandes dificultades que entrañaba el poner en pie a la Unión Soviética, como cuando poco después sobrevino la segunda Guerra Mundial, el derrocamiento de Stalin habría podido ocasionar la ruina de la obra revolucionaria; *d)* porque muchos de los crímenes de Stalin sólo se conocieron después de su muerte.

Un último paso del proceso de "demolición" de Stalin (hasta sus retratos y estatuas empezaron a desaparecer de los lugares públicos) fue la disolución del Cominform, organismo creado por el dictador que centralizaba y coordinaba las actividades del comunismo internacional.

Los partidos comunistas del mundo acabaron por acatar, a regañadientes, el nuevo evangelio soviético. Para evitar futuros riesgos del "culto personal", se habló de que se adoptaría el concepto del "poli-centrismo" o sea que no habría uno sino varios centros directores del pensamiento y la acción comunistas.

Pero esta aceptación oficial no consiguió sino disimular superficialmente las profundas grietas abiertas en el edificio comunista. A los dirigentes y mili-

tantes comunistas, que durante años habían estado haciendo prodigios de dialéctica para justificar la política de Stalin, no les fue fácil admitir, de pronto, que todo cuanto dijeron estaba equivocado; que todos sus razonamientos no habían hecho sino encubrir una montaña de yerros y crímenes.

Quizá nadie expresó mejor aquel drama, particularmente agudo en el caso de los intelectuales, que el escritor norteamericano y comunista Howard Fast, quien en un patético artículo publicado por *The Daily Worker*, órgano oficial del comunismo en Nueva York, dijo refiriéndose al discurso de Jruschiov: "Es un extraño y tremendo documento, quizás sin paralelo en la historia, y uno debe reconocer el hecho de que contiene, en detalle, un testimonio de barbarie y de sed de sangre que será recuerdo perdurable y vergonzoso para el hombre civilizado..." Refiriéndose a la Unión Soviética, y reprochándose no haber ejercido un sentido crítico más severo respecto a ella, continúa: "Sólo vi un país que había conquistado el socialismo, y no logré ver que conquistar el socialismo y abandonar el sacro derecho del hombre a su propia conciencia, a su dignidad, a su derecho de decir lo que quiere y cuando quiere, a defender valientemente la verdad, tal como él la entiende y sin temor a nadie, esté en lo cierto o en un error, no es victoria alguna... Nunca volveré a aceptar como cosa justa dentro del socialismo aquello que sé que es injusto. Nunca volveré a callar cuando vea una injusticia..."

El régimen de Nikita Jruschiov tuvo características muy personales. Su temperamento exuberante pareció abrir una ventana en el hermetismo que cercaba a la URSS desde los tiempos de la Revolución y muy particularmente en la época de Stalin. Hubo una liberalización notable en el trato de los artistas e intelectuales soviéticos. Jruschiov hizo tentativas semejantes para aflojar en cierta medida el centralismo

económico. No quiere decir eso, empero, que la línea maestra de la política soviética se hubiese ablandado. Con la misma dureza con que Jruschiov se sacó un zapato y golpeó su pupitre en medio de un debate de la Asamblea de las Naciones Unidas, aplastó sin misericordia un movimiento por el que se trató de dar cierta autonomía a la República satélite de Hungría en 1956. La brutal represión significó la vida de 25 mil húngaros y otros 220 mil tuvieron que huir.

Insensiblemente y con una tónica diferente se volvió al "personalismo" tan criticado en Stalin. Ese personalismo significó, entre otras cosas, que Jruschiov hizo experimentos "intuitivos" en materia económica, que no dieron buenos resultados sobre todo en la agricultura. Estas razones determinaron su caída, en un golpe de Estado, pacífico, el año 1964 para ser sustituido después de algunos cambios internos por Nikolai Podgorny como Presidente, Alexei Kosygin, Primer Ministro y Leonid Brezhnev, Secretario General del Partido Comunista, régimen vigente hasta hoy. Es característico el hecho de ser el Secretario General quien verdaderamente gobierna, firma los tratados y, en suma, ejerce el poder.

El actual Gobierno (1973) es avalado por los soviólogos como la combinación político-tecnocrática que mejor se acomoda a las necesidades de la URSS que debe jugar, a veces con manifiesta dificultad, su doble papel: superpotencia nacional, con intereses económicos comparables a los de cualquier país capitalista, y centro de irradiación del comunismo hacia el mundo.

La URSS es una unión federal de 16 Repúblicas autónomas, 5 regiones autónomas y 10 "comarcas nacionales". La unidad política es el "soviet" (consejo). Hay minúsculos soviets hasta en los últimos villorios, y también soviets de soviets.

El Consejo Supremo de los soviets es una especie

de parlamento federal en el que están representados unos 70 mil soviets de las provincias y las repúblicas (las repúblicas tienen, en pequeño, una organización similar). Cuando el Consejo Supremo no está en el período de sesiones, sus funciones son ejercidas por el Presidium, designado por el Consejo y compuesto de 37 miembros. Hasta aquí el Poder Legislativo.

Elegido por el Consejo Supremo o el Presidium, el Consejo de los Comisarios del Pueblo (o Gabinete) ejerce el Poder Ejecutivo, con un Primer Ministro a la cabeza.

Una Suprema Corte con cortes de distrito y juzgados regionales y locales, constituye el Poder Judicial.

Esto es lo esencial en cuanto a organización administrativa del Gobierno soviético. El régimen político tiene su inspiración en los siguientes conceptos que no dejan lugar a dudas sobre quién gobierna y cómo se ejerce el gobierno.

“La dictadura es el poder basado directamente en la fuerza y no restringido por ninguna ley. La revolucionaria dictadura del proletariado es el poder ganado y mantenido por la acción violenta del proletariado contra la burguesía; poder que no está restringido por ninguna ley”.⁴

“Mientras exista el Estado no habrá libertad. Cuando haya libertad no habrá Estado.”⁵

Una resolución de la Tercera Internacional define en esta forma al Partido Comunista y su papel en la URSS: “El Partido Comunista es parte de la clase trabajadora; la parte más avanzada, con mayor conciencia de clase y, por consiguiente, la más revolucionaria. El Partido Comunista está formado por los mejores y los más inteligentes obreros, aquellos que tienen el mayor espíritu de sacrificio y el punto de vista más

⁴ Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*.

⁵ Stalin, *op. cit.*

avanzado. El Partido Comunista es una palanca política bien organizada, mediante la cual la parte más adelantada de la clase trabajadora conduce al proletariado y a la masa semiproletaria en la dirección correcta.

Al presentar el proyecto de la Constitución Soviética de 1936, Stalin confirmó de este modo el monopolio político del Partido Comunista y la dictadura del proletariado. "Debo admitir que el proyecto de la nueva Constitución mantiene el régimen de la dictadura del proletariado, así como mantiene, inalterada, la actual posición conductora del Partido Comunista de la URSS. Un partido es parte de una clase; su parte más avanzada. Varios partidos y, como consecuencia, la libertad para la actuación de los partidos, pueden existir solamente en una sociedad donde hay clases antagónicas cuyos intereses son mutuamente hostiles e inconciliables. En la URSS hay solamente dos clases—obreros y campesinos— cuyos intereses, lejos de ser mutuamente hostiles, son más bien amistosos. Por consiguiente, no hay razón, en la URSS para la existencia de varios partidos."

El Partido Comunista ("ingeniero de la revolución, y arquitecto de la nueva sociedad") tiene una organización celular paralela a la del Estado, de modo que en cada rama o departamento de la Administración, así como en cada centro de actividad económica o cultural, existe una célula del Partido. Las decisiones y rumbos de la política estatal están, pues, directa y absolutamente controlados por el Partido. La última cifra conocida (1972) sobre el número de miembros del Partido Comunista Ruso, en el que se hace una rigurosa selección y se ejerce la más severa disciplina, es de 14 millones.

En la futura sociedad comunista "sin clases ni Estado", dice Lenin, el trabajo estará organizado de manera que los grandes sindicatos industriales reemplazarán a

los sindicatos de oficio (horizontales). Y continúa: "Más tarde, esos sindicatos industriales conducirán a su vez a la abolición de la división del trabajo entre la gente y a la educación y preparación de gente que tendrá un desarrollo y preparación múltiples, gente que podrá hacerlo todo. . ."

El Estado tiene en monopolio absoluto de los instrumentos de producción, desde la tierra hasta las industrias manufactureras, así como de la distribución y comercialización de artículos de una u otra índole. La propiedad de los bienes de consumo, de uso individual, es privada. La agricultura se realiza en dos formas: a) en las propiedades del Estado donde los trabajadores perciben salarios y b) en las granjas colectivas organizadas como cooperativas. En estas últimas, el agricultor, que tiene participación en los productos, puede, además, cultivar personalmente pequeños terrenos junto a su casa, que le sirven para producir legumbres, fruta, etc., destinados al uso de su familia y algunas veces, semiclandestinamente, a la venta.

El Estado monopoliza también el crédito. La Constitución Política de 1936, vigente todavía con pequeñas modificaciones, autoriza el ahorro y aun la herencia, entendiéndose, por supuesto, que ella se aplica sólo a los bienes de uso personal, los únicos sujetos al régimen de la propiedad privada.

Esos bienes pueden incluir actualmente un departamento en un edificio construido por el sistema cooperativo y una casa pequeña en el campo.

La política de completa libertad y facilidad que se otorgó después de la Revolución para el divorcio ("amor libre"), ha sufrido un gran viraje. Hoy se resguarda y estimula la unidad familiar. El divorcio se ha hecho más difícil que en algunos países no comunistas. El Estado se encarga de los hijos cuando los padres, por razones de salud o trabajo, no pueden cuidar de ellos.

La delincuencia común es encarada con moderno sentido de defensa social, siendo notorio que sus índices son menos elevados que en las sociedades capitalistas. Pero el delito contra el Estado, que puede ser la simple negligencia o ineficiencia en el desempeño de las tareas de carácter social (el trabajo en una fábrica o en el campo, por ejemplo) es sancionado con inexorable severidad.

El dogmatismo de la doctrina marxista y el carácter dictatorial que en función de dicho dogmatismo tiene el régimen soviético determinan un control absoluto, literalmente totalitario, del Estado sobre la educación y la actividad cultural. La norma, en materia de arte, es el "realismo socialista", y lo que no es realismo socialista, sobre todo el arte moderno, es repudiado como "decadentismo burgués". Artistas y escritores no conformistas son expulsados de las organizaciones oficiales, y naturalmente, sus obras no se publican ni distribuyen. Los efectos de esta opresiva norma son visibles. Ni en literatura ni en arte (excepción hecha de la música), ha salido nada de la Rusia Soviética equivalente a sus resultados en la producción industrial. Hasta la biología o las interpretaciones de la biología tienen que conformarse con los dictámenes de la doctrina.

La exaltación de los valores nacionales ha puesto un velo sobre el internacionalismo de la teoría marxista. La segunda Guerra Mundial que exigió del pueblo ruso un prodigio de abnegación, llevó a esa tendencia hasta los últimos extremos del fanatismo patriótico. Dice el historiador Arnold Toynbee que la mística tradicional de la "Santa Rusia", puesta al servicio del plan marxista es uno de los factores que da mayor fuerza al comunismo ruso.

El culto religioso, frontalmente atacado por los bolcheviques y liquidado con la Iglesia Ortodoxa ligada al régimen zarista ("la religión es el opio del pueblo"),

disfruta hoy de libertad. Hay una Iglesia oficialmente reconocida que hasta ha tenido contactos con representantes del Vaticano. (*Ver Democracia y Socialismo Cristiano.*) El pueblo, generalmente la gente mayor, concurre a los templos ortodoxos y hasta se permiten ceremonias del culto católico y protestante entre extranjeros.

En 51 años de régimen soviético, el desarrollo económico de Rusia ha sido gigantesco, sobre todo si se tiene en cuenta la larga pausa y la destrucción que produjo la segunda Guerra Mundial. Hay renglones específicos en los que ese desarrollo se ha adelantado al de los Estados Unidos, único rival en la materia.

Si la tecnología industrial para la producción de bienes de consumo es todavía comparativamente deficiente, la que se concentra en la producción y perfeccionamiento de modernas armas como cohetes, proyectiles teledirigidos, etc., nada tiene que envidiar a nadie. Prueba de ello y de que la tecnología pasa por encima de las fronteras ideológicas, es el trabajo conjunto que astronautas soviéticos y norteamericanos realizan actualmente para el encuentro y conexión de una nave especial Apolo, norteamericana, y una Soyuz, soviética, que se realizará en la órbita terrestre, en 1975.

La paridad o quizá ventaja parcial a que Rusia ha llegado con Estados Unidos en armas nucleares, hizo posible la suscripción, el 26 de mayo de 1972, del tratado soviético-norteamericano de limitación de armas estratégicas, entre Brezhnev y Nixon, con motivo de la visita del Presidente norteamericano a Moscú.

En el discurso que pronunció Brezhnev con motivo del cincuentenario de la URSS (1972), dijo entre otras cosas que "en comparación con 1940, los ingresos reales de la población han aumentado en más de 4 veces y el comercio al por menor en más de 7 veces. El número de médicos se ha incrementado en 4.7 veces y el de ciudadanos que han cursado enseñanza superior y me-

dia, completa o incompleta, en 6.5 veces". Añadió que la producción de la Federación Rusa (Rusia Central), donde está concentrada una importante parte de la industria, ha aumentado en dicho lapso más de 300 veces.

La explotación industrial de las inmensas riquezas de Siberia significará, según los economistas norteamericanos, que la URSS se convierta "en el siglo XXI en la nación más rica del mundo" porque Siberia tiene: los más grandes depósitos de petróleo y gas del mundo; los más grandes depósitos de hierro y carbón; bosques vírgenes tan grandes como los de toda Europa, tantos diamantes como los de Sudáfrica, y oro en cantidad equivalente a una mitad de la actual producción mundial, etc. Es tan grande este potencial que sólo el primer plan quinquenal proyectado para su desarrollo significará una inversión de 100 000 millones de dólares. En 1978 se empezará a exportar gas licuado a Alemania Federal, Italia y Austria, y compañías norteamericanas estudian la construcción de un gasoducto de 5 500 kilómetros de longitud hasta Murmansk, para la exportación de gas licuado a los Estados Unidos.

Es ya un hecho, por otra parte (ver *Liberalismo-Capitalismo*), la instalación en la URSS de una fábrica de automóviles por la firma *Fiat* de Italia y existen otras perspectivas inmediatas de transferencia de capital y tecnología de Occidente.

El manejo de esta inmensa maquinaria plantea serios problemas (como los plantea en los Estados Unidos, en el Japón o en cualquier otra superpotencia). La causa fundamental en Rusia es la excesiva centralización burocrática. Contra éste y otros defectos se han planteado planes de parcial descentralización, de relación entre la producción y los precios y aún de estímulos económicos para los obreros y las fábricas. Gestores de estos planes de reforma son los economistas

L. V. Kantorovich, V. V. Novozhilov, V. S. Nemchicov y Yevsei Liberman. Los primeros experimentos dieron resultados menos satisfactorios que los esperados. La razón es clara: las fábricas descentralizadas en algunos aspectos, dependen, de todas maneras y en último análisis, de los organismos directivos estatales. Por ejemplo, una fábrica decidió hacer determinadas prendas de vestir para satisfacer los pedidos del público en una de las grandes tiendas de Moscú. Los planes de producción estaban perfectamente elaborados, pero resultó que el organismo central respectivo no había dispuesto previamente la fabricación de la tela necesaria para coser las prendas. No la había dispuesto, no por falta de un oportuno pedido sino porque ese ítem no entraba en su programa general de producción y porque el excesivo número de eslabones de comunicación entre la fábrica y la oficina estatal impidió la oportuna llegada del pedido. Ahora se ha reducido y se seguirá reduciendo el número de esos eslabones. De todas maneras, experimentos de esta naturaleza tienen que ser perfeccionados, ya que el centralismo burocrático ha probado, sin lugar a dudas, no ser suficientemente ágil y flexible para satisfacer la demanda pública de artículos de consumo a la que el Estado soviético quiere, como nunca, prestar oídos. La época del "acero en vez de mantequilla" ha pasado en la URSS, que tiene ahora lo suficiente para el acero y para la mantequilla.

La enumeración de estos datos y problemas no tiene solamente un valor ilustrativo, sino que sirve para explicar que un país de esta magnitud y con una población de 245 millones de habitantes, cuyas exigencias de elevación de nivel de vida aumentan, no puede permanecer cerrado como una isla. Su peso, su importancia, sus necesidades, hacen que deba desarrollar una política exterior amplia y flexible sin estrechas ataduras al dogma ideológico. De ahí los contactos recientes de la URSS (incluidas visitas de sus guber-

nantes) con muchos países del mundo, entre ellos los Estados Unidos, el Vaticano y la Alemania Occidental, vista desde la segunda Guerra Mundial como enemiga.

Aunque la URSS tiene los problemas de cualquier país grande, tales como escasez de vivienda, contaminación ambiental en algunas regiones, ocasional escasez de alimentos y otros artículos de consumo, ha logrado grandes avances sociales como eliminar el analfabetismo y la desocupación; un sistema de seguros que cubre las necesidades de vida de una persona, incluyendo educación, salud y vejez, de la cuna a la tumba, etc., además de planes de recreo, descanso y vacación para los trabajadores.

La influencia absoluta del partido y la importancia que necesariamente se da a los científicos y técnicos cuyos servicios tienen alta prioridad, ha dado lugar, inevitablemente, a la formación de una clase economicosocial favorecida, una "nueva clase" como la llama el escritor comunista yugoslavo Milovan Djilas, formada por burócratas, tecnócratas e intelectuales y artistas "oficiales", que disfrutan de ventajas en materia de sueldos, vivienda, posibilidades de viaje al extranjero, etcétera.

Ni Jruschiov ni sus colaboradores fueron "liquidados", como se acostumbraba hacer en tiempos de Stalin, cuando cayeron del gobierno. Jruschiov, jubilado, murió tranquilamente en su casa años más tarde. Desde este punto de vista, el régimen soviético ha avanzado hacia una posición humanitaria y civilizada, pero que tiene límites perfectamente definidos en lo que se refiere al resguardo de sus intereses políticos, como quedó demostrado en agosto de 1968, cuando la URSS invadió militarmente a Checoslovaquia, sin guardar siquiera una apariencia de respeto a la soberanía de ese país, por el hecho de que sus gobernantes trataron de poner en práctica una política no antico-

munista sino, simplemente, en alguna medida liberalizadora del yugo soviético.

Otra cosa difícil de comprender dada la solidez y estabilidad del régimen político de la URSS y su deseo actual de poner en práctica una política de coexistencia con el resto del mundo, es su dura actividad represiva, reminiscente de los tiempos de Stalin, contra los intelectuales disidentes. Uno de los últimos refinamientos de esta crueldad política es la internación de esos intelectuales en sanatorios para enfermos mentales con la excusa, alguna vez formulada expresamente, de que un hombre que discrepa con el justiciero y sabio orden social (el comunista, por supuesto) dentro del que vive, denota un principio de desarreglo mental. El caso del escritor Solzhenitsyn a quien se negó permiso para salir a Suecia a recibir el Premio Nobel de Literatura de 1970, y al que se le ordenó alejarse de su esposa embarazada que vive en Moscú, es un reto a la opinión pública mundial que quisiera creer en una política interna, más amplia, más generosa del gobierno soviético. A esta misma categoría de hechos corresponden los anatemas oficiales lanzados contra otros intelectuales y escritores e inclusive contra el científico Andrei Sakharov quien contribuyó decisivamente a la elaboración de la bomba soviética de hidrógeno. El historiador Andrei Amalrik fue desterrado "seguramente de por vida" (según Solzhenitsyn) a Siberia. Pyotr Yakir, historiador y Victor Krasin, economista, enjuiciados a fines de agosto de 1973, resultaron "confesando" públicamente sus culpas, sombrío recuerdo de las "confesiones" de traición que se obtenían, en tiempos de Stalin, hasta de algunos padres y héroes de la Revolución Rusa. Podrían citarse varios casos más, ya tristemente célebres, como la última denuncia de Solzhenitsyn de que su vida está amenazada por la KGB (policía política secreta).

¿Por qué la URSS asume esta actitud que obvia-

mente la desprestigia y que, dada la estabilidad económica y política del régimen soviético parece innecesaria?

No hay una explicación totalmente satisfactoria. La única hipótesis con visos de verosimilitud es que precisamente por haberse abierto tanto y tan pragmáticamente en materia de economía y de política internacional, el gobierno soviético ha creído necesario, por vía de compensación, extremar su celo, su dureza en la represión de toda tentativa de liberación intelectual. De esta manera espera reducir los motivos por los que es acusado —de “utilitarismo desviacionista”, aburguesamiento y corrupción del marxismo-leninismo— por los ortodoxos de la propia URSS, de la China Popular y de otros sectores revolucionarios “puristas” del mundo.

Una antigua norma de la política interna soviética, la de no permitir la emigración de sus ciudadanos, viene convirtiéndose en una especie de manzana de la discordia entre la URSS y los Estados Unidos. La prohibición de salir del territorio soviético se hizo más evidente que antes, con motivo de las solicitudes de algunos miles de judíos para que se les deje marcharse a Israel. Se ha permitido salir a algunos de ellos, pero previos largos y morosos trámites que no siempre dan resultado positivo. Se quiere hacerles pagar, por ejemplo, un impuesto de salida equivalente al costo de la educación gratuita que recibieron del Estado Soviético. Opinan los soviólogos que seguramente la verdadera razón para la prohibición de salir es el deseo de no perder técnicos, científicos y obreros calificados; la misma que obligó a Alemania Oriental a levantar el odioso muro de Berlín. En las actuales circunstancias de promisorias relaciones comerciales entre la URSS y los Estados Unidos, la prohibición de emigrar ha creado una situación insólita que puede tener peligrosos alcances. Después de la cuantiosa venta de granos de los Estados Unidos a la URSS (*ver Liberalismo-Capitalismo*),

y para ampliar el tráfico comercial entre las dos naciones, la URSS pidió que se le reconozcan como a muchas otras naciones inclusive Yugoslavia y Polonia, el *status* de "la nación más favorecida" (que significa tener las ventajas, como favorables tarifas aduaneras, que un país acuerda, en sus mejores tratados comerciales, a otras naciones). La respectiva disposición legal estaba en trámite de aprobación en el Congreso de los Estados Unidos, cuando el senador Henry Jackson presentó un proyecto de enmienda en sentido de que no se le otorgue a la URSS el tratamiento de la nación más favorecida mientras no levante las restricciones para la salida de la gente que quiere emigrar.

Hasta aquí, el caso era ya difícil, pero se complicó más todavía con una carta abierta del físico nuclear soviético (ya mencionado), Andrei Sakharov, que en sus partes salientes dice: "... Hay decenas de miles de ciudadanos en la Unión Soviética... que desean marcharse del país y que han estado tratando de ejercer ese derecho por años y por décadas, a costa de interminables dificultades y humillación... Prisiones, campos de trabajo y hospitales para enfermos mentales están llenos de personas que han tratado de ejercer ese legítimo derecho. Apelo al Congreso de los Estados Unidos para que preste su apoyo a la enmienda Jackson..."

Setenta y tantos senadores y cerca de 230 representantes, miembros del Congreso norteamericano, han ofrecido ya su solidaridad con la enmienda Jackson, y se teme que un tropiezo de esta naturaleza en el que está comprometida la soberanía de la URSS para el manejo de sus asuntos internos, pueda poner en peligro la expansión del comercio ruso-norteamericano y aún las bases de pacífica convivencia de las dos potencias. La actitud de la URSS en esta materia está claramente definida en un discurso de Brezhnev cuya parte esencial dice:

“Creemos que puede y debe edificarse un nuevo sistema de relaciones internacionales, si se observan honesta y consistentemente los principios de soberanía y no-interferencia en los asuntos internos y si se cumplen invariablemente los tratados y acuerdos suscritos, sin jugadas dudosas ni maniobras ambiguas.”

Conceptos que en el caso presente se aplicarían a la enmienda Jackson que puede interpretarse como una maniobra para inmiscuirse en los asuntos internos de la URSS, pero que también podría aplicarse —y en gran medida seguramente se aplica, por lo menos en esta manera— a la nueva política de la URSS de no fomentar actividades subversivas en otros países, particularmente los de la América Latina.

De todas maneras, este incidente ilustra el concepto de que los intereses económicos, además de tener una influencia decisiva sobre las relaciones internacionales, pueden sobreponerse a los escrúpulos de la ideología política.

Dadas las condiciones descritas, sería un error querer ver en la Unión Soviética un ejemplo de comunismo realizado. Rusia atraviesa (y no hay pronóstico posible sobre el tiempo que esto pueda durar) el período “de transición” previsto por el propio Marx, de la totalitaria dictadura del proletariado, económicamente identificable como socialismo (¿o capitalismo?) de Estado.

Tanto el fenómeno soviético como el de la China Popular (de Mao) que se examinará más adelante en este mismo capítulo, son *sui generis*, muy especiales, y no se prestan a una generalización. Rara vez se da el caso de países tan extensos, como tantos recursos (sobre todo la URSS), verdaderos mundos capaces de aislarse y autoabastecerse, y con enormes masas de población cuyas características étnicas, psicológicas y sociológicas (en medio de su variedad) las hacen aptas para acomodarse a esquemas políticos de regimenta-

ción total, con una perfecta mezcla de resignación y de mística política rayana en el fanatismo.

Resumiendo, el principio comunista, o sea la tendencia a sustituir la propiedad privada por la común, colectiva o social (en este caso los tres términos dicen lo mismo), es una idea muy antigua. Surgió en diferentes épocas a manera de reacción contra los males originados por el régimen de la propiedad privada puesto en práctica sin medida y sin escrúpulo para beneficio de una minoría privilegiada a expensas de la mayoría.

Concretamente, el comunismo marxista-leninista es una reacción contra los excesos que cometió el capitalismo liberal en su juventud desaprensiva y rapaz, coincidente con la sacudida, de sísmicas proporciones, de la Revolución Industrial. Las duras características del marxismo-leninista son la contraparte de aquellas condiciones históricas.

En tiempos en que los postulados idealistas del socialismo utópico habían empezado a demostrar su impotencia, fue inevitable que se volvieran los ojos a una interpretación realista ("materialista") del cuadro político-social, e inevitable también que se buscaran soluciones realistas basadas no en la promesa de mundos quiméricos sino en la fuerza y la acción directa de la clase social interesada en el cambio.

Cuando el poder político era, efectivamente, un instrumento de las clases privilegiadas, inaccesibles a las clases trabajadoras, y antes que la democracia y el socialismo reformista, unidos, hubieran demostrado que las clases trabajadoras pueden alcanzar el gobierno por métodos pacíficos, evolutivos, era natural propugnar la revolución como único camino de rehabilitación.

Frente un capitalismo impermeable a los postulados de la justicia social, e incapaz todavía de refrenarse, no parecía haber otro medio de declararle la guerra ("la guerra de clases") y advocar su destrucción total.

Eso, la destrucción del capitalismo, es lo que propugnan los comunistas, quienes ven con malos ojos el mejoramiento gradual de las condiciones sociales, porque ese mejoramiento —dicen ellos, y no sin razón— resta energía y agresividad a las masas proletarias. Sin embargo, es interesante anotar que el comunismo ha provocado indirectamente —en gran parte por el miedo que se le tiene— una serie de concesiones que, sin ese estímulo, quizás no habría hecho el capitalismo. En tal sentido, el comunismo ha actuado como aquellos agentes químicos llamados catalizadores que por su sola presencia y sin intervenir directamente, determinan ciertas reacciones que de otro modo no habrían ocurrido.

Refiriéndose a los socialismos premarxistas y al cambio que imprimió el “determinismo” marxista en el pensamiento socialista, dice el profesor Schumpeter:⁶ “Las doctrinas socialistas, que en algunas de sus raíces, son, posiblemente, tan antiguas como el pensamiento articulado, eran sueños —bellos u odiosos—, ansias impotentes fuera de contacto con la realidad, mientras les faltaron medios para convencer de que el proceso de transformación social se encaminaba por sí solo hacia la realización del socialismo. Eran una prédica en el desierto, mientras no establecieron contacto con la fuente existente o potencial de poder social...” Esa fuente de poder la encontró Marx en la “clase proletaria” directa y vitalmente afectada por el problema. Y, habiéndola encontrado, la puso en la trinchera de la revolución y le encomendó la misión de tomar el gobierno y ejercer la dictadura del proletariado hasta el arribo de la sociedad comunista sin clases y sin Estado.

Así se explica el cuadro lógicamente. Por ello resulta pueril aceptar la noción de que el comunismo es una

⁶ J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*.

simple "invención diabólica", concebida por "teóricos" imbuidos de resentimiento social; pueril y peligroso, al par, olvidar que el comunismo nació como efecto inevitable de causas reales y tangibles. Peligroso, porque oscurece la comprensión del problema y, sobre todo, porque si se cree encontrar el origen de los "males del comunismo" en simples concepciones abstractas, también se creará posible curarlos con vagos enunciados de propaganda "ideológica" o con medidas de represión violenta, como cuando se intentó destruir el cristianismo echando a algunos cristianos a las fieras del circo romano. El comunismo es el reflejo orgánico de un profundo malestar social, y sólo en la medida en que se lograra anular todas las formas de ese malestar se podría, efectivamente, dejar al comunismo sin bandera y, en último análisis, sin razón de ser.

Mucho de esa razón de ser ha desaparecido en varias partes del mundo, no sólo porque el socialismo reformista ha institucionalizado importantes conquistas sociales, sino también porque se vienen produciendo fuertes corrientes de confluencia o convergencia entre los extremos opuestos de la ideología: por ejemplo, de los Estados Unidos hacia la Unión Soviética y viceversa.

A la luz de esa realidad, bastante diferente de la que pronosticó Marx, podemos preguntarnos hoy: probado como está que las reformas sociales pueden alcanzarse sin necesidad de la revolución mundial, ¿se justifican los riesgos de esa revolución? Probado como está que no es imposible el acceso de la clase trabajadora al gobierno, ¿se justifica la instauración de la dictadura del proletariado sacrificando las prerrogativas de la personalidad humana? Ante la posibilidad de alcanzar gradualmente la nivelación de clases, ¿se justifica mantener encendida la guerra clasista y correr el peligro de que, como consecuencia final de ella, se perpetúe una dictadura del proletariado capaz de crear

nuevos privilegios de clase tan odiosos como los que destruyó? Y, ¿qué garantía existe de que la dictadura del proletariado no se haga, en la práctica, permanente en vez de transitoria, perpetuando monstruosos excesos como los que se revelaron al morir Stalin?

A menudo se esgrime con gran suficiencia el argumento de que el sacrificio de una generación sometida a privaciones, al despotismo y hasta a la muerte se justifica por los frutos que, gracias a ese cruento abono, cosecharán las generaciones del futuro. Este razonamiento plantea otras preguntas: ¿Quién puede arrogarse con validez moral el derecho de tomar estas decisiones sobre el destino de millones de seres humanos en favor "hipotético" de otros millones? ¿Hay una certidumbre absoluta acerca de los resultados que se esperan, capaz de justificar la ecuación del sacrificio sólo comparable a las sanguinarias inmolaciones que exigían las deidades primitivas?

Frente a estas consideraciones (para citar sólo las más salientes) cabe hacer nuevas evaluaciones de los esquemas políticos radicales, sobre todo en cuanto se refiere a su aplicación indiscriminada en todo tiempo y en cualquier parte. Esa evaluación no debe perder de vista que ni el comunismo ni ninguna otra doctrina nace, crece ni da frutos sino en un terreno social propicio que, al brindarle su savia, le da la legitimidad histórica sin la cual no tiene razón de existir.

La realización política más importante del marxismo después de la Revolución Rusa es el nacimiento y desarrollo de la República Popular de China, la China Roja de Mao Tse-tung.

El acontecimiento estuvo precedido por una lucha de más de 30 años (guerra civil con las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-Shek), con episodios legendarios como la llamada "Larga Marcha". Obligadas las tropas de Mao a abandonar el área de Kiangsi, emprendieron una retirada de 10 mil kilómetros comba-

tiendo constantemente a pesar de que llevaban consigo mujeres, niños e impedimenta. Llegaron a la región de Shensi-Norte donde establecieron una "base soviética" con su capital, Yenán. De las 300 mil personas que emprendieron la caminata, sólo llegaron a Yenán 40 mil.

Derrotado Chiang Kai-Shek, emerge la República Popular de China como una inmensa potencia que en la actualidad tiene 800 millones de habitantes establecidos en un territorio de 9 millones y medio de kilómetros cuadrados.

La adaptación hecha por Mao Tse-tung de la teoría marxista (elaborada para una sociedad industrial) a las condiciones de un país agrario semifeudal como era China, es una obra maestra de genio político realizador.

La prédica de Mao Tse-tung, cuya mejor síntesis se encuentra en el famoso *Librito rojo*, es una peculiar combinación de severidad marxista-leninista con una tónica y lenguaje muy simples, cuasi patriarcales. No hay enrevesada retórica doctrinaria sino un mensaje claro y familiar que explica en cierto modo el fanatismo con que los jóvenes comunistas chinos, y en especial los campesinos, atribuyen poderes poco menos que milagrosos al librito. Visitantes extranjeros quedan pasmados ante la perfecta sinceridad con que algunos enfermos dicen haber mejorado de sus dolencias después de haberlo leído.

Breves citas de esta especie de minúscula biblia del comunismo chino dan idea de su contenido general:

"Las clases luchan, unas salen victoriosas otras quedan eliminadas. Así es la Historia, así es la historia de la civilización de los últimos milenios. Interpretar la Historia desde este punto de vista es materialismo histórico; sostener el punto de vista opuesto es idealismo histórico.

"Entre los blancos de los Estados Unidos, sólo los

reaccionarios círculos dominantes son los que oprimen a los negros. Ello no representan en modo alguno a los obreros, campesinos, intelectuales, revolucionarios y personalidades razonables que constituyen la aplastante mayoría de los blancos.

“A nosotros nos incumbe organizar al pueblo. En cuanto a los reaccionarios chinos, nos incumbe a nosotros organizar al pueblo para derribarlos. Con todo lo reaccionario ocurre igual: si no lo golpeas no cae. Esto es como barrer el suelo; por regla general, donde no llega la escoba el polvo no desaparece solo.

“Hacer la revolución no es ofrecer un banquete ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tarea tan elegante, tan tranquila y delicada, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima. Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a otra.

“El proletariado aspira a transformar el universo según su concepción del mundo, y la burguesía, según la suya. A este respecto, aún no ha sido resuelta en definitiva la cuestión de quién vencerá: el socialismo o el capitalismo. Pasará un tiempo bastante largo antes de que se resuelva la cuestión de quién vencerá a quién en la lucha ideológica entre el socialismo y el capitalismo en nuestro país.

“Tanto el dogmatismo como el revisionismo son contrarios al marxismo. Indefectiblemente el marxismo avanzará, progresará con el desarrollo de la práctica y no permanecerá estático.

“Es dogmatismo enfocar el marxismo desde el punto de vista metafísico y considerarlo como algo rígido. Es revisionismo negar los principios básicos del marxismo, la verdad universal del marxismo.

“El sistema socialista terminará por reemplazar al sistema capitalista; ésta es una ley independiente de la voluntad del hombre.

“Todos los reaccionarios son tigres de papel. Parecen temibles, pero en realidad no son tan poderosos. Así como en el mundo no hay nada sin doble naturaleza (ésta es la unidad de los contrarios) también el imperialismo y todos los reaccionarios son a la vez tigres auténticos y tigres de papel. . . La clase de los esclavistas, la clase terrateniente feudal y la burguesía eran vigorosas, revolucionarias y progresistas; eran tigres auténticos. Pero con el tiempo, como sus contrarios —la clase de los esclavos, el campesinado y el proletariado— crecían y se fortalecían gradualmente, luchaban contra ellas y se volvían más y más formidables, estas clases gobernantes se transformaron poco a poco en reaccionarias, en retrógradas, en tigres de papel y finalmente fueron derrocadas o serán derrocadas por el pueblo.”

Es notable el desconocimiento de la realidad del problema negro en los Estados Unidos, que acusa Mao Tse-tung al creer que los negros son maltratados solamente por los “círculos dominantes” (en el sentido económico) sin saber que existe en casi todos los círculos blancos, sobre todo del Sur, un sentimiento de superioridad “racial” (no sólo económica) sobre el negro.

En dos o tres párrafos hay duda expresa acerca de quién vencerá a quién entre el socialismo y el capitalismo, pero en otro, más adelante, se afirma —contradictoriamente— que el sistema socialista “terminará por reemplazar al sistema capitalista” como una verdad absoluta, producto de un determinismo “independiente de la voluntad del hombre”.

Las comparaciones con la acción de la escoba o con los tigres de papel son formas sencillas, metafóricodomésticas de ilustrar la expresión, propias del lenguaje chino.

El desarrollo económico de la República Popular está basado en una mística de trabajo sostenida por el varillaje de una férrea disciplina que pone el es-

fuerzo total de la inmensa población al servicio del Estado. Algunos políticos de izquierda ven esa fórmula como la que se debería aplicar en la América Latina —previa una revolución socialista continental, por supuesto— para suplir con esfuerzo humano totalizado la falta de capitales suficientes para explotar las riquezas naturales de este continente y satisfacer las necesidades de la población creciente.

Una medida del resultado obtenido mediante la combinación de esfuerzo humano planificado como el de un hormiguero —hasta la conservación y utilización del excremento humano como abono está regimentada— es la producción de granos de 1971, anunciada por el Primer Ministro Chou En-lai, de 240 millones de toneladas.

Algún comentarista ha dicho que la medida del éxito alcanzado hasta ahora por la China Popular es que, *a)* ya nadie muere de hambre, *b)* tiene bomba de hidrógeno, *c)* se han hecho grandes avances en el control de la natalidad.

El reconocimiento de la importancia de la República Popular China quedó confirmado por dos acontecimientos ocurridos en 1971: su admisión en la Organización de las Naciones Unidas; la visita del Presidente norteamericano Richard Nixon a Pekín, luego de haber eliminado varias medidas restrictivas que, a manera de bloqueo, cerraban las puertas del comercio y del turismo entre los Estados Unidos y la República Popular China.

La amistad y aún más que amistad el estrecho parentesco ideológico entre la URSS y la República Popular China, presentaba la perspectiva de un bloque comunista de astronómicas dimensiones a horcajadas entre Europa y Asia. La URSS cooperó en medida importante a la fase inicial del desarrollo económico y tecnológico de China. Se dice que la cooperación tuvo celosas limitaciones que irritaron a los chinos.

Más tarde se produjeron incidente fronterizos entre tropas de ambos países (1969) que determinaron una inmediata concentración de tropas de uno y otro bando.

Sólo una guerra de proyectiles teledirigidos sería comparable a la que se desató en el campo de batalla ideológico-político, con toneladas de explosivas invectivas lanzadas de uno a otro país, de uno a otro partido comunista, tarea en la que todavía están empeñados los contendientes.

Los chinos acusan de revisionismo, degeneración, aburguesamiento y complicidad con el imperialismo yanqui a los rusos, y éstos acusan a los chinos de primitivos, obcecación ciegamente dogmática e infantilismo fanático. Ambos se proclaman los verdaderos y exclusivos intérpretes del marxismo leninista. La guerra política entre los dos colosos del comunismo se ha extendido, naturalmente, a sus adeptos en todo el mundo con un encono que a veces supera al que unos y otros despliegan contra el imperialismo norteamericano; con la circunstancia de que de ambas partes, Rusia y China, se han abierto puertas de comunicación y de posible vinculación económica con los Estados Unidos (ya en marcha en el caso de la URSS).

Otro fenómeno ocurrido en el campo de la ideología marxista, de menores dimensiones físicas pero de especiales repercusiones para la América Latina es el de Cuba.

Alineado en el campo de la URSS, de donde recibe una subvención de hasta un millón y medio de dólares diarios para sostener su inoperante economía, el régimen de Fidel Castro representa para el mundo comunista un puesto avanzado dentro del área de influencia de los Estados Unidos.

Castro preferiría, posiblemente, la línea dura y activista de Pekín que concuerda con su temperamento y con sus propósitos de expansión de la lucha armada. Pero Rusia, con su ayuda económica y asesoramiento

técnico, tiene paralizadas las manos del castrismo en lo que se refiere, por ejemplo, a repetir oficialmente la aventura del *Che* Guevara en Bolivia. El comunismo soviético ha adoptado desde hace años la táctica de la penetración política y económica pacífica y respetable en la América Latina, táctica contraria al golpismo y "foquismo" (teoría que propicia la creación de focos subversivos por medio de guerrillas rurales o urbanas). Es por eso que el Partido Comunista Boliviano eludió su concurso a Guevara.

Ante un relumbrante público internacional, Castro dio la medida de su total adhesión a Moscú, con motivo de la Conferencia de Países no Alineados realizada en Argel a principios de septiembre de 1973.

Los países "no alineados" o del "tercer mundo" son aquellos que, por una parte, se consideran independientes, no subordinados a ninguno de los extremos de la concentración bipolar del poder político y económico: Estados Unidos de América y Rusia Soviética. Por otra (tercer mundo), son los países cuya condición económica es inferior, subalterna, como víctimas de la explotación de los dos grandes imperialismos que se han repartido el mundo y que lo explotan por igual.

En la conferencia de Argel a la que asistieron 57 jefes de Estado (entre ellos el Mariscal Tito de Yugoslavia, Indira Gandhi, de la India, monarcas árabes y africanos) y representantes de otros 17 Estados, Fidel Castro, figura de primera magnitud en el tercer mundo, pronunció un discurso declarando su oposición a que se aplique a la Unión Soviética la misma acusación de imperialismo que a los Estados Unidos. Estando la tesis de la "no alineación" y el "tercer mundo" basada precisamente en el concepto de la concentración bipolar del poder, la declaración de Castro fue recibida con asombro y desconcierto.

El régimen de Castro tiene las características totalitarias resultantes de una revolución marxista. La repre-

sión inicial contra los residuos de la nefasta dictadura de Batista fue sangrienta e innecesariamente cruel. Las condiciones de vida determinadas por la revolución han producido una fe fanática, por una parte, y la migración al extranjero de unos 2 millones y medio de cubanos, por otra. Una muestra relativamente reciente del efectivo totalitarismo castrista fue el episodio del poeta cubano Heberto Padilla. Al conocerse su "confesión" de faltas contra el Estado y la Revolución —eco lúgubre de las confesiones obtenidas por los verdugos de Stalin en la década del 30— varios escritores e intelectuales latinoamericanos de insospechable posición izquierdista y pro-cubana, dejaron oír su voz de solidaridad con Padilla. Inmediatamente se descargó sobre ellos la furia de la propaganda castrista como si se tratara de los más viles enemigos y "lacayos del imperialismo".

Al precio de estas cosas, Cuba ha logrado hacer importantes avances en materia social: erradicación total del analfabetismo y mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, especialmente en el campo. En cambio, su problema económico no ha sido resuelto.

Es difícil hacer desde lejos, desde afuera, el enjuiciamiento objetivo de la realidad cubana, en medio de un verdadero huracán de doble dirección: ciega invectiva anticastrista, de un lado, y del otro estática admiración como la del sacerdote y poeta nicaragüense Ernesto Cardenal en su libro *En Cuba*.

La voz de Castro, a menudo destemplada y estridente es considerada, sin embargo, hasta por algunos políticos latinoamericanos no marxistas, como un útil instrumento frente al predominio de la política norteamericana en este Continente. Una voz, se dice, que ha puesto al marxismo en lenguaje latinoamericano, lenguaje no siempre ecuánime ni coherente, y por eso mismo latinoamericano.

En momentos de enviar este material a la editorial

llega a su término el experimento marxista del presidente Salvador Allende en Chile, al que pone fin un golpe militar después de meses de agonía en medio de agudos problemas económicos y enconada tensión política.

Dos hechos parecen ya evidentes aún ahora, a tan corta distancia de los hechos consumados: 1) que quedó demostrada la incompatibilidad del régimen democrático con la revolución marxista; 2) que tanto o más que por la oposición, el desenlace fue precipitado por la presión de la extrema izquierda sobre las líneas directrices, más sensatas, del presidente Allende, especialmente en materia económica.

El suicidio de Allende, si eso fue lo que ocurrió, es un final digno del hombre que con gran entereza, pero sin odio ni amargura, demostró la sinceridad de su fe política.

La última proyección del marxismo —última en el sentido cronológico y en el de ser la posición extrema de la ideología— es la "Nueva Izquierda". Entre los ideólogos de esta corriente, expuesta desde la década del 50, cuatro son señalados como principales: Jean-Paul Sartre, Frantz Fanon, Herbert Marcuse y Ronald D. Laing. A ellos se añade Che Guevara, a medias ideólogo y hombre de acción, y el movimiento político-social del "Poder Negro".⁷

Herbert Marcuse, judío alemán residente en los Estados Unidos, además de ser autor de obras como *Eros y civilización*, *Crítica de la tolerancia*, *Razón y revolución*, *El hombre unidimensional*, desempeñó actividades académicas en centros universitarios.

Marcuse "trata de elaborar una síntesis de psicoanálisis freudiano con socialismo", para deducir estructuras intelectuales sobre la liberalidad de conciencia individual. Piensa que esa libertad puede estar más expuesta

⁷ Marice Cranston: *La nueva izquierda*.

en una sociedad totalitaria como la de la Unión Soviética que en la de los Estados Unidos, aunque ésta le parece tan detestable como la otra.

Definiendo la función de la violencia dice: "Con respecto a su función histórica, hay una diferencia entre la violencia revolucionaria y la reaccionaria, entre la empleada por los oprimidos y la ejercida por los opresores. Desde el punto de vista ético, ambas formas son inhumanas y perversas, pero ¿desde cuándo se ha hecho historia siguiendo las normas éticas?"

Las conclusiones a que llega por este camino permiten calificar la posición de Marcuse como una especie de "anarco-marxismo". Abomina de la represión estatal en las sociedades industriales como la de los Estados Unidos, no obstante el hecho de que sus obras y sus actividades tienen una difusión irrestricta en ese país.

Jean-Paul Sartre, el célebre filósofo, ensayista, novelista y dramaturgo francés, cuya posición respecto del comunismo "oficial" (soviético) ha sido quizás la más libre y cambiante, dice que el Partido Comunista Francés es el más grande partido conservador de Francia. El proletariado no puede ya ser, según Sartre, ni objetivo ni instrumento de la revolución, porque está aburguesado, anquilosado. En su reemplazo, siguiendo a Frantz Fanon, entran ahora los "proscritos de la Tierra". Quizá en ninguno de estos ideólogos contemporáneos se revela más agudamente que en Sartre el problema de la exigencia, la pureza ética y el racionalismo del intelectual frente a la imperfección, la contaminación y la frecuente irracionalidad de la política. Se piensa que su "marxismo existencial" ha perdido actualidad y que Sartre es ahora, como nunca, más un filósofo, un intelectual que un político, sin haber abandonado, empero, su simpatía por la revolución China y la de Castro, ni su "compromiso" con la revolución en sí misma y con una especie de individualismo anár-

quico renuente a someterse a "la cosa" (el sistema soviético) y a "esos guijarros que son 'las ideas de Mao'". Obras políticamente importantes: *Crítica de la razón dialéctica*, *El diablo y el buen Dios*, *Manos sucias* (teatro).

Frantz Fanon, médico negro nacido en Martinica y establecido en Argelia, es autor del concepto de "los proscritos (o malditos) de la Tierra", los nativos de los países colonizados, los verdaderos pobres e ignorantes de las sociedades avanzadas, y no los proletarios aburguesados sin convicción ni pasión. Murió muy joven en África en los dramáticos tiempos de la lucha liberadora de Argel contra Francia, y fue francamente partidario de la violencia, sobre todo en la campaña anticolonialista. De él dice el comentarista Aristid Zolberg que "el lugar de Fanon en la historia política dependerá más de la parte que ha tenido en la creación de una actitud política y de su asociación emotiva con determinados movimientos, que del mérito intelectual intrínseco de sus obras. Aunque su programa es vago y su doctrina incompleta, algunas de sus profecías sobre la posindependencia de África ya se han cumplido".

Ronald D. Laing, psiquiatra escocés, dicen los traductores, es uno de los teóricos de la "nueva izquierda" que mayores contribuciones ha hecho al marxismo de última instancia. La esencia de su planteamiento revolucionario, partidario también de la violencia para la lucha por la liberación total del hombre, podría estar contenida en esta cita recogida por el ensayista David Martin: "Únicamente mediante el descubrimiento de una libertad, de una opción en la actuación personal, hecha en presencia de todos los determinismos, restricciones o predestinación, podremos llegar a la comprensión de una persona en toda su realidad." Obras importantes: *Dialéctica de la liberación*, *El ser dividido*.

En el difícil camino de transición de la teoría a la acción y del "amor a la Humanidad" a la violencia im-

placable, aparece la figura del *Che* Guevara. Su prédica contra la enajenación o alineación que engendran los incentivos materiales y en pro de sustituirlos por el "compromiso", la entrega total a la "lucha hasta la muerte" lo condujo al trágico final de la mal concebida aventura guerrillera en Bolivia. La romántica figura del *Che*, convertida en leyenda y símbolo, se levanta con ventaja por sobre los acomodaticios revolucionarios de pluma y manifiesto, o de confortable *living-room*, aún al margen de la disconformidad que se pueda tener con sus esquemas políticos y métodos revolucionarios.

El "Poder Negro", con sus principales exponentes Stokely Carmichael y Eldridge Cleaver, plantea la lucha de clases transpuestas al campo de la lucha racial y racista de los negros, como "clase" secularmente oprimida, contra la "clase" opresora de los blancos. Algunas características de este planteamiento están escritas en el capítulo del capitalismo norteamericano. Sólo cabe recalcar que el "Poder Negro" adoptó el camino de la violencia por medio de organizaciones activistas como las "Panteras Negras" en hostil discrepancia con la resistencia pasiva e integracionista (entre blancos y negros), patrocinada y puesta en práctica por otros líderes negros como Martin Luther King Jr. y Roy Wilkins.

En último análisis, las conquistas logradas en favor de los negros norteamericanos (ejercicio de derechos políticos, integración en la educación, en los servicios públicos y los empleos, etc.) son incomparablemente más el fruto de las campañas de resistencia pasiva y de acción parlamentaria en el Congreso norteamericano, que de los actos terroristas de las "Panteras Negras" cuya fugaz vigencia tuvo su apogeo a fines de los años 60.

En medio de las sutilezas intelectuales que individualizan a los ideólogos de la "Nueva Izquierda", hay

denominadores comunes que los vinculan: a) desilusión, en mayor o menor grado, con los resultados prácticos de la revolución marxista, especialmente en su versión soviética, considerando que ella crea nuevas formas de opresión, represión, estratificación y absorción totalitaria de las que es víctima el ser humano; b) búsqueda de una fórmula socio-política que concilie los conceptos y valores del individuo y de la sociedad; c) decepción respecto del proletariado (aburguesado) como fuerza revolucionaria y adopción de los "proscritos (o malditos) de la tierra" como instrumento y objetivo revolucionario, especialmente en los países subdesarrollados sometidos al colonialismo o neo-colonialismo; d) aceptación del marxismo como filosofía socio-política más que como teoría económica (que en muchos aspectos, sobre todo en el pronóstico sobre el desarrollo capitalista, se considera fallida); e) adopción de la violencia como método de lucha; f) inclinación a la posición básica antiestatista del anarquismo, como repudio a la opresión estatal y también a un plan semejante al de la "revolución permanente" del trozkismo; g) falta de programa concreto sobre lo que se haría una vez consumada la revolución —"no sabemos ni nos interesa lo que ocurrirá después, dicen los jóvenes revolucionarios, nuestra tarea consiste solamente en destruir los actuales esquemas imperfectos, injustos y destructores de la personalidad humana"—; h) conflicto interior angustioso en busca de una conciliación entre la exigencia purista y racional del intelectual y la realidad política impura e irracional.

Esa búsqueda hace decir a Herberth Luthy en su obra *La izquierda sin hogar de Francia*: Jean-Paul Sartre, por encima de todo, aun en sus escritos polémicos y en sus obras teatrales, nunca trata otro tema ni tuvo otro compañero de conversación que él mismo; entre sus seguidores se ha creado toda una literatura que es obra de intelectuales, para intelectuales,

acerca del *intelectual*, en la que cada rizo (leve ondulación) de la superficie del agua del estanque que es este club de discusiones literario-político-filosóficas, se convierte en un monumento de la historia del pensamiento.”

SOCIALISMO REFORMISTA

¶ *Eduard Bernstein. ¶ Crítica del marxismo. ¶ La doctrina revisada. ¶ La "evolución orgánica". ¶ El Partido Social Demócrata en Alemania. ¶ El fabianismo y el Partido Laborista en Inglaterra. ¶ Glosa.*

EL SOCIALISMO reformista, también llamado socialismo evolutivo, socialismo revisionista, gradualismo o democracia social, tiene como padre a Eduard Bernstein, pensador y político judío alemán nacido en 1850. Aun en las épocas más agitadas de su vida pública cuando muy joven, se aferró con notable tenacidad al empleo que su padre le había conseguido en un banco; el detalle es revelador respecto a la psicología del personaje, y parece concordar con el espíritu de su doctrina.

Bernstein no fue un gran caudillo. Se le recuerda más bien como ideólogo dotado de una gran capacidad analítica, y hombre de inquebrantable honradez intelectual, dispuesto siempre a sacrificar conveniencias políticas en aras de sus convicciones.

Nació el socialismo reformista en aquel periodo turbulento y germinal que fue la segunda mitad del siglo XIX, cuando, bajo el influjo de los problemas creados por el agigantamiento del capitalismo industrial, empezaron a tomar cuerpo las teorías socialistas contemporáneas. El socialismo utópico estaba ya descartado; sus soluciones resultaron ineficaces para resolver el conflicto económico-social moderno. El *Manifiesto comunista* y *El capital* de Marx sacudían al mundo occidental, esbozando en el horizonte el perfil de aquel "fantasma que se yergue sobre Europa", de que hablaba el *Manifiesto*. Las grandes masas de trabajadores buscaban, aquí y allá, trincheras ideológicas y métodos de acción política para reivindicar sus derechos.

El capitalismo se defendía en los últimos bastiones del "liberalismo puro", que pronto empezarían a caer, uno tras otro.

Los antecedentes del revisionismo son complejos; en más de un aspecto, sus raíces se nutren de savias antagónicas entre sí.

¿Por qué, entre otras cosas, se llama revisionismo a esta doctrina? Porque ella constituye una profunda "revisión" del socialismo científico marxista. Y, de este modo, el marxismo forma la base misma de su estudio. Aun en los puntos en que Bernstein discrepa radicalmente con Marx, la relación creada por esa misma discrepancia es tan estrecha que no se pueden considerar aisladamente ambos pensamientos. Bernstein mantuvo una "beligerante amistad" con Engels (Marx había muerto ya) y nunca dejó de admirarlo aun en medio de las más duras controversias.

La teoría reformista fue formulada al calor de un constante y apasionado debate de las ideas marxistas predominantes en el último periodo de la vida de la Primera Internacional. Y al constituirse la Segunda, dominada por los revisionistas (*véase el capítulo del comunismo*), la separación entre las dos corrientes se hizo total y definitiva.

Por la razón anotada, el mejor método para estudiar el socialismo reformista consiste en seguir las líneas generales del marxismo e ir anotando las coincidencias y desacuerdos que surgen sobre cada uno de los enunciados básicos de esta teoría.

El marxismo preconiza el determinismo económico, es decir, la teoría de que las leyes del desarrollo capitalista conducen, por un proceso dialéctico (de conflicto entre tesis y antítesis), a catastróficos e inevitables resultados. Y, ante la inminencia irremediable del colapso capitalista, las clases trabajadoras deben precipitarlo por acción directa revolucionaria, para organizar después la nueva sociedad sin Estado ni clases.

Bernstein empieza por negar el determinismo. Con una frase "casi simplista" ("después de todo, los hombres tienen cabeza"), implanta el concepto de que el hombre no es una simple víctima inerte del proceso económico y que, por el contrario, es capaz de modificar los acontecimientos y gobernar su propio destino. Frente al fatalismo dialéctico de la lucha de clases, levanta la bandera de la "evolución orgánica", gradual, movida por la voluntad humana, en razón de ideales de ética social. No los "castillos en el aire" de los utopistas, sino los objetivos concretos de la justicia social en favor de las clases desposeídas y de la sociedad en general.

Y por ello dice: "Bajo esta bandera —Kant, no Hegel— la clase trabajadora lucha hoy por su emancipación." Pero algunos expositores¹ sostienen que Bernstein sólo percibió superficialmente la complicada estructura de la ética kantiana; que su pensamiento se asemeja, más bien, al de los utilitaristas ingleses, Bentham, Mill, en sentido de considerar que aquello que es fundamentalmente útil para la colectividad es lo bueno y lo que debe perseguirse.

Crítica el determinismo que destruye (en espera de lo que irremediablemente ocurrirá) "la voluntad de quienes participan en la lucha". Para él esa voluntad es insustituible, y sostiene que el movimiento socialista, en vez de fundar su acción en algo que de todos modos "ha de suceder", debe inspirarla en lo que "conviene que suceda".

Niega también la categoría "científica" del socialismo marxista, afirmando que el socialismo *usa* de la ciencia pero que no puede ser, en sí mismo, una ciencia. Concluye haciendo esta definición: "Llamemos a nuestra disciplina socialismo crítico."

¹ P. Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism* y S. Graves, *History of Socialism*.

Desde este punto de partida filosófico arranca la larga cadena de disensiones.

Lo que antecede descarta, en el pensamiento bernsteiniano, la posición del marxismo ortodoxo respecto al materialismo histórico. Bernstein reconoce la importancia fundamental del factor económico en el desarrollo del fenómeno histórico. Pero, tal como lo hizo el propio Engels en sus últimos años (*véase el capítulo del marxismo*), cree que hay una "interdependencia" constante e indestructible entre ese factor económico y otros de orden intelectual, moral, religioso, etcétera.

La lucha de clases no conduce, como cree Marx, a una división cada vez más profunda y clara de la sociedad en dos grupos: el de los poseedores, que se va reduciendo en número al propio tiempo que aumenta su riqueza, y el de los desposeídos, que se hace constantemente más grande y más miserable. Y la clase media, que vive y actúa entre ellas, tampoco tiende a desaparecer. Por el contrario, se agranda y su papel adquiere cada vez mayor importancia. No se alía necesariamente con el capitalismo ni tampoco se suma sin condiciones a la clase proletaria. Su posición es incierta y difícil de definir, porque empieza (en aquel tiempo) a acomodarse dentro de los múltiples casilleros que ofrecen el desarrollo y la complejidad crecientes de los mecanismos industrial y estatal. Aquella afirmación del *Manifiesto comunista* de que "el estrato inferior de la clase media —los pequeños comerciantes, tenderos y comerciantes retirados, los artesanos y labriegos todos ellos— desciende gradualmente al seno del proletariado", no es absolutamente cierta. Afirma Bernstein: "La estructura de la sociedad no se ha simplificado. Lejos de ello, tanto en lo que se refiere a sus ingresos como a su vitalidad económica, se ha hecho cada vez más diferenciada y gradualizada. . . Considerables diferencias en tipos de empleo y niveles de

ingresos crean, en último análisis, conductas diferentes y diferentes exigencias con relación a la vida."

Sobre la lucha de clases, se pronuncia en estos términos: "De ninguna manera niego que se esté librando una lucha de clases dentro de la sociedad moderna. Pero quiero argüir contra la concepción estereotipada de esa lucha, así como contra la afirmación de que ella tiene que asumir caracteres cada vez más violentos."

Con abundantes estadísticas, se esfuerza por demostrar que la "creciente miseria" de las mayorías no es tal, y que la organización de las grandes sociedades anónimas, por acciones, ha contribuido a distribuir la riqueza. Lo que sí se ha concentrado es el control de la misma. De este modo rebate otro punto fundamental de la teoría marxista, negando, además, que las crisis sean cada vez más agudas y frecuentes y que por tanto el capitalismo esté aproximándose a su ruina total.

En cuanto al valor, admite que el trabajo constituye una parte *esencial* de su sustancia. Pero se inclina a creer que, cuando el valor adquiere forma de precio (esto es, en el mercado), hay otros factores que influyen decisivamente en su definición. "Los tipos de utilidades (las utilidades que se ganan en el intercambio de mercancías) tienden a nivelarse, y tienen poco que ver con el trabajo incorporado en esas mercancías."

Sin abandonar totalmente la noción del valor-trabajo, Bernstein acepta las conclusiones de la escuela austriaca, del "valor marginal", especialmente en los términos en que esas conclusiones fueron expuestas por el economista inglés Jevons.

De aquí, el reformismo pasa al análisis de la plusvalía, deduciendo que la legislación social y otras formas de intervención estatal, así como la acción de los sindicatos, han echado por tierra el mercado libre del

trabajo en que el empresario pagaba salarios mínimos apenas suficientes para satisfacer las necesidades más elementales del obrero. Y aun esas necesidades han cambiado fundamentalmente al elevarse el nivel general de vida.

Respecto al método político (uno de los campos de diametral discrepancia entre el reformismo y el marxismo), Bernstein empieza por negar que sea inevitable la decadencia y crisis final del capitalismo, para concluir rechazando la inevitable necesidad de la revolución. Su camino es el de la evolución gradual, por medios democráticos, ya que, aun en ese entonces, quedó demostrado en Alemania que el poder político era accesible a las clases trabajadoras, por la vía parlamentaria, siempre que dichas clases realizaran una acción metódica y dirigida con claro conocimiento de sus objetivos.

El proletariado tiene dos esferas de actividad: la sindical, destinada a arrancar de la empresa privada ventajas inmediatas para los obreros (mejores salarios, jornada de trabajo reducida, jubilaciones, vacaciones pagadas, etc.), y la política, cuya conducción correspondería al partido socialista. Ambas pueden y deben coordinarse circunstancialmente, como en el caso de las huelgas políticas destinadas a ejercer presión sobre el gobierno. Empero, "el abuso de la huelga general es un absurdo general". La huelga, para ser efectiva, no sólo debe contar con el apoyo de los trabajadores que la realizan, sino también con el de la opinión pública, si se quiere que sus efectos sean reales y duraderos. De otro modo, sólo conseguirá que la gran masa neutral —la mayoría de la clase media, por ejemplo— cuyo concurso necesitan el partido socialista y la causa proletaria en momentos críticos como el de las elecciones, se incline en favor de los sectores reaccionarios.

Todo ello puede asegurar, con el transcurso del

tiempo y desaparecido el ritmo de dramática urgencia que creyó ver Marx en la supuesta crisis inmediata del capitalismo, un equilibrio social fundado en "la evolución orgánica" que envuelve todos los estratos sociales, antes que en la destrucción de la sociedad burguesa. Así pues, "la dictadura del proletariado fue una idea bárbara" Declaraba Bernstein a fines del siglo pasado: "A pesar del gran progreso realizado por la clase trabajadora desde los días en que escribieron Marx y Engels, no la considero, hoy mismo, suficientemente desarrollada para asumir el poder político por sí sola... ¿Tiene sentido aferrarse a la frase 'dictadura del proletariado', en una época en que la democracia social se ha situado en la base misma del parlamentarismo, de la representación popular equitativa y de la legislación social, todo lo cual contradice la idea de la dictadura?... El objetivo superior consiste en el más grande bienestar económico, político y moral para todos." Y añade un tratadista parafraseando a Bernstein: "La verdadera democracia social sólo puede alcanzarse por medios democráticos."

He aquí, a grandes rasgos, la crítica que del marxismo hace el socialismo reformista, y sobre la cual edifica su propia doctrina.

Este hecho de que el reformismo hubiera tenido como punto de partida la crítica del marxismo se ha prestado a la frecuente acusación de que tanto Bernstein como su teoría carecieron de originalidad. Esto es sólo relativamente cierto, ya que apenas existe una doctrina política que no hubiese recogido en su contexto elementos de otras ideologías anteriores o contemporáneas, en torno a las cuales tuvo que hacer una tarea previa de crítica y revisión. Ésa fue, por ejemplo, la primera labor que el marxismo realizó respecto al capitalismo liberal. Pero mientras que, como producto de esa crítica, el marxismo dedujo la conclusión de que el capitalismo tenía que ser destruido, el re-

formismo propugnó solamente una profunda modificación de la teoría marxista. La diferencia entre ambos casos es, pues, más bien de medida o grado, y estriba en que Marx juzgaba un fenómeno ya existente en la realidad, como era el capitalismo a mediados del siglo XIX, en tanto que Bernstein analizaba sólo la concepción teórica del marxismo. Es hipotéticamente concebible que si Bernstein hubiese vivido y actuado a mediados de este siglo, su crítica y sus conclusiones sobre el marxismo habrían sido aún más radicales.

La teoría reformista se resume en los siguientes términos:

La historia es producto de una gradual "evolución orgánica" (no dialéctica), en la cual la voluntad y la razón del hombre, al servicio de un ideal ético (el bienestar colectivo) desempeñan un papel preponderante para la creación de las nuevas formas de convivencia humana; y éstas, por ende, no son simple producto del determinismo económico.

El factor económico tiene importancia primaria pero no absoluta. Hay una estrecha y constante interdependencia entre ese factor y otros de orden cultural, intelectual, ético, etc., pudiendo estos últimos imponer modificaciones al primero.

El valor está, en gran parte, determinado por la cantidad de trabajo cristalizado en un bien. Pero desde el momento en que ese valor se expresa en términos de precio pecuniario, para los fines del intercambio en el mercado, intervienen otros elementos valorativos, de apreciación subjetiva (verbigracia: la mayor o menor deseabilidad de un bien para cada persona diferente). Es equivocado, por tanto, fundar toda una teoría económico-social en la noción de la plusvalía directamente resultante del valor-trabajo.

La lucha de clases es un fenómeno real, que continúa patente mientras unas clases tienen concentrada

en sus manos la mayor parte de la riqueza y otras, las más, permanecen en la miseria. Pero ni es cierto que la situación de estas últimas empeore gradualmente, ni tampoco es evidente que la clase media desaparezca absorbida por los dos extremos. Está demostrado que la clase media crece al compás del desarrollo económico y político de la sociedad contemporánea y que es un conjunto heterogéneo, compuesto de diferentes grupos cuyas necesidades, aspiraciones, inclinaciones y simpatías políticas están condicionadas por los diversos grados de bienestar económico de que disfrutan y por el tipo de trabajo que realiza cada uno de esos grupos.

Y es evidente, tanto desde el punto de vista de la simple observación objetiva como de los datos estadísticos sobre ingresos *per capita* y propiedad de acciones de sociedades anónimas (*ver Liberalismo*), que la clase media no tiende a descender económica y socialmente al nivel del proletariado y ser absorbido por éste, como creía Marx, sino todo lo contrario. Por un impulso natural de superación material, intelectual y social, la clase media tiende permanentemente a identificarse con la alta burguesía. Ni el factor de la vanidad debe descartarse como una de muchas motivaciones de ese impulso que se justifica tanto por la situación personal, presente, como por la de los descendientes. No hay padre que no quiera enviar a sus hijos a una escuela mejor o darles una profesión y posición social mejores. Esto significa que tanto la división de clases como la lucha entre ellas se hace cada vez más difícil de definir dentro de cuadros y ordenamientos precisos y dogmáticos.

La riqueza no se concentra en un número de manos cada vez menor; lo que se concentra es más bien el control de esa riqueza. Las sociedades anónimas, por acciones, han servido tanto para redistribuir la riqueza como para concentrar el control.

Entre los papeles de Bernstein se encontraron ciertas anotaciones hechas en un sobre que parecen resumir perfectamente los conceptos de aquel pensador en esta materia:

“Los labriegos no se hundan; la clase media no desaparece; las crisis no se hacen cada vez mayores; la miseria y la servidumbre no aumentan. Hay, sí, un aumento en la inseguridad, la dependencia, las distancias sociales, el carácter social de la producción y la superfluidad funcional de los poseedores de la propiedad.”

En cuanto al programa político del reformismo, su esencia es la “evolución orgánica”, o sea el proceso gradual y pacífico (aunque intenso y constante) mediante el que debe buscarse la justicia y la armonía sociales, teniendo como objetivo inmediato mejorar la situación de las masas trabajadoras y como meta final el bienestar general de la colectividad entera.

Los medios a que se recurrirá para alcanzar estos fines tienen carácter esencialmente democrático: el sufragio universal, el parlamento. Por otra parte, los sindicatos y las cooperativas de consumo, primero, y de producción más tarde, completan el cuadro.

En la máxima concesión que hace Bernstein a la revolución, dice que, por supuesto, ella se justificaría en aquellos países donde las vías democráticas hubiesen quedado total y permanentemente cerradas.

Entretanto, lo más que debe hacerse es utilizar metódica y cautelosamente la huelga, como palanca para ejercer presión política.

Pero las armas capitales son la organización y la educación de la clase trabajadora, hacia la cual debe atraerse a todos los grupos de la clase media y aun de la burguesía progresista que deseen abrazar la causa de la reforma social.

Sólo para los fines de la lucha debe producirse esta polarización en torno al proletariado que es, efecti-

vamente (sostiene Bernstein), el grupo más directa y activamente interesado en ella. Porque, en cuanto a los resultados finales, es decir, la suerte misma de la sociedad burguesa y de las diferentes clases, la tesis bernsteiniana es no sólo diferente sino antagónica a la de Marx.

Afirma Bernstein en sus *Conclusiones*: "Nadie aliena la idea de destruir a la sociedad burguesa como sistema social civilizado y ordenado. Por el contrario, la democracia social no desea disolver esa sociedad y hacer proletarios de todos sus miembros. Se empeña más bien, constantemente, en levantar al obrero de la posición social de proletario a la de 'burgués', y en esta forma hacer la burguesía —o ciudadanía— universal."

La relación del socialismo reformista con la democracia es íntima e indisoluble. En las mismas *Conclusiones*, Bernstein enuncia esta importante fórmula: "La democracia es, al mismo tiempo, un medio y un fin. Es un medio de lucha para el socialismo y es la forma que el socialismo adoptará una vez que haya sido realizado."

El estímulo de la educación y de los móviles éticos (no el altruismo que predicaban algunos utopistas, sino "la obligación social") ocupa lugar preponderante en el programa reformista. Son condiciones indispensables para realizar aquella acción conjunta y coordinada que, mediante el sufragio universal, brindará a las grandes mayorías posiciones que le permitan legislar en beneficio colectivo. Ya en su tiempo pudo ver Bernstein que el control político no estaba vedado a las masas, si ellas actuaban coordinadamente.

En cuanto a la socialización de la propiedad, Bernstein adopta también una posición pragmática, afirmando que "deberá procederse a la socialización donde ésta se justifique con criterio económico. Donde el Estado opere menos eficientemente que la industria

privada, sería antisocialista dar preferencia al Estado sobre la empresa privada".

La legislación que limite la acumulación de utilidades excesivas por parte de las clases poseedoras, y que amplíe los beneficios sociales en favor de las masas trabajadoras (obreros o trabajadores de "cuello blanco"), los impuestos a la herencia, los seguros sociales y otras medidas de esta índole se encargarán de crear el equilibrio económico-social.

La historia del socialismo reformista puesto en práctica en el campo político tiene dos raíces; la alemana con el Partido Social Demócrata, y la inglesa con el fabianismo. En esta genealogía, es difícil asignar la primogenitura a una de ellas. Los movimientos se produjeron casi simultáneamente, y siendo cierto que Bernstein, cofundador del Partido Social Demócrata Alemán, recibió la influencia de los fabianos, con quienes mantuvo estrecho contacto mientras permaneció en Inglaterra, también es evidente que la experiencia alemana se reflejó en el pensamiento de los reformistas ingleses. Sin embargo, Bernstein dejó constancia, en más de una oportunidad, de que las fórmulas de acción política reformista propugnadas por los fabianos sólo podrían dar resultados satisfactorios entre los ingleses, por las condiciones especiales del temperamento de aquel pueblo y por el grado de avance de sus instituciones democráticas; y que tratar de aplicar directamente tales fórmulas a Alemania sería erróneo e ineficaz.

El Partido Social Demócrata Alemán surgió en 1890 como resultado final del conflicto creado por las siguientes fuerzas:

a) El movimiento obrero iniciado por Ferdinand Lassalle (uno de los precursores de este género de organizaciones), que derivó hacia una forma típica del socialismo de Estado. Se dice que Lassalle habría conducido a su célebre y poderosa Federación Alemana

del Trabajo por caminos de acción política más radical, pero que "con la impaciencia que caracteriza a los intelectuales frente a lo irracional de ciertos fenómenos políticos", acabó por sentirse decepcionado respecto a las posibilidades de acción independiente del obrerismo, y pensó que lo mejor sería poner esa fuerza en manos del Estado. En los últimos años de su vida, Lassalle trató, pues, de establecer contactos con el "Estado paternalista" de Bismarck, con la aristocracia y la casta militar prusiana, considerando que dichos elementos, más su federación obrera, integraban orgánicamente la médula del Estado alemán a cuyo culto se entregó sin reservas.

b) El paternalismo de Bismarck (principios de legislación obrera, ciertas restricciones al capitalismo, etcétera), que tenía desconcertadas a las masas trabajadoras respecto al verdadero cauce que debería seguir su acción política.

c) El marxismo, que contaba en ese momento, en Alemania, con el terreno más propicio para un experimento inicial.

En último análisis, el Partido Social Demócrata Alemán nació de la enconada controversia que se suscitó entre los marxistas ortodoxos deseosos de arrastrar a la masa obrera alemana, y los reformistas que empezaron, con Bernstein a la cabeza, a hacer la crítica del marxismo.

Como precursores, se cita a F. A. Lange, Karl Hochberg, mentor de Bernstein, y George von Vollman, viejos socialistas alemanes que iniciaron la revisión del marxismo en términos a los que Bernstein dio, más tarde, concreción y unidad. Eduard David, Ludwig Frank y Kurt Eisner fueron los más brillantes y activos colaboradores de Bernstein, y August Bebel, Karl Kautsky y, sobre todo, Rosa Luxemburgo sus críticos más acerbos. La vida política de Berns-

tein fue una constante polémica con dichos personajes. Al calor de esa polémica doctrinaria sobre el marxismo y su aplicación a la realidad política alemana se templó el flexible metal de la ideología reformista.

El Partido Social Demócrata Alemán recibió su bautismo de fuego durante la primera Guerra Mundial. Poco después de iniciada la contienda, Bernstein la definió como un paso dado por el imperialismo económico y militarista de su propio país. Pero las grandes masas obreras que, según los marxistas, no irían a la guerra y reafirmarían más bien su afinidad de clase con los otros proletarios de Europa, defraudaron estas predicciones y, por encima de la consigna de clase y de partido, enarbolaron sus respectivas banderas nacionales.

Al concluir la guerra, el Partido Social Demócrata tomó el poder e instauró la llamada República de Weimar con una constitución de tipo democrático-socialista. A pesar de que se debe a dicho régimen el extraordinario resurgimiento posbélico de Alemania, el problema de ese país era, en ese momento, demasiado agudo y dramático para que bastasen las soluciones moderadas y "gradualistas" del reformismo. Ante el avance incontenible del nazismo, que encarnaba la tormentosa pasión fermentada en el espíritu del pueblo alemán, la República de Weimar pronto llegó a su fin (*véase el capítulo del nazismo*). Bernstein murió poco antes de la ascensión de Hitler al poder, y el Partido Socialista Alemán de nuestros días es el heredero de sus doctrinas. Bajo la jefatura de Willy Brandt volvió a ganar las elecciones de 1972, obteniendo 242 diputaciones frente a 186 de los Cristiano-Demócratas, sus más fuertes oponentes.

Una muy importante conquista social lograda en Alemania (dentro de un proceso general de socialismo evolutivo) es la vigencia de la "congestión" o participación de los obreros en los organismos directivos de

una empresa. El porcentaje de esa participación (tantos representantes de los obreros por tantos de la empresa) y los alcances prácticos de la misma varían según los casos. Lo cierto, empero es que el manejo de la empresa ya no está vedado a los trabajadores.

Es de advertir que hay poca distancia ideológica y programática entre los social-demócratas y los demócratas cristianos de Alemania. La mayor diferencia se registra en el plano internacional en el que la *Ostpolitik* de Brandt (contacto con el sector oriental, comunista) cuenta con apoyo popular mayoritario. Su mayor problema (problema típico del Socialismo Reformista frente a la izquierda activista) proviene del ala izquierda de su propio partido, los llamados *Jusos* (jóvenes socialistas de fuerte tendencia marxista) que plantean posiciones más radicales que las del centrismo de Brandt. La influencia predominante del esquema social demócrata en los últimos decenios, que son los del espectacular resurgimiento de la Alemania de posguerra demuestra la eficacia del concepto y el método socialista evolutivo dentro del marco institucional democrático, así se trate de los social-demócratas o de los demócratas-cristianos que alternativamente ocuparon el gobierno.

En Inglaterra, la Sociedad Fabiana fue organizada en 1884, con el concurso de altos valores intelectuales como Bernard Shaw (entonces activamente dedicado a los estudios económicos), Sidney y Beatrice Webb, ideólogos políticos del grupo, el novelista H. G. Wells y otros personajes igualmente destacados que iniciaban su vida pública.

El fabianismo ha sido descrito como la forma típica de adaptación del socialismo al temperamento moderado, al extraordinario sentido común y a la sólida tradición democrática de los ingleses. Constituye el vértice ideológico donde se unen el socialismo, el liberalismo y la democracia. Sidney Webb dijo en una

frase lúcidamente sintética que “el aspecto económico del ideal democrático es, en realidad, el socialismo”. Y Sidney Olivier añadió que “el socialismo es solamente el individualismo racionalizado”.

La Sociedad Fabiana (llamada así por el general romano Quintus Fabius Maximus que derrotó a Aníbal gracias a su táctica de contención gradual) sintetizó sus principios en una declaración de la que extractamos los párrafos más importantes:

“La Sociedad Fabiana está formada por socialistas. Por consiguiente, aspira a la reorganización de la sociedad mediante la emancipación de la tierra y el capital industrial de la propiedad individual y de clase para entregarlos a la comunidad en beneficio general... Consiguientemente, la Sociedad labora por la extensión de la propiedad privada de la tierra... Labora, además, por la transferencia a la comunidad de aquel capital industrial que pueda ser convenientemente manejado por la sociedad... Si se llevan a la práctica estas medidas... la renta y los intereses [de la tierra y del capital] se añadirán a la remuneración del trabajo, la clase ociosa inevitablemente desaparecerá y una igualdad práctica de oportunidades será mantenida por la acción espontánea de las fuerzas económicas, con mucha menos interferencia respecto a la libertad individual que la que entraña el presente sistema... La Sociedad... se propone alcanzar estos fines mediante la diseminación general de los conocimientos pertinentes a la relación entre el individuo y la sociedad en sus aspectos económico, ético y político.”

Nunca la Sociedad Fabiana llegó a ser un partido político. Sus componentes se dedicaron a realizar, más bien, una obra de vasto y profundo estudio económico, y a difundir, en libros, conferencias, obras teatrales, etc., las ideas del socialismo reformista o democracia social.

La semilla del fabianismo dio un fruto cuya madurez se plenifica en estos tiempos: el Partido Laborista Británico. Al reorganizarse y tomar su forma actual, en 1918, adoptó los principios socialistas enunciados por Sidney Webb en su obra *El trabajo y el nuevo orden social*, en sentido de adoptar "mínimos objetivos nacionales —de reposo, de salud, de educación y de subsistencia— por debajo de los cuales sería contrario al interés público que cayera una gran parte de la población".

Comenta un expositor: "En 1942, el comité ejecutivo del Partido reafirmó su creencia de que una sociedad planificada puede ser 'una sociedad mucho más libre' que otra basada en la competencia, porque aquélla puede ofrecer a los que trabajan en su seno una oportunidad continua para expresar su capacidad, por una parte, y por otra para participar íntegramente en la formulación de las reglas bajo cuyo imperio trabajan."

La historia del Partido Laborista Británico es sumamente importante porque constituye un ejemplo de aplicación práctica de la doctrina evolucionista. Al asumir este partido el gobierno de la Gran Bretaña, mediante las elecciones generales del año 1945, probó que las clases trabajadoras pueden alcanzar el poder por medios democráticos, sin necesidad de recurrir a la acción violenta.

El gobierno laborista, encabezado por el primer ministro Attlee, procedió conforme a su programa, a la nacionalización del Banco de Inglaterra, las industrias del hierro, el acero y el carbón, ferrocarriles y otros transportes de larga distancia, aviación, cables y radio, electricidad y gas, energía atómica y compra de algodón en rama. Estableció, además, un sistema de seguros "desde la cuna hasta la tumba" y socializó la medicina.

Los resultados prácticos alcanzados no fueron satis-

factorios en todos los renglones. Por esta razón, entre otras, el Partido Laborista cayó derrotado en las elecciones de 1951. Pero los conservadores *tories* no pudieron dar pie atrás en todos los aspectos del plan de estatizaciones de sus predecesores. Se limitaron a restituir la industria del acero y parte de los transportes de larga distancia a la empresa privada; descentralizaron, sin que el Estado perdiera su propiedad, los ferrocarriles y dieron mayor flexibilidad a la medicina socializada. En otros términos, no hubo "restauración" sino reajuste.

Las penurias, privaciones e incertidumbres que inevitablemente trajo consigo el profundo cambio político, produjeron la reacción contra los innovadores.

Además, a tiempo de cumplirse la primera etapa del experimento socialista, Gran Bretaña vivía en un período que con razón se ha considerado el más difícil de su historia. Después de la segunda Guerra Mundial, y mientras se liquidaba el Imperio, tuvo que sobrellevar los efectos de la destrucción producida por la guerra y debió reajustar su posición en el mundo, de "señora de los mares" y eje del imperio más grande de la Historia, a potencia de segunda clase. Hubo verdadera miseria, y el racionamiento de artículos de primera necesidad casi tocó los límites del hambre. Cualquier gobierno habría fracasado o se habría hecho impopular en aquel momento. Es natural que la posibilidad de fracaso tenía que ser aún mayor para el régimen que en tales circunstancias puso en marcha la transformación socialista (auténtica revolución pacífica).

La reacción contra el régimen laborista ilustró característicamente el cumplimiento de la ley del péndulo dentro del libre juego democrático. El péndulo se movió en dirección opuesta una vez más, cuando el laborismo volvió a ganar las elecciones en 1964; y otra vez en favor de un nuevo gobierno *tory* en 1970.

En publicaciones aparecidas a partir de 1952: (*A New Statement of Principles* - Nueva Declaración de Principios); en 1956 (*Toward Equality, Twentieth Century Socialism* - Hacia la Igualdad, Socialismo en el siglo xx) y otras, el Partido Laborista Británico ha venido afirmando un concepto fundamental del socialismo reformista: repudio del dogmatismo político y necesidad de flexibilizar la doctrina para adaptarla constantemente al dinamismo de los fenómenos económico-sociales.

Al proceder en esta forma, el laborismo británico encara y acepta dos realidades: que el capitalismo como lo definió Adam Smith ha sufrido una evolución radical —en verdad casi nunca estuvo vigente en su pura forma teórica— y que los objetivos que el socialismo se había señalado en la Gran Bretaña quedaron en gran parte logrados al ponerse en práctica las reformas del gobierno laborista, reformas que dieron a ese régimen el título de *Welfare State* (Estado paternal, benefactor o del bienestar).

El socialismo del siglo xx tiene, pues, que tomar una nueva posición de lucha frente al nuevo capitalismo —dicen los laboristas— y buscar nuevas metas más allá de lo que ya se ha conseguido mediante la socialización de grandes fuentes de producción, mediante el establecimiento del seguro social y de salud, y gracias a la organización sindical y a la legislación que protege al trabajador. La clave de su nueva posición la encuentran los laboristas en que “la igualdad cuantitativa” que buscaba el socialismo (*más salarios, menos horas de trabajo, etc.*) debe dar paso ahora a una “igualdad cualitativa”.

Empiezan por definir la igualdad diciendo que “igualdad no significa uniformidad” y que “ser igual no es *ser lo mismo*”. Que la naturaleza establece entre los hombres una serie de desigualdades que es inevitable reconocer, pero que esas desigualdades no

deben significar que "el fuerte pueda poner impunemente al débil contra la pared, ni que el inescrupuloso pueda llenarse los bolsillos a expensas del inocente". Que, en este aspecto, no basta pues con establecer la "igualdad de oportunidades", que significa que todos puedan "comenzar la carrera al mismo tiempo", ya que hay unos más ágiles que otros, más vigorosos y aptos que los demás, lo que permitiría que unos acaparasen ventajas y privilegios, a costa de los otros. "También el corredor cojo debe tener su oportunidad. Lo que quiere el socialismo es, pues, igualdad de oportunidades, pero una igualdad que cubra la vida entera del individuo." Por supuesto, eso no implica que todos deben llegar a la misma meta ni recoger los mismos beneficios. Puesto que las aptitudes y, por ende, las oportunidades son diferentes, las compensaciones tienen también que ser diferentes. "Lo que el socialismo quiere es evitar extremas diferencias de ingresos económicos —los extremadamente pobres y los extremadamente ricos —que dividen a la sociedad en clases incapaces de entremezclarse en iguales términos."

¿Cómo puede conseguirse esta regulación equitativa, igualitaria? "Sólo mediante la deliberada y continua intervención del Estado." Pero (y hay que ver aquí un resultado de la experiencia práctica del laborismo en el gobierno), no una intervención indiscriminada. "La clave del realismo socialista ha sido siempre el interés que ha puesto en la necesidad de una transformación del sistema económico. Esto debe mantenerse. Lo que tiene que rechazarse es la idea de realizar esa transformación mediante la propiedad pública (socialización) total; eso conduce únicamente al totalitarismo. La primera parte del realismo de hoy es reconocer ese hecho y aceptar sus consecuencias. Una economía socialista es una economía mixta, parte privada y parte pública, y mixta en todos sus aspectos."

tos. Comprende la inversión pública (estatal) así como la privada; la propiedad privada como la pública; la empresa pública así como la privada... Se requiere la intervención del Estado no para privar a la gente de su derecho a adoptar decisiones y aceptar responsabilidades, sino para alterar la distribución de poder de modo que se mantenga el equilibrio y ningún interés privado sea privilegiado... Donde el realismo falla hoy es en pensar respecto al interés público casi exclusivamente en términos de industrias nacionalizadas. Este es un error que deriva de los días en que todo el poder económico estaba identificado con la propiedad de los instrumentos de producción. Pero el poder económico —lo sabemos ahora— puede adoptar muchas formas que están bajo el control directo del Estado.”

Al analizar las relaciones del capital y el trabajo en función de la producción y el consumo, los laboristas hacen la interesante observación de que, en la lucha del poder capitalista con el nuevo coloso, el poder sindical, la víctima resulta el consumidor, porque al subir los salarios suben los precios. “Es, pues, necesario dar protección socialista e igualitaria al consumidor como tal.”

En estos y parecidos términos, el laborismo británico redefine su posición, dando ejemplo de una flexibilidad opuesta a la ortodoxia doctrinaria que —como la esclerosis en el organismo humano— señala el principio del fin para las corrientes políticas cuyos adeptos olvidan que no hay postulados ni programas de valor permanente.

En sus obras póstumas *Contemporary Capitalism* (Capitalismo Contemporáneo) y *El fin del imperio*, 1ª reimp. FCE, México, 1974, John Strachey, brillante intelectual y dirigente laborista hace un lúcido análisis de las nuevas modalidades que vienen adoptando el capitalismo actual en que “la libre competencia del si-

glo xx ha quedado sustituida por la actitud vigilante de gigantes económicos temerosos de promover —con un falso movimiento— una lucha a muerte”. Añade que el control de la riqueza ha quedado separado de la propiedad de la misma y que, por ende, la concentración de capitales tal como la predijo Marx, no ha ocurrido.

De todo ello deduce Strachey la necesidad de trasladar el socialismo democrático a planos de acción diferentes de aquellos condicionados por un capitalismo que virtualmente ha dejado de existir. La lógica de este razonamiento es clara: si el socialismo es una forma de crítica y de lucha contra el capitalismo, la ideología, la técnica y la estrategia de la lucha socialista deben ser concebidas y ejecutadas de acuerdo con las variables condiciones del capitalismo. Las obras de Strachey están calificadas como “una de las más valiosas contribuciones al pensamiento económico contemporáneo”.

Otro plan de socialismo reformista, muy satisfactorio, es el puesto en práctica en Suecia, donde tampoco (igual que en Inglaterra) se ha alterado por ello la estructura monárquico-parlamentaria del Estado. Respecto a este movimiento, dice el profesor Schumpeter. “Siendo lo que los suecos son como pueblo, y siendo su estructura social lo que es, no será difícil comprender las dos características principales de su socialismo. El Partido Socialista, casi siempre competente y serenamente dirigido, creció lentamente en respuesta a un proceso social muy normal, sin hacer ninguna tentativa para adelantarse al desarrollo normal de los acontecimientos ni crear antagonismos por el gusto de crearlos. De aquí que su ascensión al poder político no haya ocasionado convulsiones.”

Otra vez, como en el caso de Inglaterra, el reformismo parece haber encontrado en Suecia las condiciones favorables de una psicología colectiva adecua-

da y una educación política avanzada, para realizar sin tropiezos la tarea cuyas características esenciales son el pacifismo y el gradualismo.

Partidos socialistas reformistas del tipo laborista británico actúan en Australia y Nueva Zelanda. La medida desproporcionada en que, bajo sus respectivos gobiernos, impulsaron el desarrollo del intervencionismo estatal y el excesivo y negativo control de los sindicatos obreros sobre las empresas produjeron resultados depresivos para la economía de ambos países y una atmósfera de desconfianza respecto de este tipo de regímenes. El resultado natural fue que las elecciones de los últimos años les fueron desfavorables, hasta la de diciembre de 1972 en que el laborismo volvió al poder en Australia después de 23 años.

Los partidos de línea reformista en Francia e Italia ocupan naturalmente una posición intermedia entre los comunistas y los grupos democrático-liberales de una u otra denominación. Se alían ocasionalmente con estos o aquellos de acuerdo con su punto de vista específico sobre los casos sometidos a votación parlamentaria. Otro tanto ocurre en las elecciones generales.

Uruguay ofrecía un interesante ejemplo de democracia social en pleno vigor. Entre los dos componentes de la fórmula ideológica, democracia y socialismo, se extremó la aplicación del segundo sin sentido orgánico. Crecieron las leyes sociales y la burocracia sin que hubieran crecido simultáneamente la producción y la productividad del país, cuya economía sufrió las consecuencias que eran de esperar y las reacciones políticas también previsibles.

Un interesante ejemplo de política social-demócrata que desde hace cerca de 20 años hace un papel positivo es el de la Acción Democrática de Venezuela, partido que en el poder o en la oposición, (frente al COPEI, social-cristiano) ha contribuido deci-

sivamente al bienestar y progreso económico y social de aquel país.

Un grupo que lleva frontalmente la identificación de la ideología que nos ocupa es el Partido Social Demócrata de Bolivia. Núcleo de *élite* intelectual y profesional más que partido, sin apoyo de masa popular, no ha llegado al gobierno.

Se agitaron banderas de reforma social en varios países de la América Latina: leyes sociales de protección al trabajador y a las clases desposeídas en general, socialización o estatización de riquezas naturales e instrumentos de producción, fortalecimiento de las organizaciones sindicales. La falta de planes realistas para adaptar la doctrina a los problemas de cada nación, así como la demagogia irresponsable con que inescrupulosos caudillos explotaron la buena fe de las masas trabajadoras desprestigiaron profundamente al reformismo, abriendo paso a perentorias exigencias de extrema izquierda o, más frecuentemente, a dictaduras militares ultranacionalistas. Así y todo, es evidente que mucho del progreso social alcanzado en esta parte del mundo, paso a paso y con grandes tropiezos, se debe a un proceso de reforma socialista como el que propugnaba Bernstein.

Las malas experiencias recogidas en el camino, prueban que el socialismo reformista es un esquema político cuya aplicación requiere tanta inteligencia e imaginación como madurez y sentido de la proporción.

Por eso mismo se acusó a Bernstein de haber formulado una teoría política deslucida y fría cuya intrínseca moderación le quitaba atractivo ante las masas trabajadoras que prefirieron alistarse bajo banderas de más vivos colores.

Eso es cierto, y entraña una curiosa paradoja: hasta aquel momento, el marxismo había reclamado para sí, sin discusión, la posición de campeón del cientificismo político. El socialismo marxista era el único

“científico”, frente a los “idealismos” de los utopistas, e hizo de esa cualidad un dogma político. En torno al dogma se creó el mito de la infalibilidad y en torno a la infalibilidad nada menos que una *mística* marxista. Y de este modo el marxismo *materialista y científico* resultó creciendo e invadiendo el orbe impulsado por la fuerza de una mística, con fanatismo, con mártires y hasta con imágenes.

Pues bien, vino Bernstein y atacó la base misma de la mística, porque su obra fue, más que otra cosa, un esfuerzo desesperado para traer al plano del análisis racional los postulados absolutos del dogma marxista. Puede decirse, pues, forzando un tanto la comparación, que el reformismo bernsteiniano es como un frío marxismo racionalista, sin mística.

He aquí una de sus debilidades. Parece como si las grandes masas populares requiriesen, indispensablemente, ingredientes de fe irracional en las fuentes donde sacian su sed de fuerza política. Por eso (en un momento de especial predisposición, hay que admitirlo), el plan sereno, meditado y previsor de Bernstein quedó arrasado, como dibujo en la arena, por el furioso oleaje de la pleamar nazi.

Por eso también, sintomáticamente, el reformismo surge y triunfa en países de avanzada educación democrática y de espíritu reflexivo que han hecho de la cordura una norma de vida y un sustituto permanente para la pasión exacerbada.

Sólo podrá superarse esta limitación del reformismo con el transcurso del tiempo, mediante el desarrollo de la educación política entre las grandes masas.

Por su índole, la ideología bernsteiniana parecía ofrecer una solución perfecta para conciliar el antagonismo entre el liberalismo individualista y el comunismo. En algunas instancias falló, como acabamos de ver, pero en otras cumplió su promesa, unas veces de frente, como en la Gran Bretaña y los países nórdi-

cos, especialmente Suecia, y otras sin mostrar su cédula de identidad ideológica.

Este es el caso de países que no pudiendo mantenerse dentro del marco cerrado del liberalismo ni querer tomar francamente el camino socialista tuvieron que abrazar, sin admitirlo expresamente, muchos de los principios y métodos del reformismo.

Aunque parezca una paradoja tratándose del país liberal capitalista por excelencia, esto es lo que hacen los Estados Unidos, cuando levantan el nivel de vida de sus trabajadores hasta convertirlos en una semiburgesía, mucho más cercana a la clase media que al proletariado de tipo marxista; cuando avanzan progresivamente su legislación social; cuando regulan estrictamente la marcha de su empresa privada; cuando controlan o toman a su cargo actividades estatales que compiten con la empresa privada o la sustituyen; y cuando abren paso a la acción de una próspera fuerza sindical (dueña de edificios, hoteles y otras propiedades) con 20 700 000 afiliados (*Statistical Abstract of the United States, 1972*).

Recordando que Bernstein consideraba a su socialismo indisolublemente unido con la democracia, es posible imaginar que si despertara le complacería ver cómo las democracias más operantes de hoy son precisamente las que sirven de vehículo y agente ejecutor para el género de reformas a las que él dio nombre y sistema.

ANARQUISMO

¶ *Consideraciones generales.* ¶ *Antecedentes históricos.*
¶ *Conceptos fundamentales.* ¶ *Glosa.*

EL TÉRMINO "anarquía" deriva de la partícula privativa griega *a* (sin, desprovisto de) y del vocablo también griego *arkos* (gobierno). De donde se tiene que anarquía significa falta de gobierno o negación del gobierno. Y el anarquismo es la doctrina política que sostiene la conveniencia de prescindir del gobierno.

Fue inevitable que surgieran dos sentimientos en el espíritu del hombre, desde que abrió los ojos a la noción de la autoridad: primero, el deseo de ejercerla, para disfrutar los privilegios que ella entraña; y, segundo, la resistencia más o menos consciente, más o menos activa, a esa autoridad cuando la ejercen los demás, tanto por simple envidia cuanto porque la autoridad tiende a restringir la libertad individual en servicio de las conveniencias de una persona, de un grupo o del conjunto social. Sólo en las colectividades avanzadas, donde el gobierno —que es la autoridad organizada— se ejerce con claros y definidos objetivos de interés común, el individuo renuncia de buen grado a una parte de sus prerrogativas; lo hace a cambio de los beneficios que percibe como efecto de la limitación simultáneamente impuesta a otras libertades individuales cuyos desmanes podrían ser perjudiciales para la suya propia.

De esta limitación correlativa surge la armonía social. Si el gobierno es capaz, en la práctica, de crear esa armonía, o si más bien contribuye a destruirla, es el tema de debate que surge en torno a la teoría del anarquismo. El anarquismo sostiene la segunda de estas proposiciones.

Zenón de Zitio, padre de la escuela filosófica estoica griega, es un precursor del anarquismo, entre los años 324 y 267 a. c. por haber sostenido que la existencia del gobierno y su injerencia en la vida privada y colectiva determina los males que afligen a la sociedad. Ante Dios y la naturaleza, decía Zenón, el hombre tiene el derecho inalienable de regir y determinar su propia conducta, mientras que el gobierno sólo sirve para alterar la relación normal entre los individuos.

A fines del siglo XVIII se actualizó y sistematizó este concepto, cuando William Godwin, nacido en Inglaterra en 1756, sin hablar propiamente de anarquismo, sostuvo que el hombre posee la capacidad de transformar *por sí mismo* sus experiencias sensoriales en una acción inteligente y moral, lo que hace innecesaria la coacción autoritaria. Añadía que si se daba al hombre suficiente autoridad para escoger su camino se inclinaría espontáneamente hacia los impulsos de sociabilidad y de cooperación recíproca, en busca de finalidades de beneficio colectivo. Pero que la aparición del gobierno dentro de este cuadro armonioso determinaría un cambio fundamental en el orden de las relaciones humanas. "El poder ejerce, por su propia naturaleza, una influencia perniciosa."

Los gobernantes tienden, inevitablemente, a abusar del poder para su beneficio egoísta. Esto acaba por determinar la formación de grupos y clases que, al amparo del gobierno, y por medio de él, explotan a los demás, creando un completo sistema de privilegios excluyentes. Los gobernados, por su parte, se ven obligados a defenderse. Y, mientras los gobernantes apelan a la fuerza y al fraude (justificado por las leyes que ellos mismos dictan) para mantener su situación de preeminencia, los otros recurren también a cualquier expediente (la violencia, el engaño, el servilismo) para defenderse del ataque continuo y siste-

mático de que son objeto. Si se produce un cambio de posiciones, los últimos harán lo mismo que hicieron los primeros, y así sucesivamente. Por consiguiente, es preciso eliminar la fuente de estos males reemplazando al Estado, cuya expresión autoritaria es el gobierno, por pequeñas comunidades en las que quede suprimida toda forma de coacción y los intereses colectivos sean resueltos por acuerdo voluntario. También la propiedad privada debería ser eliminada.

Pierre-Joseph Proudhon (Francia, 1809-1865) dio mayor consistencia a estas teorías a principios del siglo XIX, frente a los problemas planteados por la Revolución Industrial, y es autor de dos frases célebres: "El gobierno es la maldición de Dios" y "La propiedad es un robo". Fue también uno de los primeros en proponer la sustitución del mecanismo capitalista de producción, distribución, consumo y crédito, por las cooperativas, y pensó asimismo en utilizar bonos de trabajo en lugar de dinero para impedir el enriquecimiento injustificado y el atesoramiento.

Tanto Godwin como Proudhon eran partidarios de un anarquismo ajeno a la violencia, considerando que la resistencia pasiva individual bastaría para derrocar al sistema estatal capitalista. El segundo se opuso al marxismo porque consideraba que la clase trabajadora —si bien digna de protección y apoyo para la reivindicación de sus derechos— sería, en función de clase, tan mala como las otras si llegaba a la posesión del poder.

La necesidad de un eficaz programa de acción, así como la creciente conciencia de clase del proletariado conforme se desarrollaba el industrialismo, dieron origen al "anarquismo comunista", que previamente se llamó "comunismo libertario", nombre con el que todavía actuó en España, por ejemplo, en el siglo XX.

El anarquismo comunista traslada la teoría anarquista desde el plano "utópico" en que la situaron sus

precursores al terreno de la acción política directa, haciendo hincapié en la inexorabilidad de sus métodos de destrucción del sistema estatal capitalista.

Miguel Bakunin, nacido en Rusia en 1812, fue el primero en dar forma a la nueva doctrina en los años iniciales de la Primera Internacional (*ver comunismo*), durante los cuales compartió con Marx las vicisitudes de la lucha social, apartándose luego de él tanto por discrepancias respecto a la función del Estado en el esquema del futuro como porque consideraba que los planes revolucionarios de aquél no eran suficientemente radicales; no lo eran, ciertamente, en la medida en que Bakunin formulaba los suyos en el libro titulado *Catecismo del revolucionario* y otras obras: "Quiero no sólo la propiedad colectiva de la tierra sino la liquidación social universal. Pido la destrucción de todos los Estados, lo que supone una reorganización completa." "El revolucionario debe estar dispuesto a morir y a matar. No deben detenerlo los afectos personales", etcétera.

Sentando como premisa el hecho de que la clase poseedora monopoliza el ejercicio de la autoridad a expensas de los desposeídos, Bakunin llegaba a la conclusión de que no sería posible restablecer el equilibrio y la justicia en las relaciones humanas sin antes haber desalojado del gobierno a los poseedores. Y que, como éstos disponían de la fuerza para defenderse, sólo por la fuerza se lograría desprender de sus manos los instrumentos de la opresión económica y política, poniendo en juego para ello el único recurso decisivo: la violencia organizada e inexorable.

Pedro Kropotkine, príncipe ruso (1842-1921) que empezó adquiriendo renombre como científico dedicado a la geología, la geografía y la sociología, dio su forma orgánica más completa a la doctrina anarquista, introduciendo en ella importantes elementos de análisis y planeamiento económico fundado en la acción de las

cooperativas. Fue también él quien hizo la fusión definitiva de la teoría anarquista con el método revolucionario comunista. Alcanzó a ver personalmente los primeros pasos del experimento soviético, pues murió en Rusia en 1921, después de haber pasado los últimos decenios de su vida en el exilio.

De aquí en adelante el anarquismo, dividido en sus ramas representativas —individualista y comunista— surge esporádicamente en diversas partes del mundo.

El primero fue preconizado en Alemania por Max Stirner (verdadero nombre, Kaspar Schmidt, 1845). Se llamó a su ideario “anarquismo egoísta”, por el hincapié que hizo en la independencia del individuo, anticipándose, en algunos de sus pensamientos más avanzados, a Nietzsche.

Henry Thoreau (1817) predicó en los Estados Unidos las excelencias de “la sencilla vida del campesino”, para liquidar la sociedad industrial y estatal atrincherada y corrompida en los reductos de la vida urbana, incitando a una campaña de resistencia pasiva contra el pago de impuestos y desobediencia a las leyes opresivas.

Enrique Malatesta (1853) agitó la bandera anarquista en Italia, y el conde León Tolstoi (1828) fue el apóstol ruso del retorno a la naturaleza y las formas de vida simple y patriarcal.

El anarquismo revolucionario estuvo representado en una modalidad típicamente terrorista por el “nihilismo” ruso, y asumió una de sus formas políticas más vigorosas en el llamado anarcosindicalismo o incorporación de la ideología anarquista al movimiento obrero organizado. Esta corriente tuvo gran arraigo en España, y no es aventurado afirmar que, como en el caso del nazismo en Alemania o el fascismo en Italia, influyó decisivamente al temperamento del pueblo para que el anarquismo hiciera carne allí. En efecto, nada mejor podría ofrecerse al individualismo activo e intransi-

gente de los españoles, que la perspectiva de vivir a su albedrío, sin sujeción a forma alguna de imposición autoritaria.

El anarcosindicalismo fue uno de los elementos decisivos para derrocar a la monarquía borbónica y alcanzó un alto grado de preeminencia al constituirse la República. La acción desarrollada en el seno de ésta contribuyó indirectamente a preparar su caída. Por vía anecdótica, es interesante recordar que la campaña terrorista del anarquismo en España se inició por intermedio de la célebre asociación secreta "La mano negra".

Se hicieron, en diversas partes del mundo, y particularmente en los Estados Unidos, experimentos anarquistas del tipo "utópico", organizados por comunidades empeñadas en hacer de sus teorías una realidad. Todos ellos fracasaron —según los anarquistas materialistas— porque dichas comunidades eran como islas perdidas en medio del océano hostil de la sociedad estatal.

Por lo demás, el anarquismo revolucionario sólo existe hoy en pequeñas organizaciones clandestinas, dispersas por todo el orbe, y decididas a mantener latente el espejismo de sus aspiraciones en medio del fragor de la lucha actual entre tendencias políticas de alcance más inmediato. Creen que de esa lucha puede quedar como saldo un mundo donde el anarquismo se convierta en una realidad al destruirse materialmente todo vestigio de Estado. La guerra termonuclear se convertiría así en un aliado de última instancia que Bakunin y Kropotkin no pudieron haber imaginado.

La noción fundamental del anarquismo consiste en que el gobierno, y el Estado, por ende, son la fuente de los males que afectan a la sociedad, al crear en los gobernantes el apetito de poder y el abuso consiguiente, y en los gobernados el deseo de burlar y combatir, por todos los medios, a los gobernantes.

A esto se añade, en el anarquismo comunista ex-

puesto por Bakunin y Kropotkin, la adopción explícita del concepto marxista de la lucha de clases y la negación del derecho de propiedad privada que se considera el origen del conflicto de clases. Hasta aquí, la coincidencia doctrinal entre el anarquismo y el comunismo. En el terreno político, el primero toma también del segundo el método revolucionario como único recurso para destruir al Estado. Pero de ahí en adelante, una de las más claras y mejores formas de definir las líneas características del anarquismo comunista es, precisamente, señalar sus diferencias con el marxismo. Esas diferencias fundamentales son las siguientes:

a) El marxismo comunista sostiene que, hasta el momento de realizar la transformación total de la sociedad capitalista en una sociedad sin clases, la acción política del proletariado debe ser ejercida por intermedio del Estado, ya sea infiltrándose transitoriamente en los regímenes democráticos (acción de los frentes populares, por ejemplo), o bien consumando el derrocamiento del gobierno demoburgués, mediante la dictadura del proletariado. El anarquismo, en cambio, rechaza de plano toda posibilidad de complicarse con el Estado, ni aun como instrumento temporal para alcanzar sus propios fines. La acción directa del anarquismo debe encaminarse a aniquilarlo empleando cualquier arma, sin discriminación, huelga, boicot y terrorismo, si es preciso ("Lo que es bueno para la revolución, es moral").²

b) El marxismo tiene como enemigo principal al capitalismo y considera que el Estado no es sino un inevitable subproducto de aquél, o sea que las clases poseedoras crean y detentan el poder encarnado en el Estado para defender sus privilegios económicos. El anarquismo, a la inversa, ve en el capitalismo un producto de la acción del Estado; los que poseen y

² Bakunin, *Catecismo del revolucionario*.

controlan el poder político desde el gobierno, tienen, por esa razón, los medios necesarios para apoderarse de la riqueza y concentrarla en sus manos, con desmedro de una distribución justiciera.

c) Ambas doctrinas admiten la necesidad final de eliminar al Estado, pero el anarquismo prefiere hacer esa eliminación en forma directa e inmediata, sin aceptar en ningún momento la conveniencia de crear periodos intermedios; el marxismo juzga indispensable la etapa transitoria del totalitarismo estatal llamado dictadura del proletariado. No puede haber nada más diametralmente opuesto a la doctrina anarquista que la idea de "una dictadura" o sea, por definición, el ejercicio del poder político absoluto.

Dicen los más modernos expositores del anarquismo que, si bien preconizan la acción directa, no justifican el terrorismo "ilimitado e indiscriminado" con que se identifica a los anarquistas desde los tiempos de Bakunin. "Ésos sólo son recursos extremos —concluyen— a los que se apela después de haber agotado los otros, tales como la huelga, el boicot, y el sabotaje pasivo."

Los anarquistas, y especialmente Kropotkin, formulan el plan de la futura sociedad anarquista como un conjunto de pequeñas comunidades cooperativas —en algo semejante a las corporaciones de la Edad Media— dedicadas a los diferentes órdenes de la actividad productiva, ya no con fines de lucro sino de simple autoabastecimiento e intercambio directo (trueque). Desaparecido el Estado, los problemas de la colectividad se resuelven de común acuerdo. Ese acuerdo será posible y fácil cuando se hayan eliminado los intereses egoístas engendrados por el Estado mismo. Y, para la solución de otras controversias más difíciles, que en el Estado atañen al sistema judicial se apelará al procedimiento del arbitraje, en virtud del cual las partes interesadas nombran a sus representantes y éstos a un tercero dirimidor encargado de emitir el fallo defini-

tivo, cuando los representantes no pueden ponerse de acuerdo para resolver la disputa.

Como el anarquismo presupone que la índole del hombre habrá cambiado ya totalmente dentro de la sociedad anarquista, no necesita plantearse la inquietante pregunta de qué hacer si una de las partes interesadas se negase a aceptar el fallo arbitral.

El esquema de la sociedad anarquista no va más allá en el terreno de los planteamientos concretos, no tanto —dicen los expositores— porque sea imposible ese planteamiento, como porque, desaparecido el Estado, y librado el hombre a sus impulsos naturales, las soluciones surgirán también natural y espontáneamente.

Las corrientes anarquistas se polarizan en dos extremos ideológicos: el individualista y el colectivista.

El primero, que aboga por la libertad individual por encima de toda atadura y limitación autoritaria, es considerado como una forma exacerbada y "utópica" del liberalismo, ya que también este último desecha al Estado, reduciendo sus funciones al mínimo indispensable. Los liberales puros deberían examinar las proposiciones del anarquismo para ver su propia imagen como a través de una lente de aumento.

El anarquismo colectivista se aparta de la simple proposición teórica de la "libertad individual" absoluta, para reconocer la necesidad práctica pero limitada de la coexistencia social. Por eso propugnan las agrupaciones de tipo cooperativo destinadas a organizar la producción de los artículos indispensables para el sostenimiento de la comunidad. Y admite también la necesaria interdependencia de esas unidades productivas, cuando avanza hasta el punto de proponer que los grupos podrían constituir "federaciones regionales" en cuyo seno se haría el trueque de mercancías.

El argumento principal que se esgrime contra el anarquismo es de índole positiva más bien que filosófica. El tema de ese argumento es la "naturaleza hu-

mana." ¿Puede la "naturaleza humana" modificarse por la acción de agentes exteriores (la economía, la educación, un nuevo concepto de la vida, etc.), hasta el punto de hacer innecesario el principio de autoridad?

El pensamiento clásico niega esa posibilidad, afirmando que la "naturaleza humana", tal como la conocemos hoy, es *inherente* al hombre: el hombre es, *por naturaleza*, egoísta, ambicioso, posesivo y agresivo —dicen los partidarios de esta tesis.

No existe la "naturaleza humana" como patrón o molde general e inamovible, responden las nuevas teorías biológicas, psicológicas y sociológicas. El hombre es realmente un producto de su medio. Salvo en casos patológicos, no nace con una naturaleza inalterablemente predeterminada. Su naturaleza está condicionada por la herencia individual, en cierta medida, y en su mayor parte por factores sociales. Por tanto, es susceptible de cambio. La actual "naturaleza humana" es sólo un producto de influencias, experiencias y necesidades que han hecho del hombre un ser egoísta, posesivo y agresivo ("...Una parte —del hombre—, aquella con la que nacemos, pasa de generación en generación sin alteraciones perceptibles. Por otro lado, es obvio que nuestra manera de pensar y, por consiguiente, nuestra manera de actuar ha sufrido enormes cambios en el curso de la historia humana...")². Las doctrinas espiritualistas como el cristianismo confieren al ser humano el atributo del libre albedrío para que elija su camino en la encrucijada del bien y el mal.

El anarquismo, de esencia materialista, rechaza tanto la noción del libre albedrío como la del fatalismo de la naturaleza humana. Cree que, desaparecido el enemigo que es el Estado capitalista, germen y concreción político-económica de todos los males, la con-

² W. C. Mitchell, *Lecture Notes on Types of Economic Theory*.

ducta humana, gradualmente modificada, hará factible la sociedad anarquista.

Al margen de tal hipótesis, cuya demostración implicaría un proceso secular de readaptación del hombre a través de varias generaciones, es inconcebible la convivencia humana fuera del marco del Estado moderno. Lo más que puede hacerse es modificar la estructura, el alcance y los fines de ese Estado. Y, entretanto, el mito de una sociedad perfecta, sin autoridad, no pasa todavía de ser un mito.

Hay dos aspectos de la actividad política y social de tiempos recientes —segunda mitad de la década de 1960 y principios de la del 70— a los que, en cierta forma y medida puede encontrarse puntos de contacto con el anarquismo:

a) el terrorismo extremista recuerda el programa de acción del nihilismo no sólo por los recursos de violencia ilimitada que pone en juego —empleo de artefactos explosivos, asesinato, extorsión, secuestro de personas o de aviones, etc.— sino también porque los contemporáneos terroristas piensan, como sus predecesores, que la preocupación por las formas concretas que adoptaría la nueva sociedad es relativamente secundaria, puesto que de ninguna manera se volvería al capitalismo demo-liberal, y que lo primordial, ahora, es la destrucción del actual sistema, desequilibrado e injusto, por cualquier medio;

b) los grupos de *hippies* y similares que se aíslan de la sociedad y viven en pequeñas comunidades unas veces en las ciudades pero más frecuentemente en el campo, son representativos de una actitud de resistencia y protesta pasiva contra el Estado y su poder autoritario. No buscan conflicto ni enfrentamiento con éste pero tratan de ponerse al margen de su acción. Por supuesto, hay en esta tendencia un fuerte ingrediente de utopismo, que es analizado en la sección correspondiente (*ver Socialismo utópico*).

FASCISMO

¶ *Consideraciones generales.* ¶ *Antecedentes históricos.*
¶ *Estado, gobierno y partido fascistas.* ¶ *Culminación y caída del fascismo.* ¶ *Glosa.*

EL TÉRMINO fascismo proviene de la palabra italiana *fascio*, y ésta del latín *fascis*, que significa haz o conjunto. Servía en Roma para designar al haz de varas, con un hacha al centro, símbolo de la autoridad de los lictores y de la fuerza en la unidad.

Por obra del fascismo aparecen y se ponen en práctica conceptos totalmente nuevos en el campo de la política contemporánea.

Es sabido que sistemas de pensamiento tan diferentes y aun antagónicos entre sí como la democracia liberal individualista y las diversas formas de socialismo coinciden en la adopción de ciertas premisas básicas como las siguientes: todos los hombres tienen los mismos derechos; el gobierno debe constituir la expresión y el ejercicio de la voluntad mayoritaria; la mayoría tiene derecho a imponer su voluntad por los medios que señalaban las leyes; el sistema electoral suministra el mejor camino para expresar esa voluntad; los elegidos son responsables ante los electores y éstos gozan de libertad para demandar esas responsabilidades; hay obligaciones recíprocas entre gobernantes y gobernados, etcétera.

En efecto, hállese del "pueblo" (en la democracia liberal) o de "las masas trabajadoras" (en el socialismo marxista), pasando por una extensa gama de denominaciones, lo que se hace es aludir a la soberanía popular expresada por mayoría.

Además, todas estas doctrinas enuncian como finalidad de sus programas la armonía entre los indivi-

duos (para el bienestar de cada uno de ellos o de la colectividad), dentro de normas de justicia igualitaria, y, más allá, la armonía entre los conjuntos sociales (las naciones).

Finalmente, se considera al Estado como a un sirviente más o menos deseable o inevitable, permanente o transitorio, ya sea del individuo (en el liberalismo) o de la colectividad (en las ideologías socialistas).

No son, entonces, ni los principios básicos ni los objetivos los que, en último análisis, separan a dichas doctrinas, sino la forma en que cada una de ellas identifica las causas del malestar social y los métodos que prescribe para remediarlo.

El fascismo, en cambio, proclama: "La inmutable, benéfica y provechosa desigualdad de clases"; el derecho inmanente de los "mejores" a gobernar; la "predestinación" de las *élites* (los mejores) a manejar los asuntos de la colectividad; el derecho privilegiado de esas *élites* a ocupar las posiciones de mando; la absoluta e indiscutible supremacía del Estado, encarnado en las *élites*, sobre el individuo; los principios inviolables de la disciplina, la autoridad y la jerarquía; la misión de "sacrificio y heroísmo de las *élites*, inspirada en el heroísmo y la santidad" la actitud de renunciamiento a la comodidad y al bienestar, a cambio de "vivir peligrosamente", en busca de la superación; la supeditación de los valores materiales de la vida a los del espíritu.¹

Es importante anotar, como se verá más adelante que mientras las otras tendencias fueron preformuladas desde abajo, con ideologías y programas más o menos orgánicos que luego serían aplicados desde el gobierno, el fascismo surgió como un movimiento oportunista y circunstancial sin ideología definida, cu-

¹ Todos los entrecomillados de este párrafo son citas de Benito Mussolini.

ya doctrina fue concebida y modelada desde arriba, desde el poder. Esto explica muchas de sus características. En efecto, ¿quiénes eran los "mejores", los "predestinados", etc., si no los miembros del partido fascista que ya ocupaban el gobierno y que desde allí lanzaban la teoría hecha a su gusto y medida?

El razonamiento doctrinal que encadena entre sí los postulados que se consignan líneas arriba se desarrolla en estos términos:

Si, por designio inmutable de la naturaleza, los individuos y, por ende, los grupos de individuos, no son intrínsecamente iguales entre sí, habiendo unos mejores que otros, es lógico y justo que los primeros gobiernen a los segundos. En función de la misma ley natural, los mejores no son los más sino los menos. Por consiguiente, no es admisible ni razonable reconocer el gobierno por las mayorías, lo que significaría sobreponer la voluntad de los inferiores a la de los mejores. Y de ahí el derecho y la "predestinación" de las minorías selectas, de las *élites*, a gobernar.

Pero este destino de las *élites*, por la propia superioridad de éstas, no implica solamente un privilegio, sino una mayor responsabilidad; la suya es una misión de sacrificio inspirada en los más altos ideales del espíritu. Y como las *élites* constituyen los grupos directivos cuya última concreción, en proceso ascendente, es el Estado, se deducen dos consecuencias: primera, debe establecerse un orden jerárquico y disciplinario inviolable. ¿A título de qué podría transgredirse ese orden de jerarquía y disciplina si de antemano está determinada la superioridad intrínseca de los unos sobre los otros? Segunda, la autoridad del Estado —síntesis jurídica y política del pensamiento y la voluntad de los mejores— debe, necesariamente, ser suprema. El Estado se convierte, entonces, en un ente casi místico; a su servicio quedan subordinados los intereses y las voluntades individuales. Aquella libertad y otros

atributos que el liberalismo democrático respeta como derechos inmanentes del hombre no son sino "concesiones" que, sólo bajo restringidas y específicas condiciones, hace el Estado fascista a los individuos, siempre que esa libertad y demás atributos no sean lesivos para los fines del Estado.

Descartada por los fascistas la noción "artificial y decadente" de la igualdad entre los hombres, quedan en vigencia las leyes naturales que rigen la vida desde lo más hondo de la biología: la lucha como norma de supervivencia; la "selección natural"; el triunfo del mejor, del más fuerte, sobre el más débil, sobre el incapaz. La política interna y, en proyección, las relaciones internacionales, se inspiran en esas leyes inquebrantables. La lucha constante, infatigable, no está encaminada a alcanzar finalidades materiales, de orden económico, sino al perfeccionamiento del espíritu por los caminos del heroísmo y del sacrificio; pero el sacrificio activo, no pasivo ni negativo. La búsqueda del peligro es el síntoma capital de la superioridad. La paz sólo puede ser aquella paz determinada por el imperio del orden de jerarquías selectivas, o sea la paz impuesta por el mejor.

Esa es, a grandes rasgos, la teoría política fascista.

Pero el fascismo, lo dijimos antes, no nació con teoría preconcebida. Fue engendrado en el vientre propicio de Italia después de la primera Guerra Mundial. Su padre fue Benito Mussolini, y el vástago empezó a amoldarse con ductilidad pasmosa a todas las variaciones meteorológicas de aquella turbulenta y viciada atmósfera política de posguerra.

Italia, que se contaba entre los vencedores de la contienda, quedó en situación casi tan lamentable como la de los vencidos.

Sus ideales nacionales se vieron frustrados; no obtuvo lo que esperaba en el reparto del botín de guerra. La inevitable descomposición de los periodos pos-

bélicos alcanzó caracteres lindantes con la anarquía, tanto por la debilidad de la Corona, como por las condiciones características del temperamento italiano.

Inflación monetaria, desocupación, ineficacia parlamentaria y descontento general reinaban en la península. El gobierno de tipo socialista establecido en 1919 no hizo otra cosa que demostrar su incapacidad para resolver estos problemas.

Fue entonces cuando Mussolini, oscuro caudillo, nacido en 1883, organizó sus primeros *fasci di combattimento* (grupos de combate). Aunque su vaga posición ideológica deambuló por todos los campos, desde el anarquismo hasta las formas extremas del socialismo, lo que realmente le permitió definir el rumbo de su acción fue la lucha contra el avance comunista. Encontró, muy pronto, que esa bandera le granjearía el apoyo moral y la ayuda material de los círculos capitalistas amedrentados por el comunismo.

A título de "destruir el bolchevismo en Italia", los *fasci* iniciaron una campaña de violencia para adquirir el control del escenario político. Por igual se estrellaron contra los comunistas, los socialistas, los cooperativistas y las antiguas organizaciones masónicas. La figura de Mussolini fue perfilándose como la de un caudillo de extraordinaria fuerza personal, de gran sentido de oportunidad, de genio ejecutivo y de escasos escrúpulos cuando se trataba de alcanzar sus fines. Dijo en un artículo escrito en 1924: "Nosotros los fascistas tenemos el valor de descartar todas las teorías políticas tradicionales, y somos aristócratas y demócratas, revolucionarios y reaccionarios, proletarios y antiproletarios, pacifistas y antipacifistas. Basta con tener un solo punto fijo: la nación. El resto es obvio."

Lanzó en 1919 un primer programa, incoherente, que incluía postulados tales como la reforma parlamentaria, la abolición de los títulos de nobleza, la jornada de ocho horas, fuertes gravámenes sobre la he-

rencia, participación de los obreros en la administración de los negocios, represión de las tendencias "disolventes de la nacionalidad", etcétera.

Sus filas se fueron engrosando con todos los descontentos e inadaptados que la guerra dejó como saldo.

Cuando los socialistas, en alianza más o menos directa con el comunismo, jugaron su carta decisiva para tomar el gobierno, declarando una huelga general en julio de 1922, Mussolini vio que había llegado su hora.

Dio un ultimátum de 48 horas al gobierno para normalizar la situación. "Vencido ese término —dijo—, el fascismo reivindicará su plena libertad de acción y sustituirá al gobierno impotente."

El gobierno demostró, efectivamente, su impotencia. Y los *fasci* entraron en acción. Por la violencia en la mayoría de los casos, y por la persuasión y la propaganda en otros, restablecieron el orden en menos de ocho días.

El prestigio de Mussolini se levantó como la espuma en un mar de tormenta. El mismo año, después de un gigantesco desfile de fascistas en Nápoles, se organizó la llamada "Marcha sobre Roma". Millares de partidarios del caudillo afluyeron de toda Italia a la capital. El rey Víctor Manuel III, después de algunas vacilaciones propias de su carácter, y ante la alternativa de declarar la ley marcial, acabó por llamar a Mussolini el 19 de octubre de 1922 para organizar un nuevo gobierno.

Desde entonces, la carrera del fascismo fue vertiginosa. Frente a la incapacidad, la timidez y la división de las demás fuerzas políticas, Mussolini fue tomando gradualmente todos los resortes del gobierno. Llegó a desempeñar simultáneamente catorce carteras ministeriales y empleó todo el peso incontrastable de su influencia para organizar y fortalecer al partido fascista. Después de formar algunos gabinetes de coali-

ción y de jugar con el parlamento hasta donde le fue conveniente, suprimió a los demás partidos. En 1926, era el dictador absoluto: el Duce.

Si recordamos una vez más que la teoría fascista fue formulada para justificar, explicar y racionalizar, *a posteriori*, el hecho consumado de la posesión del poder, comprenderemos mejor la sustancia de esa doctrina.

De la filosofía de Hegel se tomó la concepción casi mística del Estado, resumida en esta frase de Mussolini: "Todo en el Estado; nada fuera del Estado ni contra el Estado." Y en esta otra de un expositor del fascismo: "El Estado es omnipotente, omnipresente y omnisciente" (no existen mejores definiciones del Estado "totalitario").

Si a ello se suma otro enunciado de Mussolini: "El fascismo es una concepción religiosa en la cual aparece el hombre en inmanente relación a una ley superior, a una voluntad objetiva que trasciende lo individual y lo hace miembro consciente de una sociedad espiritual", se deducirá fácilmente la indestructible relación del Estado con el Partido Fascista. En cuanto a la sumisión del individuo al Estado, y al problema de la libertad, Giovanni Gentile, "filósofo" del fascismo, dice: "Siempre, el máximo de libertad coincide con el máximo de fuerza del Estado... Toda fuerza es fuerza moral porque siempre es una expresión de voluntad; y sea cual fuere el argumento que se emplee —la prédica o el palo— su eficacia no puede ser otra que la de obtener, finalmente, el apoyo de un hombre y la de persuadirlo a ponerse de acuerdo con ella [la fuerza]".*

Las ideas de Schopenhauer, Nietzsche, Croce y Bergson convenientemente aplicadas a cada caso dieron lo poco de "filosofía" que necesitaba el fascismo, más para presentarse ante el mundo exterior que para consumo interno. No olvidemos que Mussolini dijo:

"Acción, no palabras; no hay necesidad de dogma, basta con la disciplina".

Si los fascistas son, por autodeterminación, aquella minoría predestinada, aquella *élite* cuya misión es regir el destino de la nación, el Estado fascista es, por una parte, el instrumento político, institucional y administrativo para cumplir ese destino y, por otra, la materialización suprema de ese mismo destino.

No se tolera la existencia de otros partidos. ¿Por qué y para qué, si ya se sabe de antemano quiénes deben gobernar y no se concibe que existan otros capaces de hacerlo?

Y si, por su propia naturaleza, el Partido Fascista suministra la alquimia perfecta para destilar las mejores esencias de la capacidad humana, tampoco se justifica ni admite la división de poderes que constituye una de las bases fundamentales de la teoría democrática liberal (*véase el capítulo de la democracia*). Por el contrario, el Estado fascista es una pirámide cuya base forman la masa y los organismos de menor jerarquía. Conforme asciende la estructura piramidal, esa jerarquía se hace más estrecha; y sube gradualmente hasta la cúspide donde está situado el jefe supremo, el Duce, síntesis del concepto y el ejercicio de la autoridad.

A cada uno de los planos de la organización estatal corresponde un organismo del partido fascista. El jefe del Estado es, pues, el jefe del Partido. La mística del Estado; el concepto de selección; el sentido de predestinación y la necesaria y lógica disciplina férrea que se deducen de estos conceptos dan al jefe, al Duce, una autoridad suprema e indivisible.

El gobierno, encabezado por el Duce, incluye al Gran Consejo Directivo del Partido Fascista. El Gabinete y el Gran Consejo formulan las decisiones gu-

² G. Gentile, *Qué cosa es el fascismo*.

bernamentales. El Parlamento está compuesto por un Senado vitalicio (prominentes miembros del partido nombrados para el desempeño de esas funciones) y por una Cámara de *fascios* y corporaciones (estas últimas representan, con carácter funcional, a las organizaciones de empresarios y trabajadores de las distintas actividades productivas). Pero ninguna de las cámaras puede iniciar proyectos de ley; su tarea consiste solamente en discutirlos y, por supuesto, aprobarlos. La iniciación de proyectos es atribución privativa del Gabinete y del Gran Consejo.

La injerencia del Partido cubre todos los campos. La educación política se inicia desde la infancia, mediante agrupaciones especiales (los *balillas*), en que se inculca a los niños normas de valer y disciplina. Se hace luego una selección gradual para ir formando los cuerpos superiores de la organización fascista. La literatura, la ciencia, la prensa, la radio, el cine, tienen que seguir las normas del Partido. "Nada fuera del Estado... Nada fuera del Partido." El Estatuto del Trabajo, de 1927, dice por una parte, que el Estado Corporativo (así llamado dentro de la doctrina fascista) considera a "la empresa privada el más efectivo y útil instrumento para los intereses de la nación", lo que parecería concordar con los principios del liberalismo individualista. Pero, a continuación, el mismo documento establece que "en vista de que la organización privada de la producción es una función de trascendencia nacional, los organizadores de la empresa son responsables ante el Estado del sentido que den a esa producción".

La conciliación de estos dos conceptos aparentemente contradictorios da como resultado el mecanismo económico del Estado Corporativo.

En efecto, se deja a la iniciativa privada, con todos los estímulos que le son propios (el incentivo de la utilidad, por ejemplo), la organización y manejo del

fenómeno de la producción. Pero por encima está el Estado como rector supremo o palanca central de todo ese mecanismo.

El Estado se reserva el derecho de suplantar a la empresa privada en aquellos campos de actividad como el de las minas, la industria pesada, las fábricas de armamentos, los astilleros, etc., cuya acción se encuentra directamente vinculada a los programas militares de la nación.

En los demás aspectos, el Estado señala los límites, la dirección y los grados de actividad dentro de los cuales se desenvolverá la empresa privada.

En el terreno de los problemas de trabajo, como en todos los demás, el fascismo pone en práctica el principio de la supremacía del Estado. El panorama corriente dentro del sistema liberal capitalista, que muestra al proletariado en lucha permanente, casi indispensable, con el capital, queda sustituido por otro en que esta beligerancia se encuentra absolutamente supeditada a los intereses y a la autoridad del Estado.

Los empresarios y los trabajadores de cada industria se encuentran organizados en una especie de asociaciones gremiales que constituyen consejos locales o regionales y, más adelante, federaciones nacionales, llamadas "corporaciones" en todas las cuales está representado el Partido Fascista. Y es el Partido el que, como personero nato del Estado, soluciona todos los problemas emergentes de los contratos colectivos de trabajo, reclamaciones sobre salarios, horas de trabajo, etcétera.

Dé más está decir que, dentro de las normas totalitarias del Estado fascista, también los representantes de las empresas y los de los trabajadores son personas allegadas al Partido; queda íntegramente proscrito el sindicato como instrumento de lucha de los trabajadores contra las empresas, y la huelga es inconcebible. Por lo demás, el gobierno fascista estableció progra-

mas de seguro social, vacaciones para obreros, protección a la madre trabajadora, cooperativas de viviendas y abasto, etcétera.

Consecuentes con sus doctrinas esenciales de superioridad racial y rabioso nacionalismo, el fascismo inició, en 1938 (la influencia de la Alemania nazi fue notoria en este aspecto), campañas de discriminación antisemita. Ciertos campos de actividad quedaron vedados a los judíos, y se expulsó a muchos de ellos del territorio italiano. La persecución no alcanzó, empero, los grados de saña que se registraron en Alemania.

Era difícil la conciliación de la "mística" fascista con otra religión que no fuese la del Partido y la del Estado. Y fue notoria la fricción que durante mucho tiempo existió entre el gobierno de Mussolini y el Vaticano. Pero en este campo, como en otros, prevalecieron las razones "pragmáticas", de conveniencia mutua, y se suscribió en 1929 el Concordato de Letrán entre el Vaticano y el Estado fascista. Mediante este acuerdo, laborioso y sutil en sus estipulaciones, se permitió la enseñanza religiosa en los establecimientos de educación pública, pero quedó vedada a la Iglesia toda injerencia en aquellos asuntos cuyo manejo se reservaba para sí el Estado. El papel de la Iglesia no debía salir del ámbito de la fe y el culto.

El periodo comprendido entre los años 1938 y 1940 marcó la culminación del fascismo en Italia.

El desarrollo de tendencias semejantes a la del fascismo en Alemania y el Japón determinó la formación del llamado "Eje Roma-Berlín-Tokio". El poderío militar de estas potencias y sus designios expansionistas acabaron chocando con los intereses de las naciones de filiación liberal-democrática, y estalló la segunda Guerra Mundial. Por obra del ataque alemán contra Rusia, en 1941, este último país se sumó al bloque enfrentado con el Eje.

Desde las primeras etapas de su intervención en el

conflicto, Italia sufrió una serie de graves reveses que fueron minando tanto el prestigio de Mussolini como el del Partido Fascista. La prédica guerrera, que llegó a hacerse carne en la Alemania nazi, no tocó sino la fina epidermis del alma italiana, sin llegar nunca a penetrar en ella.

Fue necesaria la intervención del ejército alemán en el propio territorio de Italia para salvar a esa parte del Eje de una caída prematura. Aun antes de derrumbarse Alemania por efecto de la acción combinada de los ejércitos de la Gran Bretaña, Rusia y los Estados Unidos de América, Italia había capitulado ya sin dificultad.

Una tremenda reacción del pueblo italiano, poco antes de concluir la guerra, puso fin a la carrera meteórica del Duce que acabó sus días, cerca de Milán, fusilado y colgado de los pies por aquel mismo populacho al que había adoctrinado en las teorías de la violencia como método político.

La rígida estructura piramidal del Estado y el Partido Fascista perdieron instantáneamente el sentido de su existencia, al desaparecer el ápice donde Mussolini se había colocado como protagonista de uno de los más notables actos de magia política que registra la historia de todos los tiempos.

El neofascismo está representado hoy en Italia por el partido llamado *Movimento Sociale Italiano*, cuya actuación en las dos últimas elecciones generales demuestra que su popularidad —que pareció subir rápidamente unos cinco años después de la guerra— se mantiene estacionaria.

Los opositores del fascismo hacen estas preguntas: ¿Qué poder superior es el que designa a las élites? ¿Quién puede determinar cuáles son, en efecto, “los mejores”? ¿Es justo y racional que sean los propios “mejores” los que se autocalifiquen así y se arroguen la función de mando? ¿No hay un peligro constante

y casi inevitable de que se confunda el concepto "del mejor" con el "del más fuerte"? ¿No son las prerrogativas emanadas de la "predestinación" unidas a la disciplina férrea e incuestionable que entraña el fascismo, una invitación abierta al abuso del poder político? Y ese "abuso" del "poder", que se practica primero en el orden interno, ¿no acaba por trascender al orden internacional, justificando, con la bandera de la "superioridad" cualquier forma de agresión armada?

Respecto al planteamiento de que los más no son nunca los mejores y, por consiguiente, no son los llamados a gobernar, la democracia responde que, en efecto, los más pueden no ser los mejores, pero sí tienen a su disposición los medios necesarios para escoger y elegir a los mejores. La educación progresiva de las mayorías les dará la posibilidad de hacer la selección y la elección con sentido crítico cada vez más refinado.

La teoría fascista de las *élites* ofreció perspectivas muy atrayentes, no sólo dentro de Italia. Los militares y grupos políticos militaristas, así como las oligarquías, la acogieron con especial beneplácito. Se expandió particularmente en aquellos países donde el bajo nivel de educación de las masas pudo ser utilizado como justificativo para el "derecho inmanente" de las "minorías selectas" a regir los destinos de la colectividad. Y más de un mandón vulgar, aquí y allá, se sintió "predestinado".

Por lo demás, el fascismo fue producto característico de un medio y de un clima histórico especiales. Hizo vibrar la tensa superficie del espíritu teatral italiano. Hizo concebir a aquel pueblo, nostálgico de gloria, la ilusión fugaz de revivir episodios dormidos en la historia de la Roma Imperial.

El relativo éxito de ciertas corrientes neofascistas allí donde a la democracia liberal le ha faltado visión

y dinamismo, se debe a que tales movimientos neofascistas se han constituido en paladines del "espiritualismo" y del "nacionalismo", frente al materialismo y al internacionalismo comunista. El capitalismo recalcitrante y, sobre todo, el sentimiento religioso ultraconservador quieren ver en el neofascismo un baluarte de defensa, olvidando que tanto la Iglesia católica como las protestantes se pronunciaron en diversas oportunidades (*véase el capítulo del socialismo cristiano*), contra la absorción del individuo por el Estado. Esos pronunciamientos van por igual dirigidos contra el comunismo y el fascismo que quiere hacer del Estado una divinidad política; una divinidad comparable a aquéllas, bárbaras, que no satisfechas con el culto fanático de sus adeptos, reclaman de tiempo en tiempo, para aplacar su sed, la sangre propiciatoria de los que no comulgan con su culto.

Es interesante observar cómo el fascismo cuyas raíces nunca se hundieron muy por debajo de la piel del pueblo italiano ha logrado sobrevivir hasta ahora. El neofascismo está representado por el *Movimento Sociale Italiano*, actualmente el cuarto en tamaño en su país. Obtuvo 3 millones de votos en las elecciones generales de 1972 lo que le permitió ocupar 56 de los 630 puestos de la Cámara de Diputados.

Poco después de la segunda Guerra Mundial creció rápidamente para luego estacionarse y aún dar muestras de decadencia. En los primeros años de la presente década (70) se han observado signos tanto de crecimiento como, sobre todo, de mayor actividad en este sector. La opinión pública italiana señala al neofascismo como autor de una serie de actos de terrorismo dinamitero aparentemente destinados a contrarrestar la violencia de organismos izquierdistas de tipo guerrillero urbano. Los brazos ejecutores de aquellos actos son los grupos ultrafascistas *Ordine Nuovo*, la Escuadra de Asalto de Mussolini y los Verdugos, a los

cuales se atribuyen conexiones secretas con el *Movimento Sociale*. El Jefe del *Movimento*, Diputado Nacional Giorgio Almirante fue despojado —por voto abrumadoramente mayoritario— de su inmunidad parlamentaria a mediados de 1973, para ser juzgado por el delito, constitucionalmente tipificado, de “reconstruir el fascismo”.

En declaraciones emitidas con este motivo, Almirante dijo: “Si Mussolini estuviera vivo y dijera lo que acostumbraba decir, los italianos se reirían. Pero si estuviera vivo sería un posfascista como yo y diría cosas diferentes. Todo ha cambiado... Pero no escupo sobre aquel pasado.”

Parece ser que el neofascismo no tiene ahora, como no tuvo antes, mucho que decir en materia de doctrina y su principal punto de sostén es la posición anticomunista. A la vuelta del tiempo, esa posición coincide con la que originalmente le dio vitalidad frente a condiciones también parecidas a las presentes en otro aspecto: la poca eficacia del régimen democrático —entonces monárquico ahora republicano y en ambos casos parlamentario— que, a pesar de un considerable desarrollo económico industrial no logra resolver los graves problemas generados por una defectuosa distribución de la riqueza en los diferentes estratos sociales y zonas geográficas de Italia. Todo ello, a pesar de la activa injerencia de los partidos socialistas de uno y otro matiz en el Gobierno. Y esto parece demostrar que, como se tiene dicho antes (*El Fenómeno Político*) ni la doctrina ni el programa son tan eficaces para el fortalecimiento de la oposición como los errores o deficiencias gubernamentales.

NAZISMO

¶ *Consideraciones generales.* ¶ *Antecedentes históricos.*
¶ *Estado, gobierno y partido nazis.* ¶ *Economía y trabajo, racismo y religión.* ¶ *Culminación y caída del nazismo.* ¶ *Glosa.*

LA PALABRA *nazi* es una contracción del nombre del Partido Obrero Nacional Socialista Alemán.

Todo el análisis ideológico concerniente al fascismo italiano es aplicable al nazismo alemán. Los primarios conceptos relativos a las *élites* o minorías selectas; al valor de la disciplina, la jerarquía y el sentido de la predestinación; a la concentración en vez de la división de poderes; a la idealización y predominio absoluto del Estado y a la fusión indisoluble del partido único con el Estado y el gobierno, constituyen la sustancia del nazismo (*ver Fascismo*).

También el nazismo es un producto vivo de la oportunidad histórica antes que una ideología concebida en abstracto. Pero fue muy fácil hacerle la teoría, en el momento oportuno, con genuinos materiales de construcción suministrados por la filosofía, la historia y el temperamento alemanes. Este último factor, sobre todo, determina la diferencia entre el profundo grado de saturación que alcanzó el nazismo en Alemania y el florecimiento un tanto superficial, decorativo y teatral del fascismo en Italia.

Hegel, Nietzsche, Schopenhauer y aun Kant son los filósofos en cuyas fuentes bebieron su inspiración los que, *a posteriori* —cuando el nazismo estaba ya en el poder— dieron forma a la teoría nazi. De allí surgieron el concepto semimístico del Estado-gobierno y el de la predestinación del pueblo alemán al cumplimiento de una misión rectora entre las naciones. El

nazismo inhala e incorpora en los glóbulos de su sangre aquel "espíritu o genio de la nación" que, según Hegel es, a través de los individuos, "el verdadero creador del arte, de la ley y de la religión" de un pueblo. Nietzsche aporta la imagen del superhombre, predestinado, cuya categoría excepcional lo sitúa por encima de las normas (jurídicas o éticas) que circunscriben el campo de acción del común de los mortales. De aquí hay apenas un paso a la tesis de las minorías selectas y las "razas selectas" definida en esta frase de Adolfo Hitler: "La historia del mundo está hecha por las minorías, allí donde las minorías incorporan la mayoría de la voluntad y la determinación." Y en un enunciado, bastante confuso, en el que engloba sus ideas sobre la raza (aria), "el suelo y la sangre", la tradición del pueblo (*Volk*), la nación y el Estado, declarando: "La más alta finalidad del Estado del pueblo es atender a la preservación de aquellos elementos raciales primarios que, al suministrar la cultura, crean la belleza y la dignidad de una humanidad más alta. Nosotros, como arios, podemos, por consiguiente, imaginar al Estado únicamente como el organismo viviente de una nacionalidad, que no sólo salvaguarda la preservación de esa nacionalidad sino que, haciendo un ejercicio aún mayor de su capacidad espiritual e ideal, la conduce hacia una mayor libertad."¹

Schopenhauer contribuye con su noción de la "voluntad" que es la fuerza ciega e incontrastable, más potente que el intelecto y que la razón, cuya dinámica mueve la naturaleza y la vida humana. Esa "voluntad", esa fuerza primaria capaz de todo, ajena a la cautela calculadora del "racionalismo decadente" era, según los nazis, la esencia de su vigor, de su fe y de su capacidad realizadora.

Se añade a todo esto, para completar el cuadro del

¹ A. Hitler, *Mi lucha*.

nazismo, los rasgos característicos de la psicología del pueblo alemán. Su innato sentido de disciplina; su amor y adhesión automática a las formas de organización encarnadas en la férrea tradición de la casta militar prusiana.

Discuten todavía, los historiadores, cuál de los dos, si el fascismo o el nazismo, surgió primero. El punto de controversia no tiene mayor importancia. Lo más acertado es, seguramente, afirmar que fueron movimientos políticos nacidos y desarrollados simultáneamente como productos de condiciones económicas, políticas y sociales semejantes. Pero, si en ejercicio de una gran sutileza cronológica se asigna cierta prelación al fascismo, también es evidente que el nazismo creó moldes que —sobre todo en la última época— fueron fielmente copiados por el fascismo. Hubo, pues, un equitativo intercambio de contribuciones.

La causa eficiente del nacimiento y desarrollo del nazismo fue la aparición de un hombre (Adolfo Hitler, el *Fuehrer* —el jefe, líder—) en un sombrío panorama de posguerra.

Si aun para una nación vencedora, como Italia, los efectos de la contienda mundial se habían traducido en desórdenes, descontento, pobreza, desocupación, inestabilidad política, etc., es fácil imaginar lo que ese periodo representó para la Alemania derrotada. Derrotada en el terreno de las armas y abrumada por el peso de las tremendas sanciones que, en forma de astronómicas deudas de guerra, pago de "reparaciones" y pérdida de sus colonias, le impusieron las naciones victoriosas mediante el Tratado de Versalles.

Vistas las cosas en perspectiva histórica, es hoy casi unánime el consenso de que el peso monstruoso de ese Tratado, sobre Alemania, engendró la presión que luego se desahogaría y desbordaría mediante la válvula de escape abierta por el nazismo reivindicacionista.

A la conclusión de la primera Guerra Mundial y a la caída del káiser Guillermo II, en 1918, se formó un gobierno de tipo socialista.

En medio del caso nacional, dos fuerzas políticas se disputaban el campo (disputa que revistió caracteres sangrientos): los espartaquistas, de tendencia comunista y los social-demócratas de filiación socialista moderada, evolucionista (*véase el capítulo del socialismo reformista*).

Esta beligerancia concluyó con el asesinato de los líderes espartaquistas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo; decapitado el grupo, se afirmó el predominio de los social-demócratas quienes convocaron, en 1919, una Asamblea Constituyente que proclamó el llamado Segundo Reich o República de Weimar y dictó la Constitución de Weimar. (El Primer Reich fue el que se formó alrededor de 1870, después de la guerra franco-prusiana, cuando se fundieron varios principados de origen germano bajo el control de Prusia y constituyeron el Imperio Alemán regido por el Káiser.)

La Constitución de Weimar era de tipo democrático-socialista. De la doctrina democrática tomaba todo lo que se refiere a la soberanía popular, al sufragio universal, a la organización del gobierno y a la división de poderes dentro del Estado. Pero en materia económica y social seguía las líneas del socialismo reformista, poniendo bajo el control del Estado a las industrias principales —y estableciendo provisiones para la indemnización que debería pagarse a los propietarios originales de dichas empresas—. La socialización de los instrumentos de producción se realizaría en forma gradual.

Estos conceptos, unidos a las reformas que se instauraron en materia social, favorables a la clase trabajadora, chocaron contra los grandes intereses económicos y los residuos todavía muy fuertes del monarquismo.

El gobierno quiso satisfacer, por una parte, a la reacción, y por otra a las demandas crecientes del ala izquierda. Sus vacilaciones fueron restándole prestigio. Simultáneamente con el descrédito de los social-demócratas y su programa moderado fue creciendo el comunismo que, en las elecciones de 1933, obtuvo cerca de 6 millones de votos, cifra sin precedente aun en la Rusia Soviética.

El efecto de la Gran Depresión económica subsecuente a la crisis de 1929, que conmovió los cimientos aun de las naciones más prósperas, se dejó sentir con particular severidad en Alemania, cuyas posibilidades de resurgimiento se asfixiaban bajo el peso de las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles.

Ya, para ese entonces, tenía formados sus primeros cuadros Adolfo Hitler, oscuro cabo del ejército alemán, que, desmovilizado después de la derrota de 1918, se ganaba la vida como empapelador.

Su prédica, la que dio origen al Partido Obrero Nacional Socialista Alemán, no tenía pretensiones ideológicas. Dijo en 1933: "Todos los programas son vanos; lo decisivo es la voluntad humana, la visión certera, el coraje varonil, la sinceridad de la fe, la voluntad interior. . . ésas son las cosas decisivas."² Era, en cambio, una fórmula empírica (especie de remedio casero sin nombre científico) para los males que entonces afligían a su país. El meollo de esa fórmula: la denuncia del Tratado de Versalles y un llamado, sin ambages, a la liberación de Alemania del yugo que le habían impuesto los vencedores. Para este gesto de rebeldía invocaba Hitler lo más vital, lo más sensible de las tradiciones, del espíritu, del orgullo y el resentimiento del pueblo alemán.

La bandera no podía ser más popular. Era todo lo que esperaba Alemania. Si a esto se añade el temor

² Konrad Heiden, *Der Fuehrer*.

general frente al avance del comunismo, se explicará fácilmente cómo ascendió Hitler y creció su partido ayudado no sólo por la fuerza popular de la clase media y los recursos del capitalismo alemán, sino también por las mismas potencias occidentales (Inglaterra y Francia) que empezaron a ver en Hitler la única arma eficaz contra el comunismo. Vale decir, el arma (Alemania) para destruir a Rusia, de la cual (Rusia) se servirán más tarde (Inglaterra y Francia) para destruir a Alemania. El juego de palabras es tan confuso como el entretreído de los acontecimientos históricos que se desarrollaron entre 1933 y 1945. Y por si esto fuera poco, ya se plantea otra vez la posibilidad de que el "mundo occidental" utilice a Alemania para intentar destruir a Rusia.

Con la bandera de reintegrar la totalidad del territorio y las colonias de Alemania; de suspender el pago de las deudas de guerra y las reparaciones; de reivindicar el derecho de Alemania a su independencia económica (sólo se le permitía una producción limitada para evitar que volviera a armarse); y con el lema de impedir la fusión de los bloques comunistas ruso y alemán, el Partido Nazi, ante el beneplácito de Inglaterra y Francia, triunfó en las elecciones parlamentarias de 1933. El ex cabo Adolfo Hitler, cuyas "tropas de asalto" demostraron ya la inexorabilidad de sus métodos coactivos en la campaña contra los comunistas, fue llamado por el presidente Hindenburg para organizar el nuevo Gabinete, en calidad de canciller del Segundo Reich.

Gracias a su abrumadora mayoría parlamentaria le fue fácil a Hitler introducir una reforma constitucional mediante la que se otorgaba al Poder Ejecutivo la facultad de dictar leyes. Con esta nueva arma y con los violentos procedimientos represivos que puso en práctica, anuló en poco tiempo los focos de resistencia que aún quedaban en los sectores democrático, so-

cialista-democrático y comunista. Hindenburg falleció en 1934, dejando a Hitler en la doble función de Presidente y Canciller. Desde entonces hasta 1945, la historia de Alemania es la historia del nazismo, escrita con el verbo candente del Fuehrer.

En materia económica, como en todas las demás, se aplicó el concepto de la primacía del Estado. No asumió éste el manejo directo del mecanismo de la producción, sino a través de los propietarios particulares, sometiéndolos a un severo control; tanto más riguroso el control cuanto más íntimamente estuviera ligado determinado renglón de actividades a las necesidades del Estado. Estas necesidades eran, primordialmente, las de defensa y preparación militar. La intervención estatal se hacía menos penetrante en lo relativo a los bienes de consumo de la población, pero no llegaba nunca a desaparecer totalmente. Fue fácil la ejecución de esta política, pues los grandes "cárteles" existentes en Alemania desde muchos años atrás tenían ya más o menos centralizado el manejo de los negocios.

De igual modo se condujeron las relaciones entre el capital y el trabajo, con la injerencia del Estado que dirimía, en última instancia, todas las diferencias y disputas. Se organizó el llamado Frente Obrero, cuyos resortes vitales estaban en manos del Partido y, por ende, del gobierno nazi. Se adoptó una ampulosa política de protección a los obreros, dentro de las líneas generales del "Estado paternalista" de Bismarck. En otros términos, y a diferencia del concepto socialista que pone por delante los derechos y prerrogativas de los trabajadores, y les brinda armas como la huelga para hacerlos efectivos, era el Estado nazi el que, con criterio protector, se encargaba de "conceder" tales derechos, condicionados invariablemente a los intereses supremos del Estado mismo. Se hizo hincapié especial en los programas de mejoramiento de

la vivienda y de las condiciones sanitarias y de nutrición de los obreros y sus familias, así como en la concesión de vacaciones y medios de recreo. Pero las exigencias crecientes del programa de preparación bélica que demandaban un esfuerzo productivo cada vez mayor dejaron muchos de dichos planes y esquemas en el campo de los simples enunciados. No podía concebirse compensación ni premio comparable al de sacrificarse por el Estado y por el Partido único (todos los demás quedaron violentamente abolidos). Y, como era natural, también se estimuló la natalidad, mediante premios concedidos a las familias numerosas. El Estado necesitaba más ciudadanos para trabajar por el engrandecimiento de la nación en tiempo de paz y para morir por ella en la guerra.

Un tema que ocupó lugar preponderante en la política nazi hasta casi constituir una de sus características salientes —por la cual será largamente recordada— fue el de la discriminación racial anti-judía. El Partido Nazi se constituyó en depositario y salvador de las prerrogativas y del sino superior de los arios; se acusaba a los semitas, entre otras cosas (tales como su "inferioridad" ingénita), de haber monopolizado arteramente el control de los negocios, de haber rehusado el aporte de su sangre a Alemania durante la primera Guerra Mundial, de ser los "autores del marxismo de la democracia, del mercantilismo y de los postulados negativos del amor y la humildad". Se inició y desarrolló la persecución en medida que no tiene paralelo en la historia. Antes de la guerra, y en el curso de la misma, los campos de concentración, las cámaras de gas para ejecuciones en masa, los experimentos científicos para los cuales se utilizaba a los judíos como a conejillos de Indias y otros procedimientos semejantes, causaron la muerte de algo así como 6 millones de semitas. Sólo los que lograron in-

corporarse al gran éxodo del siglo xx, huyendo a todos los confines del mundo, lograron sobrevivir.

Cabe anotar, empero, que los padres de la teoría racista que atribuye virtudes excepcionales a los arios y caracteres de inferioridad a los semitas, amarillos y negros, no fueron alemanes, sino el francés Arthur de Gobineau y el inglés (yerno de Richard Wagner) Houston Stewart Chamberlain, a mediados y fines del siglo pasado.

La acción totalitaria del Estado abarcó los campos de la educación y la cultura en todos sus aspectos. Libros y obras de arte que no concordaban con los principios del nazismo fueron destruidos o negados. En primer término, cupo esta suerte a todo cuanto provenía del pensamiento judío.

Se acentuaron dentro de los programas educativos aquellas enseñanzas de interés directo para el Partido, adoctrinándose a los niños desde la más temprana edad. Y en agrupaciones de tipo deportivo-cultural y político, como la Juventud Hitlerista, se moldeaban los futuros hombres de la causa nazi dentro de los principios de la más rígida disciplina y de la teoría del Partido. Dice Hitler en *Mi Lucha*: "Ningún niño o niña deberá dejar la escuela sin que se le haya llevado al completo conocimiento de la necesidad y la naturaleza de la pureza de la sangre."

Aunque no hubo ruptura abierta con las iglesias cristianas, ni persecución oficial de carácter religioso, los exégetas del nazismo no dejaron duda acerca de su alejamiento del cristianismo. No podía, en verdad, ser de otra manera. Habría sido sumamente difícil conciliar la teoría y la práctica nazi con los principios cristianos. Se hizo, en cambio, gran hincapié en el culto, a medias estético y religioso, de la mitología germana. De ahí el auge de las óperas de Wagner, en armonía con las inclinaciones musicales del propio Hitler.

El Estado nazi representa —como el fascista— la

materialización perfecta del "totalitarismo" o control absoluto del Estado sobre todos los aspectos de la vida individual y colectiva.

Dentro del Estado, la norma vital es la disciplina; el principio estructural sobre el que se encuentra edificado, la jerarquía autoritaria.

En razón de este principio, no se concibe ni admite la posibilidad de la división de poderes que inspira e informa a los Estados de tipo democrático. El Estado nazi, como el fascista, es una organización piramidal en la que, conforme se asciende, se reduce más y más el número de los que ejercen el poder. Corresponde la cúspide, el sitial privilegiado y excluyente, al líder o *Fuehrer*, cuya autoridad es ilimitada e indiscutible.

El Partido Nazi está íntima e inseparablemente ligado al Estado; en su esqueleto, su mente y su sistema nervioso, al mismo tiempo. Aparte de que tiene organizaciones propias, permanentes —la Juventud Hitlerista, las Tropas de Asalto, las *Élites*, etc.—, que se encargan de ejecutar las órdenes del gobierno, sus ramificaciones abarcan, directa o indirectamente, todos los planos y sectores de la estructura gubernamental sobre la que ejerce funciones de dirección y supervigilancia. No se concibe, por supuesto, la existencia de otros partidos.

En el gobierno se ha suprimido toda forma de poder legislativo. Es el *Fuehrer* quien dicta los decretos, por conducto de sus ministros; el Gabinete está constituido con criterio estrictamente funcional, pero en el entendido de que la ejecución de la política del Partido Nazi es la función primordial del gobierno.

La casta aristocrático-militar que, en un principio, vio a Hitler con desconfianza y hasta menosprecio, acabó sumándose —con ciertas reservas que se hicieron visibles en la hora del desastre— al programa nazi, en el que se veía un renacimiento de sus designios

tradicionales y un instrumento adecuado para ponerlos en práctica. Hitler se sirvió de esta casta en todo lo que pudo serle útil, pero no hizo esfuerzo alguno para darle prerrogativas especiales.

Con el poder totalmente centralizado en los organismos ejecutivos del gobierno, el sistema judicial fue también reorganizado en forma adecuada para que no pudiese en ningún caso crear interferencias de orden legal, limitando su acción a la administración de la justicia ordinaria dentro de procedimientos estrechamente ceñidos a la línea de la política nazi.

Alfred Rosenberg, "filósofo" del nazismo, de ascendencia eslava, dio forma oficial a la ideología del Partido, especialmente en el aspecto de la superioridad y predestinación de los arios. Joseph Goebbels, Ministro de propaganda, se encargó de difundirla dentro y fuera de Alemania.

El desarrollo económico de Alemania, liberada ésta por Hitler de las cargas que le imponía el Tratado de Versalles, fue inmenso. Concentrado ese desarrollo en torno a los fines de la reivindicación nacional, fue inevitable el choque con las demás potencias europeas. Después de constituirse el Eje Roma-Berlín (que luego se extendió a Tokio), Alemania emprendió una serie de campañas expansionistas (Austria, Checoslovaquia), encaminadas a "reincorporar" a las minorías alemanas que vivían fuera del país (los sudetes). Con objeto de rectificar uno de los más grandes errores del Tratado de Versalles, que consistía en la división del territorio alemán en dos partes, mediante la creación del corredor de Danzig, para dar salida al mar a Polonia, Alemania atacó a este país y estalló la segunda Guerra Mundial, en 1939.

Parecía incontenible y perfectamente seguro el triunfo del Eje, que había invadido a Francia, Bélgica, Holanda y Dinamarca. Pero Hitler sufrió su primer tropiezo cuando, en 1941, se volvió contra su aliado

circunstancial, Rusia. Después de un avance al que nada parecía capaz de oponerse, con sus tropas a las puertas de Moscú y Leningrado, Hitler fue derrotado por los rusos en Stalingrado, y de allí en adelante cambió el rumbo de la historia contemporánea.

El final de la guerra, en 1945, fue el del nazismo. Hitler se suicidó entre las ruinas de Berlín, al ser bombardeada y capturada esa ciudad por los rusos, entonces aliados victoriosos de las potencias occidentales.

Dentro de la política nazi, el fenómeno trascendental es Hitler mismo. Nadie ha pensado, hasta ahora, en atribuirle portentosas condiciones intelectuales. Era, más bien, la encarnación viviente de ese "político" que Ortega y Gasset define como la antítesis del "intelectual". Su campo era el de la acción más que el del pensamiento. Su arma, el instinto antes que la idea.

Ese instinto lo llevó a captar, con certeza infalible, los sentimientos, los anhelos y la emoción del pueblo alemán. Por eso su programa no fue una ideología metódicamente articulada, sino un conjunto de proposiciones caras al espíritu de Alemania después de la primera Guerra Mundial y, sobre todo, después del Tratado de Versalles. Los alemanes no admitían la derrota; Hitler les ofreció la revancha. Los alemanes se sentían injustamente tratados y oprimidos; Hitler les prometió la reivindicación. Los alemanes no podían pagar las deudas de guerra y las "reparaciones"; Hitler los eximió de pagarlas. Los alemanes querían reintegrar su territorio; Hitler se comprometió a hacerlo; y todo esto lo cumplió en los primeros años de su gobierno, hasta la iniciación de la guerra. Lo demás, lo que hubiera podido venir después, habría sido la realización de viejos sueños acariciados en las profundidades subconscientes de un pueblo culto, fuerte, organizado, disciplinado y seguro de su "predestinación".

De qué manera la mayoría de ese pueblo superior

perdió el sentido de la proporción y se complicó con los excesos de la política nazi, particularmente en el aspecto de la bárbara persecución racista, es un fenómeno que, al margen del diagnóstico de los especialistas en psicología colectiva, sólo puede explicarse por el vértigo del poder. Y esta vez el poder era tan grande, que el vértigo tuvo también que ser inmenso.

Lo cierto es que al caer Alemania no quedó rastro visible del nazismo en Europa ni, virtualmente, en ninguna parte del mundo. Pero sería absurdo suponer que ciertos ingredientes explosivos de esa doctrina se hubiesen volatilizado definitivamente. Apenas transcurridos diez años del fin de la segunda Guerra Mundial, llegan otra vez de Alemania sordos rumores que recuerdan, como un eco amenazador, los fragores de la tormenta hitlerista. El miedo al comunismo es un factor que, en el ánimo de mucha gente, señala al nazismo como la única fuerza capaz de oponérsele eficazmente. En medio de los vaivenes de la política internacional, hay intereses que en un momento dado vieron en Hitler su salvación, y que luego destruyeron su obra y aventaron hasta sus cenizas, pero que suspiran otra vez, con nostalgia mal disimulada, añorando la barrera de acero y fuego que el nazismo levantó en las fronteras que separan a Rusia del mundo occidental.

Si bien se puede "explicar" el fenómeno nazi en Alemania y en la época de su auge, es difícil admitir la aplicación universal y permanente de una teoría cuyo fundamento es el predominio *de facto* de "los mejores" y "los más fuertes". ¿Quiénes son los mejores y los más fuertes?

Para saberlo en el terreno de los hechos —que es el único en el que estas cosas pueden decidirse finalmente— la humanidad tendría que someterse a una especie de cruentas oposiciones o exámenes de competencia, que dejarían un día al vencedor proclamando

a gritos su victoria, ebrio de poder y sangre, sobre una montaña de escombros. Aceptar resignadamente la idea de perecer entre esos escombros significaría una aberración moral tan grande como la de prepararse de antemano a corear los gritos del vencedor.

Sin embargo, los sordos rumores del neonazismo, que una década después de la segunda Guerra Mundial parecían brotar del subsuelo, veinte años más tarde afloran a la superficie en tres formas:

a) En Alemania, el Partido Nacional Demócrata Alemán si bien pequeño, actúa de frente, sin ningún sentimiento de culpa sino más bien con ostentoso orgullo de su pasado, atribuyendo a simples "errores estratégicos" (se supone que de los militares profesionales) la derrota en la guerra y la caída del régimen hitlerista. Pero, descontados algunos reductos como éste y otros, muy pequeños, de recalcitrantes obsesionados con el peligro del avance comunista y la idea de oponerle la valla del nazismo, la gran mayoría del pueblo alemán se identifica más bien con la imagen del Canciller federal Willy Brandt, arrodillado en acto de contrición ante un monumento conmemorativo de los judíos sacrificados por el plan de exterminio de los nazis. Ésta es, seguramente, la más efectiva garantía contra un posible resurgimiento del hitlerismo. El Partido Nacional Demócrata no logró nunca ingresar en el Parlamento Federal.

b) Dispersados por el huracán de la derrota, algunos de los ex jefes nazis que no perecieron como el *Fuehrer*, de tarde en tarde dejan oír su voz contaminada de viejos rencores. Uno de los casos más notorios es el de Léon Degrelle, líder belga del nazismo en la segunda Guerra Mundial, quien, desde su refugio en España dijo recientemente en una declaración que fue televisada desde Holanda: "Soy racista y creo en la pureza racial. No quiero que mi raza sea contaminada. ¿Los judíos? Ellos tuvieron la culpa y es una leyenda

que 6 millones de ellos hubieran sido exterminados. . . Sólo lamento que no hubiéramos alcanzado el éxito. Si tuviera otra oportunidad volvería a hacer todo de nuevo, pero con mucha mayor fuerza."

Voces aisladas que no encuentran eco político, pero que sí reverberan con extrañas sonoridades en otro flanco de la sociedad de este tiempo.

c) Entre la juventud rebelde llamada "sin causa", ya que efectivamente su conducta y sus reacciones no responden a ningún ideario ni idealismo (no se incluye aquí a las guerrillas izquierdistas), es frecuente que la cruz gamada, la esvástica y otros elementos de la simbología, la indumentaria y el ceremonial nazi encuentren cabida y usuarios.

Puesto que este contacto con la superficie decorativa del nazismo no tiene verdaderas raíces políticas, el único sentido que se le puede atribuir es el de la rebeldía contra la sociedad demo-burguesa, especialmente en los Estados Unidos. Como el nazismo es repudiado y moralmente condenado en esta sociedad, una forma de expresar rebeldía contra ella es mostrar admiración por el nazismo.

La explicación puede parecer simplista, pero los sociólogos especializados en el estudio de los fenómenos juveniles de la mitad de este siglo no han encontrado otra mejor. Y es evidente que, a veces, la fenomenología más compleja acaba por hallar formas de expresión aparentemente incongruentes, tal como la voracidad del incendio se manifiesta por la intangible columna de humo.

APENDICE

1980

LOS PROFUNDOS cambios que, con frecuencia cada vez mayor transfiguran el panorama político del mundo, obligan a actualizar muy a menudo un libro que, siquiera en medida relativa, pretenda mantenerse "al día" en esta materia.

Para poner de relieve aquella dramática transformación, se utilizará en el presente apéndice un recurso imaginario mediante el que se recogerán visiones sucesivas de la faz política en la Tierra en tres momentos: antes de la segunda Guerra Mundial, a fines de la década de los sesentas y al aproximarse el final de 1980.

Los mejores recursos de la tecnología moderna permiten a los satélites norteamericanos y soviéticos captar información matemáticamente precisa hasta de los planetas más lejanos. Es pues posible imaginar otro tipo de satélite dotado de instrumentos aún más refinados, con los que se podrían registrar no solamente los accidentes físicos de la Tierra (continentes, montañas, océanos), sino también las fronteras de las naciones; y algo más, los límites ideológicos que circunscriben las áreas de influencia política así como los efectos de los fenómenos más importantes que en ellas se han producido, comparables a las huellas que con su impacto dejan los meteoritos gigantes.

La idea de hacer las tres observaciones sucesivas

responde al propósito de destacar la magnitud de los cambios ocurridos, así como su ritmo progresivamente acelerado. Algunos de los acontecimientos correspondientes a las dos primeras imágenes fueron ya mencionadas en los resúmenes históricos que forman parte de cada uno de los capítulos de este Breviario. La mención repetida de los mismos en el apéndice obedece a la necesidad de dar, por comparación inmediata, mayor visibilidad a los contrastes.

Si las lentas y aparatosas máquinas fotográficas de principios de este siglo hubieran sido suficientes para captar las imágenes del fenómeno político de ese tiempo, solamente las cámaras ultrarrápidas, la cinematografía, la televisión, el microfilme y la computadora podrían registrar y catalogar vistas ilustrativas de un acontecer político cada vez más móvil, más difícil de comprender y predecir, en el curso de los últimos treinta años.

La imagen de 1938 mostraría un planeta dividido en zonas ideológico-políticas bien definidas: el área demoliberal capitalista, con sus metrópolis y motores vitales localizados en una buena parte de la Europa continental —menos Alemania e Italia—, en Gran Bretaña y en los Estados Unidos de América. Por supuesto, mostraría también los dominios coloniales de estas potencias en Asia, África y el Nuevo Mundo, donde el colonialismo norteamericano tenía caracteres más bien económicos que políticos, aunque frecuentemente la política era manipulada, sin muchos escrúpulos, en servicio de intereses económicos; tal el caso de algunos países de América Central y el Caribe donde crueles dictaduras fueron sostenidas para permitir el libre juego de grandes empresas explotadoras de recursos naturales.

Era un área capitalista sólidamente establecida, en camino de prosperidad después de la crisis económica que se precipitó en 1929 y de la que los Estados Unidos salieron, merced al *New Deal* del presidente Franklin D. Roosevelt, hacia una nueva etapa de prestigio internacional.

El sector socialista, polarizado en la Unión Soviética, se consolidaba al ritmo de sus vigorosos planes quinquenales, bajo el implacable régimen de Stalin que ya se había deshecho tanto de Trotsky, exiliado en México, como de los padres del bolchevismo eliminados en las purgas de los años 1933-34. Las prolongaciones o brazos internacionales del régimen soviético, los partidos comunistas, habían sufrido desmedro como consecuencia de la prosperidad económica en los Estados Unidos y en el resto del mundo occidental, así como por el enconado ataque de una nueva corriente cuyo objetivo político era, precisamente, la destrucción del comunismo.

La nueva corriente surgió con el nombre de fascismo en Italia y el de nacionalsocialismo en Alemania. Un remoto reflejo de este sistema era el régimen imperial-militarista del Japón. Tanto en Alemania como en el Japón fermentaban las ambiciones de hegemonía nacionalista que llevarían al mundo a la segunda Guerra Mundial.

En general, el orbe político tenía líneas definidas, claras, dentro de las que las ideologías y los sistemas económicos se desenvolvían con sus esquemas tradicionales, con la sola variación del matiz social que el *New Deal* llevó al capitalismo norteamericano.

Sin embargo, no era un mundo de paz. No se había producido todavía un nuevo conflicto mundial comparable a la guerra de 1914-1918; pero estaban en marcha guerras (civil en un caso e internacional en el

otro) sangrientas y crueles como la de España y la invasión del Japón a la China y Corea.

Con sus instrumentos capaces de captar hasta el pensamiento político, el observador del satélite imaginario no habría tenido dificultad para identificar las áreas ideológicas, en relación con las fronteras nacionales que dividían al mundo en aquel tiempo.

A fines de la década de 1960, el mapa geopolítico de Europa y Asia mostraba los enormes cambios producidos por la segunda Guerra Mundial. Y esa nueva configuración de soberanías nacionales, resultante de la distribución del botín de guerra acordada por los líderes de los países vencedores en las conferencias de Yalta y Potsdam, coincidía, por cierto, con otra estructura, también nueva, el mapamundi ideológico.

En ambos aspectos hubo un ganador, el bloque socialista; y un perdedor, el de la democracia liberal capitalista.

En efecto, la Unión Soviética había extendido su área de influencia, directa o indirecta, sobre varias naciones de Europa, formando un cinturón de seguridad político-estratégica en torno a su territorio; desde Finlandia, al norte, pasando por Polonia y una parte de Alemania (la República Democrática) hasta los antes llamados países balcánicos, Rumania, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, y Albania, cuyos gobiernos estaban controlados por sus respectivos partidos comunistas afiliados a Moscú.

En Asia, la China y partes de la antigua Indochina y de Corea, liberadas de la dominación japonesa, quedaron también incorporadas en la órbita socialista.

Las ganancias para el Occidente, fueron una parte de Alemania (la República Federal) en Europa; y el

Japón, la China Nacionalista (Taiwán), Corea del Sur y Vietnam del Sur en el Asia.

En el área demoliberal capitalista se produjo una baja muy importante: el Imperio británico dejó de existir. Su posesión colonial más importante en el Asia, la India, se había independizado en 1947. Y con la sabiduría que la caracteriza en materia internacional, Inglaterra no se embarcó en guerras coloniales —que siempre se pierden— para conservar sus dominios ultramarinos en aquel continente, en el África y el Caribe. Gradualmente les fue otorgando *status* independientes dentro del marco del Commonwealth o Comunidad Británica, especie de asociación voluntaria de naciones ligadas al Reino Unido por lazos de tradición y de interés económico.

La pérdida del Imperio británico para el mundo occidental tuvo una gran compensación: la formación de una nueva, original, entidad: la Comunidad Económica o Mercado Común Europeo. El ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Robert Schuman, hizo en 1950 un llamado a la unidad voluntaria de Europa, y el primer tratado se firmó en París en abril de 1951, creando la Comunidad Europea del Carbón y el Acero. Seis naciones suscribieron en 1957 el Tratado de Roma para la formación de un mercado común con eliminación gradual de barreras aduaneras internas y establecimiento de un arancel para protegerse de las naciones no miembros. La comunidad ha avanzado tanto que ya ha dado origen a un Parlamento Europeo, una Corte de Justicia y un Consejo Europeo, encaminados a trascender el campo económico para alcanzar, eventualmente, el objetivo de la unidad política, los Estados Unidos de Europa de que hablaba Churchill.

El Plan Marshall, concebido y puesto en ejecución

por los Estados Unidos para rehabilitar a las naciones vencidas de Europa y que dio un enorme impulso a la recuperación económica del continente, permitió a los capitales transnacionales norteamericanos expandir su influencia en una dimensión sin precedentes. La misma operación de rescate hecha por los norteamericanos en el Japón significó —además del resurgimiento de la economía nipona hasta niveles increíbles— el establecimiento de un régimen democrático parlamentario en ese país.

Y estaba en pleno desarrollo la cruenta guerra entre Vietnam del Norte (con el apoyo de la URSS y de la China Popular) y Vietnam del Sur con el de los Estados Unidos; lucha que, como pocas, es un trágico ejemplo de cómo los intereses estratégicos y económicos de las grandes potencias libran sus batallas en cualquier parte del mundo sin que importe el precio que deban pagar quienes viven en esos campos de batalla.

Un hecho saliente, ocurrido en 1959, fue el nacimiento de la República Socialista de Cuba, como un bastión adelantado del sistema socialista en plena área de influencia de los Estados Unidos, tocando su mar territorial.

Por su parte, Africa era un hervidero de naciones apenas liberadas del yugo colonial o que estaban en proceso de lograrlo, empujadas por corrientes que unas veces respondían a influencias de las potencias occidentales y otras, las más, a las de la URSS, lo que determinó sangrientas luchas intestinas.

Para los aparatos de observación del imaginario satélite, la América Latina habría presentado el conocido panorama móvil, de regímenes que caían como castillos de naipes, para ser remplazados por otros bajo el mando de caudillos, especialmente militares,

cuyas acciones estaban casi siempre motivadas por intereses de grupo y ambiciones personales. Sin embargo, es importante anotar que en algunos países latinoamericanos como Costa Rica, Venezuela y Colombia, se desarrollaban procesos de institucionalización democrática que ponían fin a la sucesión de regímenes dictatoriales.

La visión del mundo a fines de la década de los sesentas habría sido pues muy diferente de la que percibió en su primera vuelta.

De ninguna manera sería posible en el mapamundi de los sesentas reidentificar con las mismas coloraciones las áreas territoriales de los años treintas. Algo semejante a un cataclismo capaz de alterar la faz de la Tierra se había producido en la geografía política del viejo mundo y en la redistribución de las áreas de influencia ideológica sobre esa nueva conformación de naciones; como si los infernales estallidos de las bombas atómicas no solamente hubiesen destruido a Hiroshima y Nagasaki sino que su efecto a larga distancia hubiera contribuido también al fraccionamiento del mapa geopolítico del mundo.

En medio de las grandes conmociones y como consecuencia de ellas, se producen otros hechos menos perceptibles pero de mucha significación para el futuro. Por ejemplo, la iniciación del movimiento de los "Países no Alineados" que tiene su punto de partida en Yugoslavia el año de 1961. Un grupo de naciones de menor desarrollo rehúsan someterse al dominio excluyente de cualquiera de las dos grandes superpotencias mundiales, proclaman su independencia y su derecho a tratar con cualquiera de ellas o con ambas, en función exclusiva de sus intereses nacionales, especialmente los de carácter económico. Su fuerza coaligada les permitirá hacer frente a la hege-

monía bipolar de Estados Unidos y la URSS, y constituirá un nuevo factor de equilibrio internacional.

Un fenómeno sintomático de importantes cambios socio-políticos internos que tendrán repercusiones internacionales, es la resistencia civil en los Estados Unidos contra la participación de ese país en la guerra de Vietnam. Miles de jóvenes se niegan a ser incorporados en las fuerzas armadas y quemán en público sus libretas de registro militar. Este movimiento de protesta involucra, por primera vez en la historia de los Estados Unidos, a los universitarios que en casos aislados recurren a la violencia, como cuando hacen estallar una bomba en un laboratorio en el que, según dicen, se hacen trabajos científicos destinados a fines bélicos. Y alguna vez son repelidos por la fuerza: la Guardia Nacional dispara sus fusiles contra estudiantes que hacen una manifestación pacífica, matando a cuatro de ellos.

Otro hecho saliente de este periodo, tanto más significativo, es la acción civil, pasiva, con la que el ministro protestante negro Martin Luther King recupera la plenitud de los derechos civiles arbitrariamente denegados a su raza desde la emancipación en el siglo pasado. El hecho es significativo tanto porque repara una cruel injusticia dentro de los Estados Unidos como porque encierra una enseñanza para el mundo acerca de la validez y eficacia de la acción pacífica en contraste con los resultados negativos de la violencia.

En Francia y Alemania, los estudiantes se sublevan violentamente (1968) contra el orden académico-administrativo de las universidades, hecho tan insólito en el segundo de dichos países como la participación universitaria en los asuntos políticos de los Estados Unidos.

Una especie de epidemia, por sus efectos letales y por el contagio que genera su propagación en el mundo, es el terrorismo. Por supuesto, no es nuevo; se lo ha utilizado en Europa desde fines del siglo XIX como recurso extremo de lucha contra el poder político autoritario y despótico. Se hace presente y recrudece en la década de los sesentas en áreas geográficas tan distantes y tan diferentes entre sí como Europa, el Japón y la América Latina. Más adelante se establecerá la diferencia que separa al terrorismo de la acción guerrillera. Por supuesto, en este último campo, el hecho saliente del periodo que se observa es la muerte del *Che* Guevara en Bolivia, en 1967.

La última vuelta del satélite se produce cuando el año 1980 se aproxima a su término.

Si la anterior observación recogió, como aspecto característico de aquella época, la nueva conformación de la geografía política del mundo, la presente recogerá otra, más importante aún desde el punto de vista de este estudio.

No solamente las áreas de influencia del socialismo y la democracia liberal capitalista han cambiado, con una clara ventaja cuantitativa para el socialismo sobre todo en el continente africano, sino que las doctrinas, en sí mismas, vienen sufriendo, en la práctica, interpretaciones y adaptaciones impensables hasta hace poco tiempo.

En su política interna, la Unión Soviética no acusa síntomas de debilidad. Sigue latente el movimiento de disidencia encabezado por escritores como Solzhenitsin (finalmente expulsado a los Estados Unidos); científicos representados por el físico nuclear Andrei Zakharov; historiadores como Ammalrik, Yakir y Drasin; el célebre cellista y director de

orquesta Rostropovich y algunas de las más brillantes figuras del tradicional ballet ruso. Pero esa corriente de protesta y rebelión pasiva, fundada en el reclamo de mayores libertades civiles y culturales, no se ha filtrado hasta los estratos sociales donde el pueblo —que no puede establecer comparaciones pues no ha vivido en otro sistema ni tiene contacto con el mundo occidental— está satisfecho con el esquema que le garantiza seguridad contra la miseria, desde la cuna hasta la tumba, y da a todos iguales oportunidades para educarse y mejorar su situación. En esos términos, al pueblo le parece bien pagado el precio de una libertad que no conoce, por un aceptable bienestar material que sí conoce. Además, hablando de precios, el que se paga por la rebelión es demasiado duro bajo la dictadura soviética.

El régimen gubernamental de los soviets, presidido por el viejo líder Leonid Breznev parece muy firme. Ninguno de los dirigentes políticos que se señalan como posibles sucesores significa una posibilidad de cambio en la línea política; sin embargo, en los regímenes totalitarios es casi imposible anticipar dichas modificaciones hasta que ellas se producen, como ocurrió con Khrushchev y su “desestalinización” o con quienes cambian la faz de China cuando muere Mao Tse-tung.

La URSS ha promulgado una nueva Constitución el 7 de octubre de 1977 que sustituye a la de 1936. Sobre dos aspectos fundamentales, la propiedad y los derechos del ciudadano, la nueva Ley Fundamental dice (en parte) lo siguiente:

“Art; 10.— La base del sistema económico de la URSS es la propiedad socialista de los medios de producción en forma de propiedad del Estado (patrimonio de todo el pueblo) y propiedad de los *koljoses*

y otras organizaciones cooperativas. Es también propiedad socialista el patrimonio de los sindicatos y otras organizaciones sociales necesarias para el desempeño de sus tareas estatutarias. El Estado protege la propiedad socialista y crea premisas para multiplicarla. Nadie tiene derecho a utilizar la propiedad socialista para lucro personal y otros fines egoístas.

Los ingresos provenientes del trabajo, según el artículo 13, constituyen la base de la propiedad personal de los ciudadanos de la URSS. Pueden ser propiedad personal los utensilios de menaje y uso cotidiano, los bienes de consumo y comodidad personal, los objetos de la hacienda doméstica auxiliar, la vivienda y los ahorros procedentes del trabajo. El Estado protege la propiedad personal de los ciudadanos y el derecho de heredarla. Los ciudadanos pueden tener en usufructo parcelas proporcionadas según el procedimiento establecido por la ley, para utilizarlas como hacienda auxiliar (incluyendo el mantenimiento de ganado y aves de corral), para horticultura y fruticultura, así como para la construcción de vivienda individual. Los ciudadanos están obligados a utilizar racionalmente las parcelas que se les ha concedido. El Estado y los *koljoses* ayudan a los ciudadanos a mantener la hacienda auxiliar.

Los bienes que se encuentran en propiedad personal o usufructo de los ciudadanos no deben servir para extraer ingresos parasitarios ni ser utilizados en perjuicio de los intereses de la sociedad."

La nota saliente de estas disposiciones es que, si bien la vivienda puede ser objeto de propiedad "personal" (privada), incluido el derecho de heredarla, las "parcelas proporcionadas según el procedimiento establecido por la ley" o sea la tierra destinada al cultivo, sólo se otorga en calidad de usufructo, segu-

ramente porque se la considera un instrumento de producción.

En cuanto a los "derechos, libertades y deberes fundamentales de los ciudadanos de la URSS", el artículo 39 dice:

"Los ciudadanos de la URSS poseen toda la plenitud de derechos y libertades socioeconómicos, políticos y personales, proclamados y garantizados por la Constitución de la URSS y las leyes soviéticas. El régimen socialista asegura la ampliación de los derechos y libertades y el constante mejoramiento de las condiciones de vida de los ciudadanos, a medida que se cumplen los programas de desarrollo socioeconómico y cultural.

El uso de los derechos y libertades por los ciudadanos no debe lesionar los intereses de la sociedad y del Estado ni los derechos de otros ciudadanos."

El artículo 50 dice que "de conformidad con los intereses del pueblo, y a fin de fortalecer y desarrollar el régimen socialista, se garantiza a los ciudadanos de la URSS la libertad de palabra, de prensa, de reunión, de mitin y de desfiles y manifestaciones en la vía pública".

"El ejercicio de estas libertades políticas se asegura mediante la concesión, a los trabajadores y a sus organizaciones, de edificios públicos, calles, plazas, la amplia divulgación de informaciones y la posibilidad de utilizar la prensa, la televisión y la radio."

"Artículo 54.— A los ciudadanos de la URSS se les garantiza la inviolabilidad personal. Nadie podrá ser detenido sino por mandato judicial y con autorización del fiscal.

Artículo 55.— A los ciudadanos de la URSS se les garantiza la inviolabilidad del domicilio. Nadie po-

drá penetrar en el ajeno sin fundamento legal contra la voluntad de sus moradores.

Artículo 56.— La ley ampara la intimidad de los ciudadanos, el secreto de la correspondencia, de las conversaciones telefónicas y de las comunicaciones telegráficas.

Artículo 57.— El respeto del individuo y la protección de los derechos y libertades de los ciudadanos es obligación de todos los órganos estatales, organizaciones sociales y funcionarios.

Los ciudadanos de la URSS tienen derecho a defensa judicial contra los atentados a su honor y dignidad, a su vida y salud, a su libertad personal y sus bienes.

Artículo 58.— Los ciudadanos de la URSS tienen derecho de recurrir las acciones de los funcionarios y de los órganos estatales y sociales. Estas quejas deben ser examinadas en el orden y en el plazo establecidos por la ley.

Las acciones de los funcionarios, que suponen infracción de la ley o abuso de autoridad y menoscaban los derechos de los ciudadanos, pueden ser recurridas ante los tribunales en la forma establecida por la ley.

Los ciudadanos de la URSS tienen derecho a la indemnización del daño causado por acciones ilícitas de organizaciones estatales y sociales, así como de los funcionarios, durante el desempeño de sus obligaciones”.

El concepto de que el ejercicio de los derechos individuales no debe dañar los intereses de la sociedad, de los demás individuos ni del Estado, no difiere del principio en que se fundan las constituciones demoliberales: el derecho de cada individuo tiene un límite donde comienza el derecho de los demás.

En cuanto a la libertad de palabra, de reunión, de expresión pública en la prensa, la televisión y la radio, el enunciado es también perfecto desde el punto de vista democrático; pero en la práctica el ejercicio de esas libertades no es posible en una sociedad en la que todos los medios de comunicación pública son controlados por el Estado; de un Estado que representa y pone en práctica rígidamente los principios e intereses de un régimen político unipartidista, de una dictadura, la del proletariado.

Si existiera una libertad de expresión como la que enuncia el artículo 50 de la Constitución soviética, no se explicarían las medidas de represión adoptadas contra los escritores, intelectuales y científicos antes mencionados, que no sólo restringen la libertad de pensamiento y expresión sino también los derechos personales a que se refieren los artículos 54, 55 y 56; medidas que incluyen la innovación de someter a los opositores a tratamiento en clínicas psiquiátricas.

A las garantías contra excesos y abusos de la autoridad enunciadas en los artículos 57 y 58, les falta un punto de sostén efectivo y es la existencia de un instrumento jurídico básico, que en las constituciones occidentales se materializa en el recurso del *habeas corpus* mediante el que un detenido sin causa legal, puede exigir en términos perentorios su libertad y el sometimiento de su caso a los tribunales competentes.

La URSS avanza a pasos gigantescos en su desarrollo económico y militar. De acuerdo con datos registrados últimamente en publicaciones norteamericanas (y que como tales no pueden considerarse como medios de propaganda del régimen soviético), la URSS "se ha adelantado al mundo en la producción de acero, hierro fundido y cemento, así como en

productos agrícolas como la cebada, algodón, trigo, avena, centeno y azúcar. En materia de petróleo, sus reservas sólo son superadas por las de Arabia Saudita y un infatigable esfuerzo tiende a descubrir nuevos yacimientos, especialmente en Siberia'.

El logro de estos objetivos no se detiene en prejuicios ideológicos o nacionalidades. Se compra tecnología y equipo allí donde se los puede encontrar mejores: Estados Unidos, Japón o cualquier otro país del mundo que los ofrezca en condiciones ventajosas. Militarmente, la URSS aventaja en muchos aspectos a los Estados Unidos.

Con toda la eficiencia que el sistema soviético demuestra en muchos aspectos, con un territorio que es casi un continente y con la capacidad operativa que puede desplegar un régimen totalitario, hay un problema que la URSS no ha logrado resolver satisfactoriamente: la producción de cereales en cantidad suficiente para el consumo y para el almacenamiento destinado a los malos años meteorológicos. El resultado es que, muy frecuentemente, la URSS debe acudir a los mercados de Estados Unidos, de Canadá y de la Argentina para hacer gigantescas compras. Refiriéndose a esta falla, el año 1980, el presidente Leonid Breznev, hablando ante un pleno de partido comunista, criticó duramente a los "tecnócratas, por su ineficacia y su arrogancia".

Es evidente que la política internacional de la URSS tiende a la consolidación de su poderío como superpotencia mundial pues al incremento de su capacidad económica y militar se suma la expansión radial de sus posiciones estratégicas. Es notorio, en este aspecto, el caso de África. El satélite imaginario podría captar la presencia de regímenes afines a la URSS desde la costa occidental de ese continente, en

Angola, hasta Etiopía, Somalia y otros puntos en la del este; estos últimos destinados al control de la conexión del Mediterráneo con el Oriente a través del Canal de Suez y el Mar Rojo.

En algunos de estos avances se hicieron presentes —novedosa proyección extracontinental— tropas cubanas que fueron allí con el propósito de “ayudar a los movimientos de liberación nacional antiimperialista”. Dada la vinculación de Cuba con la URSS, respaldada por un subsidio de hasta tres millones y medio de dólares diarios, especialmente en suministro de petróleo, y si se toma en cuenta la precaria situación económica de la isla del Caribe, es obvio que la costosa operación militar transoceánica no puede responder a los intereses de Cuba sino a los de la política mundial soviética.

Una evidencia muy reciente del proceso de expansión estratégica de la URSS es la ocupación de Afganistán repudiada incluso por prominentes sectores y dirigentes del mundo socialista. La forma en que se desarrolla la lucha en aquel país, contra una resistencia organizada en forma de guerrillas, seguramente ayudadas por las potencias de Occidente, ha dado origen, al cabo de diez meses de campaña, a la idea de que Afganistán pudiera convertirse en “el Vietnam de la Unión Soviética”.

Una de las grandes incógnitas de este tiempo se refiere al objetivo final de este programa armamentista de la URSS: ¿Es simplemente un plan preventivo de defensa contra una posible agresión de las potencias occidentales o el preparativo de una ofensiva destinada a dominar al mundo por las armas?

Las dimensiones del equipamiento militar que cuesta 165 000 millones de dólares por año y tiene en servicio activo a una fuerza total de tres millones y

medio de hombres y la progresiva ocupación de posiciones estratégicas, hacen poco admisible la primera hipótesis; sin descartar la posibilidad de que aun en caso de ser solamente un plan preventivo, su exceso pudiera convertirse en un factor irritante para la reacción de las potencias occidentales.

El acontecimiento del momento, que seguramente puede tener mayores repercusiones políticas a largo plazo en el área soviética, es la huelga de trabajadores portuarios polacos agrupados en sindicatos independientes que, bajo las directivas del líder Lech Walesa y con el nombre de Solidaridad han entrado en abierta beligerancia con el partido comunista polaco y, por ende, con el gobierno de ese país y con Moscú.

El objetivo principal de la huelga fue, paradójicamente, obtener la legalización del derecho a la huelga y el reconocimiento oficial de Solidaridad. Todo ello, como punto de partida para plantear reclamaciones de mejoramiento salarial y aprovisionamiento de víveres destinados al consumo popular. Hay una gran escasez de artículos de primera necesidad y el pueblo se ve obligado a esperar en interminables filas para comprar lo más indispensable. Y éste no es sino un aspecto de la situación económica general que, por una planificación equivocada, excesiva centralización y burocratización, tiene a Polonia al borde de una crisis. Por primera vez tendrá este año un déficit fiscal, el crecimiento económico no pasará del 1 por ciento, mientras el gasto público aumentará en un 22 por ciento y la deuda externa (a gobiernos y organismos internacionales de Occidente), llega a los 23 mil millones de dólares, cuyo servicio de intereses representa un 80 por ciento del valor de sus exportaciones.

En circunstancias de especial dificultad para la

Unión Soviética, con los problemas de Afganistán y de Irán en las puertas de su casa, tanto el partido comunista polaco como Moscú mismo cedieron a las primeras demandas de los sindicatos libres para aplacar los ánimos. Pero el resultado de las concesiones fue contrario, pues Lech Walesa y los suyos se negaron a aceptar que en el Estatuto de Solidaridad se incluyera una cláusula de reconocimiento de la "supremacía" del partido comunista, amenazando con nuevas huelgas si esa exigencia era rechazada.

Tanto en el resto del mundo como entre los mismos dirigentes de Solidaridad partidarios de una política más conciliadora después de las concesiones obtenidas, se piensa que Polonia puede estar corriendo el mismo peligro que en 1968 culminó con la invasión soviética a Checoslovaquia. Ya el partido comunista de Alemania Oriental ha denunciado a los sindicalistas como "subversivos" ofreciendo su ayuda a "los verdaderos patriotas polacos". Iguales advertencias se hicieron a Checoslovaquia días antes de invadir su territorio con 200 mil soldados, cuando el líder Alexander Dubcek trató de "flexibilizar" el régimen comunista de su país.

El vigoroso sistema inmunológico de los soviets no tolera y rechaza violentamente a cualquier cuerpo extraño como resulta ser un partido comunista flexible; y, más aún, algo tan insólito como unos sindicatos "libres" que desconocen la supremacía del partido comunista del país en que actúan, supremacía que está consagrada por uno de los conceptos básicos del marxismo-leninismo, según el cual el partido es, orgánicamente, la vanguardia del proletariado.

A todos estos ingredientes explosivos se añade el viejo rencor alimentado por el recuerdo de invasiones, represiones y participaciones del territorio pola-

co realizadas por Rusia desde el siglo XVIII, además del fusilamiento de 10 000 oficiales polacos en el bosque de Katyn y la impasibilidad con que el victorioso ejército soviético permitió que las tropas de Hitler exterminaran impunemente a los patriotas polacos que se defendían en Varsovia al final de la segunda Guerra Mundial.

Un aspecto que se pone de relieve es que en las anteriores subversiones contra el régimen soviético (Hungría, Checoslovaquia y aun en la disidencia ideológica de Yugoslavia) esos movimientos estuvieron encabezados por los dirigentes comunistas, mientras que en Polonia es el proletariado el que se levanta, con exigencias cada vez mayores. Se anuncia que pedirán la semana de cinco días de trabajo.

Por estos antecedentes y razones, la aventura de Lech Walesa y su Solidaridad, es una especie de ruleta literalmente rusa, que no solamente puede costarle la vida sino desencadenar acontecimientos de imprevisible magnitud por el poder de propagación incendiaria que generalmente tienen estas corrientes libertarias.

En la otra vertiente del mundo socialista, la República Popular de China, la muerte de Mao Tse-tung, ideólogo y "Gran Timonel" de la revolución, cuyo *librito rojo* se convirtió en una biblia de bolsillo y talismán con virtudes curativas para males del cuerpo y del alma, produjo una conmoción de proporciones sísmicas. Hasta entonces, cuatro dirigentes encabezados por la esposa de Mao, habían tomado el control del poder con la bandera de una intransigente adhesión a los planteamientos originales de la revolución. En nombre de esos postulados persiguieron y anularon políticamente a muchos dirigentes de tendencia más flexible, entre ellos al prominente Deng Xiao-

ping. Mao, enfermo y sitiado por sus colaboradores inmediatos pareció vacilar e hizo pronunciamientos ambiguos como si, en algunos casos, reafirmara los planteamientos tradicionales, ortodoxos, del comunismo pekinés, en nombre de los cuales se hizo, por ejemplo, la tristemente célebre "Revolución cultural"; otras veces, parecía admitir la conveniencia de poner en marcha una evolución programática hacia la modernización de China para convertirla en una gran potencia industrial.

Desaparecido el gran caudillo, el gobierno fue rápidamente tomado por los partidarios de la corriente progresista, con Hua Kuo-feng como presidente del partido y cabeza visible del movimiento y Teng Xiao-ping, cerebro, motor y timonel, después de haber sido perseguido y vilipendiado durante la Revolución Cultural.

Los espectaculares cambios determinados por el nuevo orden comenzaron nada menos que con el apresamiento y enjuiciamiento de Chiang Ching viuda de Mao y sus tres principales colaboradores que pasaron a ser la "Pandilla de los Cuatro". Para acusarlos se emplearon todos los recursos imaginables, inclusive la publicación de pequeños folletos con historietas ilustradas, en colores, que muestran a Chiang Ching en sus mejores días (fue actriz antes de casarse con Mao), lánguidamente recostada en un lujoso lecho de su residencia oficial, como una "mujer fatal" de Hollywood, fumando con una larga boquilla y, en general, disfrutando del lujo y la molicie que le daban sus riquezas mal adquiridas en el gobierno. Procedimientos corrientes en las campañas de vilificación con que se suele enterrar a un gobierno caído en la América Latina, donde la política se hace con malas artes, pero que parecían

inconcebibles en países en los que se practica el socialismo "científico".

En el juicio mismo, basado en acusaciones no siempre sustanciadas por los requisitos que exigen las leyes occidentales, muchos cómplices de la pandilla se confesaron culpables y pidieron clemencia, pero Chiang Ching empezó desairando al jurado con un silencio inmutable pero luego lo increpó a gritos, preguntando cuántos de sus componentes podían decir que habían estado junto a ella y a Mao en los duros días iniciales de la revolución. Acabó afirmando que le gustaría tener muchas cabezas para que se las corten en servicio de la revolución. Presumen los observadores, en vista de esta actitud de Chiang Ching, que será ejecutada.

Entre las acusaciones formuladas contra la "pandilla" figura el atraso que significó para China la llamada "Revolución Cultural", cuando se suprimieron todas las actividades científicas, tecnológicas y artísticas, desencadenando una sañuda persecución contra todos los personajes prominentes en dichos campos. Esa persecución, dicen los acusadores, costó la vida a unas 34 mil personas y daños y sufrimiento a centenares de miles.

Dos pasos internacionales ponen de relieve el cambio ocurrido en China: la concertación final de un tratado de paz y amistad con el Japón, ganándole esta partida diplomática a la URSS; y un rápido y desembozado movimiento de aproximación al mundo occidental, muy especialmente a los Estados Unidos, para negociar convenios de asistencia económica, financiera y tecnológica. ¡Hasta se concertó la instalación de una fábrica de Coca Cola en Shanghai! Hua Kuo-feng y Teng Xiao-ping recibieron e hicieron visitas de intercambio amistoso con los líderes de

Occidente. Una ancha brecha se abrió en la Gran Muralla.

Algunas de las muchísimas estatuas de Mao empezaron a desaparecer y más de una de sus enseñanzas y medidas políticas son objeto de crítica, tales como el famoso "Gran Salto Adelante" que, entre 1958 y 1960, "dejó a la economía china en ruinas". Sin desconocer la obra inicial de Mao, algunos de sus propios colaboradores y contemporáneos como Ye Chiang-ching admitieron públicamente haber incurrido en errores y excesos, al celebrarse el tercer aniversario del establecimiento de la República Popular de China, ante el Congreso Nacional del Pueblo reunido en 1979.

En la crítica contra el régimen de Mao y la "pandilla de los cuatro" se habla de "muchos años perdidos" y de que "todo está por hacer". La actual proyección de China hacia el mundo occidental es llamada "El Gran Salto Afuera", como retruécano del "Gran Salto Adelante" que fracasó con Mao. La última palabra de las acusaciones contra Mao es la afirmación de que fue "demasiado extremista" en su política.

Es fácil imaginar el efecto de este viraje en la ruta del "Gran Timonel" sobre los adeptos del marxismo pekinés considerado como el postrer baluarte de la pureza doctrinaria en contraste con el "aburguesamiento y corrupción" de la burocracia soviética. Una muestra de esta reacción fue la separación de Albania, hasta entonces fiel aliada de China, de donde resulta que ahora hay también, entre muchas otras sectas de la mística marxista, un "sector albanés", que nada tiene que ver con nadie sino consigo mismo y con algunos adherentes que no pueden faltarle en los sectores ideológicos puristas de la América Latina.

En el área socialista del Asia, Vietnam protagoniza un nuevo episodio dramático. Su conducta internacional es uno de los fenómenos políticos más extraños detectables en el transcurso de los últimos años.

Concluida la cruenta guerra civil que enfrentó al Norte con el Sur y proclamada la República Popular de Vietnam en 1976, parecía que este país —torturado por interminables años de lucha para liberarse del dominio colonial francés y de la ocupación japonesa, así como de la intervención norteamericana—, entraría por fin en una era de paz y reconstrucción. Pero casi sin pausa ni respiro está empeñado en una nueva guerra ya no interna sino de expansión territorial y, sobre todo, de predominio político contra su vecina Camboya, a punto de ser totalmente subyugada.

La República Popular de Vietnam, que en la guerra de Norte contra Sur recibió ayuda de China y mayormente de la Unión Soviética, actúa en el caso de Camboya en consonancia con los designios de la URSS y por consiguiente contra los de la China, hasta tal punto que este último país llega a organizar "acciones primitivas" de carácter militar contra Vietnam. Por su parte, Vietnam expulsa a miles de chinos que vivían en su territorio, mientras que otros miles de vietnamitas del Sur, temerosos de las represalias de los del Norte ahora dueños de la situación, huyen de su país en pequeños barcos que, como fantasmas, van de uno a otro puerto del Asia buscando un asilo que nadie quiere darles. Estados Unidos recibe a algunos como acto de contrición por lo que sus tropas y aviones hicieron en Vietnam, pero hay muchos miles más que forman una población flotante que muere de hambre y desesperanza.

No parece haber término para la guerra, cualquier guerra, en Vietnam. Primero como país que lucha por su independencia y luego como parte de un nuevo esquema imperialista. Organizaciones encabezadas por personalidades notables del mundo intelectual y cultural del mundo entero que declararon su apoyo a Vietnam del Norte en su guerra contra los Estados Unidos, hicieron un viraje para censurar la invasión vietnamita a Camboya.

La visión del mundo occidental democrático-capitalista en la tercera vuelta del satélite imaginario a fines del año 80, recoge en primer plano una imagen profundamente desconcertante de lo que ha ocurrido en los Estados Unidos en los últimos años. Resortes vitales de la superpotencia muestran síntomas de aflojamiento y deterioro. Sociólogos, historiógrafos, politólogos y economistas tratan de interpretar el fenómeno que parece tener las siguientes causas fundamentales, estrechamente ligadas entre sí.

La confianza en sí mismo, en sus posibilidades y en su llamado "destino manifiesto" como guía del mundo libre, fue, desde la declaración de Independencia en 1776, la armazón espiritual del pueblo norteamericano en su vida nacional y en su conducta internacional.

Nación victoriosa en todas sus guerras, no concebía la idea de ser alguna vez derrotada. Con la capacidad industrial que le permitió realizar los prodigios de la segunda Guerra Mundial, cuando llegó a fabricar un barco por día, los famosos *victory ships*, sus soldados marchaban con alegría deportiva a la batalla seguros de ganarla y dispuestos a pagar con su vida el precio de la victoria. Pacifistas por naturaleza, los norteamericanos fueron capaces de enfrentarse con pueblos de mística guerrera como

Alemania y el Japón y derrotarlos. No todo fue obra de la superioridad cuantitativa y cualitativa de sus armas, sino que los "yanquis" que las manejaban demostraron la capacidad combativa y coraje sin los cuales no hay armamento que funcione eficazmente.

Fue así como los Estados Unidos concibieron la idea de "detener el avance comunista" en Vietnam y dar una lección ejemplarizadora al pequeño país que se constituyó en instrumento de los designios expansionistas de la URSS y la China empleando los mismos hombres y los mismos métodos de lucha con los que derrotó a Francia para lograr su independencia.

Los estrategas norteamericanos pensaron primero que bastaría con dar a Vietnam del Sur "apoyo técnico" y suministro de potencial bélico. Pero muy pronto fue evidente que nada de eso, ni el sostenimiento artificial de un régimen político corrupto en Saigón era suficiente para contener el empuje de los combatientes del "Vietcong" cuyas operaciones de tipo guerrillero desbarataron todos los planes de acción masiva de los Estados Unidos. Luego fueron movilizadas, cruzando océanos, divisiones enteras dotadas del más moderno armamento y recursos como el empleo de "defoliadores" de la selva y detección de concentraciones de tropa debajo de los árboles mediante fotografías aéreas con rayos infrarrojos, sensibles a la temperatura del organismo humano, para orientar los ataques aéreos. Los resultados fueron nulos. Se sugirió, entonces, la necesidad de acabar de una vez la lucha con bombardeos atómicos, pero el temor a la reacción de la opinión pública mundial y a la "retaliación" por parte de la URSS y la China roja, impidieron el empleo de ese recurso.

La desdichada aventura bélica de los Estados Uni-

dos en Vietnam duró alrededor de doce años. El fracaso de las acciones militares, la desmoralización de las tropas y la protesta interna cada vez más vigorosa, determinaron la retirada del ejército norteamericano dejando montañas de equipo militar como botín de victoria para los norvietnamitas. Es así como los Estados Unidos de América sufrieron la primera derrota de su historia, no a manos de una de las grandes potencias con las que en otro tiempo se enfrentaron sino de un pequeño país cuyo territorio tiene un área veintiocho veces menor que el de los Estados Unidos.

Los norteamericanos tuvieron que aceptar la amarga verdad de que en Vietnam no fueron ni justos ni eficientes como siempre se habían creído.

A los asesinatos del presidente John F. Kennedy y su hermano Robert, personajes de gran popularidad que simbolizaban muchas de las cualidades triunfalistas de los norteamericanos, se sumó el del líder del movimiento de reivindicación pacífica de los derechos civiles de los negros y Premio Nóbel de la Paz, reverendo Martin Luther King. No es que la muerte violenta de un primer mandatario fuera un hecho sin precedentes en los Estados Unidos; más de un presidente, inclusive una de las más nobles figuras de su historia, Abraham Lincoln, pereció a manos de asesinos. Menos aún podría considerarse insólita la inmolación de negros que lucharan por la redención social y política de su raza. Pero las sucesivas muertes de los Kennedy y de King fueron como aquellas complicaciones sucesivas que afectan a un organismo debilitado por una grave enfermedad, cada una de las cuales desencadena las próximas.

Estructuras que en este caso se quebrantaron especialmente fueron las de la confianza de los Estados

Unidos en su propia seguridad, porque se llegó a la perturbadora conclusión de que a ningún nivel, ni el más alto, era posible sentirse debidamente protegido, ni por mecanismos de la autoridad política, como en el caso de los Kennedy, ni por las barreras de la moral social, en el de King. Aunque a todas luces los tres delitos tuvieron como autores a fanáticos, inadaptados sociales, siempre quedará la sospecha de que éstos no fueron sino ejecutores de planes fraguados por grandes intereses reaccionarios que se veían amenazados por la marcha ascendente de tres figuras consagradas a los ideales del cambio, de la revolución pacífica, con objetivos de justicia social tanto dentro de los Estados Unidos como en la proyección de su política internacional. Los tres asesinatos parecieron demostrar que el gran andamiaje nacional estaba a merced de actos demenciales o, peor todavía, de sórdidos intereses económicos y prejuicios raciales anacrónicos.

A estos efectos desestabilizadores de la confianza del pueblo norteamericano en sí mismo, tanto en el campo militar como en el social, se añadió, en la década de los setentas, el escándalo de Watergate, como un golpe de gracia a otro aspecto de su fe en instituciones consideradas poco menos que perfectas: las de su gobierno.

Son bien conocidos los pormenores del célebre proceso de investigación periodística y acción judicial que revelaron las delictuosas manipulaciones con las que el presidente Richard Nixon trató de asegurar su reelección; más aún, de encubrir las operaciones dolosas realizadas por sus colaboradores para burlar a la justicia.

Es cierto —y esto hay que recalcarlo— que fue precisamente el sistema democrático, en ejercicio de

sus propios recursos de libertad de expresión e independencia del poder judicial, el que hizo posible la destitución de todo un presidente de la República por obra de dos periodistas y un modesto juez de primera instancia. Por otra parte, no contribuye a fortalecer el ánimo del pueblo norteamericano la novedosa e irritante noción de su "dependencia". Una dependencia, la del petróleo, que está en manos de otros países y de una organización, la OPEP, imposibles de manipular con los recursos que en otro tiempo utilizaban los Estados Unidos.

Estrechamente conectado con el problema del petróleo del Medio Oriente, otro episodio, el de la captura de funcionarios de la embajada norteamericana en Teherán como rehenes, viene a demostrar, una vez más, que el mito de la invencibilidad y la infalibilidad de los Estados Unidos se ha esfumado.

Como si todo esto fuera poco, en la década de los setentas se inicia un proceso de deterioro del gigantesco mecanismo económico-financiero de los Estados Unidos, otro de los pilares aparentemente incommovibles de la posición de ese país como potencia de primera magnitud.

Son muchos y muy complejos los factores que se señalan como causantes de este fenómeno. Sin entrar en precisiones técnicas que no corresponden a la índole de este estudio, se puede señalar a grandes rasgos los siguientes: Una masiva exportación de capitales en forma de inversiones hechas por las empresas transnacionales norteamericanas en Europa, al ritmo de la prosperidad de los años sesentas; elevación desmedida de los costos de producción de los artículos manufacturados, debida principalmente al alto costo de la mano de obra, que debilita la capacidad competitiva de los Estados Unidos en los

mercados internacionales; elevación del precio del petróleo que se importa del Medio Oriente y de Venezuela; crecimiento desmesurado de los gastos del Estado especialmente en los capítulos de defensa nacional y seguridad social; competencia exportadora de países altamente industrializados como Alemania Federal y, muy especialmente, el Japón, a tal punto que artículos como los automóviles y aparatos electrónicos (receptores de radio, televisores, etc.), japoneses no sólo desplazan a los similares de procedencia norteamericana en el mercado mundial, sino que inundan el propio mercado interno de los Estados Unidos.

La interacción de estos factores con una constante devaluación del dólar resulta tan complicada, que produce situaciones económicamente contradictorias como la presencia simultánea de un estado a medias de inflación y recesión, teratológica criatura que ha sido bautizada con el nombre de "reflación", inexistente hasta ahora en el vocabulario económico. Tan desconcertados están los expertos de los Estados Unidos y del mundo entero, que un famoso economista a quien se le pidió explicar el fenómeno, se limitó a decir: "sabemos que existe pero no lo comprendemos".

Una consecuencia del malestar reinante, es que en el país de pura cepa capitalista, en el que la injerencia del Estado ha sido siempre considerada como una blasfemia contra la intangible pureza de la libre empresa, se vienen dando casos de grandes firmas que, al borde de la quiebra, piden ayuda financiera al gobierno; y el gobierno se ve forzado a otorgarla, como ocurrió recientemente para salvar la fábrica de automóviles Chrysler cuyo cierre habría significado dejar sin empleo a más de 300 mil trabajadores entre

los empleados directos y los de firmas subsidiarias. Es por ello que un importante tema de debate electoral entre los candidatos a la presidencia de la República, Jimmy Carter y Ronald Reagan, consiste en el planteamiento de programas destinados a "revitalizar" la industria, esa industria que tradicionalmente fue nervio y músculo infalible del potencial económico y militar norteamericano.

Entre tanto, la crisis se acentúa. Las utilidades de las empresas norteamericanas descienden 18 por ciento en los tres meses comprendidos entre abril y junio de 1980.

Un resultado natural de esta situación interna es la vacilante, imprecisa y débil política exterior de los Estados Unidos en su confrontación con el claro sentido de dirección y la inexorable marcha de la Unión Soviética hacia sus objetivos de dominación mundial.

La sensatez, el flexible sentido pragmático de adaptación a la realidad, característicos de la psicología norteamericana, parecen ausentes en la grave coyuntura histórica presente. Una prueba de ello es que siendo un hecho innegable la carestía del petróleo, el ciudadano norteamericano se niega a disminuir el consumo de ese producto, cada vez más escaso y costoso, para el uso suntuario al que está acostumbrado: calefacción o aire acondicionado excesivos y enormes automóviles con sed insaciable de gasolina. Proyectos de conservación de energía presentados por el gobierno han sido invariablemente rechazados o postergados por el Congreso, expresión de la voluntad y los sentimientos populares; sin que en esta coyuntura falte, por supuesto, la turbia acción de los *lobbys* o gestores de las empresas petroleras que hacen utilidades cada vez mayores vendiendo su

propio petróleo y también distribuyendo comercialmente el importado a los astronómicos precios impuestos por la Organización de Países Exportadores de Petróleo, OPEP, controlada por los países árabes; precios que han subido desde unos 2.50 dólares por barril a principios de la década de los setentas hasta cerca de 40 dólares (y aún más, ocasionalmente) en 1980.

A propósito de los países árabes, es interesante señalar otro fenómeno insólito que ilustra muy claramente el trastorno de la economía capitalista en la última década: la acumulación de "petrodólares", calculada en muchos miles de millones, que los países árabes, sus poseedores, vienen invirtiendo a manos llenas en todo el mundo, especialmente en los Estados Unidos. En una operación que sólo pudo ser detenida en el último momento, los árabes estuvieron a punto de tomar, en la Bolsa de Valores de Nueva York, el control financiero de una de las más importantes fábricas de aviones de guerra para la marina norteamericana, la Grumman. O sea que, en una curiosa inversión del flujo de capitales, a los árabes les toca el turno de —valga la exageración— comprar para sí a los Estados Unidos adquiriendo, como ya lo han hecho en Europa, importantes bloques de acciones de grandes empresas alemanas como la Mercedes Benz e inglesas como la Leyland.

Un politólogo dice que el Occidente capitalista está aprendiendo algunas de las penosas frustraciones que acarrea la dependencia. Pero es importante destacar que los países más dañados por el alto costo del petróleo, naturalmente, son los más pobres.

En esta situación, preñada de sombrías perspectivas, el gobierno norteamericano está en manos del presidente Jimmy Carter, ingeniero naval y produc-

tor de maní, hombre de indudables buenas intenciones, honestidad y sentimiento religioso que hacen de él una especie de predicador evangelista; pero inseguro y dubitativo, rodeado de colaboradores mediocres. Y el panorama de candidatos para las elecciones presidenciales de fines de 1980 no muestra una sola figura que, en remplazo de Carter, ofrezca una verdadera esperanza de gobierno como el que necesita el país.

Parece imposible que entre 230 millones de norteamericanos con su alto nivel cultural nacional, no haya por lo menos mil hombres capaces de gobernar eficientemente a su país. Claro que debe de haberlos, pero el mecanismo político bipartidista, con su primitivo sistema selectivo piramidal no permite que emerjan fácilmente nuevos valores no tamizados por las maquinarias de los partidos. Por otra parte, la política está tan desacreditada y los cargos públicos son tan mal pagados, que los hombres más capaces prefieren trabajar en el sector privado. Finalmente, la vida pública se ha hecho implacablemente pública después de Watergate, expuesta al examen descarnado de antecedentes no sólo propios sino también familiares, y muy pocos hombres de valía están dispuestos a exponer sus vidas al examen inquisitorial que se exige para asumir una alta función de gobierno.

De la fe ilimitada en sus virtudes casi mesiánicas, los Estados Unidos han pasado a una psicosis de desconfianza. A tal punto, que hasta sus organismos de "inteligencia" y contraespionaje, por naturaleza esencialmente secretos, han pasado a ser objeto del escrutinio público para evitar excesos y errores que, por otra parte, otros países pueden cometer impunemente como parte inevitable del "sucio trabajo" que les corresponde.

Es natural que frente a este cuadro patológico, con tantos y tan inquietantes síntomas, se hayan formulado los más variados diagnósticos. Después de todo, lo que ocurre a los Estados Unidos interesa a todo el mundo, tanto amigos como enemigos. La gama de la diagnosis va de un extremo a otro. Desde quienes ven —siguiendo el símil médico— los síntomas terminales de la “decadencia de Occidente”, hasta los que, sobre todo en los Estados Unidos, consideran que sólo se trata de una crisis cíclica, temporal, con muchas posibilidades de recuperación.

Sea cual fuere la verdad —y es muy difícil precisarla— lo cierto es que el potencial económico y humano de los Estados Unidos es tan grande y cuenta con reservas de tal magnitud, que sería aventurado predecir un descenso vertical, un hundimiento que, de pronto, dejara un vacío comparable al que se produciría si un cataclismo geológico hiciera desaparecer todo un sistema de montañas.

Frente a la curiosa falta de sensibilidad y de percepción de los hechos que ahora parece afectar al pueblo norteamericano, son los demás componentes del mundo occidental, los países del Mercado Común Europeo, el Japón, Corea del Sur, Malasia, etc., los que mayormente se preocupan por lo que acontece a los Estados Unidos. No siempre el enfermo es el que más sabe de su enfermedad.

¿El descenso del poderío y la influencia de los Estados Unidos, significaría también la decadencia del sistema democrático en el mundo? Por supuesto, la falta de soporte norteamericano —político y económico— debilita seriamente a los regímenes democráticos frente al avance de las tendencias socialistas de uno y otro matiz; pero la democracia contemporánea, como todo organismo amenazado, viene desarro-

lizando defensas inmunizantes, capaces de hacerlo sobrevivir.

Una rápida visión de lo que ocurre en Europa y otras regiones de la órbita democrática permitiría a las cámaras del satélite captar las siguientes imágenes salientes:

La democracia obtuvo una inesperada y muy significativa victoria en África. Después de noventa años de régimen colonial y siete de sangrienta lucha en Rhodesia tanto entre blancos y negros como entre facciones de negros, la eficaz mediación del gobernador inglés lord Soames logró la reconciliación y, lo que es más, lo que parecía imposible, la realización de elecciones pacíficas y libres en 1980 para formar un gobierno con mayoría negra y participación de blancos. El ganador, líder guerrillero Robert Gabriel Mugabe, recibió el encargo de formar el nuevo gobierno, basado en su partido, la Unión Nacional Africana, pero con la cooperación del otro caudillo negro, Joshua Nkomo. En su declaración inicial, Mugabe dijo refiriéndose a su país ahora llamado Zimbabwe Rhodesia: "Hay campo para todos en una nueva sociedad. Hoy, negros y blancos, todos somos zimbawenses." Doble victoria, en realidad, para el sistema democrático y contra el racismo.

La República Federal de Alemania es la potencia económica más importante de Europa. Derrotada y virtualmente destruida en la segunda Guerra Mundial, sus altos índices de desarrollo y prosperidad hasta le han permitido, en algún momento, acudir en defensa del valor del dólar en el mercado mundial. Su sistema político predominante, socialdemócrata, con una estructura de economía mixta basada en la flexibilidad y el pragmatismo así como en los mejores valores humanos del pueblo alemán, le han dado

una extraordinaria consistencia, aunque no total invulnerabilidad, sobre todo frente al precio del petróleo.

Francia, galvanizada por la fuerza de un líder como Charles de Gaulle en un momento en que parecía más un perdedor que uno de los ganadores de la segunda Guerra Mundial, defiende la importancia de su posición en medio de grandes tensiones políticas generadas por los poderosos partidos de izquierda, comunista y socialista, frente a la actitud conservadora de la gran mayoría de los franceses; de donde resulta que en las encuestas de opinión pública casi siempre gana la izquierda, pero en las elecciones la victoria favorece a la tendencia moderada.

Italia, con una economía menos consistente, y serios problemas de inflación y desempleo, no logra estabilizarse. Dentro del sistema democrático parlamentario, sus gobiernos cambian tan frecuentemente como los de algunos países latinoamericanos. Acaba de formarse el cuadragésimo gobierno desde el fin de la segunda Guerra.

Un caso extraordinario de evolución política que no parecía posible, fue el que se produjo en España a la muerte del dictador Francisco Franco (1975). Dada la amenazadora incógnita que se abre al desaparecer cualquier autócrata que concentró todo el poder político en sus manos, y sumados los rescoldos de la guerra civil así como el carácter individualista, indómito, del pueblo español, los pronósticos más pesimistas parecían justificarse: una nueva guerra civil, un periodo de anarquía incontrolable y la instauración de una dictadura militar tanto o más dura que la de Franco.

Es cierto que el generalísimo, que gobernó durante 35 años, tuvo la previsión de educar y preparar a

un monarca, el príncipe Juan Carlos de Borbón. Pero cabían tantas dudas acerca de que España aceptara nuevamente un rey, como sobre lo que éste, en caso de tomar el mando, podría hacer con un país en plena transición entre la España franquista ultraconservadora de los primeros tiempos y el moderno estado industrial que empezaba a tomar forma; entre un fanático hermetismo y el "destape" que abría las fronteras; el espíritu y los ojos de los españoles; y con poderosos partidos de izquierda que renacían, frente a los sectores ultraconservadores.

Pero Juan Carlos tomó el trono y con tino cuya primera manifestación fue la designación de un joven presidente, Adolfo Suárez —figura de primera magnitud en el panorama de los dirigentes mundiales— logró hacer el casi milagro de la transición pacífica hacia una monarquía parlamentaria que hasta ahora funciona normalmente.

El presidente, jefe de una coalición de centro, el rey y los jefes del Partido Comunista, Santiago Carrillo y del Partido Socialista Felipe González, mantienen una relación civilizada, dialogante. En un gesto de racionalidad pragmática, conscientes de la necesidad de salvar el nuevo orden institucional democrático, suscribieron un acuerdo temporal, llamado pacto de la Moncloa, para hacer frente común a los más urgentes problemas nacionales a poco de instaurarse el nuevo régimen.

En la década de los setentas surge el llamado eurocomunismo en España, Italia y Francia, como un movimiento mediante el que los partidos comunistas de esos países, sin renegar de su doctrina ni de su adhesión básica al bloque soviético, declaran una autonomía interna que, por ejemplo, permite a España e Italia censurar la invasión rusa a Afganistán.

Santiago Carrillo, en su libro *Eurocomunismo y Estado*, publicado en 1977, considera como características del eurocomunismo, el pluripartidismo, la vía parlamentaria y el concepto de que las libertades democráticas y los derechos humanos representan un logro histórico irrenunciable del progreso humano.

En marzo de 1977 se celebró en Madrid una "cumbre" del eurocomunismo entre Carrillo de España, Enrico Berlinguer de Italia y George Marchais de Francia. Al final, Berlinguer definió a la nueva corriente como "un nuevo camino para construir en la democracia una sociedad superior a la capitalista". En comentarios posteriores, se fijó la diferencia entre eurocomunismo y socialdemocracia, diciendo que aquél intenta cambiar la sociedad capitalista, mientras que ésta quiere administrarla. Y la estrategia eurocomunista propone la "convergencia con los partidos socialistas y socialdemócratas, con las fuerzas cristianas progresistas y con todos los grupos democráticos no enfeudados en la propiedad monopolista".

Hay politólogos que no creen en la sinceridad de los disidentes eurocomunistas, porque consideran que dentro del rígido esquema de acción política del marxismo-leninismo, no caben estas autonomías y sospechan que pueda tratarse de una maniobra concertada con el Kremlin para ganar tiempo y campo de maniobra dentro de los regímenes democráticos. Cabe recordar aquí lo dicho en este libro en torno al caso de Polonia, sobre el rechazo inmunológico que hace el organismo soviético, de cuerpos ajenos a la unidad del sistema.

Si la posición de no alineamiento fue uno de los acontecimientos trascendentales en la evolución del bloque soviético, no menos importante es el euroco-

munismo como enunciado que abre una fisura más en la "unidad monolítica" del sistema de dicho esquema político mundial.

Gran Bretaña, reducida a la categoría de potencia de tercera clase, hace experimentos alternativos de economía de mercado y economía planificada, al ritmo de los cambios políticos que unas veces llevan al poder al partido laborista y otras al conservador o *tory*. Ninguno de ellos parece funcionar eficientemente por causas que no sólo son propiamente económicas, sino que afectan al espíritu mismo del pueblo británico minado por un profundo desencanto y carencia de aquella tónica vital que le permitió sobrevivir en los primeros tiempos de la segunda Guerra Mundial.

El socialismo reformista no ha dado frutos óptimos en este país, y los remedios con que se trata de corregir sus fallas volviendo en violenta regresión pendular a las normas del capitalismo que aquí tuvo su cuna ideológica con Adam Smith, tampoco satisfacen las necesidades de la nación.

Así parece demostrarlo hasta el momento la gestión de la primera ministra Margaret Thatcher, mientras que en el Partido Laborista toma cuerpo una tendencia de radicalización hacia la izquierda.

Los países que menos han sentido el efecto desestabilizador de los fenómenos político-económicos de la última década, son los nórdicos; los que con criterio eminentemente pragmático tomaron la vía del socialismo reformista y de la economía mixta, sin llegar a algunos extremos en los que incurrió el laborismo británico. Sin embargo, hasta en ellos se hicieron evidentes manifestaciones de duda y desconfianza respecto de su sistema predominante. Un caso típico de ese clima es la derrota del Partido Social

Demócrata en Suecia en 1974, después de cuarenta años de control, en un viraje hacia una posición más "derechista". Ni el llamado "paraíso de la seguridad social" parece inmune a la necesidad de cambio, pero de un cambio que en este caso no es pendular al otro extremo sino de simple reajuste.

Un acontecimiento extraordinario, de los que pueden modificar la faz política del mundo, fue la visita en 1977 del presidente de Egipto, Anwar el Sadat a Jerusalén rompiendo una enemistad tradicional y en uno de los momentos de mayor tensión entre su país e Israel. Fue un paso audaz, casi sin precedentes históricos, conducente a eliminar en el Medio Oriente uno de los focos de mayor peligro para la paz mundial. A pesar de su intolerancia, endurecida desde sus tiempos de guerrillero, el primer ministro israelí, Menahem Begin devolvió la visita a El Cairo. Y después, la reunión de los dos jefes de Estado en Camp David, bajo los auspicios del presidente norteamericano Carter, dio origen a acuerdos que, como primer resultado, evitaron una guerra que parecía inminente. El llamado "espíritu de Camp David" —el propósito de llegar a soluciones definitivas— no ha dado todavía los resultados óptimos que se esperaban debido, principalmente, a la intransigencia de Begin en el vital asunto de los palestinos que reclaman, justamente, territorio y autonomía nacional. Es posible que, al ser constitucionalmente sustituido Begin en las elecciones de 1981, se llegue a una solución. Pero el significado histórico del gesto de Sadat es igualmente valioso y ejemplar, en una época como la actual, cuando la mayor parte de las acciones internacionales, incluida la de la terrorista Organización para la Liberación de Palestina (OLP), tienden a la violencia y la guerra.

El caso de Irán escapa a la posibilidad de ser definido y situado dentro del cuadro en que se enfrentan el sistema democrático capitalista y el marxista-leninista que, con sus respectivas variantes de grado y matiz, dividen al mundo en dos grandes campos de acción política. Aquí hay un nuevo e inesperado ingrediente: el fanatismo religioso.

Después del régimen del sha Mohamed Reza Pahlevi, derrocado en 1979 principalmente por despotismo y corrupción, podía haberse esperado sobre todo en vista de la estratégica posición del país y de su riqueza petrolera, que una de las dos superpotencias, la URSS o los Estados Unidos, tomaran el control de la situación.

Pero la "revolución blanca" puesta en marcha por el sha infligió dos grandes lesiones: una, al sentimiento tradicionalista de una parte del pueblo iraní que rehusaba aceptar los planes de acelerada modernización, industrialización y avance tecnológico occidental; otra, a los intereses de grandes terratenientes, con una extraña jerarquía sacerdotal, los ahora célebres ayatolas.

Es así como la revolución no llevó al gobierno a ninguno de los regímenes que se podían prever (pro Unión Soviética o pro Estados Unidos). En cambio, asumió el poder un movimiento religioso con su "líder espiritual" el ayatola Khomeini que desde el destierro en Francia impuesto por el sha, estuvo preparando por largo tiempo la subversión con su prédica de retorno a "la pureza del Islam"

En un mundo en el que se juegan los intereses económicos y estratégicos de las grandes potencias del socialismo y de la democracia, surge de pronto por obra de Irán, un régimen anacrónicamente conservador y religioso; un violento retroceso de siglos

hacia las más primitivas formas del culto y la moral social musulmanas. Todo ello en un país fabulosamente rico en petróleo y que, en ese campo, cuenta con los más avanzados recursos de la tecnología contemporánea; país intocable por el peligro que significaría no contar con él en este tiempo de crítica escasez energética, y por la solidaridad que muchos países árabes declaran en favor de Irán, en nombre de la "sagrada defensa del Islam".

Los Estados Unidos fueron blanco inmediato y directo de la furia revolucionaria. Khomeini dijo, en su léxico de exaltaciones y abominaciones místicas, que "América es el gran demonio". La causa de este odio concentrado fue el apoyo franco y directo que los Estados Unidos dieron al sha como gobernante "progresista" de un país que les interesaba vivamente por su posición estratégica, cerca de la URSS; por su capacidad productora de petróleo; por estar una gran parte de este petróleo manejado por poderosas empresas petroleras norteamericanas y por ser Irán un riquísimo mercado para la venta de armamento.

Una dramática expresión de aquel odio fue la violenta ocupación de la embajada norteamericana en Teherán y la captura de 53 funcionarios de dicha misión diplomática en calidad de rehenes acusados de espionaje y complicidad con los mecanismos represivos del sha.

La invasión de la embajada, en abierta violación de todas las normas y principios del derecho internacional, fue realizada por iniciativa de estudiantes activistas, con posibles tendencias izquierdistas, no como plan de gobierno. Pero éste asumió la responsabilidad de lo ocurrido porque la operación respondía al sentimiento antiamericano de la revolución y porque, consecuentemente, habría sido absoluta-

mente impopular una operación de fuerza destinada a restablecer el derecho de extraterritorialidad de la embajada norteamericana.

Lo cierto es que once meses después de lo ocurrido, 52 de los rehenes siguen cautivos y no se avizora posibilidad de liberación. El ruidoso fracaso de una operación de tipo "comando" con la que los Estados Unidos trataron de liberarlos, planificada por los mejores estrategas del Pentágono y dotada de los más modernos recursos de ejecución fue otro golpe duro al tradicional prestigio de capacidad organizadora norteamericana. Hubo fallas increíbles de motores de helicópteros, imprevisión de ciertos fenómenos meteorológicos y murieron siete miembros del grupo de asalto ante el asombro del mundo por el fracaso de un plan que no debía haber fallado, como no fallaron operaciones semejantes realizadas por Alemania Federal e Israel contra grupos terroristas.

En diciembre de 1979, Irán aprobó una Constitución que asigna la totalidad del poder, vitalicio, a un *faqih* o jefe religioso, el ayatola Khomeini "que asumirá todas las responsabilidades y deberes de la nación" con poder absoluto para aprobar la elección de presidentes, nombrar jueces y un "consejo guardián" formado por seis sacerdotes expertos en la ley islámica así como otros seis juristas de la misma especialidad. Se proclama la igualdad de derechos entre hombres y mujeres así como la libertad de expresión y de organización política, pero "siempre que no vulneren los principios islámicos de la nación".

En un nebuloso mundo retrotraído a formas de vida feudales; con un gobierno nominal sin verdadero poder, puesto que éste reside efectivamente en la voluntad y los difusos designios del ayatola Kho-

meini frente a quien surgen ya algunos rivales; con un fervor fanático que se expresa en la frase de que "quien nos ataque estará atacando a Dios" y otros temas semejantes, Irán es un enigma indescifrable. Aunque se producen todavía luchas religiosas en el mundo contemporáneo, como en la India, no se había dado, desde hace siglos, la instauración de una virtual teocracia, teocracia con tanques, jets y radar, pero sobre todo con petróleo.

Quienes pudieron imaginar que el sentimiento antiamericano de los seguidores del ayatola Khomeini pudieran ser orientados en favor del área socialista y muy especialmente de su vecina la URSS, quedaron defraudados por pronunciamientos categóricos del impredecible líder contra el comunismo.

En momentos de dar por terminado el trabajo de este Apéndice, ha estallado un conflicto armado entre Iraq e Irán. Las razones que aduce Iraq para haber iniciado el ataque giran principalmente en torno a la ocupación, por parte de Irán en tiempos del sha, de islas que significan la pérdida de la completa autonomía de Iraq para transportar su petróleo por el Golfo Pérsico. Pero hay aquí una nebulosa política y de odios raciales y religiosos, así como de resentimiento personal. Todo ello, en la explosiva atmósfera del Medio Oriente que se ha considerado siempre el más probable detonante de una tercera guerra mundial. Estados Unidos y la URSS se han hecho mutuas advertencias de no intervención, pero frente al hecho probado de que la URSS ayuda a Iraq enviándole pertrechos por intermedio de Jordania, los Estados Unidos se ven inmovilizados en sus posibilidades de acción. El planteamiento de ciertas condiciones para poner en libertad a los rehenes capturados en la embajada norteameri-

cana en Teherán, a mediados de octubre, parecía abrir una posibilidad de entendimiento, pero aparentemente las condiciones resultaron inaceptables para los Estados Unidos.

Entre tanto, la guerra cobra un impulso cada vez mayor, con pasiva destrucción de depósitos e instalaciones petroleras; y el mundo ve cómo, literalmente, se hace humo su más precioso recurso natural, el petróleo. Las consecuencias de este conflicto pueden muy bien ser el comienzo de un trastorno catastrófico en el orden político internacional.

Nunca fue la América Latina un campo que se prestara a definiciones claras y precisas, y menos aún a pronósticos basados en hipótesis lógicas. El personalismo renuente a la acción colectiva; el predominio de los impulsos emocionales sobre los dictados de la razón; el bajo nivel de la educación popular en general y de la educación política en particular, la conformación heterogénea de las poblaciones sobre todo las de países con grandes masas indígenas no realmente incorporadas a los procesos políticos ni a la economía; con tradiciones y condicionamientos psicológicos colectivos heredados de un sistema político establecido por conquistadores que buscaban fácil enriquecimiento valiéndose de la mano de obra barata o gratuita que sostenían y obtenían de los indígenas, en contraste con los colonizadores que trabajaron la tierra con sus propias manos en América del Norte; países con economías sumisamente dependientes de las metrópolis extranjeras, que determinaron profundas diferencias de posesión y control de la riqueza y abismales diferencias entre poseedores y desposeídos; y grandes dificultades de comunicación física y cultural entre territorios vastos y llenos de obstáculos como enormes cordilleras, selvas y zonas

desérticas, fueron factores negativos que hicieron de la América Latina un campo fecundo para la dominación imperialista europea y norteamericana, así como para el caudillismo y la demagogia criollas.

A fines del año 80, el panorama de esta parte del mundo muestra un franco impulso tendiente a la consolidación y propagación del sistema democrático en la región septentrional de la América del Sur, con regímenes de este tipo vigentes en Venezuela, Colombia y Ecuador. Un ejemplo de gran sensatez política de ambas partes, fue la transición del régimen militar al civil realizada pacíficamente entre los años 1979 y 1980. En cambio, el proceso democrático se truncó una vez más en Bolivia, en julio de este año de 1980, por obra de un golpe militar ocurrido después de una elección que dio la mayoría a una coalición de centro izquierda. Tres meses y medio después del golpe, ni el Pacto Andino ni la Organización de Estados Americanos han reconocido el régimen golpista.

En cuanto a la transferencia del poder en el Perú, es importante notar que tan pronto como asumió el mando el gobierno civil pluralista, con un parlamento en el que están representados todos los sectores de la izquierda, se ha desencadenado una ola de acciones terroristas que se atribuyen a una agrupación maoísta.

Un gran arco de naciones que comienza en Chile y, pasando por Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Brasil, está unido por el lema de la "lucha contra el comunismo", ancha etiqueta con la que cómodamente se puede cubrir toda la gama de tendencias socialistas; pero Brasil y Uruguay dan cautelosos pasos iniciales conducentes a una posible transición democrática en los próximos años.

La suscripción, hace diez años, del Acuerdo de Cartagena que dio origen al Pacto o Grupo Andino formado entre Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú y Chile, significa no solamente un novedoso enfoque de acción colectiva para encarar los problemas del desarrollo económico, sino también un núcleo de consolidación del proceso democrático en América del Sur. En efecto, los objetivos iniciales del Acuerdo fueron los de crear un mercado ampliado para las naciones que lo forman, con eliminación gradual de aranceles internos y elevación simultánea de un arancel externo común para mercancías provenientes de otros países; y de coordinar una distribución de actividades industriales dentro del área, con el fin de evitar duplicaciones antieconómicas. Pero, a partir de la negociación de los tratados de Panamá con los Estados Unidos y en el último periodo de la lucha libertaria de Nicaragua, así como en ocasión de los golpes militares de Bolivia, en 1979 y 1980, el Grupo Andino asumió una actitud de franco apoyo a la causa democrática. Hay opiniones adversas a esta proyección política del Grupo, porque se piensa que, tal como ocurre en los últimos meses de 1980, por acciones como el desconocimiento del régimen militar de Bolivia puede ponerse en peligro la unidad del Pacto. Lo cierto es que, con declaraciones expresas o sin ellas, el Grupo Andino es una entidad de saludable y efectivo peso político. En la actualidad Chile no forma ya parte de la entidad, pero su retiro no se debió a razones derivadas del carácter político de su gobierno, sino al plan económico de mercado libre puesto en práctica, incompatible con las restricciones que impone el Pacto.

En la América Central, Nicaragua se liberó de la sombría dictadura impuesta por la dinastía Somoza

y es hoy un ejemplo de acción coordinada de clases para lograr el objetivo común de reconstruir el país azotado por la guerra civil. Es natural que Cuba, que fue capaz de proyectarse hasta el África en busca de sus objetivos y los de la URSS, quiera ejercer influencia en la nueva Nicaragua; es también natural que esa tendencia cuente con simpatías en algunos sectores de la opinión pública nicaragüense, sobre todo en la juventud que contó con la ayuda y la simpatía de Cuba en su lucha de liberación; también lógico que los Estados Unidos, procediendo con gran cautela, quieran contrarrestar dicha tendencia. La eficacia de Cuba se ha demostrado en el envío de mil maestros y 600 médicos a Nicaragua, como efectiva forma de ayuda; mientras que el gobierno norteamericano ha tardado meses en conseguir la aprobación parlamentaria de un magro programa de cooperación económica de 75 millones de dólares.

Muy cerca de Nicaragua, El Salvador es teatro de una sangrienta lucha con caracteres muy extraños que comienzan por el hecho de que el gobierno está en manos de una coalición formada por militares y por el partido demócrata cristiano; junta que estaba empeñada, según se dice, en un programa de importantes reformas sociales. Por su parte, la oposición agrupa a un heterogéneo conjunto de universitarios izquierdistas, patriotas antimilitaristas, la Iglesia católica y todos cuantos han sufrido los crueles y brutales efectos de la represión gubernamental, contrarrestada por una no menos dura resistencia guerrillera y terrorista. La lucha ha costado ya más de 8 mil muertos en nueve meses de 1980. Con la sola y permanente excepción de Costa Rica, no es claro el horizonte de la América Central donde Nicaragua es considerada como un foco de irradiación de tendencia

provincias vascongadas de España y la OLP de Palestina. Más que hacer una catalogación episódica de los hechos de terrorismo ocurridos durante la vuelta del satélite observador en 1980, las imágenes recogidas podrían proporcionar elementos de juicio que servirán de base para llegar más adelante a ciertas conclusiones.

Esos elementos de juicio son: que resultan muy raros en el mundo contemporáneo los casos en los que, por obra de un régimen de represión brutal y absoluta, no quede ningún otro camino que el de la violencia (guerrillas y terrorismo) para llevar adelante las luchas de reivindicación social; que, paradójicamente, algunos de los hechos terroristas más recientes y brutales se dan en países en los que avanzados sistemas de democracia social abren las puertas para el progreso de la justicia social; que, por otra parte, abundan los ejemplos de países en los cuales el ejercicio de la violencia dio paso a los regímenes más brutales, represivos y crueles; y que, como en el caso del Perú, después de la instauración de un régimen democrático pluralista, en julio de 1980, con un parlamento en el que está representada toda la gama de la izquierda revolucionaria, el terrorismo actúa en contra de ese gobierno.

Es inquietante y sintomático de lo que ocurre en el mundo de 1980, y de lo que podría pasar en el futuro, que en la imagen recogida por el satélite observador en su vuelta de este año, resalten los perfiles sombríos de la violencia apolítica en sus formas características: el terrorismo, la guerrilla y la represión.

SÍNTESIS

NO CUMPLIRÍA totalmente su objetivo la observación del panorama político del mundo en tres etapas de su historia, mediante la ficción de un satélite superdotado de instrumentos, si de ese examen comparativo no se dedujeran algunas conclusiones.

Sin embargo, como se trata de una realidad esencialmente móvil y cambiante, en la que a cada paso surgen factores imprevisibles como, por ejemplo, la aparición del ayatola Khomeini, resulta pretencioso el término de "conclusiones"; sobre todo en una obra de didáctica y no de tesis.

Por esta razón se formula esta síntesis, más que en términos de conclusiones, como un simple conjunto de proposiciones o temas de estudio:

— Dada la implacable expansión de los grandes poderíos político-militares que se disputan el dominio del mundo, las naciones situadas en los caminos de dicha expansión se convierten en simples campos de avance o, en su caso, de batalla; por ende, no se toman en cuenta la destrucción y el sufrimiento que se les puede infligir. Recientes casos: Vietnam, Afganistán, Camboya. Invariablemente, la acción expansionista está encubierta por enunciados o *slogans* de liberación nacional o de afiliación ideológica. Y hay, en aquellas naciones pequeñas e indefensas, millares de ciudadanos que se sacrifican en una lucha que ellos, con fe ciega, consideran propia, justificada y noble cuando, en realidad su país no es sino parte de un inmenso tablero en el que, desde lejos, se juegan las partidas de los grandes poderíos

imperialistas, con sus propios objetivos de hegemonía mundial.

— Las líneas ideológicas, antes claras y definidas, atraviesan un periodo de total confusión como resultado del choque del dogma ideológico con la práctica política que mina, socava y finalmente se come al dogma. Por eso, el "puro" capitalismo norteamericano se ha visto obligado a adoptar políticas de intervención estatal con las que estabiliza su sistema mediante subsidios y controles; y pone en práctica programas de seguro social, seguro médico, protección a los ancianos, etc., copiados del esquema socialista. Por su parte, el socialismo, tanto en la URSS como en China, adopta, sobre todo en la política internacional, actitudes que hasta hace poco se habrían considerado blasfemias inconcebibles. La URSS mantiene cordiales relaciones con la dictadura militar de la Argentina, mientras la China Popular, que también quiere tener un pie en el cono sur, entabla relaciones igualmente cordiales con otra dictadura militar de derecha, la de Chile. El Partido comunista boliviano, de filiación moscovita formaba parte de la Unión Democrática y Popular que ganó las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1980, proceso de democratización quebrado por un golpe militar "anticomunista". Pues bien, el régimen golpista recibió el reconocimiento de la URSS. En cambio, los Estados Unidos que, en teoría, deberían ver con simpatía al gobierno militar derechista, encabezan la corriente internacional de resistencia a su reconocimiento. Muchos ejemplos más se podrían dar de hechos que atropellan la teoría, pero el que hace casi innecesarios todos los demás es el juicio público que en los últimos meses de 1980 se sigue en la China Popular a la viuda de Mao Tse-tung y sus

colaboradores, la vilipendiada "Pandilla de los Cuatro", por haber sido demasiado maoístas; o, como dice un despacho informativo citando el texto de la acusación oficial, porque Mao y sus colaboradores cometieron excesos "ultraizquierdistas". Así lo confirmó el secretario del Partido Comunista Chino Hu Yaotbang al líder comunista español Santiago Carrillo que visitaba Pekín.

A propósito, son impresionantes las similitudes del juicio contra "la pandilla" china, con los que se hicieron en Moscú cuando Stalin eliminó a los padres de la revolución bolchevique en las purgas de la década de los treinta.

— Una consecuencia lógica e inevitable del entrecruzamiento de las líneas ideológicas en su relación con los hechos y situaciones reales del mundo político es la gran confusión que hoy se observa, sobre todo en la juventud. Quedan todavía, por supuesto, los fieles —o fanáticos— que se aferran a las viejas banderas como si nada hubiese ocurrido en estos últimos tiempos o como si fuera posible separar la ideología de su práctica; cerrar los ojos a ésta y seguir contemplando a aquélla. Aunque no lógico, el fenómeno es natural. No es fácil abandonar una causa en la que durante años se ha creído y por la que se ha hecho sacrificios. El fraccionamiento hasta de los grupos más coherentes y compactos de la izquierda es notorio: en los núcleos más politizados de las universidades, por ejemplo, se han hecho presentes, con motivo de los recientes acontecimientos políticos ocurridos en Bolivia y el Perú, hasta cuatro o más sectores trotskistas y maoístas.

— En estas condiciones, resulta cada vez más arbitraria e imprecisa la nomenclatura ideológica con la que cómodamente se clasificaba a las diferen-

tes tendencias de izquierda. Actualmente, ¿a quién se puede asignar la posesión de la verdad suprema sobre el marxismo-leninismo, sobre el trotskismo, sobre el maoísmo?

La llamada Nueva Izquierda es un producto directo, una especie de liberación del confusionismo ideológico actual. Ya se ha visto en el texto de este Breviario, cuáles son las características, no siempre coherentes, de este movimiento. Basta añadir ahora que se perfilan en su seno dos corrientes: la de quienes persisten en sostener que la misión exclusiva de la nueva izquierda en esta coyuntura histórica universal es la destrucción del sistema capitalista, del *establishment* y se niegan a pensar en lo que deberían hacer después "porque entonces nos dividiríamos, mientras que ahora nos mantiene unidos la consigna única de la destrucción"; y los que, sí, plantean hipótesis para una futura sociedad. Un buen estudio de esta compleja visión es el libro *La economía política de la Nueva Izquierda* de Assar Lindbeck, del Instituto de Estudios Económicos de la Universidad de Estocolmo, con prólogo del economista norteamericano, Premio Nobel, Paul Samuelson.

— Es indudable que la religión, por presencia, ausencia o crisis interna, desempeña un papel importante en el escenario político actual. Una muestra de ello es lo que ocurre en los últimos años en la Iglesia Católica. Inquietantes observaciones al dogma, la ética y al rito son planteadas por teólogos alemanes, franceses y holandeses, a los que se suman actitudes de rebeldía como las del célebre obispo Lefebvre, en Francia, respecto de normas formales adoptadas en el Segundo Concilio, en tiempos del papa Juan XXIII. Y las diferentes posiciones que asumen obis-

pos y sacerdotes de todo el mundo acerca de problemas ético-sociales como el divorcio, control de la natalidad, el aborto, el celibato de los sacerdotes, son motivos de disensión que el actual papa, Juan Pablo II, trata de resolver reafirmando las posiciones tradicionales de la Iglesia. A todo lo cual se añade, por supuesto, el papel de ésta frente a los conflictos políticos del mundo, aspecto en el que el Sumo Pontífice ha asumido una actitud vigorosamente defensiva de los derechos humanos y los procesos democráticos, en contra de los compromisos con ciertas posiciones radicales que en el inmediato pasado adoptaron algunos obispos y sacerdotes y cuya expresión doctrinal fue la llamada "teología de la liberación", hoy descartada por el Vaticano.

Sea cual fuera la situación de la Iglesia Católica y otras de la familia cristiana, lo cierto es que, en medio del materialismo que caracteriza al mundo contemporáneo, una persistente búsqueda de asidero religioso se manifiesta hasta en la facilidad con que mucha gente, y en especial los jóvenes, se hacen adeptos de pintorescos y prósperos gurús ("maestros") de supuesta filiación mística oriental pero dotados con un sentido comercial digno de ejecutarlo en Wall Street.

La suma de quiebras de fe, tanto religiosa como política ("Dios ha muerto" o "Marx ha muerto") parece llevar a esa juventud en busca de nuevos puntos de referencia para su vida espiritual, hasta por oscuros caminos que a veces llevan a la narcomanía o a la violencia. O cuando menos, a la estridencia y al vértigo de la música y el baile actuales que más parecen expresiones de desesperación que de placer.

La aparición de un santón como el ayatollah Khomeini, que se apodera de la voluntad de un país

entero, muestra, dramáticamente, cómo el fanatismo religioso invade los territorios de la política.

— Un somero recuento de los episodios de violencia que se han multiplicado en la década anterior y en este año de 1980, tanto en países donde ella podría explicarse como un desesperado recurso de lucha frente a regímenes gubernamentales represivos, como en otros donde no se dan esas necesidades de lucha, sugiere la idea de que la violencia, como la drogadicción, se alimenta a sí misma.

Se formulan muchas teorías para explicar la violencia, buscándole inclusive una raíz biológica vinculada a la evolución darwiniana que justifica la supervivencia del más fuerte a costa de la destrucción del más débil. Para desvirtuar esa falacia, la tratadista Hannah Arendt dice:

El peligro de dejarse seducir por la plausibilidad engañosa de las metáforas orgánicas, biológicas, es mayor cuando se trata del problema racial. El racismo, sea blanco o negro está, por definición, cargado de violencia, puesto que pretende oponerse a hechos naturales —una piel blanca o negra— que no pueden cambiarse bajo ninguna presión.

Ya se ha mostrado en este libro cómo la acción pacífica de Martín Luther King logró muchísimos más resultados en Estados Unidos que la violencia de las "Panteras Negras" o el "Poder Negro". Y son pocos en el mundo los regímenes gubernamentales tan represivos que no dejan ningún otro camino fuera de la violencia para las luchas de reivindicación social.

Lo evidente, demostrado en todo el orbe, es que el saldo neto de la violencia es inevitablemente una mayor violencia. El poder político podrá siempre poner en juego mayores recursos que los grupos de lucha que se le enfrentan. Y en el proceso de violencias escaladas será cada vez más fácil, tanto para el gobierno mediante sus verdugos, de oficio como para los terroristas vocacionales, transponer la débil línea que separa a la violencia política de los actos demenciales, paranoicos y delictivos.

Dentro de la violencia, es importante una distinción entre la guerrilla que enfrenta a un grupo de luchadores civiles con la fuerza organizada del poder, y el terrorismo que hace estallar bombas en iglesias, salas de cine o estaciones de ferrocarril donde las víctimas pueden ser hasta niños. Así como la guerrilla puede tener justificación cuando verdaderamente es indispensable en las luchas de liberación nacional como la de Sandino en Nicaragua o Juan a Azurdu de Padilla en Bolivia, ninguna causa, por noble que sea, justificaría la mano oculta que enciende la mecha de una bomba en un local público o que dispara a mansalva el fusil con mira telescópica.

No es posible demostrar que el terrorismo, fuera de haber producido una extensa literatura en pro y en contra, haya significado ningún paso efectivo en la marcha hacia un mundo mejor, más justo y más digno de la condición humana; mientras que abundan los ejemplos de brutales regímenes montados con la excusa de hacer frente al terrorismo.

Un caso, el del Perú de 1980, parecería demostrar que lo que se busca es precisamente eso, la instauración de un régimen dictatorial y represivo. A poco de haber asumido el mando un gobierno civil pluralista, en cuyo parlamento están representadas todas las

fuerzas políticas, aun las de extrema izquierda, se ha desatado una racha de actos terroristas, especialmente contra servicios públicos como la provisión de electricidad, posiblemente con el objetivo de inducir, a la larga, el surgimiento de un nuevo régimen militar dictatorial. De acuerdo con esta teoría, la ultraizquierda encuentra que le conviene más luchar por sus propios medios contra un régimen de ese tipo que contra una democracia social que muchas veces le gana sus banderas. Algún politólogo ha dicho que "los avances que obtiene la democracia social perjudican el logro de los objetivos de la revolución".¹ De acuerdo con esta tesis, lo que importa no son los avances político-sociales en sí mismos, sino que ellos sean logrados por la revolución puesto que, de otro modo, subsiste y, más bien se fortalece el Estado burgués-capitalista. Por otra parte, de acuerdo con documentos políticos recientemente puestos en evidencia, la acción guerrillera del Perú, puesta en práctica por el grupo maoísta "Sendero Luminoso", responde a la estrategia de ocupar y utilizar una fracción de territorio para movilizar a los campesinos, y con ellos, gradualmente, constituir un "Poder Democrático-Popular", dictatorial cuyo radio de acción iría creciendo por acción proselitista. Los actos de terrorismo, además de atraer a nuevos adeptos —por la demostración de fuerza y eficiencia que ellos significan— sirven para desacreditar y debilitar gradualmente al Estado burgués que circunda a los revolucionarios. El transcurso del tiempo no cuenta, sostienen los partidarios de este método de lucha. Lo importante es mantener activos y hacer crecer los centros de acción.

La viabilidad de esta estrategia, quizá aplicable con posibilidades de buen éxito en países pequeños,

parece muy dudosa en naciones territorial y económicamente grandes, con bien dotadas fuerzas policiales y militares.

— Es evidente que el dogma ideológico ha demostrado su impotencia para resolver por sí mismo los problemas de las sociedades —de una u otra estructura económica— en las que se lo ha aplicado; o que esa aplicación ha resultado demasiado costosa; o, que, como en el caso de la China Popular, salir de un dogma, quizá para entrar en otro, ha significado una lesiva pérdida de tiempo histórico, además de sufrimiento humano que, posiblemente culminará con el ajusticiamiento de la “pandilla de los cuatro” que, a su vez, llevó a la muerte a muchos miles de hombres y mujeres.

— Si el dogma no es la solución, una alternativa podría ser un pragmatismo con sentido social que se aplique en conformidad con las circunstancias de tiempo y lugar de cada realidad nacional.

Quienes han comprometido su fe y su pensamiento con un dogma político, rechazarán como flaqueza o deserción la idea de apelar al pragmatismo, la filosofía social de que lo bueno es lo posible y lo útil en servicio de la justicia y de los objetivos superiores de la condición humana. Pero en el mundo se está demostrando, en uno y otro extremo del espectro político que el recurso pragmático, sin nombrarlo, es utilizado cuantas veces se le necesita.

— Mientras el dogma ideológico demuestra su ineficacia, hay un componente de la estructura económico-social cuyo valor se hace más y más evidente: El factor humano. Es el factor humano, el hombre y sus normas de vida y de trabajo, el que hace del Japón una de las primeras potencias del mundo, sin necesidad de esos famosos recursos naturales a los

que nosotros, los latinoamericanos, dedicamos un culto fetichista como si de ellos y sólo de ellos dependiera nuestro destino. El factor humano es también el que impulsa a las dos Alemanias, la socialista y la capitalista, y las convierte en los países más fuertes de sus respectivos sectores. Los sistemas ideológicos y programas políticos, antagónicamente diferentes, dentro de los que viven esas dos sociedades, parecen no importar. Lo que cuenta es que a los dos lados de la frontera ideológica hay un pueblo alemán industrializado, disciplinado, que aprendió su dura lección en la segunda Guerra Mundial y que ahora aplica todo su vigor a la tarea de mejorar sus condiciones de vida. Ese es el factor humano.

— El mundo encara problemas de dimensiones desconocidas hasta ahora. Sin mencionar siquiera la guerra nuclear total, tanto más probable cuanto más activa es la carrera armamentista, el futuro inmediato encierra las siguientes amenazas: el crecimiento vertiginoso de la población, la contaminación del ambiente, el desarrollo incontrolado de la tecnología, la miseria rayana en el hambre que afecta a enormes regiones del mundo y el conflicto de los grandes imperialismos que no vacilan en desencadenar sangrientos conflictos en cualquier área del planeta para lograr sus objetivos geopolíticos.

Frente a ese panorama, ¿se puede concebir algún plan de salvamento colectivo para un mundo dotado de seres cuya capacidad intelectual ha alcanzado niveles excepcionales, que cuenta con recursos tecnológicos prodigiosos y que, sin embargo, parece marchar ciegamente a su destrucción, sabiendo que eso es así?

Ni la acción coordinadora de la ONU, ni los diálogos entre naciones industrializadas, ni los es-

fuerzos de organismos regionales como la Comunidad Europea o el Acuerdo de Cartagena en la América del Sur son suficientes para encarar la totalidad del problema y buscarle soluciones igualmente totalizadoras.

El esfuerzo que por su enfoque global, por el elemento humano puesto a su servicio —lo más destacado del mundo— y por su capacidad de movilizar a la opinión pública es el que, con el objetivo de crear un Nuevo Orden Económico Mundial ha venido produciendo, desde 1977, el Diálogo Norte-Sur.

Entendiéndose por Norte del hemisferio septentrional del planeta, donde están las naciones industrializadas más prósperas, el Sur es lo opuesto, el mundo de la pobreza, el atraso y, en muchas áreas de África, Asia y América Latina, el hambre.

La idea de realizar estas reuniones, que puede haber tenido muchos padres, fue promovida en años recientes por el presidente del Banco Mundial, Robert MacNamara, y se encomendó la presidencia de la comisión ejecutiva al ex-canciller de Alemania Federal y Premio Nobel de La Paz, Willy Brandt.

De una segunda reunión plenaria celebrada en agosto de 1979 en Sri Lanka y de trabajos de comisiones efectuados en varias partes del mundo por expertos de primerísima clase, surgió un informe y recomendaciones de los que se extractan aspectos importantes:

El diálogo Norte-Sur encara una situación de virtual parálisis, a quince meses de la primera reunión efectuada en Roma.

La reunión ratificó el concepto de la "mutualidad" de intereses entre el Norte y el Sur, o sea que no se trata solamente de buscar soluciones para los problemas de las zonas más pobres del mundo, sino

que esas soluciones son igualmente importantes para los intereses de los países ricos. La miseria de una parte del mundo es una amenaza para la prosperidad y el bienestar de la otra y para el equilibrio mundial.

El mundo encara problemas como la incorporación, hasta el año 2 000, de dos millones más de seres humanos que deben ser alimentados y dotados de vivienda, de servicios de salud, de educación y de trabajo. Las necesidades alimentarias básicas de esa nueva masa humana representan un mínimo de 2 000 millones de toneladas de cereales.

En las condiciones actuales, el año 2 000 habrá 400 a 700 millones de personas en situación de "pobreza absoluta" rayana en el hambre.

En 1947, cuando el mundo estaba paralizado por la destrucción de la guerra, los Estados Unidos se desprendieron, durante cinco años del 12 por ciento de su Producto Nacional Bruto y, con esos recursos, el Plan Marshall devolvió la vida a Europa y al mundo. En la actualidad, la mayor parte de las naciones industrializadas destinan solamente al 0.3 por ciento de su PNB para planes de cooperación al extranjero.

En la presentación del estudio, Willy Brandt hace hincapié en algunos índices de referencia: por ejemplo, que una modificación del concepto del armamentismo en el mundo proveería enormes recursos para salvar —en vez de destruir— a la humanidad. El monto de los gastos militares de sólo medio día bastaría para construir almacenes con capacidad de 100 mil toneladas de arroz, teniendo en cuenta que muchísima gente vive ahora con sólo una libra de arroz por día. Con el precio de un avión militar de reacción (veinte millones de dólares) se podría instalar 40 mil puestos farmacéuticos rurales con ele-

mentos básicos para combatir epidemias. La mitad de uno por ciento de los gastos militares de un año compraría todo el equipo agrícola necesario para incrementar la producción y subsanar el déficit alimenticio de los países pobres hasta 1990. Finalmente, Brandt hace hincapié en la necesidad de realizar una acción global, tomando nota de que en estos diálogos no participa el bloque soviético; formula un llamado a las nuevas generaciones y a las madres cuyos hijos vivirán en un mundo de miseria y conflicto si antes no se hace algo para salvarlo.

Se ha dicho antes, pero vale la pena de repetirlo, que en los trabajos del informe Brandt han intervenido estadistas, economistas, sociólogos y politólogos del más alto nivel y de diferentes posiciones políticas en los cinco continentes. Desoír su voz de alarma, que coincide con otras anteriores (citadas en este Breviario) igualmente autorizadas, parecería demostrar que el género humano, o quienes lo representan en las más altas jerarquías del pensamiento y de la acción política, han asumido una actitud de fatalismo suicida.

ÍNDICE

Edición actualizada, 1980	11
El fenómeno político	13
Liberalismo	30
Democracia	61
Socialismo utópico	88
Socialismo cristiano	100
Democracia, cristiana	119
Cooperativismo	126
Marxismo	136
Comunismo	160
Socialismo reformista	207
Anarquismo	233
Fascismo	<u>244</u>
Nazismo	259
Apéndice	275

Walter Montenegro

INTRODUCCIÓN A LAS DOCTRINAS POLÍTICO-ECONÓMICAS

La presente obra se encuentra basada en un curso sobre doctrinas políticas que impartió su autor en la escuela de Servicio Social de La Paz, Bolivia. Los temas que trata son de gran interés general, porque permiten explicarnos los fenómenos políticos de nuestro tiempo. De un simple cambio del hincapié que se haga en cualquiera de los términos de la ecuación: individuo-comunidad-Estado, afirma el profesor Montenegro, surgen los diversos caminos del pensamiento político, liberalismo o estatismo en cualquiera de sus manifestaciones y puntos intermedios. Se estudian aquí sistemas políticos como el cooperativismo o el cristianismo social, cuyas influencias son evidentes en nuestro tiempo.



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
COLOMBIA

URBE - BIBLIOTECA
INTRODUCCION A LAS DOCTRINAS
POLITICO-ECONOMICAS

320.5 MON 2



Reg: 22527